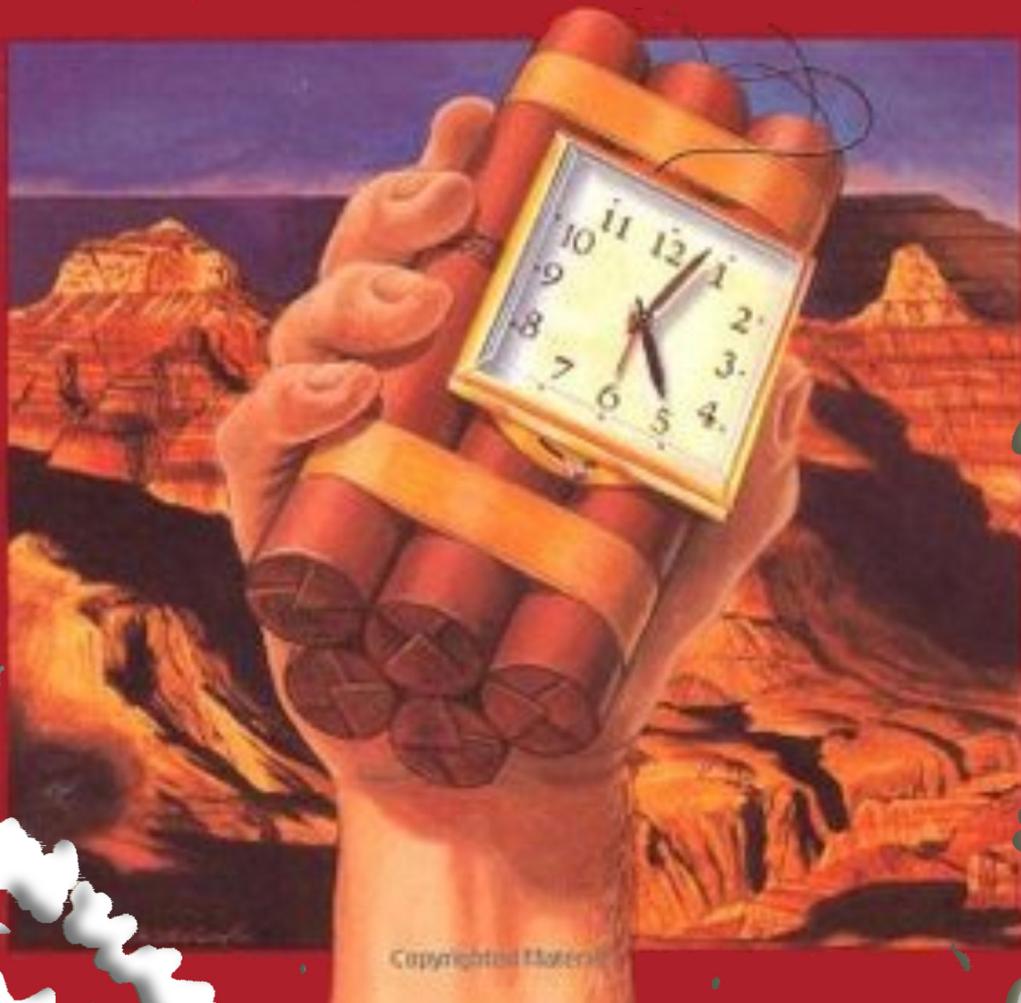


EDWARD ABBEY

HAYDUKE VIVE!



Copyrighted Material

Todo el mundo da por perdido al «vengador del desierto», George W. Hayduke III, verdadero héroe de «La Banda de la Tenaza», la temible pandilla dedicada al «eco-sabotaje» contra los «saqueadores de la Madre Tierra». Además, sus compañeros de correrías, Bonnie Abzug, Doc Sarvis y Seldom Seen Smith, parecen haber domesticado sus vidas, ya entre pañales o entre un sinfín de esposas mormonas, y están muy lejos de volver a las andadas contra el desarrollismo sin sentido que les está robando hasta el aire que se respira entre Utah y Arizona, al lado del mismísimo Gran Cañón del Colorado. Su gran perseguidor, el reverendo Dudley Love, campa a sus anchas con proyectos que incluyen minas de uranio, plantas de energía, hoteles, promociones para ricos jubilados y un campo de golf con sus 18 hoyos reglamentarios. Para ello cuenta con un auténtico monstruo, la máquina de dragado más grande del mundo, la super G.E.M.A. 4250 W, bien llamada GOLIATH. —¿Dónde están ahora «ese cobarde de Hayduke y su Monkey Wrench Gang»?», se pregunta Love—. Enfrente del gigante sólo hay un grupo bienintencionado, pero bastante desnortado y variopinto, de paladines del monkeywrenching: «indignados, descontentos, visionarios majaras, revolucionarios vengadores, convencidos ecologistas fumadores de pipa bien entrenados, paletos pseudointelectuales empapados en Thoreau, etc.». Pero ¿podrá alguno de ellos enfrentarse realmente a semejante apisonadora?

Escrita en 1989, y publicada póstumamente, «¡Hayduke vive!», reúne de nuevo a los ya míticos héroes de la novela «La Banda de la Tenaza» (Berenice, 2012), un clásico de la contracultura americana que, desde 1975, se convirtió en una biblia del activismo y de la resistencia «más o menos, pacífica», y en un canto renovado a cualquier forma de desobediencia civil.



Edward Abbey

¡Hayduke vive!

ePub r1.2

Akhenaton 23.11.14

Título original: *Hayduke lives!*
Edward Abbey, 1989
Traducción: Juan Bonilla
Ilustraciones: Robert Crumb
Cubierta: Deculturas, SCA
Retoque de cubierta: JeSse

Editor digital: Akhenaton
Revisión 1.2: Reporte erratas Mozartillo
ePub base r1.2





ADVERTENCIA DEL AUTOR

No se disparará a nadie que se tome este libro en serio. Cualquiera que no se tome este libro en serio, será enterrado vivo por un bulldozer Mitsubishi.

*¡Perdóname, oh tú, sufrido pedazo de tierra,
Que soy manso y amable con estos carniceros!*

Shakespeare, *Julio Cesar*

*Desquitarse no es la mejor venganza.
¡Es la única venganza!*

George W. Hayduke

Sostenemos aquello que nos sostiene.

Bonnie Abbzug

¡Abajo el Imperio! ¡Arriba con la Primavera!.

Doc Sarvis

Si la amistad es equivalente a la salud y la buena suerte, entonces yo he sido un hombre rico y afortunado durante toda mi vida. Por tanto, pensando que cada nuevo libro mío puede ser el último (pero ¿quién sabe? —y de todas formas no se cansa uno nunca de este garabateo infernal—), dedico por la presente *¡Hayduke vive!*, a los leales amigos que han enriquecido mis últimos años de madurez de mi descuidada, perezosa e incluso temeraria existencia, es decir, verbigracia, a saber:

A Clarke Cartwright, mi amante, mi camarada, mi esposa en estos últimos diez años, solaz indispensable y deleite de su marido y madre todo el tiempo de nuestros hijos.

A Joshua, Aaron, Susie, Becky y Ben, mis cinco hermosos hijos, amores de mi vida.

A Jack Loeffler, trompetista de jazz, musicólogo, rata de río, incontenible manantial de risa y buen humor que me ha sacado, muchas veces, de la lujuria fatal de la melancolía.

A John DePuy, pintor de paisajes, vagabundo del desierto y compañero misántropo, que comparte conmigo un saludable desprecio por la miserable raza humana (considerada como especie entre las demás especies animales).

A Douglas Peacock, hombre oso pardo, aventurero y ecoguerrero, Ken Sleight, explorador del desierto, Ken Sanders, editor, y Dave Foreman, Bart Kohler, Mike Roselle y Howie Wolke, fundadores de ¡Earth First!, y verdaderos héroes americanos.

A Bill Hoy, Jim Carrico y Jim Stiles, compañeros *rangers* en los días en los que todavía era un honor ser un *ranger*.

A Pam y Clair Quist, Bob Quist, Richard Quist, Mark Jensen, Amil Quale y Bartley Royal Henderson IV, barqueros de aguas blancas y vikingos todos ellos.

A Dave Petersen, Bill Eastlake, Barry López, Chuck Bowden, Byrd Baylor, Alan Harrington y Edward Hoagland, compañeros escritores.

A Steve Prescott, Brendan Phibbs y Ian Macgregor, hombres de medicina, que tiraron de mí, más de una vez, aunque de mala gana, cuando estaba al borde de la tumba;

A Bob Greenspam, Ingrid Eisenstadter, Karilyn y Marilyn McElhenny, Lisa y Laurel y Colin Peacock, Peter y Marian y Katy y Sarah Gierlach, Jaime Kahn, Tina Johnson. DePuy, Don Spaulding, D.K. y Sue Adams, Vic Williams, Anne Spaulding,

Dan O'Sullivan, Dusty Teal, Tommy Thompson, Jane Woodruff, Susan Prescott, Tom y Carolyn Cartwright, Jane Sleight, Kathy y Celestia Loeffler, Nancy Morton, Leli Sudler, Bill Broyles, Terry y Suzi Moore, Geoffrey Platts, Ann Woodin, Carolyn Petersen, Mary Sojourner, Alice Quevas, Caroline Hogue, Tom Arnold, Owen Severence, Linelle Wagner, Ernest y Nanette von Bulow, Malcolm Brown, Jon Soderlund, Pat Conley, Amador Martínez, Ralph Newcomb, Bill McReynolds, Kevin Briggs, Jim Ferrigan, Katie Lee, Dick Kirkpatrick, «Mitch». Mitchell, Robert Crumb, Roger Grette, Wally Mulligan, Hendrik von Oss, Gregory McNamee, Bob Lippman (¡abogado!), Bob Redford (un actor), Mark Richards (pistolero), Donn y Carol Rawlings, Ed Twining, Tom Gross, Brian Walker, Dave West (agente secreto), Tom Austin (jefe de policía), Cliff Wood (ganadero) y su familia, y Drummond Hadley (ganadero, *cowboy*, poeta), a todos ellos mi gratitud por el afecto y los buenos ratos y las aventuras en el mundo que hemos compartido, que no olvidaré nunca, que no se perderán nunca.

E.A.

1. Entierro

La vieja tortuga deambula por el camino del ciervo en pos de su desayuno. Una hebra de hierba spartina salvaje le cuelga de un pico en forma de pinza. Sus pequeños ojos insólitos avizoran a un lado y a otro, brillantes, astutos, cuidadosos. Avanza con sus largas patas de cuero completamente extendidas desde la joroba de color cáscara de nuez, el vientre derrapando por la claridad plateada de la arena. Su caparazón es tan grande como la sartén de un *cowboy*, la pala de un jardinero, el casco de un recluta. Es de mediana edad: unos 145 años. Ha tenido muchos hijos y engendrará más. Quizás.

Un galápagos del desierto. Galápagos, tortuga, ¿cuál es la diferencia? No hay ninguna. Los antiguos griegos pensaban que la tortuga era una especie de demonio. Basta de griegos. Un pueblo ignorante.

Esta vieja tortuga sigue su ruta de siempre, a veces se aleja más de cien yardas de su campo base. Como todas las tortugas del desierto, conoce su casa, la ama, se queda en ella, la defiende. Por encima de su cabeza crecen arbustos de artemisa de plateadas hojas, que para ella son tan altos como árboles. Por encima de la salvia se elevan los enormes álamos de formas libres, alineados con el curso de un barranco por el que fluye el agua clara por cornisas de piedra arenisca de color rosa. Sus brillantes hojas verdes tiemblan con la más leve de las brisas. Para la tortuga las copas de los árboles parecen tan remotas como nubes. Donde planea un buitre, vigilando de reojo. Donde una pequeña avioneta zumba a través del aire en su tediosa, lineal, resuelta carrera.

El mundo se inclina hacia el este, un sol fundido se hincha por encima de la pared oriental del cañón. El sol tiene el tamaño del puño de un diablo. (La apariencia es la realidad, dijo Epicuro, un hombre sabio). Pared rosada como rodaja de sandía, verticalidad de ángulo recto, levantándose cien pies por encima del talo verde grisáceo de roca quebrada, los matorrales de enebro, los yerbajos, las galias escarlatas, los penstemones púrpuras, las doradas plumas de príncipe. Es primavera en las altas mesetas del territorio de los cañones. La Belleza tranquila de América.

La vieja tortuga busca la sombra. Durante el tiempo en que el sol ha inundado el suelo del cañón con su luz y calor, ella permanece en su fresca guarida excavada en la tierra.

Se detiene para cortar un tallo de hierba por la base, pliega la hoja verde en su mandíbula sin dientes. La hierba escasea cada vez más en estos días; el desierto se ha infestado de un nuevo enemigo, las reses domésticas. Sigue adelante.

De nuevo se detiene a olfatear una avellana caída en la arena, tiene el tamaño y la forma de una almendra cubierta de chocolate. ¿Mierda de rata? ¿De alce? ¿De sapo de río? Nada de eso, más bien estiércol de otra tortuga, extranjera y hembra. La vieja tortuga macho levanta la cabeza y curiosear, sus ancestrales ojos sabios y cómicos

brillan ahora con un tono superior, alerta, sus titilantes cuencas de luz carmín escarbados en una arrugada masa de cuero.

¿Dónde está ella?

La cabeza en alto, olfatea el aire. Pero las corrientes de aire proceden de su retaguardia, arrastrando no la dulce fragancia femenina de la hembra en celo, sino un olor brusco, vil, venenoso, de algo caliente que está quemándose, un ente que no está vivo pero que sin embargo se mueve, se arrastra hacia él desde una distancia extensa pero no inaprehensible. Ese olor es totalmente nuevo para las fosas nasales y los circuitos nerviosos de la tortuga macho, diferente por completo de todo lo que haya olido en catorce décadas y media de experiencia. Es un hedor todavía peor que el de una vaca y el de los excrementos de vaca. Rígida por la atención, el pico levantado y el cuello extendido las tres pulgadas que puede estirarse, la vieja tortuga macho registra su memoria y el inconsciente colectivo de la raza de los galápagos.

Ninguna pista.

Cambia la dirección del viento unos cuantos grados, amaina el oscuro olor hasta desvanecerse. Lo olvida de inmediato.

La tortuga baja la cabeza, acerca el hocico a la tierra en pos de alguna huella de la encantadora extranjera. Sus ojos se fijan en una cinta de plástico rosa que revolotea en lo alto de una estaca clavada en la tierra. De nuevo la vieja tortuga macho se detiene.

Siente una leve vibración en la corteza de la tierra. El suelo tiembla. De nuevo cambia el viento y de nuevo olfatea el áspero aroma violento de algo desconocido y ajeno a todo su mundo. Lo siente, lo huele, y ahora también oye cómo esa cosa se aproxima: un estrépito metálico que va *in crescendo*, cada vez más alto, un sonido tan extraño y sin precedentes como el aroma.

La vieja tortuga macho estira el cuello para mirar hacia atrás pero sólo ve las familiares espigas de artemisa con su floración púrpura en miniatura, la arena roja, las matas reseca de ichu arrasadas por el ganado, los invasores matojos de espigas. Sobre la salvia, más allá de los nubosos árboles, ve lo que podría ser una cortina de polvo levantándose lentamente hacia el firmamento.

¿Una manada de reses que avanzan? La tortuga del desierto registra su memoria. Puede que sean reses. Pero la pestilencia del ganado, aunque ciertamente sea nauseabunda, no se parece a lo que ahora huele. Ni sus diabólicas pezuñas producen el agudo chillido penetrante que horada sus oídos ahora.

El extraño. Un monstruo extraño, inimaginable, impredecible, acercándose paso a paso.

La tortuga agacha la cabeza y se apresura, se siente perseguida. Siente miedo. Es consciente al fin de un nuevo y definitivo peligro mortal. Tal vez debería echarse a un lado en pos de un refugio bajo la cornisa del arroyo o entre los enebros del talud, pero ese es un plan que no es capaz de discernir el cerebro elemental de una vieja tortuga. Obedeciendo a su instinto casero y a la costumbre, avanza por el camino conocido

rumbo a su profundo y resguardado escondrijo bajo el suelo.

Demasiado tarde.

Algo inmenso y amarillo aparece de repente detrás de la tortuga del desierto: hocico romo, ojos vítreos y cara quemada, mandíbulas de resplandeciente acero, eructando sacudidas de humo por un solo orificio nasal de metal abrasado.

El monstruo brama tras ella, pisándole el terreno vertiginosamente, empujando con sus pies de acero en un camino sin fin una ola de arena y tierra, piedras, pequeños árboles y destrozada artemisa.

La vieja tortuga vuelve la mirada atrás y trota hacia delante con sus pequeños pies arañosos, ve la cosa desconocida e irreconocible acercándose yarda a yarda, oye su gemido y su gruñido y el grito de su triunfo cuando arranca un árbol y lo echa a un lado, muerto por sus heridas, raspa el suelo para limpiarlo de toda vida, impone un gran surco ruinoso en la corriente que fluye. A diez pies de la tortuga, el monstruo ruga enfurecido, escupe una bocanada de humo aceitoso en el aire, y traquetea hacia delante.

Demasiado tarde para que la vieja tortuga despeje el antiguo camino. Demasiado tarde para que busque el santuario de la cornisa saliente. Echa un vistazo por encima de su caparazón por vez última, y ve la ola de tierra que avanza, el hocico romo de acero amarillo borrando la mitad del cielo. Demasiado tarde...

La tortuga se recoge en la tierra, esconde la cabeza, la cola y las cuatro patas cuando la ola de materia le pasa por encima y truena sobre su frágil caparazón. Su mundo se vuelve negro, toda luz se ha extinguido. Enterrada se siente como Atlas, el peso del planeta cargado sobre su espalda. Un peso terrible, un peso desmesurado al que, inmediatamente, sigue una masa vibrante de presión creciente que es mil veces mayor...

Arriba, en la luz y el polvo, el tractor trapalea, sin conciencia, indiferente a cualquier criatura viva que quede bajo su huella. El *bulldozer* resplandeciente empuja su cuchilla hacia otro montículo de tierra a este lado, al otro lado, sobre la hierba, dentro del lecho de la corriente y el agua limpia. La cuchilla se levanta, el tractor recula y se gira unos cuantos grados, y vuelve a retumbar avanzando. Un diminuto antropomorfo, con casco, enmascarado, ojos desorbitados, quieto en su puesto bajo un dosel de acero, fijado mediante sus manos enguantadas a un par de palancas, moviéndose con sacudidas ciegas dentro de la niebla de polvo, una pieza pequeña de la gran máquina...

El tractor avanza cañón abajo, guiado por una línea de rosadas cintas que se retuercen en estacas de delgada madera torneada. Dejando atrás el polvo que levanta y el surco de tierra alisada de diez metros de ancho, la máquina amarilla va empequeñeciéndose

en la distancia, el aullido de su motor se va apagando, el chasquido de lata de conservas de sus platos y piñones se debilita, se debilita cada vez más hasta que, ya lejos, no es más que una pequeña irritación en el aire.

La vieja tortuga macho no está. Enterrada viva. Embalada bajo la tierra compacta, monumento de las marcas de rodadura de una máquina de cuarenta toneladas de peso, el viejo galápago del desierto permanece ahora en la oscuridad, el silencio, un éxtasis firme y perfecto. Ni una gota de sangre ni una astilla de hueso, nada salvo la sombra de sus huellas queda para recordar su efímero paso sobre y a través de un pequeño mundo de luz solar y arena, agujeros de ardilla y agujeros de serpiente, hormigas leones, crótalos, arañas carnívoras y uropígididos, efedra verde y castillejas y opuntias y robles gambel y yucas de flores con forma de daga. Todo ello también ha desaparecido, allá abajo, cubierto y asfixiado por el polvo.

El silencio parece ahora total, la destrucción suficiente. Pero no es así. Unas cuantas millas detrás del *bulldozer*; aún inaudible pero visible desde la tumba de la tortuga, como la estructura de una pálida caja con los brazos erguidos, se acerca la máquina de verdad, el auténtico monstruo, la megamáquina que avanza cañón abajo a través de una nube de humo que ella misma va generando. Un motor de 120 pies de ancho y siete pisos de altura. La cumbre de su botalón principal alcanza los 22 pisos de altura, superando las paredes del cañón, más largo que un campo de fútbol. El cangilón excavador que cuelga en cierto punto del botalón tiene una capacidad de 220 yardas cúbicas —es lo suficientemente grande como para contener dos vagones de ferrocarril, ocho *bulldozers*, doce coches o un batallón de soldados en formación militar de tres filas. La máquina entera (con el cangilón vacío) pesa 27 millones de libras, o sea 13 500 toneladas.

¿Qué es eso? ¿Cómo podríamos denominar a esa criatura que apenas puede verse entre los velos de polvo y humo? Es la Excavadora Gigante, GOLIATH, la *gema de Arizona*, la Super Gema^[1], una dragalina rodante Bucyrus-Erie, la máquina móvil más grande del mundo.

¿Móvil? Sí, se mueve. No avanza sobre ruedas ni orugas ni sinfines, pero se mueve, avanza sobre un par de herraduras de acero montadas —una a cada lado— sobre el tubo circular que forma la base —o trasero o mononalga— de GOLIATH. Las herraduras tienen 130 pies de largo, se izan al unísono, se comban hacia delante, hacia abajo y hacia atrás, levantan la base a 80 pulgadas del suelo y avanzan catorce pies en cada rotación. La velocidad máxima es de 90 pies por hora. Un ritmo lento pero constante, sostenido por siempre —o hasta que falle la energía—. Muy lento sin duda, pero GOLIATH es un monstruo paciente.

Sólo una tortuga, no el más grande pero sí el más longevo de entre todos los animales, puede tener más paciencia. Mientras se prepara, seis pies bajo tierra, para la llegada de la bestia.

2. Doc y Bonnie en casa

Excúseme, trozo de barro ensangrentado, que me muestre tan suave y humilde con esos carniceros.

¿Quién dijo eso? Lo dijo Shakespeare. Bueno, Marco Antonio. Así que lo dijo Shakespeare mediante uno de sus personajes. ¿Y qué?

Dejó la bicicleta en una esquina del garaje, entre el coche y la pared. La bicicleta, como hacía a menudo, dobló la rueda delantera y se deslizó hacia el suelo. ¿A menudo? Siempre. No sería capaz de aparcar la bicicleta correctamente en la vida. Pero qué cojones, es sólo una pieza de aleación tubular de Yokohama. Con ruedas y accesorios —nada que ver con una verdadera máquina Zen—, pero sin el único accesorio que necesitaba de veras: la pata de cabra. ¿No le prometió Bonnie que le regalaría una por su cumpleaños? ¿El cumpleaños de ella? ¿El de Reuben?

Desató y sacó los paquetes que llevaba en el asiento del crío, montado sobre la rueda trasera de la bicicleta. Por suerte no se había roto nada, la botella de ginebra Bombay estaba intacta —era para él—, la botella de Mondavi para ella. Y la imprescindible lata de gaseosa para el chico.

La vie domestique, un papel de farsante para un filósofo quizás, pero lo aceptaba. Le gustaba. Hasta lo amaba a menudo. Incluso las pocas horas que pasaba a diario en la clínica traumatológica, por pocas que fueran, eran a veces demasiado. Echaba de menos a su chico. Echaba de menos a su mujer. Todos los días laborables.

Evitando la puerta principal, donde estaban el triciclo, los traidores camiones de juguete, excavadoras y cargadores que se esparcían por las baldosas como un campo de minas, optó por el pasillo que llevaba a la puerta del patio, una vez pasada la siempre peligrosa piscina —en la que un niño podía ahogarse en tres minutos—, y entró por la puerta corrediza de la terraza.—¿Hay alguien en casa? —gritó como hacía siempre que entraba, percibiendo el aroma del pollo marinado en el aire de la cocina, un rastro de forsitia por la ventana abierta que daba al jardín. Después de todos estos años y de toda aquella ginebra y aquel *bourbon*, todavía conservaba una buena, funcional y hermosa nariz. Otros órganos podían fallarle de vez en cuando pero su nariz firme e incondicional, rubicunda pero armoniosa, se comportaba como un recluta.

Oyó una respuesta musitada que procedía de la cocina, y miró a través del vano de la puerta y vio a Bonnie, agachada ante el horno, empujando algo con un tenedor. Como hacía a menudo cuando pegaba el calor, llevaba puesto un delantal... y nada más. Atado a la espalda, como estaba, él amaba-adoraba-le encantaba la manera en la que los cabos del lazo, perfectamente centrado, caían sobre la escisión de su trasero. Se quedó quieto en el umbral, observando como un adolescente salido y desesperado.

—Deja de babearme —dijo ella— y prepara unos tragos.

Sonriendo se liberó e hizo lo que le habían mandado. Cuando terminó de hacerlo se sentó en una silla. Con el tenedor en una mano, ella se sentó sobre sus muslos y le besó. Chocaron el cristal: la copa de vino rosado de ella contra el vaso lleno de ginebra e hielos de él.

—¿Dónde está Reuben?

—Con los Finley. Lo devolverán a las seis.

Tomó un trago largo de su martini.

—Entonces tenemos tiempo para uno rápido.

Ella se apretó contra él y le lamió en la oreja:

—¿Tú y quién más, viejo? ¿Tú uno rápido? Si te lleva cinco minutos acordarte de dónde la tienes que poner.

El chico irrumpió a la hora acordada, llenando la casa con su alegría ruidosa. Doc apenas tuvo tiempo de ponerse los tirantes antes de que Reuben se subiera en una silla y saltara a los brazos del viejo:

—¡Papá!

Supongo que ese soy yo, pensó. Y si no soy yo, ¿quién?, ¿de quién? ¿Y qué importa? No importa. Abrazó al animalito que se retorcía en sus brazos, lo besó y lo bajó. Reuben tenía tres años, un poco pequeño para su edad (como su madre) pero era rápido, vivido y ágil como una ardilla. También como su madre. Había heredado de ella el oscuro cabello cobrizo ondulado, sus grandes ojos de un azul grisáceo, las mejillas sonrosadas. Pero ¿dónde estaban los genes de Sarvis?, se preguntó de nuevo. Dónde sino en la nariz, esa napia orgullosa y prominente como el pico de un águila que eleva el alma de un hombre a aventuras cada vez más altas, nobles y valerosas. Mi chico. Un poco de la curva semítica en el tabique nasal, por supuesto, procedía también de su madre. Le daba al muchacho la apariencia de un joven príncipe árabe. A punto de montar su caballo.

Los asirios llegaron como el lobo al redil,
sus cohortes relucían de púrpura y dorados, ¿eh?

Sí.

Bonnie, vestida de rojo, verde y dorado, blusa dorada, pantalones verdes, una faja roja sobre su todavía esbelta cintura, llegó procedente del dormitorio principal. A ojos de Doc, a ojos de cualquier hombre, era la visión del deleite. Los años y el tímido exceso del sol del desierto habían dibujado arrugas en sus ojos, blanqueado la intensa caoba de su pelo, quizás también endurecido la piel en la base de su garganta. ¿Cuántas veces le había insistido él para que se protegiera el cuello poniéndose un fular? Le recordaba los agujeros en la capa de ozono, el efecto invernadero, los peligros del cáncer de piel. ¿Con qué resultados? Ella era hermosa. Y hacía lo que le apetecía.

El pequeño Reuben la alcanzó en medio de la escalera, gritando otra vez. Ella se agachó a abrazarlo, lo alzó retorciéndose como un gato, lo llevó abajo y entraron en la cocina, donde Doc repartía por la mesa de tosco pino platos y cubiertos, una copa de vino, una jarra de cerveza y una irrompible taza sintética llena de leche para el chico. Leche de vaca. Los pechos de Bonnie lucían tan abundantes como siempre pero ella había dejado de darle la teta al chico hacía un año; el secreto de la *liebfraumilch* era que estaba guardando para el próximo. ¿El próximo? Así es, Bonnie Abzug estaba embarazada otra vez. Primer trimestre. El segundo y último, y nunca más, juró ella. No cabía duda acerca de eso, Bonnie estaba satisfecha. Uno en el suelo y uno en el horno.

Su polinizador personal, su *viejo verde*^[2], Alexander K. Sarvis, M.D., F.A.C.S., profesor de Pediatría en el Colegio de Medicina de la Universidad de Utah, Salt Lake City, se sirvió una birra y se sentó a la mesa.

—Tengo hambre —dijo—, vamos a comer. Siento como si alguien me hubiera echado una carrera alrededor de la manzana, dos vueltas.

—Querías uno rápido —dijo—, tuviste lo mejor de la ciudad.

—Un súcubo del cielo —admitió él—. Me hago una idea, aunque todo el asunto fue planeado. Siempre que te veo con ese delantal sé que me voy a meter en problemas y trabajo forzoso.

—¡Trabajo forzoso! —se echó a reír ella—. Yo hice todo el trabajo.

—Pero soy yo el que está cansado.

—*Mutter*^[3] —dijo el chico—, ¿de qué está hablando Papi?

—No sabe de qué está hablando, ¿verdad, Papi?

—Así es y no me importa si de verdad quieres averiguarlo, mi pequeño Reuben, coleguita, leerte un libro. Cuando estés listo para irte a la cama, ¿vale?

—¿Qué libro?

—Bueno, ¿qué te parece *Rapunzel*? ¿*Blancanieves*? ¿*Caperucita*?

—Nada de ñoñerías —dijo el chico—, quiero acción.

Doc le sonrió a Bonnie mientras ella depositaba la cazuela de pollo horneado en la mesa.

—¿Ves lo que quiero decirte? Los chicos son diferentes de las chicas.

—Condicionamiento cultural, condicionamiento cultural.

—Y cuanto más grandes se hagan, más grandes las diferencias.

—Y todo ello es por el condicionamiento cultural.

—¿A los tres años?

—A cualquier edad.

Doc sonrió colocando un babero en el cuello de Reuben. Habían estado discutiendo años y años acerca de ese tópico. Una discusión circular. Finita pero interminable. Como muchas otras diferencias de opinión entre —o en medio de— los varios sexos americanos. Nosotros, hombres blancos, pensó, sola, fuente de todo mal, y ellos, los otros, aquellos que forman parte de las diversas Minorías Oficiales. Entre

las que estaba, sin duda, el sexo femenino. Sólo en América podían las mujeres pedir que se las considerase un grupo de minoría oficial con todos los privilegios que les correspondían por ello. Sin dejar de sonreír desmenuzó una patata, y cortó el pollo de Reuben en pequeños trozos seguros.

—¿Y esa sonrisita satisfecha a qué viene ahora?

—¿Quién, yo?

—Sí, tú.

Reuben se sacó el babero por la cabeza y despreocupadamente lo tiró al suelo. Atacó con feroz tenedor su carne.

Tras responder a su mujer con la capa más superficial de su mente, el buen doctor pensó, más abajo, en un nivel más profundo, masculino: «Sí, es cierto, es cierto, hace falta paciencia para apreciar la beatitud doméstica».

—Bla bla bla —dijo ella.

Al menos no tenía que discutir con George. Cualquier cosa era mejor que tratar de razonar con George Washington Hayduke.

—No has conseguido responder a mi pregunta, sabihondo.

Respondió a la pregunta con otra banalidad evasiva, mientras pensaba qué haría George si supiera lo del cañón Radium. ¿Qué haría con respecto al cañón Paraíso Perdido?

—¿De qué está hablando Papi, Mutter?

—Ni él sabe de qué está hablando, querido. ¿No es verdad, Papi?

—Del género, cariño, del género. De cómo conseguir que el género... sea más tierno.

¿Qué haría si supiese de GOLIATH?

En la cama. Enfrentados al tubo silencioso, suaves caras rubias mormonas diciendo tonterías sobre el clima, el baloncesto, el crecimiento de Salt Lake, esto o lo otro o lo de más allá, cualquier cosa. Con el volumen a cero Doc y Bonnie miraban las cabezas perfectamente peinadas posando como marionetas detrás de una curvilínea barrera de plástico o de una recepción o de un mostrador de cualquier cosa, sonrisas alegres y ojos vacíos mirando el ojo rojo de la cámara. La televisión, como los niños, debía mirarse pero no escucharse.

Doc sostenía el aparato de mando a distancia en la mano. Un buen invento de la era televisiva.

—¿Por qué estoy tan cansado? —se quejó—. ¿La apago?

—Te tomas a tus pacientes demasiado en serio.

—Se están muriendo la mayoría de ellos. O bien no tienen nada, sólo que sus madres tienen demasiado dinero y nada de lo que ocuparse. De todas formas estoy cansado. Quizá es que me hago viejo.

—Eres viejo pero no estás muerto. —Ella se acarició el vientre—. Mira, tócalo.

Lo tocó. Pasó su mano grande y lisa por el ligero pero ya discernible bulto.

—¿Cómo lo llamaremos?

—Deborah.

—¿Y si es un niño?

—Es una niña. La llamaremos Deborah. Como mi tía Sally.

—Tu tía Sally se llama Sally.

—Su madre se llamaba Deborah.

—Ya. Pero supongamos que es un chico. Otro Reuben.

—¿Qué pasa con Reuben?

—Que es un buen nombre para un sándwich.

—¿Qué pasa con Reuben?

—No pasa nada con Reuben. ¿Quién ha dicho que pase algo con Reuben? Es muy bajito, eso es todo.

—Es tu hijo.

—Mi hijo bajito. ¿Qué te hace estar tan segura de que lo próximo será niña?

—No es lo próximo, es lo último. Y sé que es una niña.

—¿Pero cómo lo sabes?

—Sólo lo sé.

Ella miraba la televisión. Las joviales cabezas habían desaparecido un instante y habían sido suplidas por una confusa imagen de jóvenes hombres y mujeres que intentaban subir un cercado protegido con alambre. *Demonifestantes*. ¿Vienen de demonio? Agitadores.

—Lo sé —murmuró ella.

—Intuición —dijo. Sabía perfectamente qué conseguiría si seguía con el interrogatorio, pero no podía hacer nada por detenerse—. Te lo dice tu intuición.

—Sin duda.

—Tus análisis de sueños.

—Además. Sin duda.

—Tus cristales mágicos.

Una pibón alta con larga melena negra y salvaje hacía ondear una bandera ante las cámaras de televisión. Llevaba unos Levis cortados, vergonzosamente cortos, y una camiseta blanca entallada. Tanto la camiseta como la bandera lucían el mismo emblema misterioso: un puño verde inserto en un círculo rojo sobre un fondo blanco. Los colores latinos.

—¿Cristales? —dijo ella irritada—. Dejé esas tonterías hace un año. Mira a esa puta. ¿Qué está haciendo?

—Tiene buenas piernas —dijo él—. Unas mamas bien desarrolladas. Una estructura facial genéticamente sana. Un dichoso espécimen de la raza en la flor de la vida reproductiva. Nunca me lo contaste.

—¿Nunca te conté qué? Mírale. Míralos. ¿Qué están haciendo?

—Nunca me contaste porque dejaste los cristales. ¿Puedo apagarla?

—Espera —dijo Bonnie.

La imagen cambió. Dos hombres discutían ante un micrófono, una multitud de gente sentada, algunos de pie, tras ellos. Algunas de las caras del respetable, fuera de foco, parecían contraídas por la cólera. ¿Desprecio? ¿Burla? Ambos hombres les resultaban familiares. Distantemente familiares, como intimidades de una remota pre-encarnación.

—¡Doc! —dijo ella—, ¡mira!, ¡ese es Seldom!, ¿verdad que sí?

Doc abrió los ojos dirigiéndolos a la turbia pantalla. Sostenía la cámara —o la hacía traquetear— una mano poco profesional. Pero él pudo verlo, o pensó que podía verlo, la huesuda faz angular, la piel marrón con la frente pálida (donde quedaba señalada la línea del sombrero), el enmarañado y despeinado pelo de color paja, las ropas desaliñadas —la corbata torcida, el cuello de la camisa excesivo, la chaqueta arrugada y desastrada— de alguien que sólo podía ser el mismísimo Smith. Seldom Seen Smith^[4]. El viejo Seldom mismamente. Siempre hablando, siempre metido en una discusión con cualquiera.

—¡Y mira! —gritó Bonnie, la emoción le hizo levantar la voz—, ¡ese otro tipo, el gordo con el sombrero ranchero, el que está masticando en aquel pedrusco! Riéndose. ¿No lo conocemos? No es...

El doctor Sarvis apretó el botón que apagaba la televisión. La imagen desapareció succionada por el agujero negro del espacio electrónico. Extinguida de golpe. «No, no los conocemos», pensó.

—Cansado —murmuró—, estoy muy cansado.

—¡Doc!

Le arrebató el cacharro negro y apretó el botón para volver a obtener la imagen. Lentamente, con alguna queja entre la danza del torbellino de unitarios e impredecibles *quantos* de partículas subatómicas —¿olas subnucleares?— trascendentales ondículas subhipotéticas, una imagen fue formándose, reensamblándose por sí sola, cobrando color y forma y una apariencia trivial de animación humana.

Cuatro. Las cuatro petulantes cabezas tan listas seguían sentadas allí, mostrando al sonreír sus bien cepillados dientes, con peinados esculpidos con tanta precisión como pelucas en una tienda de pelucas, barajando papeles con sus manos higiénicas, sus uñas limpias y limadas, enceradas y perfectas.

Bonnie cortó la emisión. Silencio. Oscuridad.

—Doc —dijo ella—, ese era Seldom. Era él.

—¿Quién?

—Me has oído. Seldom Seen. Está haciendo algo.

—No he oído hablar en mi vida del tal Seldom Seen. Duérmete, mi amor.

Se quedó callada un minuto, tratando de dormirse. Se reincorporó.

—No puedo.

—¿No puedes qué?

—No puedo dormirme.

—Seguro que puedes, cariño.

Le acarició el hombro, luego el vientre levemente hinchado. Fingió un enorme bostezo.

—Cansado, cansado —murmuró—, estoy tan cansado...

Bonnie permaneció en silencio, mirando el sombrío techo. Dos minutos.

—¿Doc...?

Un ronquido suave a su lado.

—¿Doc... estás dormido?

Él se estremeció, se giró, suspiró:

—¿Eh...? ¿Eh...?

—¿Crees que Reuben está bien?

—¿Quién?

—Reuben

—Estabas hablando de Seldom.

—Bueno, ahora hablo de Reuben. ¿Crees que está bien?

—¿Qué tiene de malo?

—No es eso lo que te pregunto. No hay nada de malo. Lo que yo digo es que si tú crees que está bien.

Doc ponderó la pregunta. Pensamiento lineal, pensó. Debo mantenerme en el pensamiento lineal. Aprender a que se imponga el mecanismo del lóbulo derecho de mi cerebro. ¿O era el izquierdo? Mantener en formación mis cristales. Taponar cualquier intuición medular, derribar el más mínimo asomo de percepción extrasensorial.

—¿Y bien...?

—Pienso que está bien —dijo—. Un poco bajito, quizás, para los niños de su edad, pero por lo demás todo bien. Activo, alegre, salud de hierro.

Hubo una pausa. «Paz», pensó.

—¿Quién es?

—¿Qué?

—Por favor, danos un poco de paz.

—Eso es lo que te estoy preguntando, por el amor de Dios, ¿quién?

—Creí que estábamos hablando de Reuben. ¿No me has preguntado por Reuben, por los clavos de Cristo?

—¿Y qué si lo hice? Es de Seldom de quién te estoy preguntando. Y no vuelvas a jurar en mi cama.

—Lo siento. —Se giró hacia su lado, acomodándose para dormir—. Estoy cansado —murmuró.

—¿Qué crees que le pasa? —dijo ella—. ¿Crees que se ha metido en un lío?

—Está bien. Un poco bajito, eso sí, pero...

—¿Qué haría George si estuviese aquí?

¿George? Se encendieron las alarmas en su corazón.

—He dicho George, ¿quién si no? ¿Qué haría él?

—George se fue —dijo. Y gracias a Dios que lo hizo. El solo hecho de pensar en Hayduke aflojó algo fundamental en sus entrañas.

—Ya lo sé. Pero supón que no lo hizo. O supón que ha vuelto.

—Se fue. No lo volviste a ver nunca. Se fue.

—Pero sólo supón...

—Supón que nos dormimos, cariño.

Cerró los ojos herméticamente, con la esperanza de dejar fuera la visión interior. Difícil.

—Te quiero, cariño —murmuró él, fingiendo que se dormía—. Te quiero también.

Los ojos cerrados, rígidos como piedras: Doc permaneció despierto. Estaba aterrorizado. Sí, quizás era hora de emprender su largamente pospuesto y postnupcial viaje de luna de miel a... ¿Italia? ¿Las islas griegas? ¿La Provenza? ¿Mallorca? Liverpool, Hamburgo. Volgogrado. ¡A cualquier parte!

3. La Audiencia

La sala de la Audiencia estaba abarrotada. Empetada. Empetada hasta arriba con los cortesanos del reverendo, sus empleados, sus lacayos serviles, sus familias y sus amistades. Todos mormones. Y de una pareja mormón decente se espera que críe como mínimo una docena de niños. Una ley no escrita de la Iglesia, la única Iglesia verdadera que hay aquí, en las Tierras del Deseret.

En la larga mesa sobre el estrado, de cara a la muchedumbre, están sentados los Trajes, es decir, los hombres importantes vestidos con sobrios trajes de negocios que presiden siempre esta clase de asuntos: los comisionados del Vertedero del Condado, los representantes de la Oficina de Ganadería y Minería, del Servicio Nacional de Aparcacoches, de los Bosques Porcinos de los Estados Unidos, del Departamento de Entropía, y del Departamento de Juegos y Pescadería; y los portavoces de la industria privada, en este caso dos caballeros asentados en Denver que presentan las vistas de la Nuclear Syn Fuels Ltd., un consorcio multinacional que tiene sus cuarteles generales en Bruselas y otras sedes esparcidas por todo el globo terráqueo.

Nuestro globo.

Los Trajes habían terminado mucho antes sus presentaciones. Echando un vistazo a sus relojes de pulsera —uno de los hombres de Denver llevaba seis, tres en cada muñeca, para saber la hora de diferentes husos horarios— y luego a las cámaras de TV, atrapados por las luces de alta intensidad, la inevitable exposición al público, estaban esperando, calvas relucientes, que concluyesen los testimonios no solicitados de ciudadanos comunes. Estos, los que no habían sido invitados ni bien recibidos, deberían ser cortados sobre las cinco de la tarde, hubiesen terminado o no. Junto a los médiums de los media, formaban la minoría irritante.

También estaba J. Dudley Love, comisionado de un condado vecino, reverendo de la Iglesia, propietario de la más grande flota de transportistas de mineral del estado, ganadero a tiempo parcial, por las noches ladrón de las ancestrales tumbas de los indios, importante propietario minero y, en la región de las Cuatro Esquinas (Utah, Colorado, Nuevo México, Arizona) especulador de concesiones mineras en favor de *Holdings*, propietario de un motel, propietario de un restaurante, propietario de una línea aérea de vuelos chárter, miembro del consejo asesor de la Oficina de Ganadería y Minería y del consejo asesor del Departamento de Entropía, aspirante al Congreso de los Estados Unidos, a la mansión del Gobernador, al Senado de los Estados Unidos, al Reino de Dios, padre de once chiquillos (sólo once; un punto delicado) y antiguo pobre chaval que empezó su carrera como mugrero en «Mi Vida», la mina de uranio de Charlie Steen. El más grande. Love era también uno de los principales inversores en GOLIATH, la primera niveladora gigante y dragadora móvil que se hubiera soldado, atornillado y montado nunca en el interior de las

Montañas del Oeste. Le enorgullecía mucho cada una de estas hazañas pero más aún le enorgullecía, quizás, su audaz y rejuvenecido corazón. Hubo una época, sí, sólo hacía unos años, en la que, bajo la influencia de un matasanos, cirujano del corazón, y su descarada concubina judía de grandes pechos, el corazón de Love se había ablandado, prácticamente había muerto, empezó a sangrar por cosas como los enebros y los zorros y los asteres de color púrpura y las tortugas del desierto. Una mala racha de vergonzosa debilidad —menstrual, climatérico, llámalo como quieras— en su vida. Pero con la ayuda de la Iglesia, gracias a sus compañeros rotarios, gracias a los chicos del Equipo de Búsqueda y Rescate, gracias a las oraciones y a Dios y a Jesús, se logró reponer, se había reformado, había renacido de nuevo con un corazón duro y vulcanizado, una vez más de nuevo, el hombre más grande en todo el puto y maldito territorio del cañón. El nuevo Love. El Love real. El Love definitivo.

Este Love en concreto era el que había sido llamado a testificar a las 4.45. Debía ser la última voz y el rostro final que captaran las grabadoras Nikon, los micrófonos y las cámaras de TV, que lo llevarían lejos, encapsulado en video, para que lo viera el público. Esa había sido su solicitud privada al presidente de la audiencia (J. Marvin Pratt, compañero comisionado) y se le había garantizado como mera rutina.

Mientras tanto se mantuvo el tedio durante una hora. Uno por uno se levantaron los miembros de la audiencia, citados sus nombres de una lista, y tímidamente murmuradas sus pocas y humildes palabras. Dentistas, abogados, operadores mineros, un editor local de periódico, rancheros, el *sheriff* del condado, propietarios de tiendas de camiones, tenderos, contratistas de la construcción, administradores de colegios, oficiales de la autopista, oficiales del Estado y la Cámara de Comercio del condado, un congresista, dos legisladores del Estado —los dignatarios, como de costumbre, los escucharon todo desde el primero al último, por orden de rango—. En la última hora, les tocaba el turno a unos mineros, a unos cuantos camioneros, incluso a un vaquero y a una enfermera diplomada, cada cual tenía que soltar su trozo. Se les asignó dos minutos a cada uno. Salvo dos de ellos, los demás repitieron sus palabras haciendo suya la sabiduría de sus superiores. Sí, estaban de acuerdo, las nuevas minas de uranio crearían nuevos puestos de trabajo. Sí, necesitamos industria aquí para que nuestros hijos no tengan que marcharse a buscar trabajo a California o a Salt Lake City (cada uno de ellos tan cerca y tan dejado de la mano de Dios como el otro). Sí, necesitamos la base imponible. Sí, queremos crecer. ¿Crecer? Sí, como esa máquina gigante que tienen, la tal GOLIATH, queremos que nuestro condado crezca también. Hemos estado abandonados demasiado tiempo. Que los amantes del desierto se vayan a otros sitios, tienen todo el Gran Cañón para perderse y disfrutarlo a sus anchas.

¡Cielos! ¡La alegría de la unanimidad!

Llamaron a la enfermera, una tal Kathy Smith. Una fornida mujer de cara rojiza, madre de dos criaturas, que llevaba unos pantalones de un granate brillante demasiado ajustados para su ancho culo, el pelo rubio color lejía recogido. Empuñó el micrófono y observó a la gente, demasiado enfadada para discursos.

—Siéntense —mandó un hombre desde la fila de atrás.

—Siéntense y cállense —sugirió otro.

¡Bien hecho! ¡Aplausos!

La mujer miró a sus contrincantes.

—Qué vergüenza, Duane Bundy. Qué vergüenza, Eldum Stump. ¿Dónde están vuestros modales? Vosotros habéis hablado, y ahora es mi turno y lo que digo...

—Lo hemos oído antes.

—Lo que digo es que el uranio es veneno. Veneno mortal. Se queda en el aire, se queda en el agua, se queda en el suelo...

—Se queda en tu pelo. (*Risas*).

—... se queda en vuestro pelo, se queda en los huesos de nuestros hijos. El estroncio causa leucemia aguda, afecta a la médula, mata a la gente. Sobre todo a los niños y a los jóvenes, ellos casi siempre...

—Si Dios no hubiera querido darnos las minas de uranio, ¿por qué Él las puso en nuestra tierra?

—... casi siempre es fatal para los jóvenes. ¿Qué? ¿Dios? Si Dios hubiese querido uranio, ¿por qué lo habría escondido a cuatrocientos pies de la superficie? ¿No es como si fuese algo de lo que se avergonzara? (*Protestas. Abucheos*). Ese agujero de mina desnuda tendrá una media milla de ancho. El vertedero de residuos alcanzará ciento cincuenta pies de altura. Nada volverá a crecer nunca allí. La corporación belga quiere extraer el uranio, procesarlo en nuestro patio, llevarse unas miles de libras de concentrado y dejarnos a nosotros un millón de toneladas de residuos radioactivos y un pozo de limo del tamaño de diez campos de fútbol lleno de gas radón. Gas radón.

El oficial de la audiencia la interrumpió.

—El nombre correcto para la mina desnuda, señora Smith, es mina de superficie. No mina desnuda. Se trata de una mina a cielo abierto de lo que hablamos, no de desnudar a una mina, que es algo que hacen para sacar carbón en Ohio. Cuide su lenguaje, se lo ruego. Aténgase a los hechos y trate de no emocionarse. Por lo demás, sus dos minutos han pasado. Veamos pues quién es el próximo...

—Espere un momento, sólo he empezado. En cuanto al radón...

—Ha agotado su tiempo, señora Smith. —Consultó la lista de nombres—. Le toca el turno a Joseph F. Smith. —Miró hacia la gente—. Smith, ¿está ahí?

—Terminaré lo que estaba diciendo, J. Marvin, tanto si le gusta como si no —la enfermera se aferraba al micro—. Y lo que he venido a decir es esto: no podéis cocinar con gas radón. El gas radón os cocinará a vosotros. Sólo pensad en lo que os he dicho, camaradas, y cuando se haya acabado este *boom* del uranio podremos hablarlo tranquilamente en la enfermería. (*Grandes carcajadas*). Para entonces estaréis atados a bombonas de oxígeno. Les doy las gracias, amables compañeros, por su educada atención.

Envuelta en una tormenta de abucheos, protestas, silbidos y risas, Kathy Smith

emprendió el camino hacia su asiento en la tercera fila y se encontró con los grandes pies embotados de un sonriente ranchero que estaba sentado detrás. No hizo amago de quitar los pies del asiento. Las punteras agudas de las botas dirigidas hacia arriba como puntas de lanza. La señora Smith las empujó para inclinarlas hacia un lado y una vez que las botas estuvieron en posición lateral plantó su ancho culo sobre los pies del hombre. Había sido cazado como un zorrillo en una trampa para alimañas.

—¡Smith! —gritó el oficial de la Audiencia—. Última llamada.

Un desmañado larguirucho de mediana edad con una chaqueta desastrosa, cuello excesivo y corbata mal ajustada se acercó al micrófono. La mopa de su pelo arenoso había sido aplastada con agua y, aunque había sido peinada cuidadosamente unas horas antes, ahora tenía un aspecto repelente: el flequillo le colgaba sobre las cejas, un mechón de pelo se había levantado en la parte trasera de su cabeza como un brote de mala hierba.

Ajustó el micrófono levantándolo un poco y se presentó:

—Mi nombre es Smith —dijo. (*Abucheos vigorosos*). Sonrió—. Supongo que ya me conocéis. Para quienes no, ahí fuera, detrás de la televisión, mi nombre es Seldom Seen Smith. Soy de Utah y soy un buen mormón y me gano la vida con el negocio del turismo. Soy un vaquero.

—Eres un vómito antinuclear —dijo una voz entre la gente.

—Puedes apostar tu vida. La industria del uranio ha dañado el sur de Utah hasta casi arruinarlo. Ahora quieren cargarse la franja de Arizona. Me opongo. Yo...

—Tú eres el opositor, Seldom, estás oponiéndote siempre a todo.

—A casi todo. —Sonreía, movía la cabeza para apartarse el flequillo de los ojos. Continuó—: Esta maldita industria atómica que se ha instalado en nuestro territorio cavando minas a cielo abierto, cargándose carreteras por todas partes, matando las truchas de nuestros ríos, envenenando los depósitos de nuestra agua, secando nuestras fuentes, matando la naturaleza, dejándonos basura, chatarra, residuos mineros, millas de vertederos radioactivos por todas partes, llevándose sus beneficios a Nueva York, Londres y Tokio y la feliz París y no dejándonos a nosotros nada que no sean mineros con cáncer de pulmón y tareas de limpieza por valor de diez millones de dólares que nuestros hijos tendrán que pagar. Les estamos robando a nuestros hijos una vida decente para comprarnos cruceros de cabina y casas desmontables de California.

—Nuestros hijos necesitan trabajo —gritó un contrincante.

—Pues paren de parir tantos niños —replicó Smith.

Hubo un momento de silencio conmocionado. Luego se alzó un coro de protestas:

—¿Qué? ¿De qué vas? ¿Genocidio? ¿También estás en contra de los niños? ¿Quieres cargártelos? ¿Cuántos hijos tienes tú, Smith?

—Siete —admitió—. Siete pequeños diablos. Pero tengo tres esposas. Así que eso da dos críos y pico por esposa.

(*Risas. Abucheos. Aplausos impacientes*).

El presidente golpeó con su mazo.

—Silencio. Vamos a guardar un poco de orden. Dejémonos de emociones. Smith, trate de atenerse al tema que nos compete. Y el tema que hoy nos compete es si se le permite a Syn Fuels Limited abrir una mina y darle trabajo a la gente. Trate de no ponerse emotivo, Smith. Aténgase a los hechos y no interrumpa a sus vecinos cuando quieran hacerle alguna pregunta, por favor. De acuerdo. Sus dos minutos han pasado y ya es hora de ceder la palabra al testimonio final.

J. Marvin Pratt levantó la cabeza buscando entre la gente a su viejo colega el reverendo J. Dudley Love.

—Muy bien, pero tengo que decir una cosa más —concluyó Smith—, y esa cosa es que estoy de acuerdo al ciento cincuenta por ciento con mi mujer Kathy —y señaló a la gran y terca mujer que se había sentado sobre los torcidos y maniatados pies del vaquero—. Cuando ella dice que el uranio es peligroso para los niños y para las demás formas de vida ella sabe muy bien de lo que está hablando. Porque si yo fuera la mitad de inteligente que mi mujer sería el doble de inteligente que... —y se reía— ese reverendo Love de allí.

(*Aplausos. Abucheos. Restringida ovación*). Observaciones punzantes: «Muy bien ese Smith, no es tan idiota como parece». «Nadie puede ser tan idiota». «¿Dos críos y pico por esposa?». «Eso daría seis niños normales y uno repartido al 33 por ciento». «Ese es el que debe haber salido al padre»...

Todavía sonriendo, sombríamente, se encaminó a tuestas hacia su mujer a través de una multitud vociferante que ahora se ponía en pie a su paso, las manos aplaudiendo como pingüinos atacados por el pánico, mientras la impresionante figura del reverendo Love avanzaba hacia el estrado.

Los dos hombres se cruzaron y el reverendo musitó, mostrando su sonrisa de cocodrilo:

—Smith, voy a aplastarte como a una manzana.

—¿Qué? —dijo Smith, confundido en el barullo.

El reverendo llegó al micrófono. Lo cogió como si fuera el pescuezo de un pollo, y tiró hacia arriba hasta colocarlo un pie más alto. Un graznido estalló en los altavoces. El reverendo inspeccionó la sala de la Audiencia, los aplausos de la multitud aún puesta en pie, las cámaras encendidas, los reporteros atentos, las complacientes y satisfechas caras de los Trajes situados detrás de la larga mesa a su lado. Por fin, uno de los de su equipo había recuperado su territorio.

El traje del reverendo, naturalmente, era un poco diferente del de los otros. Los otros llevaban traje de ejecutivo, algunos con chaleco; él llevaba atuendo de ganadero del Oeste, hecho de gabardina plateada con botones de cuero y una horquilla detrás, las solapas altas y agudas, los bolsillos cosidos por fuera con ribetes rojos. En lugar de la corbata habitual llevaba puesta una corbata de lazo —conocida por «bolo»: un anillo de cuero trenzado que pasaba alrededor del cuello de la camisa y por medio de un corchete por la parte inferior de un broche—. El broche —o bolo— consistía en esta ocasión en una cuña de plástico transparente que contenía un escorpión muerto

montado sobre una base de pulida blenda negra (uranio 235) con forma de flecha. Las puntas sueltas del lazo, colgando, estaban rematadas en plata pura. Su camisa y los puños tenían botones de perla. Para sus botas Tony Lama de tacón alto, hechas a mano, se utilizó piel de un lagarto de Komodo (raro y en peligro de extinción). Sobre el cabello plateado de su cabeza con forma de olla llevaba un plateado Stetson XXX con ala de tres pulgadas (se negó a quitárselo), que, como su traje, como su panza, como su forma de andar, daba idea de sus maneras de productor.

Love:

«Love, Love, Love», pensó Smith, apreciando aquella absurda manifestación de vanidad reticular, «¿cómo te las arreglas para estar en todas partes? Reverendo Love, J. Dudley Love, consigues que la hierba se vuelva gris, reverendo Love».

Su esposa y él se encaminaron hacia la puerta. Sabían lo que Love iba a decir. Lo habían oído muchas veces antes, de Love y de miles de hombres como Love, en los periódicos, en la radio y en la televisión, en los semanarios, en el hemiciclo del Congreso y en las Cámaras de Comercio, en labios de pequeños niños que volvían a casa del colegio repitiendo la lección del maestro:

Crecimiento. Vamos a crecer. Vamos a ir y a crecer, crecer siempre, a lo ancho, a lo alto, adelante, creceremos con GOLIATH, por el Dios del País y por Love...

—Amigos —bramó Love elevando ambas manos para pedir orden y sosiego—, mis buenos amigos del sur de Utah y de la franja de Arizona, escuchadme, sólo necesito un minuto, como cualquier otro soltaré mi pequeño discurso y os dejaré ir. (*La gente volvió a sus asientos*). Gracias. Hemos escuchado muchas cosas hoy, en especial en los últimos diez minutos, hemos escuchado a esos buenos vecinos nuestros, señor y señora Kathy Smith (*risas*) sobre lo peligrosa que es la industria nuclear. El uranio es veneno, han dicho. Bien, quiero deciros, amigos míos, algo muy diferente: ese uranio a mí me huele como huele el dinero. (*¡Ovación!*). Huele como huele el trabajo. (*Más aplausos*). Cientos de trabajos para los condados de Hardrock y Landfill y a través de todo el norte de Arizona. ¿Cientos? Quiero decir miles. (*Atronadores aplausos*). Y bien, nos dice el buen Smith que tiene siete niños. Siete niños de tres esposas. (*Risas*). Bueno, amigos, vosotros sabéis como sé yo que eso no es nada. Yo sé que la mitad de vosotros tenéis doce hijos. (*Gritos de Amen*). Porque se da el caso de yo tengo once y yo y mi señora... —aquí hizo un guiño—... estamos buscando el que hace doce. (*Risas. Ovación*). Bueno. Y por qué me huele a mí tan bien esta Syn Fuels. Me huele a trabajo. Me huele a dinero. No me importa deciros, amigos, que me gusta ese olor. (*Alborozo*). Sí, señor, me gusta el olor del dinero. No necesitamos más eso que llaman naturaleza, sólo es capaz de atraer a los ecologistas. Como un caballo muerto atrae sólo a las moscas. Por aquí nos almorzamos a los ecologistas, ¿no es verdad, chicos? (*Gritos de conformidad*). Porque no hay mucho más que comer, ¿no es verdad? (*¡Verdad!*). ¿Veneno? Eso dicen. ¿Cáncer? ¿Leucemia? Escuchad, amigos, estoy aquí para deciros que si un hombre no le teme al olor del uranio, no teme al olor del radón. Porque he vivido aquí toda mi vida y he

trabajado en las primeras minas de uranio y aquí estoy todavía y no alumbro en la oscuridad (*risas*) y por todos los diablos estoy feliz como un cerdo en el paraíso de los cerdos. (*Acaricia la ampolla de digitalina en el bolsillo interior de su chaqueta, cerca del corazón*). Algunos de nosotros no vamos a hacer caso a ese discurso aterrador sobre cáncer y radiaciones. De hecho yo estoy aquí para deciros, mis amigos, lo que la mayoría de vosotros ya sabe: que la radiación es buena para vosotros. (*Murmullo de voces felices*). Esa es la verdad, y lo diré de nuevo, la radiación es realmente buena para todos. ¿O qué pensáis que es la luz del sol? Radiación. ¿Qué es si no ese mismo viejo sol? Una gran y vieja planta nuclear en constante ebullición, que nos dispara todos esos rayos de dorada radiación que consiguen que la hierba crezca, las plantas den flores, los cerdos sean felices y las nubes se llenen de lluvia. Sí señor, la radiación es buena para todas las cosas. ¿Qué sabrá ese Seldom Seen Smith? Nada, eso es lo que pasa. Él es la clase de chaval que se cae en un barril de tetas y se sale para chuparse el dedo. ¡Un tipo ignorante! (*Aplausos*). Y su esposa, bueno, esa Kathy, es una buena mujer, es una buena enfermera, pero siento decir que está muy desinformada acerca de la radiación. Porque lo tiene todo al revés. Y esto lo puedo probar. Aquí y ahora. Dejadme que os enseñe algo...

El reverendo Love registró su chaqueta y de un bolsillo interior extrajo un pequeño trozo de carnotita —una desmenuzada muestra de uranio de color amarillento, altamente radioactiva—. Lo alzó para que todo el mundo pudiera verlo.

—Esto es carnotita, amigos. Esto es lo que vamos a extraer en esos grandes cañones que están en las afueras del Gran Cañón. Vosotros sabéis como sé yo que la industria del uranio está en plena crisis ahora, que los negocios nucleares en América se están yendo al garete, que los perros ecologistas están consiguiendo cerrar las plantas nucleares, pero este mineral es tan rico, amigos míos, tan puro, que aunque este pastel amarillo bajase a diecisiete la libra merecería la pena sacarla. Bajad el precio a diez la libra y todavía se pagará la carnotita. Porque Europa la quiere si nosotros no. Y Japón, y Brasil, y muchos otros países. Es un negocio redondo, hermanos. Es oro radioactivo.

(*Murmullos de aprobación*). Love señaló a uno de los de su equipo en la primera fila. El compañero le alcanzó un contador Geiger portátil, alimentado con batería, con una sonda y un cable. Love puso la caja negra del dispositivo sobre el estrado, al alcance de la vista de todos los de la sala, lo encendió. Con una mano sostuvo la sonda cromada y con la otra el trozo de roca de color azufre. Un chasquido fuerte se oyó de inmediato.

—Así es, amigos, escuchad esta música. ¿Es de alta graduación o no lo es? —Aproximó el cable al mineral. Todos los presentes vieron cómo fue subiendo la cuenta y cómo sonaba el aparato como una serpiente de cascabel frenética.

—¿Lo estáis oyendo? ¿Vosotros, los de la televisión, lo estáis oyendo? Esto es radiación de alta intensidad. Este zumbido de gusano loco. Puro uranio 238. Sí

señores amigos, esta roca que chilla está tan caliente como una pistola, compañeros, más caliente que el viejo reloj de radio de mi tía Minnie.

(Murmullos de admirada aprobación en el público).

—Sí señor —siguió Love—, he aquí una pequeña muestra de poder. ¿Voy a temerla? ¿Soy yo una arañita pequeñita para temerla? Mirad esto. —Love levantó el cable. Mantenía la pieza en su mano, volvió la cara a las cámaras de televisión y los focos resplandecientes, a los hombres importantes de la mesa, a la multitud del público sentada en sus asientos plegables—. Miradme ahora.

Levantó la cabeza, dándole el perfil a las cámaras, abrió la boca y puso la carnotita entre sus dientes y mordió un trozo. La masticó vigorosamente, sonriendo a todo el mundo, sonriéndole a todo, masticó su golosina exhaustivamente y luego se la tragó. La señora Smith se tapó los ojos.

(*Risas. Ovación*). Los asamblearios empezaron a levantarse de nuevo.

—Sí —bramó Love—. ¡La radiación es beneficiosa para todos! (*Se intensificaron los aplausos*). ¡El uranio es beneficioso para todos! ¡El uranio es bueno para Utah y Arizona! ¡La industria nuclear es buena para América!

El público se puso en pie, aplaudían como gansos, balaban como ovejas, rugían su amor por Love y por la alegría gozosa de su valiente sentido común. Levantando los dos brazos como un boxeador que hubiese vencido, el reverendo Love clamó su bendición:

—Y ahora, amigos, todo el mundo, quiero invitaros a que crucemos juntos la calle y vayamos al Moms Cafe. Invito a una Pepsi a todo aquel que esté en la sala.

Seldom Seen Smith —con el rostro enrojecido por la ira— se dirigió hacia el micrófono, camino equivocado, tenía que luchar contra la corriente de la multitud alegre, satisfecha, sonriente, gritona. Las cámaras grababan. El presidente y el oficial de la Audiencia, J. Marvin Pratt, echó hacia atrás su silla y desconectó el micrófono. Luego salió, junto a todos los demás Trajes, todos sonrientes, por una puerta trasera.

4. GOLIATH, la Super G.E.M.A.

El enebro solitario, muerto en un 90%, levanta su bruñida garra gris desnuda hacia el azul del cielo. Una calandria parda se desliza por debajo de la única rama viva del enebro, picoteando en las bayas turquesas y los bichitos que se arrastran por la empuñadura del verde que allí sobrevive. Cantó un reyezuelo en lo alto de la rosada pared del cañón, unas notas aflautadas que se derramaron en brillante cascada de semicorcheas. En el borde de una roca, silueta oscura recortada contra el cielo, un jinete y su caballo aguardaban, mirando, oyendo. Por encima de todos ellos, en la bóveda del cielo, un buitre negro dibujaba perezosos círculos, esperando ver algo, alguien, cualquier cosa encarnada y animal dispuesta a morir. Donde hay vida, hay esperanza.

Los surcos planos de un tractor seguían estampados sobre la tumba de la tortuga del desierto, impecables y mudos, definitivos, perfectos, permanentes. Cerca de allí, en el cauce agonizante, un embudo de agua fangosa se vertía sobre los restos de piedra volcada, losillas de piedra arenisca, rotas y desordenadas, desgarros de artemisa, mutilaciones de árboles que murieron lentamente: robles, enebros, pinos piñoneros, sauces.

En la parte más alejada del arroyo se encontraba una vasta muestra similar, casi idéntica, de la carrera del progreso, la mejora, el desarrollo: se había arrancado de la tierra toda vegetación, las rocas y los árboles y los matorrales habían sido apartados y apilados en montones irregulares a un lado de la pista sin vida. Las huellas del tractor de hierro se extendían en ambos sentidos —cañón abajo hacia lo que hubiese tras la siguiente curva, y cañón arriba hacia las fuentes naturales que formaban el manantial de la corriente—. Más allá estaban las mesetas onduladas que coronaban los enrojecidos acantilados, la cúpula de arena pétreo, las cunetas cubiertas de hierba, los bosques de enebro y salvia y pinos piñoneros.

En esa dirección, dentro del palio de humo y polvo que ella misma generaba, se encontraba la máquina, en plena tarea pero con muchas millas por delante. La megamáquina. La G.E.M.A. de Arizona, roja y amarilla, la Super G.E.M.A., tan alta como un hotel y más larga que un elevador de grano, más pesada que 150 Boeing 727, ancha como un mercancías o más ancha que seis tractores Caterpillar D-9 alineados uno detrás de otro, con energía suficiente para generar electricidad que abasteciese a una ciudad de 100 000 habitantes.

De Bucyrus-Erie. Empresa internacional. Control de inundaciones. Canales. Servicios subterráneos. Construcción de tuberías. Construcción de presas. Construcción de carreteras. Extracción de metales. Extracción de elementos no metálicos. Extracción de los fosfatos del subsuelo. Extracción de energía. La mil millonaria industria del carbón y la más grande planta eléctrica sigue creciendo año tras año, aquí y lejos de aquí. Las máquinas B-E son líderes en la minería de superficie en todo el mundo. Necesidades

energéticas y minería energética. Sin parar de crecer. En todas partes. Con renovado respeto por la herencia minera. Reclamaciones. Mejoradas, más útiles —el legado de la minería a cielo abierto—. El paso definitivo. En las ciudades. En el país. En las más remotas regiones. Bucyrus-Erie está allí. Aquí. En todas partes: Concienciados. Ingrediente esencial... gente. Cualificados. Bien equipados. Concienciados. Entrenados. Motivados. Dedicados a la precisión y la seguridad. Dirección experimentada. Manufactura global. Tradición de la excelencia. Compromiso de calidad. Liderazgo. Diseños avanzados. En la naturaleza. En la vida. ¡En ti!... Bucyrus-Erie.

La dragadora móvil 4250-W.

GOLIATH

Cien pies por encima de donde la tortuga estaba enterrada y estaba el casi muerto enebro, sobre el aplanado suelo del cañón, el hombre sentado tranquilamente en su caballo miraba, escuchaba, esperaba.

El caballo era un muy viejo semental castrado con una polla moteada de dieciocho pulgadas de largo que le colgaba como una espora de salami podrido, se mantenía a duras penas sobre la piedra dura del borde del cañón. Problemas de próstata. El caballo, de un blanquecino apagado, lucía parches sarnosos en el flanco y el lomo, pezuñas como sartenes, una herradura floja, un hocico romano, dientes grandes y amarillos.

El hombre sentado en la flácida espalda del caballo llevaba puestos unos arrugados pantalones de montar de color azul marino untados con grasa de tocino en los muslos y las caderas, botas altas con espuelas oxidadas, una sucia camisa que una vez fue blanca y de extraño diseño (no tenía cuello, tenía una doble hilera de botones en la parte de arriba), un pañuelo negro cubierto de polvo (¿anarquismo?), atado alrededor del cuello, guantes blancos cubiertos de polvo con los manguitos altos, y un sombrero blanco y cómico cubierto de polvo y con un ala de cuatro pulgadas.

También llevaba un par de revólveres Magnum Ruger de calibre 44, plateados, marfil tallado a mano, cada uno en su funda de cuero, abrochados en su pecho mediante un cinturón de munición tachonado de cartuchos donde faltaban unos cuantos. Tenía que reponerlos.

Unas gafas de sol Ray-Ban de cristal muy oscuro le ocultaban los ojos. Estaban sujetas por una cinta que le colgaba del cuello, como las que llevan los esquiadores.

Era un hombre delgado y cartilaginoso, de hombros estrechos, pecho cóncavo, ni alto ni bajo. Parecía viejo, más viejo que su caballo, tres veces más viejo que su caballo. Necesitaba un afeitado. Necesitaba un baño. Tenía una nariz puntiaguda y las orejas caídas. Su pelo era de un marrón grasiento con algunas vetas grises. Y sus ojos, apenas perceptibles detrás de sus gafas de sol, eran disparejos: había algo engañoso y preocupante en uno de ellos.

En cualquier caso permanecía sentado sobre sus nalgas marchitas, en su desgastada silla, en su caballo caduco, sin hacer nada práctico ni útil. Sólo vigilaba, esperaba, escuchaba, una presencia ridícula, porque él era un explorador.

Mientras tanto, las pequeñas cintas rosadas revoloteaban en las estacas de salvaguarda. La vieja tortuga macho seguía rígida en su tumba. La sucia corriente gorgoteaba sobre el barro fresco del canal, fluyendo cañón abajo entre los surcos

paralelos del *bulldozer*, derramándose por un barranco de rocas lleno de rosadas plantas de penstemon y cornetas escarlatas, y emprendiendo una curva hacia un valle ancho lleno de espartina india salvaje (no llega todavía el ganado hasta allí), donde las huellas del *bulldozer* se separaban y desaparecían a lo lejos, en los cañones enfrentados.

Pero la corriente seguía durante millas, cornisas y terrazas de piedra, formando pozas y cascadas, y descendía a un desfiladero más profundo y estrecho en un cañón atrevido, un cañón de drama y fantasía, más profundo que ancho, de mil pies de profundidad y sesenta de ancho, donde el agua saltaba por las rampas de piedra caliza de azul grisáceo, pasando por otras fuentes que incrementaban su volumen, haciéndose aún más profundo, más profundo, camino del más grande de todos los cañones.

Una ensenada en la boca del cañón. Dos barcas de madera, completamente blancas y en la borda unas rayas verdes y rojas, estaban atadas a unos álamos en la arena de la playa. El nombre de una era *Paraíso Perdido*, el de la otra *Paraíso Recuperado*. Con los dorados remos inactivos, las barcas hermosas, brillantes, cabalgaban los arenosos bajíos, con las popas en el agua del río, las cabinas llenas de heladeras Gott, latas de munición, chalecos salvavidas, jarras de agua, cajas con cohetes y cajas de cerveza. En las latas y en las cajas había pegatinas redondas, cada una de ellas con un puño verde alzado en un círculo rojo sobre un fondo blanco. Un reguero de ropa que alguien se había ido quitando llevaba desde las dos embarcaciones a un sendero sinuoso entre los peñascos junto a un arroyo agitado y destelleante. Aquí una gorra de larga visera con estampado de camuflaje del desierto en color marrón, allí una camiseta blanca, en cuya espalda había una imagen del planeta Tierra y una leyenda en verde que decía: «¡SOSTENDREMOS EL LUGAR QUE NOS SOSTIENE!». Un *top* de chica. Vaqueros cortados y andrajosos, escandalosamente cortos. Un pañuelo negro. Otra camiseta con eslogan: «¡Abajo el Imperio, arriba la Primavera!». Un par de *shorts* de hombre. Una chancla. Unas bragas de color lima. Un biquini de tira negra. Un sombrero de fieltro manchado de sudor e incrustado de sal, decorado con señuelos de pesca con mosca atados a mano. El bañador tipo *boxer* de alguien...

El camino se hundía entre peñascos de color pastel, con ese color del caramelo duro, bajo sauces y álamos de anchos troncos, en el arroyo, a través de un fino banco de arena, y desaparecía en las profundidades de un estanque esmeralda de cincuenta pies de ancho. Las aguas nerviosas y turbulentas: el arroyo vertía sus aguas en la corriente superior procedente de una boca abierta en la pared de travertino, a cincuenta pies, creando un enérgico pero placentero sonido, la blanca música de las cascadas.

Tres nereidas disfrutaban del estanque, oscuras como indios, oscuras del todo, con largos cabellos sueltos y derramados, ojos centelleantes, pezones rosados en los

pechos turgentes. Una era baja y rolliza, otra alta y delgada, la otra ni una cosa ni otra: todas eran hermosas.

Los tres chicos sentados en la orilla las miraban. Uno de ellos —que llevaba sólo una camiseta— puso una canción en el radio-casete. Se había dejado crecer la barba rojiza en las mejillas. El pelo castaño y rizado le estallaba en puntiagudos mechones encima de cada oreja. Sus colegas, desnudos, con las pieles tostadas y vellosas de barqueros de río, se pasaban un pequeño placebo, chupando ruidosamente los humos ilegales, sonriendo a las chicas y sintiendo cómo crecían sus erecciones hasta hacerse de una espontánea, inconcebible enfermedad difícil de gestionar. ¿Dónde esconderlas?, esa era la cuestión. Sin lugar a dudas la respuesta adecuada, de todas todas, era que se presentaran a sí mismas. Esperaron, miraron, tímidos como unicornios en un campo de vírgenes, medio aturcidos por el primitivo clamor salvaje de su propia sangre.

Las nadadoras brincaban en el agua, sus cuerpos flexibles reluciendo como truchas...

El de la música bajó su instrumento, sintiendo el tirón de ese más poderoso instrumento de abajo. Miró a sus ansiosos camaradas. Asintieron. Se quitó la camiseta («¡HAYDUKE VIVE!») y se dejó caer por la arena. Se levantaron juntos, listos como torpedos, y se metieron los tres en el agua. Las chicas gritaron alarmadas, dispersándose, retrocediendo. Luego se agruparon y nadaron como delfines hacia el profundo centro del estanque, parpadeaban sus nalgas deslumbrantes con el pulso lascivo y caliente del sol.

Todo estaba en su sitio ahí fuera.

¿Todo?

Un hilo de barro rojo, con un trazo iridiscente de aceite, apareció en el limpio verde de la cascada.

5. La señora de la limpieza

Los Trajes se reunieron en torno a la mesa de una sala de reuniones, una estructura arquitectónica casi la mitad de larga, tres veces más ancha y dos veces más limpia que una pista de bolera. Por encima de sus cabezas una extravagante lámpara araña, resplandeciente... Los más viejos chupaban sus obligatorios puros (los jefes ejecutivos eran fumadores), los más jóvenes se mordían el labio inferior, la única mujer —guapa, mejillas hundidas como las de una modelo, sabia y espectacularmente vestida con un traje de ejecutiva de pura lana, la falda hasta las pantorrillas, blusa de seda con volantes en el cuello, un discreto collar de auténticas perlas cultivadas— fumaba lánguidamente un cigarrillo negro con boquilla dorada, tan delgado como un lápiz. Sus uñas, lacadas de rojo pálido, eran largas, peligrosamente largas, como si pretendiesen advertir, a todo el mundo que quisiera darse cuenta o estuviese intrigado, de que ella no hacía ningún trabajo útil. La faena, eso es. Una faena manual. Sus colegas varones, algunos de los cuales eran más jóvenes que ella, y podían presumir de ser al menos capaces de empujar la cortadora de césped de vez en cuando en los jardines de sus casas en el estado de Longmont, también lucían uñas largas. Sin pintar pero pulidas, impolutas, inmaculadas.

(¿Empujar una cortadora de césped? ¿Empujar? ¿Una cortadora de césped? Nadie, en ninguna parte, nadie en toda América, ni en Japón ni en la Europa Occidental empujaba ya una cortadora de césped. Se montaban en ella, manejando palancas, botones, volantes. O lo hacían sus jardineros. O sus hijos quizá, alguna vez).

Esperaban al Jefe, once hombres y una mujer alrededor de una mesa gigante, contemplando por el inmenso ventanal de la pared el aire parduzco de la ciudad, las calles de allá abajo, las distantes montañas de Front Range coronadas por una delgada película de nieve, las planicies que se extendían hacia el oscurecido Este a través de una niebla infinita.

El Gran Azul se retrasaba, todo el mundo lo sabía, comprobaban sus cronómetros. No era normal en él. Como la mayoría de los grandes hombres en los peldaños superiores de la Nuclear Fuels Inc. (subsidiaria americana de la Syn Fuels Ltd.) se enorgullecía de su puntualidad para poder exigírsela a los demás. Cuando uno tiene virtudes singulares saca el mayor provecho de sí mismo.

Los doce vicepresidentes consultaron la hora, miraron el escenario familiar a través de los vidrios tintados Thermopane, mencionaron ciertos puntos de la agenda.

—... Fundación Legal de las Montañas del Estado.

—Mierda, sí. No van a deshacerse nunca del viejo Wort. Es el fundador.

—¿Y qué pasa con la apelación?

—No hay problema. El juez la admite.

—He oído que tiene debilidad por los indios.

—Va a admitirla. Entiende la situación. No es una de sus tribus de todas formas. Sólo son doscientos en toda la reserva y la mitad de ellos son borrachos y la otra mitad son niños, así que va a admitirla.

—Y entonces la cosa va para adelante.

—Por fin. Dos meses después de lo programado. Algún camionero gilipollas ha estado perdiendo el equipo de soldadura. ¿Tienes idea de la cantidad de soldaduras que hay en una de esas máquinas?

—¿Te refieres a la dragalina móvil?

—A la 4250-W. Unas diez mil. Los malditos soldadores se encasquetan treinta y cinco por hora, eso además. Pero estamos en ello. Tenemos a todo el sistema escolar de Utah preparando nuevos soldadores. Más soldadores, fontaneros, plomeros, electricistas, mecánicos, ingenieros operadores

—¿Y qué es eso de...?

—Sí, ya sé lo que dices. Ingenieros operativos. Así es como quieren que les llamemos. Operadores...

—Conducen un tractor, y ya se llaman a sí mismo ingenieros operadores...

—Ellas también. Tenemos un montón de chicas en el programa. Lo que va a poner las cosas muy emocionantes en el sindicato, va a sacar a todos los moñas del Cat D-9. Buenas currantas esas chicas. Se toman el trabajo en serio. No beben ni fuman droga. Necesitan el trabajo de verdad. Le están apretando las tuercas a esos paletos, les están dando una lección de humildad, les muestran que no hay nada especial en llevar equipamiento grande, nada especial, todo el mundo puede manejar una palanca de cambios, girar una manivela, conducir un *bulldozer*, una excavadora, un tanque de fuel, un polvoriento *scooper*; un camión de basura, una niveladora de tierra, una perforadora. Sólo hay que taparse la nariz con un respirador. Y eso es lo que los chicos todavía no quieren aceptar. Y por eso están acojonados.

—Debe ser demasiado.

—Que sigan asustados. Un poco de discriminación positiva, eso es lo que hace falta. Contratar más chicas, negros, mexicanos, y pronto tendremos al sindicato a cuatro patas pidiéndonos una patada en el... hola, Mary.

—Qué tal, chicos.

—Hablando acerca del proyecto.

—Seguro que sí. ¿Conseguimos ya los permisos?

—No hay problema con los federales. No hay problemas con el condado. Están ansiosos por colaborar.

—Entonces ya tenemos los permisos.

—Están en camino, están en camino. Procedimientos rutinarios, unas cuantas audiencias aquí y allá, la mierda de siempre, el rollo de la regulación, todo listo.

—Pero he oído que la máquina ya estaba funcionando.

—Claro, Mary, por supuesto. No podíamos estar de brazos cruzados, se acercan

los monzones de verano, clima fangoso quizá, inundaciones en los cañones, ya sabes, ese tipo de problemas, teníamos que empezar con buen tiempo.

—¿De veras? Pero supongo que...

—Te darás cuenta, Mary, te darás cuenta de que valía la pena cargar la pistola. Siempre. Cualquier obstáculo en el proceso de conseguir los permisos, cualquier maldita apelación, y les demostraremos ante los tribunales que nos hemos gastado ya diecisiete millones, setenta millones, lo que sea, cuatrocientos hombres trabajando.

—¿Hombres?

—Hombres, chicas, mujeres, negros, hispanos, nativos americanos, toda la comunidad depende de nosotros, señor juez, no hay que tener cuidado de que nos paren el proyecto ya.

—Podría mostrar algo de compasión por esos pobres colegas, señor juez.

—No sea cruel, señor juez.

—Tenga corazón.

—La nueva guardería, señor juez.

—La edificación de la nueva escuela. La nueva Dairy Queen. El nuevo McDonald's.

—Diecisiete millones de dólares, señor juez.

—Setenta millones.

—Honorarios por conferencias, señor juez. Diez mil por noche. Todo suyo.

—No, no, eso no se le puede decir. Una cuestión delicada. No mencionéis los honorarios por conferencias.

—¿Antigua? ¿Cancún? ¿Palm Springs? ¿Honolulu?

—No se le menciona.

—Etcétera.

—Especialmente nada de eso.

—Parece que han pensado en todo, ¿eh, chicos?

—Mary, seguro que eres tan lista como pareces.

—¿Quién, yo? Con lo poca cosa que soy.

—Nadie puede ser tan lista.

—Excepto Mary.

—Muchas gracias, caballeros. De veras. ¿Y dónde se ha metido «el gran azul» hoy?

—Mary, siempre hay que pronunciar ese nombre con mayúsculas. Y en cursiva. *El Gran Azul*

—Con reverencia. Con apagada voz aterrorizada.

—Ya, desde luego.

—Y...

—Y aquí... llega.

Oyeron cómo la llave dorada se incrustaba en la cerradura dorada. Vieron cómo el pomo dorado giraba en la compacta puerta de caoba hecha a mano. En el repentino

silencio, toda conversación quedó abortada, los once grandes hombres y la mujer alta vieron cómo la pesada puerta se abría lentamente, sin el más mínimo quejido o gruñido. Una puerta bien instalada.

Entró la mujer de la limpieza.

Llevaba tras ella una enorme y sucia cubeta de acero sobre ruedas, un cubo lleno de un líquido sulfuroso amarillento con una corona de espuma. Con la otra mano agarraba una mopa de tamaño industrial que extendía una mancha grasienta a través de la puerta y en la sala de juntas. Su mopa especial, no podía ser utilizada por nadie más, con sus iniciales grabada en el robusto fresno del mango: H. I. S.

La mujer de la limpieza era una mujer grande, caderas con un ancho de hacha, pechos grandes como melones de campo (¡esas espléndidas calabazas femeninas!). Su vientre hinchado —otra vez preñada, por supuesto, sin duda planeando cómo pellizcar la vieja Asistencia Social pública (Beulah, ¿cómo eh que mantiene tú to ezo chiquilloh, Beulah? Güeno, claro, el Zeñó de la Investigación de la Asistencia Social é má simple que la mierda de perro en la acera, cuanto má chiquilloh tiene una má dinero que entra). La cara negra medio cubierta, brillando de sudor y/o grasa, por unas gafas de abuela con lentes azules y sobre la cabeza una mopa, otra mopa, de gruesos rizos rubios de poliéster, evidentemente una peluca, parecía Harpo Marx. Su vestido, suelto y amplio al estilo de la *Madre Hubbard*^[5] un vestido de algodón en el que había impresas unas sucias rosas, mangas largas, abotonado hasta la garganta y que descendía hasta sus grandes pies calzados con zapatillas anchas y planas.

Era una poderosa magnífica impresionante mujer de la limpieza.

Pero ¿no había llegado un poco pronto al trabajo? Los apuestos miembros del equipo la miraban. Uno de los más importantes, más antiguos, más grandes de los Trajes le dio un codazo al miembro más joven que estaba a su lado. Un buen golpetazo en las costillas. Una sugerencia.

—Ah, sí —empezó el joven, bajando el puro y dando un paso adelante—, perdóneme, señora, pero estamos, en fin, o sea, quiero decir, llega un par de horas antes de tiempo, ¿no es verdad? Además... —Miró la cubeta, la mopa, el suelo lujosamente alfombrado, de pared a pared.

—¿De dónde ha cogido esa llave? —quiso saber el más viejo.

Ignorándole, la mujer de la limpieza hundió la mopa en los gelatinosos líquidos del cubo, dejó que se empaparan un momento y luego la sacó —goteando sobre la alfombra— y la colocó contra la pared, cerca del marco de la puerta.

—Espere un min... o sea —siguió el más joven—, pero mujer, ¿sabe usted lo que está haciendo?

La mujer de la limpieza lo miró. Escondidos por los cristales azules, resultaba imposible leer la expresión de sus ojos, pero a juzgar por la firmeza de su mandíbula y sus labios grotescamente sobrepintados, parecía estar observando a su interlocutor.

—O sea —dijo—, bien, eh, señora, o si lo prefiere, señá, si lo desea —y miró a los compañeros miembros a su lado (todos ellos arios); el hombre se permitió una

ligera risita disimulada, una pequeña mueca satisfecha, y se encogió de hombros sin poder hacer más. Sin recibir ayuda verbal de ninguno de los otros, claramente empeñado en la odiosa tarea de echar a aquella intrusa despreciable de la sala principal, volvió a arrostrarla de nuevo.

—Mi querida mujer —empezó, haciendo gala de nuevo de sus modales empresariales (Master en Administración de Empresas, Harvard 1975)—, sabemos que tiene trabajo que hacer, pero, como puede ver, estamos reunidos en este momento, y por lo demás...

La mujer de la limpieza lo observó.

Distraídamente, pero con la mano temblorosa, levantó el puro para llevárselo a los labios, estuvo a punto de equivocarse de extremo, le dio la vuelta a toda prisa, lo intentó de nuevo, dio una calada, tosió.

—Por lo demás... esta sala, como bien ve, esta alfombra...

La mujer de la limpieza habló por fin, su voz tenía un tono de falsete muy agudo.

—Qué, niño —dijo ella—, ¿te está queando colmigo?

—¿Perdón?

—¿Que no pués hablá que t entienda? ¿Tú ere humano o qué, niño?

—Bueno, lo lamento, lo que ocurre, Jesús, mujer, o sea, *no puede fregar una alfombra. No se friega.*

—No venío a fregá nilguna alfombra.

—¿Cómo?

Cogió la cubeta de agua putrefacta con sus grandes zarpas enguantadas. La mujer de la limpieza la levantó a la altura del pecho y la colocó sobre el esplendoroso resplandor de la mesa de la sala de reuniones.

—Eto é un menshaje pa ustede, amigo —dijo—. Lo hemo sacao der fango ese de la mina de uranio de Utah.

Derramó el contenido del cubo.

—Uno sinco galone de meao radioactivo —y el contenido del cubo se esparció por la superficie de la mesa. Los miembros se levantaron deprisa, saltaron de inmediato, se empezaron a secar frenéticamente con los delicados pañuelos que lucían en los bolsillos de sus chaquetas, y el líquido pastoso y humeante salpicó sus trajes Savile Row.

—¿Qué má? —gritó la mujer de la limpieza, el falsete le empezó a fallar—. También os podéi quedá con el cubo. —Y lo lanzó hacia arriba con la fuerza de ambos brazos —una mujer fuerte— hacia la gigantesca lámpara araña de hojas doradas y dibujo intrincado que colgaba del techo encima de la mesa, como un dosel de radiación. El cubo destrozó los renglones intermedios de cristal brillante e incandescente, y el monstruo cayó sobre la mesa con una lluvia de astillas, con la parte de abajo quedando arriba y la base de acero abajo, dejando un garabato en la perfección reluciente —de espejo— de la mesa, al deslizarse hacia la silla, discreta pero claramente más pomposa que las otras, del jefe principal.

—Radiación —aulló la mujer de la limpieza volviéndose hacia la puerta— es buena para ustedes.

—Coged a esa negrata —ordenó el más viejo, señalándola, vicepresidente primero—. Matadla —espantado, con la mirada agachada hacia las apestosas y ardientes manchas en su traje de miles de dólares, buscando a tientas en los teléfonos que se alineaban a su espalda.

Tres de los más grandes, más broncos y más audaces de los vicepresidentes trataron de perseguir a la mujer de la limpieza, pero ella blandió su mopa y la dirigió a ellos, una madeja de radioactividad en sus caras. Los hombres vacilaron. La mujer cruzó de espaldas la puerta abierta hacia la tenue iluminación del pasillo revestido con paneles de madera, donde se giró y se dirigió hacia el ascensor, cuyas puertas habían quedado abiertas gracias a otro cubo. Se olvidó de levantar sus largas faldas al correr y estuvo a punto de tropezarse y caer pero recobró el equilibrio y se metió en el ascensor con dos pasos de ventaja sobre sus perseguidores. Se giró hacia ellos de nuevo, esgrimiendo su repugnante fregona, y los mantuvo a raya hasta que se cerró la puerta del ascensor. Un cuerpo amordazado y atado se retorció tras ella.

Los hombres se miraron unos a otros, luego a la parpadeante luz que se desplazaba encima de la puerta sellada: el ascensor Otis descendía.

—Había alguien allí.

—¿Él?

—Sí, parecía él. El mismo viejo traje azul.

—Dios mío, lo han secuestrado.

—¡Terroristas!

Avisaron a los de seguridad —el *parking*, el sótano, el *lobby*, la planta principal, primera planta, todas las salidas—. Todo el cuerpo de vicepresidentes se precipitó a la salida, corrieron ruidosamente y bajaron las sombrías escaleras de emergencia en una loca carrera contra el ascensor que bajaba. Todos menos el vicepresidente primero, que se había quedado al teléfono en el interior de la sala, y la mujer llamada Mary, vicepresidente de Investigación de Mercados, que pulsaba el botón del ascensor de servicio. Mientras esperaba se percató de que el ascensor en el que iba la mujer de la limpieza se había detenido por alguna razón en el segundo piso. Se encogió de hombros, sonrió, encendió un nuevo cigarrillo largo y delgado, con boquilla dorada, pulsó el botón correspondiente en el panel del ascensor y empezó a descender suavemente, como una diosa ejecutiva en un módulo espacial con aire acondicionado, abajo, abajo, abajo, hacia la grandeza y la histeria de la planta principal. Pero ya había tenido suficiente fanfarronería masculina por hoy. Sin preguntarse por el destino del *Gran Azul* salió por las puertas giratorias hacia la concurrida acera de las cinco de la tarde, se incrustó en la multitud con sus elegantes tacones y su silbante nailon, y se metió luego en la oscuridad de un pequeño bar coqueto que estaba a la vuelta de la esquina, donde la estaba aguardando su amante, su cariño, su corazón, su pequeña camarada, su tesoro, su sabrosa medicina, su cosita, su perfectamente

acicalada putita de noche, de la semana, del año. *Trixie era su nombre, Trixie su naturaleza*^[6]. Hacia el amor y la vida. Amor verdadero, vida real. Adiós a otras dieciséis horas con esos malditos gilipollas inmensos sin aliento, gimoteantes, de traje azul.

Los vicepresidentes y los guardias de seguridad llegaron juntos al ascensor detenido en la segunda planta. Otra vez la puerta estaba abierta gracias a un cubo. En el suelo estaba la mopa húmeda, la peluca rubia, las gafas de cristales azules y un montón de harapos: madre Hubbard, la señora de la limpieza. Y el cuerpo, el Traje gordo, retorciéndose entre los nudos, furioso, tratando de berrear ante ellos hasta que por fin le quitaron la mordaza.

—Se fue por el vestíbulo, idiotas, una especie de hombre mono con la cara negra. Tiene una pistola. Lleva una cuerda púrpura en los hombros. ¡¡Por allí, sí, detrás de él, malditos inútiles, corred!!

Pero, al final del corredor adyacente, sólo encontraron el panel de la ventana perfectamente desplazado y un mosquetón de aleación de zinc de alta resistencia, como los que usan los escaladores de montañas, enganchado con firmeza a uno de los barrotes de la ventana mediante un gancho. No había señal alguna de la cuerda púrpura. En el oscuro callejón, treinta pies abajo, corriendo entre los edificios, no vieron más que un borracho tirado en el grasiento pavimento, riéndose, gritándoles, retándoles:

—¡Saltad, saltad! ¡Podéis hacerlo! ¡Él ha podido, así que vosotros podéis!
¡Saltad, bastardos, saltad!

6. Trabajando en el #12

De noche:

¡Zap! ¡Zip!

El resplandor azul del electrónico bulto asesino montado en la pared, bajo la ventana. Dos cuerpos en el interior, sobre la cama, bajo las mantas, luchando por una unión fructífera. Ambos obesos, como se dice ahora, hasta un punto inconveniente para que se produjera una conexión carnal apropiada (aunque no imposible). Sobre todo la hembra, víctima de lo que en términos físicos se conoce como «multiparturienta» (demasiados embarazos). Con igual exceso de grasa que ella, su marido probaba en la oscuridad, siempre con muchas dificultades para encontrar la abertura apropiada, o en todo caso cualquier orificio. O encontraba demasiadas pseudovaginas, elegía alguna hasta que descubría ya cerca del clímax de sus sudorosas tareas que le había estado haciendo el amor a algún hueco incidental, un agujero temporal abierto entre los pliegues del bajo vientre de su mujer y la parte alta de sus muslos. Por indiferencia o aversión a otro embarazo, ella se negaba a ayudarlo, no lo guiaba nunca. Que haga su trabajo, le corresponde por su rol.

¡Gañidos! ¡Gemidos! ¡Suspiros!

—¿Te tomaste tu digital hoy, Dudley?

Jadeando un poco, respondió:

—Sí, querida, me tomé... mi digital... ¡ah!... ¡ah!... hoy... ¡Uf!... ¿Puedes... puedes ayudarme... un poquito..., Mami?... ¿Eh?...

—Oh, Dudley, vamos, ¿tenemos que hacerlo otra vez? Por favor, ¿todos los meses igual? ¿Dudley?

—Es el momento perfecto, ¿verdad? El momento perfecto del mes. ¿No es verdad? ¿No dices tú... que odias... los óvulos? ¡Ah! ¿No es eso... Mami? Pero hay que preservar... el núcleo familiar... el núcleo...

Las mantas se liaron y cayeron al suelo desde la gimiente cama donde luchaban los cuerpos, que lucían estroboscópicos en el sonrosado relámpago de las chispas eléctricas. Cada espasmo de luz —¡zap!— anunciaba, cuando se producía, la ejecución y muerte de otro insecto volador que había ido a abreviar allí, otra chinche, otro mosquito, otra polilla, otra mantis religiosa, otra inocente y pequeña libélula de alas transparentes, hechas de gasa. Venían desde muchas millas de distancia, allí convergían multitud de pequeñas criaturas nocturnas, atraídas por el seductor resplandor azul, y venían para morir —¡zip!, ¡zip!, ¡zing!, ¡se freían vivas!— bajo la ventana del dormitorio de la casa de Love.

—Ya sé, Dudley, pero es tan horrible... por favor... tan mareante... oh...

—Bueno, cojones, Mami, cómo vamos a hacer... ¿eh?, ¿huh?... ese pequeñajo Número 12 si... si no... no seguimos... no... ¡huh!, ¡huh!... intentándolo, ¿eh? ¿Así?

—Pero, Dud, ¿no podemos conformarnos con 11? ¿No son once chiquillos suficiente? ¿Dudley?

En la parte superior de una cómoda, cerca de la quejumbrosa cama, dispuestas en curva estaban las fotografías enmarcadas de las once sonrientes criaturas, de dos a trece años de edad. Ordenadas por edad, cada una de ellas tenía los mismos labios delgados, idéntica nariz prominente, iguales ojillos azules, el mismo cabello fino y rubio, como su padre. Todas eran chicas.

—Dios dijo id y dad frutos, cariño... lo dijo... dijo que diésemos frutos y nos multiplicáramos y nosotros... lo haremos... haremos florecer el desierto... florecer y llenarlo... de... oh... ¿rosas?... Llenaremos la tierra.

—Pero ¿por qué nosotros? ¿Por qué tenemos que hacerlo todo nosotros?

—Porque... si nosotros no... ¿quién entonces?... ¿Los Gentiles?... Ellos... esos... hmmm. Oh, sí... no lo harían, Mami,... porque ellos... ellos están empapados...

—¿Qué?

—Empapados. Empapados de pecado. Aborto. Contra... anticoncept... anticonceptivos... y nuestro señor dijo... Lo dijo... Llenad la Tierra.

¡Zip! ¡Zap! ¡Crash! ¡Muerto!

—Bueno, me gustaría que terminásemos de una vez con esto. Y me parece a mí que hay mucha gente ya para llenar la tierra. Tendrías que ver las colas que tengo que hacer en el supermercado.

Miraba al techo mientras él seguía empeñado en lo suyo.

—Utes, paiutes, navajos, mexicanos. Incluso algunos negratas están apareciendo ahora, sabe Dios de dónde llegan. No sabía que teníamos tantos en el condado de Landfill. Y cada una de esas mujeres solteras de color, me refiero a las indias también, cada una de esas solteras compran su cómoda con vales para las comidas. Los tienes que ver, Dudley, carros llenos sólo de Pepsi-Cola y Wonder Bread y Hostess Twinkies y tortillas y paquetes de patatas y latas de frijoles fritos, eso es lo que comen, no hay que sorprenderse de que estén tan gordas. Y montañas y montañas de Pampers. Tan penoso como en el banco, colas de ellas, todas esperando a cobrar sus cheques de la asistencia social. Y luego tirados a la bartola toda la tarde, justo en medio de la acera, tanto hombres como mujeres. Y los colegios, Dudley, los colegios, todas esas peleas en el patio, y niños apuñalados en los baños, y robos a todas horas y de treinta y cinco a cuarenta niños por clase, eso es malo, Dudley, malo. Hay algo que va mal en alguna parte...

¡Snip! ¡Snap! Bichos muertos en la luz, bichos que caen, que quedan abatidos, electrocutados por el proceso cibernético automatizado, la muerte en plan industrial de producción masiva. Pequeños bichos, bichos grandes, formando un montón de cadáveres en el sueño mientras saltan chispas eléctricas de electrodos azules.

—Síii... ya sé... Mami... lo veo... también lo veo... o es que no lo hemos hablado... lo hemos hablado en el Consejo... ¿en el Consejo escolar?, ¿eh?... huh...

hmmmm... pero ahora mismo... ahora... tengo yo que... que concentrar...

—Me entra sueño, Dud...

—Ya sé, Mami... ya sé. Uno más. Una vez más, Mami. Sólo uno... más y entonces... Dios quiera... entonces Dios... nosotros Dios... ¿Soy yo?... es que... Aguanta, uno más... un minuto y yo... No te va a hacer daño.

¡Zoot!

—¿Te lo hice?

El vapor de mercurio del patio de luces deslumbraba más allá de la casa. El álamo lombardo y el olmo chino movían sus pequeñas hojas ante una repentina brisa de aire. Un viento de alivio. Luego oyeron el gañido grave, como salido de una tuba wagneriana, de alguien que ladró a través de la ventana. («Lo siento, cariño...»). Un gañido en el desierto, solo en la noche. La luz de las farolas sacaba brillo al acero esmaltado de filas de coches aparcados, camionetas, camiones de ganado, que esperaban bajo la danza de sombras de las sacudidas ramas de los árboles. En el asfalto de la calle, más allá de las casas suburbanas estilo rancho, las últimas hojas de invierno se deslizaban por la brisa, más allá de las oficinas de Su Majestad Love: «¡Consigue tu porción de Futuro, Ahora!»; más allá de la franquicia del concesionario Ford: «¡Love Ford... Ofertas Dudley en las mejores Ruedas!»; más allá de los cuarteles de la empresa de construcción y distribución de Love: «¡Construimos una Utah más grande para mejorar el mañana!»; más allá de la estructura de ladrillo rojo de la iglesia de los Santos del Día del Juicio, más allá del almacén de placas de yeso blanco de los Testigos de Jehová y la pequeña caja blanca, con el símbolo de la aguja de aluminio, donde los baptistas de la zona se reunían para satisfacer a su Hacedor, la marquesina iluminada con el título del sermón del próximo domingo: «Ningún trabajo es demasiado grande o demasiado duro para Dios», por el doctor Harry Palms, pastor...

Y ya fuera de la ciudad y por la estrecha carretera que se hundía en la oscuridad de la noche del desierto, más allá de los carteles que decían adiós a los últimos guardas de ganado del otro lado de las vallas alambradas del rancho de Love: «Está dejando Hardrock, Utah, 3.500 habitantes hoy, 35 000 mañana. Feliz viaje y vuelva cuando quiera».

—Bien, cariño...

—Está bien, Dudley, no te preocupes.

—Lo intenté, cariño...

—Seguro que sí.

—Quizás ¿por la mañana...?

—Claro, Dudley.

7. Bonnie Abzug-Sarvis repasa su vida

Se inclinó sobre la cuna y contempló a su bebé dormido, y pensó: «Es tan hermoso. Tan perfectamente hermoso. Esos labios rosados, esa naricita que es para comérsela, esas pestañas negras tan largas y tan finas que parecen postizas, esas mejillas sonrosadas, ese rizado pelo *yiddish* y marrón oscuro, me lo comería, me lo comería, lo engulliría como a una manzana, mi pequeño niño, mi sándwich Reuben, ese ombliguito suave en el centro de su vientre redondo tan bonito, su cosita pequeña entera (nada del 20 por ciento de descuento para el rabino, ¡no señor!), sus huevecitos tan apretados, ¡oh!, ¡cómo van a amarlo las chicas!, y esas piernas regordetas, sus regordetas rodillas, sus pies rollizos con esos diez deditos que son como granos de maíz que dan ganas de comérselos, me lo comería, me lo comería, me lo comería, mi querida cosita, mi corazón, mi muñeco, mi rayo de alegría, mi pequeño trozo de cielo...

»Supón. Supón que tratan de apartarlo de mí. ¿Quién? No importa quién. No pienses en una cosa así. No sucederá nunca. Pero supónlo. No, no, no, piensa en otra cosa, piensa en algo más, nada de cosas que no pueden suceder. Pero pueden hacerlo. Secuestradores. No somos ricos, el viejo Doc trabaja más horas y gana menos dinero que cualquier otro doctor en toda la ciudad, debería haberse quedado en cirugía coronaria, todo el mundo lo sabe. Casi nadie lo sabe en verdad. Hay gente enferma en todas partes. Abusadores de niño. Todas las semanas desaparece un niño, que más tarde se convierte en... No. ¡No! Pero lo hacen. Esa escoria. Tendríamos que mandarlos a una isla desierta en medio del océano a todos esos asesinos y violadores y abusadores de niños, llevarlos a una isla en medio del Pacífico, que coman del árbol del pan, que coman raíces, que se maten y se violen unos a otros. Que no volviesen nunca. Llevarlos allí a todos. Pero los vigilaríamos, los vigilaríamos, no los perderíamos de vista ni por un solo segundo. Y esas mujeres, esas brujas que no han tenido nunca un niño, esos bichos raros de la *jungla bollera*^[7] con sus pechos secos y duros y sus vientres estériles que repentinamente, cuando cumplen los cuarenta, conciben la idea de... No el mío. Que intenten tocar al mío, malditas brujas, y les parto la boca, un sándwich de nudillos para el almuerzo les doy, les lleno la boca de chicle sangriento si le ponen la mano encima, si miran siquiera, a mi pequeño Reuben.

»Bonnie. De qué hablas. Parece que te hubieras vuelto loca. Se te ha ido la pinza, mal de la mollera. Lo odio. Puedo sentir la sangre galopando en mi cabeza, nadie, nadie, que nadie intente lo más mínimo con mi niño, mi chiquito, mi Reuben. Hombres, mujeres, osos, leones, cocodrilos, escorpiones, cualquier cosa viviente que se acerque a mi niño con malas intenciones, me lo cargo. Así de simple. Fundamental

por completo. Axioma número uno, como diría Doc. Que los jodan del todo, como diría George. Eso es lo esencial.

»Míralo. Huele tan bien. Me encanta mirar cómo duerme, su pechito subiendo y bajando, ese corazón latiendo, el vientrecito arriba y abajo, el aire entrando en su diafragma, como un fuelle, aire bombeado en esos immaculados pulmones de rosa puro.

»¿Inmaculados? Eso espero. El aire de aquí ya no es tan bueno. Maldita basura de las autopistas, los hornos, todos esos proyectos, medio millón de coches y camiones, respiramos mierda. Suciedad pura. Quizás podríamos regresar a Green River, vivir en un barco todo el tiempo de nuevo. Pero Doc no podría, necesita ese trabajo. Y él se caería del barco, si yo no lo vigilara, y se ahogaría. “Son sólo tres minutos”, dice Doc. Tres minutos y ya está, ya está, se acabó la vida. Se fue. Se fue para siempre, tío. Para siempre.

»Abusadores de niños. En todas partes hay peligro. Míralo, está a salvo del mundo. Pero a veces tiene malos sueños. ¿Cómo puede tener pesadillas un niño de sólo tres años? No lo sé, pero las tiene. Peligro. Peligro. Una serpiente de cascabel en el suelo, ay, y se te hielan los huesos^[8].

»Hay alguien ahí fuera, en la oscuridad, vigilándome, vigilándonos, tan cerca que ciega, escondido tras las cortinas, no puede ser, no hay nadie, deja ya de darte miedo, tal vez deberíamos tener un perro guardián, una fiera asesina. Odio esa clase de perros. Un canelo, eso es lo que quiero, un pequeño chuchito mestizo de pelo amarillo con ojos marrones y una cola rechoncha que menee todo el tiempo. Ladraría en cuando presintiera a unos extraños. Nos vamos a volver paranoicos como palomas, Abzug, ¿qué cojones te pasa? Nunca antes había sido así. No tenías un crío antes. Y ahora con el segundo en camino, pobre Doc, de verdad que él no quería tener el segundo, lo sé, no lo admitiría en la vida pero lo sé y puedo decirlo y puedo leer en su mente como en un libro abierto, tiene menos misterio que un mono encerrado en una jaula, pobre viejito.

»Hombres.

»Todos parecen creerse tan listos y son tan lerdos. Toscos. Gente tosca los hombres. Estúpidos como piedras. Piensan como piedras, en línea recta, nada sino la gravedad, en línea recta colina abajo, así es como piensan ellos. Sin sentimiento. Creen que sienten pero sólo sienten con la piel, así es como sienten. Profunda piel. Nada tiene sentido para ellos salvo lo que puedas explicarles. Tienes que utilizar gráficos, diagramas, tablas, fórmulas, ecuaciones, frases simples con sujeto y predicado y complemento directo, eso es, así son, es lo que entienden, nada de sensibilidad, nada de comprensión interna, nada de empatía. La simpatía, sí, claro, eso está en la superficie, sólo piel, entienden la simpatía y pueden hacer un bastante buen papel con simpatía pero ¿la empatía...? No sabrían de qué demonios les estás hablando.

»Me dan pena los hombres.

»Todo es bocina y pisar a fondo, ni siquiera entienden el sexo, la única cosa en la que creen que son muy buenos, los idiotas. Soy un hombre, dicen, y me aferró a mi derecho a comportarme como un niño toda mi puta vida. ¿Hayduke? ¿Seldom? ¿Jack Kerouac? ¿Quién fue el que lo dijo?

»Me gustaría que Doc volviese a casa. Se retrasa. Hay tanto silencio aquí. Podría tocar algo de música. Vuelve al piano, Abzug, solías hacerlo muy bien allá por el 88. Demasiado tiempo, caramelito. Mira mis dedos. Expertos en pañales. Carros de la compra. Lavandería. Buenos para cocinar. “Eres una buena cocinera, Mami”, lo dice Reuben, bendito sea su pequeño y dulce corazón. Bastante mejor de lo que ese bastardo de George Hayduke me decía. Me dijo que era un buen polvo mientras me estaba entregando un ramo de rosas de tallo largo, el cerdo. Puerco. La mayoría de hombres son unos puercos. Eso te lo puedo garantizar.

»Me dan pena los hombres.

»Demasiado silencio aquí. Me gustaría que Doc volviese.

»Tan tosco. Serrando aquellos horribles carteles, seguía gruñéndome, no dobles la segueta, no dobles la segueta, sólo mantenla firme, es todo lo que tienes que hacer, no sacarla del surco ya hecho, dijo que ya se encargaba él de tirar a un lado y al otro. Brusco. Vulgar. Sin verdadero sentido del humor, sólo esas insinuaciones sexuales groseras, eso es todo lo que ellos entienden. El viejo doble sentido. Y piensan que eso es divertido. Tan jodidamente divertido. Me pone enferma si vale mi opinión.

»Y débiles. Frágiles. Siempre enfermando. Siempre sintiendo pena por sí mismos. Se encienden pronto, se desvanecen rápido, eso es lo que son para ti. Mucha lengua y poca polla. Camión grande, polvo chico. Cuanto más grande la correa más pequeño el perrito. Esas caños reseco de los que están tan orgullosos, se diría que los pintan de rojo, los dejaría que lo tuviesen colgando todo el santo día. Pero no se atreverían, podría venir un pajarillo y picoteárselo. “Snip, snip, snip”, diría el pajarillo, ahora he encontrado un gusanito, vente a mi casa y alimenta a mis crías. Bocado de cardenal para el almuerzo. Canapés y pollas de caballo, todo es el mismo camelo.

»Hombres.

»Gracias a Dios que soy mujer.

»¿En qué se ha convertido mi vida? Veintinueve años^[9] y ¿qué he hecho con ellos? Podría haber sido médico también, tengo capacidad, me sé los trucos, siempre fui buena en biología, en latín, en epidermiología hidrovacular, no tan buena en matemáticas. Pero eso está bien, a nadie con sentido común le van las matemáticas. Una prueba de fuego: si le gustan las matemáticas, déjalo caer. Como a una patata fría. Porque eso es lo que tú tienes, una patata fría en las manos. Nunca conocí a un hombre decente al que le gustaran las matemáticas.

»Qué criaturas tan simples. Nada sutiles, nada suaves, sin gusto, la mayoría de ellos no tiene *savoir vivre*, sólo tienen una cosa en la mente, todo el tiempo. Cuando tenías quince empezaron a mirarte. Cuando cumpliste los diecisiete seguían mirándote, babeaban, te sacaban la lengua, se te restregaban aprovechando las

multitudes, miraban abajo para tratar de ver qué había en tu blusa o debajo de tu falda, te seguían por las escaleras, en las escaleras mecánicas, en las empinadas colinas, con esa horrible mirada estúpida y triste mendigando en sus ojos, como pordioseros muertos de hambre, siempre mirando, ten cuidado con cómo cruzas las piernas porque te están mirando, mantén juntas las rodillas cuando te sientes porque te estarán mirando, justo entre las rodillas, ten cuidado cuando te inclines a beber en las fuentes si llevas puesto algo corto, flexiona las piernas, ellos siempre están mirando en algún sitio, pensarías que ellos pensaban que tenías algo de mucho valor, una joya escondida, rubíes quizá —¡ja!— una especie de mina de oro, y nunca los mires a los ojos con una mirada que ellos puedan interpretar como “vamos”, no sonrías, no hables, no muestres nada de ti ni siquiera si sabes que están ahí, lo tomarán siempre como una invitación, todo lo que quieren es agarrarte, hacerte doblar en el respaldo de un sofá o contra la portezuela de una camioneta y plantar en tus entrañas su babosa semillita, eso es lo único que les importa a la mayoría de ellos. Hacerte un niño y correr. Hacia la siguiente. Y a la siguiente y a la siguiente, como un gallo en un gallinero o un toro en unos pastos de vacas, siempre están así, siempre con lo mismo, esos adolescentes con las caras llenas de granos, esos jóvenes con sus trajes nuevos y sus BMW que piensan que son el no va más, esos gordos engreídos de mediana edad con mujeres y niños y demasiado dinero que deberían emplear mejor, incluso esos viejales arrugados de pelo gris como mi Doc, todo el rato mirando a las chicas, fingiendo que no, básicamente hacen todos lo mismo. Animales.

»Y luego tienes veintidós y todavía están interesados. Sólo que quizá ya no tanto. Y luego tienes veinticinco y subes la colina y te das cuenta de que empiezan a mirarte por encima del hombro. Y luego tienes treinta y ya eres invisible, ya no estás allí, ya no te ven, y se supone que una mujer tiene que emplear los siguientes veinte años de su vida intentando aparentar diecinueve otra vez. Quisieran que tuvieras diecinueve siempre. Que *fuera* de diecinueve. Una niña. O fuera de la pista. A una mujer ya hecha y derecha, no la pueden manejar. Una mujer con algo de experiencia a la que le guste disfrutar del sexo de veras y tenga ya los treinta o los treinta y cinco probablemente sería demasiado para ellos, a menos que encuentre al hombre adecuado, quiero decir, su hombre, un hombre de verdad, pero una mujer como esa que sabe lo que hace y lo que a un hombre le gusta, ni aun así sería lo bastante buena para ellos, porque la temen. La temen. Tantos años persiguiéndote y cuando tú quieres por fin, ellos ya no están.

»Y entonces ¿qué se supone que tiene que hacer una? Criar niños, supongo, si tienes la suerte suficiente como para haber encontrado a un hombre que te apoye y se quede contigo. Lo más probable es que él se vaya y tu tengas que ir a trabajar en alguna inmensa oficina de bendito-sea-Dios con luces fluorescentes parpadeando en el techo y una pequeña pantalla verde cegándote los ojos todo el día dándote dolores de cabeza y calambres y tu pobre niño abandonado en la guardería durante ocho o nueve horas con una turba de mocosos enfermos con virus contagiosos y dos o tres

lesbianas desviadas y pederastas maricones rondando por el lugar y no podrás ver a tu chiquillo hasta la noche. Calidad de vida. Un poco de calidad. La calidad de la mierda si te vale mi opinión. La liberación de la mujer, el movimiento de las mujeres, el feminismo, no cambiaron una sola cosa excepto para peor. No se puede detener el progreso.

»Así que ¿qué haces? Evitar problemas, casarte con un hombre mayor con algunas propiedades e ingresos estables que estaría agradecido sólo por permitirle que se meta en tu cama cada noche incluso si ya no se le levanta más o sigue, sigue así, o guárdatela o suéltala, te estará agradecido en cualquier caso e incluso si es tan imbécil de tontear a escondidas no va a ser tan idiota de echarse a correr detrás de una pequeña intriga sexual con cara de niña y un nombre como Cheri o Teri o Kristi o Misti. ¿O Bonnie? Como ya hiciera antes. Y si lo hace te quedas con su dinero y con su casa, con su casa de la montaña y su barco y hasta sus abogados se pondrán de tu parte, así que lo más seguro es que no se atreva.

»Y en vez de eso, se muere. De una terrible y maloliente enfermedad carísima.

»Y eres viuda a los treinta y nueve. Y entonces ¿qué?

»Entonces te conviertes en abuela y el verdadero infierno empieza. Y luego de repente te mueres. Y entonces ¿qué?

»Pobre Reuben chiquito, míralo ahí, durmiendo como si el mundo fuera un lugar seguro y amable con todo el mundo que lo ama como su Mami y su Papi y como si todas las cosas que necesita estuvieran a su alcance y nada pudiera dañarle. Es suficiente para hacerte llorar.

»Si fuera un hombre lloraría. Como ahora.

»Hay que conseguir algo más. Doc dice que seremos felices con lo que tenemos y deja de lloriquear por la vida después de la muerte o antes de la muerte, él no, él no es feliz, no siempre, no muy a menudo, no de verdad, hay que verlo cansado todo el rato, esa mirada lúgubre en los ojos, y ¿por qué no creer en otra esfera de la existencia? Puede que incluso ahora, esa otra esfera esté esperándote, como aviones o autobuses o trenes u hombres, das un paso y luego otro y otro, ahora y entonces, para emprender la aventura de algo más y en cualquier caso para conseguir algo mejor o al menos diferente después de la muerte. ¿Por qué? Porque sí. Y antes del nacimiento también, la reencarnación implica una preencarnación y si lo intentamos con todas nuestras fuerzas recordaremos esa existencia anterior. A veces creo que lo consigo. Era un león en la sabana africana. Era una princesa comanche montando mi poni por las llanuras de San Agustín. Una vez fui una reina egipcia llamada Cleopatra, y ese simplón de Marco Antonio me andaba dando la vara a todas horas (pero era guapo, fuerte, sabía lo que hacía) y ese barrigudo gilipollas de Julio César. El más peludo. Haciendo esquí acuático con Marco detrás de mi barcaza dorada, ¡el chico nos hizo hacer formar la fila de todos aquellos bastardos nubios y grandes! Bien por ellos. Buen ejercicio. Pero las cosas terminaron mal. Como suele pasar. Mordida en el culo por un áspid. Estiré la pata como una reina, por Dios, con bellos esclavos gritando de

dolor a mi alrededor, los únicos a los que yo no había envenenado previamente quiero decir, y mi pequeña *Charmian*^[10] querida con el corazón destrozado de dolor. Qué días aquellos. Qué días aquellos, amigo mío, cuando parecía que nada tendría fin, qué días aquellos, doy las gracias a Dios de que terminaran.

»Pero de veras. Es sólo para pasar el rato pero hay algo de veras, algo más en la vida que sólo vivirla y morirse. Puedo sentirlo. Lo sé. Hay un mundo espiritual más allá del crudo mundo material, una esfera de espíritus bellos que flotan como pequeños destellos de un 4 de Julio a través de una especie de círculo celestial sonrosado de nubes en espiral hacia un gran ojo de puro azul sagrado, o como pequeñas e inocentes luciérnagas que resplandecen en la oscuridad de la noche de verano y van haciendo sus círculos más y más pequeños hasta fundirse en la bella luz azul de Dios.

»Los judíos no creen en esa mierda, Abzug. Algunos judíos sí, mira a Saúl Bellow. Míralo, Dios, si yo tuviera una cara como esa también creería en que hay vida después de la muerte. Lo preferiría.

»Reuben, mi pequeño angelito, duerme, amor mío, duerme y duerme, aprieta tus ojitos pequeños y cierra tus deditos viscosos y mueve los deditos de los pies y duerme, corderito, mi niño, mi pequeñín sexy sin sexo, mi andrógino pequeñín, ni chico ni chica, chaval afortunado, sólo una adorable y pequeña, perfecta y dulce luciérnaga. Gracias a Dios no sabes lo que viene. Si viene. ¿No te pondrás celoso, verdad? Te querremos como te hemos querido siempre y estarás feliz de tener una hermanita, una preciosa hermanita que se llamará Debbie, con pañales llenos de caca amarilla y su pequeña boca pegada como una sanguijuela al pelo de Mamá, ¿no te importará, verdad? Claro que le va a importar, la odiará. Pero... duro. Una teta dura, cualquier hijo mío crecerá rápido, no quiero ser otra madre judía aunque yo ya soy una madre judía.

»¿Dónde se ha metido Doc?

»¿Por qué están vigilando nuestra casa? Día y noche ahí fuera, vigilando y esperando, Doc dice que son imaginaciones mías pero yo lo sé, quiero decir que conozco al hombre, siento que están ahí fuera, alguien en la oscuridad vigilando esta casa, mirando por esa ventana, esperando. ¿Esperando a quién? Sabes a quién. A él, a ese esperan. Doc dice que se fue, que está muerto, muerto como el pomo de una puerta, pero qué sabe Doc, Doc lee los periódicos, ve las noticias en la televisión, cualquiera así creería cualquier cosa. ¿Muerto? ¿Él? —Ni de coña—. Puedo sentirlo, sé que está ahí fuera, en algún sitio, y sé que vendrá aquí. Vendrá de nuevo. Sí, viene, puedo sentirlo, lo siento muy adentro, no puedo creerlo pero lo siento, viene de nuevo, ese feo y peludo diablo sonriente hijo de puta —¡sí! ¡Dios santo!—, ¡ya me viene, él viene, ya me está viniendo, me viene, sí, ahí está, me viene, me viene otra vez...!

»Doc...

»Mi querido y dulce Doc. Por favor vuelve deprisa a casa. El bebé te necesita.

Bonnie te necesita».

8. J. Oral Hatch, misionero de vuelta

Cuatro hombres sentados en la oscura, melancólica habitación de un motel — Pequeña América—. Fumando cigarrillos. Las cortinas corridas, es de noche de todas formas, sólo una luz encendida, el humo azul se eleva alto sobre el suelo, nubes alisadas de humo flotando en varios niveles en el aire sobresaturado. La televisión está encendida pero sin sonido, en la pantalla proyectan lo que parece una eterna tormenta de nieve. Una tormenta eléctrica de nieve, un mareante tiovivo de fotones, neutrones y neutrinos, una ventisca violenta de extraños *quantos*, la danza de los confusos amos.

Los cuatro hombres estaban distribuidos en dos grupos: un grupo de tres y un grupo más pequeño de uno solo. Ese uno, cuyo nombre era J. Oral Hatch, estaba sentado en una pesada silla junto a una lámpara de suelo que derramaba su luz mediante tres bulbos de alto voltaje. La luz le chorreaba directamente en la cara.

Hatch era un hombre joven, no tenía más de veinticinco años, lo que es muy poco de hecho para un hombre, un blanco mormón americano de la ciudad de Salt Lake, en el estado de Deseret. Iba vestido con ropa incómoda, sudando, con zapatos negros, traje negro, camisa blanca y corbata roja de Misionario de Vuelta.

(Enviado a la esbelta y apenas tumescente nación gentil de Noruega, se despertó una noche, ya cuando estaba concluyendo su misión, y se encontró desnudo, atado a la cama de su camarote, el cuerpo oprimido bajo el físico asalto de dos muchachas, prácticamente desnudas, que reían como niñas y jugueteaban con su pene virgen hasta llevarlo a su punto más alto de rigor varonil. Birgit y Erika, una camarera y la otra hija del capitán, pensó que las conocía bien, las había convertido a ambas al mormonismo hacía apenas un mes. Y ahora Birgit estaba a horcajadas sobre su vientre, esperando avanzar, mientras la otra, muy ocupada, la cabeza vuelta hacia Birgit, parecía haberse propuesto juntar las orejas de Oral apretando con la cara interna de sus pantorrillas. Le dolían los lóbulos.

—Oral —le explicó Erika más tarde, con un centelleo en sus verdes ojos marinos—, cuando vio tu carra pienso, Erika, ahí tieness sitio parra sentarrte.

No informó de la violación pero abandonó el país poco después, la despedida de Erika aún zumbaba en sus oídos:

—Tendré siempre trabajo parra ti, Oral, si volverías a Noruega otrra ves.

Le dijeron adiós agitando las manos cuando se subió en el tren para Oslo.

—Que Dioss bendijera Consejo de los Doce —gritaron— y a E. Power Bricks y a Z. Norman Tabernacle.

Sus rosados rostros joviales y el andén se deslizaron hacia atrás, escapando de su visión: su propio rostro le miraba desde un fondo vítreo y espectral, con ojos extraviados y asustada palidez, su misión imposible había sido un fracaso, y su

voluntariosa intromisión, demasiado breve.

Quizás tendría que dejarse el bigote).

Los otros tres estaban sentados o repantingados más allá de la lámpara, acogidos a la sombra, prácticamente invisibles para el joven Hatch. Aunque hombre libre, compañero de igual estatus oficial que dos de aquellos tres, se sentía como un sujeto que estaba siendo interrogado en una investigación criminal.

—¿Entonces qué fue lo que dijo? —preguntó una voz sin rostro, endurecida por muchos cigarrillos, demasiado *whisky*.

—Dijo: «Ven aquí, Oral, tengo trabajo para ti».

—¿Qué quería decir con eso? —preguntó otra voz, igualmente bronca.

—Compañeros, ¿os importaría no fumar? Ese olor me está poniendo malo. — Hatch se quitó las gafas, las miró, se las volvió a montar sobre la nariz.

Un momento de silencio. Una tercera voz, una voz más madura que las anteriores, más suave, bien modulada, que sugería un rango superior, una mejor educación y una inteligencia más alta, les habló amablemente desde las sombras, en la zona de la cama de tamaño majestuoso.

—Sean buenos con el teniente Hatch. Apagad vuestros apestosos Marlboros. Estamos en su ciudad.

Hubo gruñidos de aquiescencia. La nube de humo, después de un momento, se alzó a más altura pero con menos densidad.

—Sea por el teniente Hatch —dijo la primera voz— y por el señor Moroni. —Lo celebraron unas risas apagadas.

—Y por favor, no se rían de mi religión.

—No se rían de su religión.

—Sí señor. —Otra pausa—. Ahora, Oral, volviendo al asunto, ¿qué crees que significaba eso?

—No lo sé.

—¿Crees que quizá podría tratarse de una oferta de empleo?

—No me gusta ese tono.

—¿Y qué hiciste?

Eso estaba mejor. El joven Hatch se relajó un poco, se permitió incluso estirar una mínima sonrisa en sus labios.

—Darle un tajo en la nuca. Y entonces...

—¿Un trabajo?

—Un tajo. Un golpe de kárate. Se lo buscó.

—¿Y lo encontró?

—Era bastante raro. Llevaba visceras de pollo en los bolsillos.

—¿Y qué más?

—¿Cómo? —El joven Hatch se reincorporó en su asiento—. Te digo que llevaba visceras de pollo en los bolsillos ¿y me preguntas qué más?

—¿Cómo sabías que eran visceras de pollo?

El joven lo miró.

—Conozco mis vísceras.

—Debes tener un trato muy personal con los pollos.

Hatch frunció el ceño.

—Nací y me crié en una granja. Solía matar y limpiar un pollo todas las semanas. Demasiado, compañeros.

El teniente Hatch era un joven grande pero parecía empequeñecido. Doscientas libras y seis pies de alto con hombros anchos, pecho hondo, estómago liso, caderas estrechas, pelo claro. Nórdico y con una mandíbula tan bien trazada como la de un maniquí de escaparate que, no obstante, parecía, de alguna insólita manera, haber quedado jibarizado. Quizá se debiera a que su cabeza era demasiado pequeña; era una cabeza de tamaño medio, pero el pelo le crecía a una pulgada de las cejas, dando a su frente una dimensión comprimida, achatada, como si, cuando era niño, él, atendiendo a la curiosidad habitual de los párvulos, hubiera puesto su cabeza en un compactador de basura y le hubiera dado al interruptor. Sea cual fuera la causa, no hubo daños: el joven Hatch estaba equipado con una inteligencia perfectamente normal. Su cociente intelectual, de hecho, había sido examinado por la agencia, obteniendo un resultado de 100,00, un valor numérico que, curiosamente, resultaba idéntico a la media nacional de los americanos. Hay pocos americanos que tengan ese cociente intelectual medio, lo que resulta una información alarmante si se la examina un poco, pues eso implica que la mitad del poder intelectual de nuestra nación están por debajo de la media y la otra mitad por encima, con excepción de astillas estilísticas como la del cerebro del joven J. Oral Hatch que se correspondía exactamente con la media. Sólo quien esté en la media, le gustaba recordarse a sí mismo, es verdaderamente excepcional. Además...

—Olvida las vísceras de pollo —dijo la voz de más alto rango, interrumpiendo la reavivada discusión—. Dinos, Oral, ¿quién hizo aquello en el *bulldozer* BLM? Es de propiedad federal. ¿Quién vertió todo aquel lodo en la sala de juntas de Syn Fuel? Comercio interestatal. ¿Quién manipuló las estacas de reconocimiento en el cañón Radium? Formaban una espiral que cruzó la frontera entre estados. ¿Quién está detrás de esa movida de ¡Earth First^[11]! Terroristas.

—Sí señor.

El teniente Hatch intentó ver más allá de la luz brillante que iluminaban sus ojos, mirando hacia la cara del coronel.

—Bueno señor, todo eso son delitos menores.

—¿Pero quién está detrás? ¿Cuántos son? La conspiración para cometer delitos menores, teniente Hatch, es felonía. ¿Lo sabía?

—No señor. Quiero decir que lo sabía, desde luego, pero hasta donde yo sé sólo hay una persona que esté detrás.

—¿Quién?

—No sé su nombre.

Hubo una pausa.

La primera voz del interrogatorio, carraspeando, rompió el tenso silencio.

—¿Sabes su sexo al menos? ¿Es hombre o mujer? ¿Es viejo o joven o ni una cosa ni otra?

Pausa. Hatch se encogió de hombros: no respondió.

—Así que ¿quién es ese tipo del vestuario de la BLM?

—Sólo un vagabundo. Ni identificación, ni llaves del coche, ni dinero, nada. Sólo otro viejo pervertido, quiero decir, gay, sólo otro viejo gay pervertido que utilizaba nuestras instalaciones públicas como refugio privado. Puede que sea un acosador de menores. Nadie va con visceras de pollo en los bolsillos, sabe Dios lo que estaría buscando.

Otra vez Hatch se quitó las gafas, les echó un poco de aliento a los cristales, se las puso de nuevo.

—Pero ese detalle no les interesa, ¿verdad?

—Quizá estaba allí esperando que pasara un pollo. ¿Qué fue lo que dijo en la puerta? ¿Gallinas? ¿Gallos? Quizá era un acosador de pollos. He oído que son lo peor que hay, cogen un pollo vivo, les meten la cabeza en la taza del váter, he oído que no hay nada peor.

(Silencio. Amagos de risas).

—Pollos de baño...

—Por Dios, Oral, ¿no hablaste con el hombre?

—Él no estaba en condiciones.

—Le diste de lo lindo, ¿eh? ¿Le mataste?

—No, no, estaba bien, respiraba con normalidad, le controlé el pulso. Había un globo ocular de cristal en las losas del suelo.

—Le controlaste el pulso para ver si estaba respirando. Buena técnica. ¿De qué color era el globo?

—¿De qué color? ¿Qué clase de pregunta es esa? A veces me pregunto si vais en serio. ¿No quieren saber de dónde diablos... de dónde procedía ese condenado globo ocular de cristal?

—¿Se salió de su cuenca cuando se lo arrancaste y lo dejaste allí?

Hatch suspiró, paciente.

—Tenía trabajo que hacer. Estaba aquel caballo desvencijado fuera, en el *parking*, montando un lío con mi guardabarros delantero.

—Caballos, pollos, ojos de cristal —la voz entre toses siguió—: No vamos a ningún sitio, Oral. Te pagan para vigilar gente, no para que montes una granja. Tienes que tener alguna idea acerca de quién hizo eso con las estacas.

—Le juro que no.

—Algo sobre quién sacó los pernos del *bulldozer* para que se saliera de su trayectoria.

—Tenga por seguro que no.

—Tu trabajo consiste en vigilar cierta clase de gente, Hatch. ¿Dónde estabas?

—Estaba allí, ya se lo he dicho. Tenía los ojos puestos en Doc y en Bonnie, en Smith, en Susan y en Kathy todo el rato. Y todo lo que hicieron fue jugar al *poker*.

—Parece como si eso fuera lo que has estado haciendo tú, Hatch. No sería raro a juzgar por lo grande que es tu cuenta de gastos. ¿No...?

—Excusadme —dijo la voz principal, la del coronel, interrumpiendo al otro—. Cuéntanos más sobre esa gente, teniente. Tienes grabaciones de todos ellos, según tengo entendido.

—Así es, señor —y Hatch deslizó un videocasete en el reproductor de video bajo la televisión, y le dio al PLAY. Esperaron pacientemente. Después de lo que parecía como un intervalo excesivo, una serie de números en cuenta atrás fueron desgranándose en la pantalla del televisor y luego apareció el nombre de SMITH, Joseph Fielding III, conocido por «Seldom Seen», seguido de una foto en color, un hombre de cuarenta años, la acogedora e incorregiblemente bucólica cara del propio Smith, con su flequillo colgante, y el remolino de pelo, y grandes orejas y su habitual sonrisa amplia enseñando dientes. Parecía estar rascándose la parte de atrás del pescuezo con su sucio *sombrero*^[12].

—¿Qué nos cuentas de este vaquero?

—Es miembro de la así denominada «Banda de la Tenaza» —dijo Hatch—. Estuvo preso seis meses, junto con el así conocido como Doc Sarvis y su compañera de armas Bonnie.

—¿Qué delito cometieron?

—Hicieron caer rocas.

—Ya veo.

—De hecho atentaron contra la propiedad. Un montón de veces. Aplastaban coches de personas tirando rocas. También hay sospechas de incendios premeditados y de uso de explosivos. También pudo tener algo que ver con la destrucción de un tren que cargaba carbón pero consiguió negociarlo y le retiraron los cargos. Ese es él en su campo de melones...

Smith aparecía en la pantalla de televisión moviéndose ahora, sonriendo a la cámara, sosteniendo un melón gigantesco, luego se lo subía a los hombros con una mano mientras extendía la otra como si se estuviese preparando para lanzar una gran bomba con un pase profundo hasta la zona muerta. Bruscamente, la cámara se giró para mostrar a un oso voluminoso, un hombre trajeado y encorbatado que trastabillaba por el melonar, haciendo como que corría para capturar el pase y conseguir el *touchdown*.

—Ese es Sarvis —comentó Hatch—. Al que llaman Doc.

—Al que llaman Doc. También llamado Doc Sarvis. Dígame, teniente, ¿es o no es de verdad doctor? Quiero decir médico, doctor en Medicina.

—Si, lo es de verdad. Muy distinguido en su campo. De hecho, antes de caer en desgracia, era jefe de cirugía en la University Medical School. Escribió un libro

titulado *El corazón humano: una enfermedad romántica*. Solía cobrar una tarifa de dos mil dólares por hora... si le gustabas.

Hatch consultó su pequeña libreta de bolsillo negra y siguió.

—En una ocasión trató al presidente. Después de que lo metieran en la cárcel se pasó a pediatría. Un médico de niños. No se gana mucho en eso.

La pantalla de televisión mostró a Smith poniéndole las herraduras a un caballo, sonriendo por encima de su hombro a la cámara mientras colocaba la pezuña entre sus rodillas para colocar la nueva herradura. Hatch le dio al botón que apresuraba la imagen, luego al STOP y luego al PLAY. La imagen recuperó su velocidad normal, presentando al doctor Sarvis y su pareja descansando en la cubierta de un anticuado barco de madera, grande y confortable pero necesitado de reparaciones, una mano de pintura, un enlucido. La cabina principal había sido estucada para que pareciera de adobe pero el estuco se estaba desconchando, exponiendo el gallinero oxidado que había abajo. El doctor estaba sentado en una silla de lona plegable con un libro en la mano, un enorme sombrero de paja le pintaba de sombra la cara mientras Bonnie Abzug, una bonita figura de mujer en un traje de baño negro, llevaba un niño desnudo al que subía por la escalera que daba a la azotea de la cabina. Desde allí, cogidos de la mano, riéndose, saltaban. Al río.

Un borbotón de agua fangosa salpicaba en el ojo de la cámara, cegando la luz.

—No estoy seguro de pillarle el punto a esta película casera, teniente —dijo el coronel. Sonaba enfadado—. ¿Por qué nos ha puesto esa película casera?

—Bueno, señor... —Hatch se movió nervioso en su asiento caliente—, la grabación. Hago mi trabajo. Mantenía a esa gente bajo vigilancia.

—No nos serviría como prueba. Necesitamos cosas que los incriminen, imágenes de cómo manipulan los equipamientos mineros.

—Sí señor.

La abrasiva voz lo cortó, hablando desde las sombras:

—¿Y qué me dice del otro, del tal Hayduke? ¿Tiene una buena película de acción sobre él?

—No. Nada. Sólo algunas tomas. De todas maneras...

—Veámoslas.

—Claro. —Hatch pulsó el botón para acelerar la imagen, STOP, rebobinó un poco, STOP otra vez. La cara de George Washington Hayduke, padre de la patria, llenó la pantalla. Muy barbudo, con un grasiento sombrero de bandido de ala ancha, fruncía el entrecejo ante el fotógrafo, entrecerrando los ojos contra la luz. Al contrario que los demás, Hayduke tenía una cara de villano apropiada, naturaleza feroz, de alta temperatura, sin reglas, sin compromisos.

—Ese es nuestro chico. —La segunda voz, después de haber estado en silencio mucho rato, se había decidido a hablar de nuevo—. Tiene el aspecto que deben tener los terroristas. Un psicópata de verdad. ¿Dónde está, Hatch?

—¿En la imagen? Bueno, la imagen es de hace cinco años.

—¿Dónde está ahora? ¿Dónde vive... pasa el rato... se esconde... se acuesta?

—¿Cómo podría saberlo yo? Quiero decir, no voy detrás de esos personajes todo el tiempo. Doc, Bonnie, Smith y sus esposas ya pasaron la libertad condicional, van y vienen a su gusto, y son cuatro, cinco, puede que seis personas, cada uno por su lado. Y yo soy sólo uno, y sólo tengo dos ojos. —Se ajustó las gafas en la nariz—. De cualquier forma...

—Tienes cuatro ojos.

—De cualquier forma creemos que el llamado Hayduke está muerto. Nadie lo ha visto desde hace varios años. Le dispararon y desapareció entre las aguas. O quizá, accidentalmente, se hizo estallar él solo, eso es lo que Love piensa.

—¿Quién es Love?

—Durante un periodo corto de tiempo fue uno de los mandamases del condado de Landfill. Reverendo Love. Operador minero, camionero, granjero, comisionado del Condado. Quiere llegar a senador. No puede aspirar a la legislatura estatal. Trabaja como testaferro de Syn Fuels. Eso es lo que los ejecutivos de las minas le dijeron que hiciera, como cualquier político listo de Utah.

Pausa. El coronel habló:

—No te permitas ser cínico, teniente. El cinismo es una emoción barata, un sustituto cobarde del pensamiento y la acción. El cinismo corroe la voluntad, ablanda la conciencia, arruina tu sentido de lo que está bien y está mal.

El coronel hizo una pausa antes de terminar su miniconferencia:

—Esté atento a las pequeñas distinciones: conviértase al pesimismo como yo.

Hubo una carcajada en la oscuridad. El joven Oral se incorporó en su silla, un indefenso rubor juvenil pintándole las mejillas, en su rostro la mandíbula perfectamente cuadrada de Águila de los *Scouts* Misioneros.

—No soy cínico, señor. —Ese golpe dolió—. En absoluto. Soy un optimista. Todos los míos son optimistas.

—Lo sé —dijo el hombre más viejo—. Por eso yo soy pesimista.

—No estaba este Hayduke bastante involucrado con la novia del doctor —irrumpió la voz más bronca—. ¿No conseguía los fondos para operar del propio doctor?

—Están casados ya —dijo Hatch—. El doctor y la mujer, quiero decir. Y sí, he tenido vigilada su casa desde lo de Denver y ese asunto del *bulldozer*. Por si Hayduke estuviera por allí todavía. Pero no hay señales de él.

—¿Y eso es todo lo que tienes? ¿No hay más sospechosos?

Un momento de duda antes de que Hatch dijese:

—Bueno, se rumorea que hay un vagabundo chiflado a caballo por las tierras de los cañones. Le llaman «el Llanero Solitario». Sólo son rumores. No he encontrado a nadie que le haya visto de veras o sepa algo más sobre él. O sobre ella. Esa gente de allá abajo está chiflada. Demasiado aislamiento con respecto al resto del mundo. Mucha endogamia. No confían en los foráneos. Esa pequeña ciudad,

Hardrock, por ejemplo, no tuvieron servicio de correos hasta el año 1935 y entonces sólo llegaba una vez por semana en un tren de ganado. No tuvieron carretera asfaltada hasta 1965. Piensan que Herbert Hoover es todavía el presidente. Les gusta. La mitad de ellos son polígamos, como Smith.

—Teniente —dijo el coronel—, ¿sabe quién era ese Llanero Solitario?

—¿Quién *era*? Sí, señor. El chico de la máscara con balas de plata.

—¿Y entonces has oído hablar de Tonto también?

—Sí, señor.

—¿Y sabes lo que significa «Tonto»? «Tonto» es la palabra que utilizan en español para *bobo*. El nombre que utilizaba «Tonto» para el Llanero Solitario era Kemo-sabe, que en paiute significa «gilipollas». Finalmente se separaron. Ya puede ver por qué. ¿Qué llevaba puesto ese colega?

—¿Puesto? ¿Quién? ¿Qué colega?

—El viejo vagabundo del baño.

Hatch rebuscó en su memoria.

—Bueno, déjeme pensarlo, estaba oscuro allí, sus ropas estaban tan sucias que me dolía mirarlas, olía horrible. Como las vísceras de pollo —hizo una pausa y siguió—. Una equipación ridícula, supongo, botas negras, pantalones bombachos, una especie de camisa divertida con dos hileras de botones en la pechera... Un sombrero grande de diez galones...

(*Silencio*). Esperaron que Hatch siguiese, lo observaron. Se retorció en su silla, adecuando los ojos a la fiera luz. Cambiando el sujeto dijo:

—Voy a necesitar más dinero para gastos.

—¿Para qué? —preguntó el fumador—. No has hecho mucho con lo que ya te hemos dado.

—Necesito más dinero para esas partidas de *poker*.

—¿Por qué?

—Les gusta jugar al *poker*. Y siempre pierdo.

—¿Por qué?

—Si no perdiera no me dejarían jugar.

—A nadie le gustan los perdedores.

—A ellos sí.

—A nosotros no.

—¿Quiere tenerme cerca de esa banda o no? Ellos todavía piensan que soy su oficial de libertad condicional.

—¿Y qué hay del otro, cómo se llama?

—¿Greenspan? Piensan que fue trasladado.

—¿Entonces confían en ti?

—Confiar en mí, quién sabe. —El joven Hatch se estaba impacientando—. Puede ser. Mientras yo siga perdiendo confiarán en mí. ¿Cree...? ¿Tendré el dinero o no?

—Claro, Oral —dijo la primera voz—, tendrás el dinero. Pero concéntrate en el

juego, Oral. Recuerda el déficit federal.

—Cuidado con las cartas de abajo de ese mecánico —dijo la segunda voz—. El tal Doc. Escucha el silbido. ¿Cómo puedes jugar al *poker* con un tipo que se hace llamar Doc? No es muy inteligente, Oral.

—Pero es doctor de verdad —gimió el joven Hatch, llevándose una mano al pálido pelo y secándose luego el sudor de su labio superior—. Me curó los hongos del pie.

—Pero ¿no corta él siempre la baraja? —dijo el primero.

—¿Y tienes los cinco sentidos puestos en el juego? —dijo el segundo.

—¿O en Bonnie Abzug?

—No dejes que te faroleen.

—¿Qué? —Exasperado, resopló de nuevo—. ¿Faroles? Ellos están siempre faroleando. Todos ellos y todo el tiempo. No puedo confiar en ninguno. Y ella es la peor. Por Dios, deberíais... Y ese Smith, el llamado Seldom Seen, siempre hablando, siempre contando cuentos, ¿cómo puedo concentrarme en una situación como esa, os lo pregunto? Santa... mierda.

Otra pausa en el interrogatorio. Risa apagada en la oscuridad. La pantalla de la televisión parpadeaba, la película muda del video se desenrollaba poco a poco: Bonnie vestida con una bata amamantaba a un bebé, se sacaba un pecho grande para mostrarlo a la cámara y todos sonrieron; Doc pedaleando en su bicicleta de tres velocidades Schwinn por una larga calle de Salt Lake City, diciendo adiós con la mano, tras él una larga hilera de humeantes camiones de basura y hormigoneras; el sonriente Smith sentado en una barca sumergida, el agua por el cuello y una hermosa mujer en cada brazo, los tres mostraban sus caras llenas de alegría a la cámara... la película casera, como todas las películas caseras, seguía y seguía y seguía...

—Por favor —pidió Hatch—, ¿nos podemos ir ya? Estoy cansado, compañeros.

—Sí —dijo el coronel—, hemos tenido una tarde entretenida y ya es hora de que te vayas a casa. Pero trata de acordarte de que no estamos jugando a un juego divertido con una pandilla de alegres bromistas. Ahora os estoy hablando a los tres. Estamos aquí por un asunto de seguridad nacional. La industria nuclear es de vital importancia para el Departamento de Energía y para el Departamento de Defensa. La Casa Blanca está enterada. No apartéis ese hecho de vuestra mente. Atentar contra las minas de uranio es un ataque a los intereses nacionales. No estamos aquí para ocuparnos de los inofensivos, educados y vulgares defensores del medio ambiente. Estamos aquí para enfrentarnos a una banda de bien entrenados terroristas financiados con dinero internacional. ¿Lo habéis entendido todos y cada uno de vosotros?

El coronel hizo una pausa en espera de los habituales gruñidos de asentimiento. Los oyó, y concluyó:

—En otras palabras, estamos hablando de negocios. Quiero decir, negocios de crítico valor nacional: dinero. Y ahora, y sin risitas, por favor, que estoy hablando en

serio; sólo voy a hacerle una pregunta más, teniente, y se podrá ir.

—Sí, señor.

El coronel se permitió un momento de silencio para subrayar la importancia de su pregunta:

—¿Llevaba puesto un antifaz negro?

—¿Señor?

—¿Llevaba puesto un antifaz negro?

—¿Quiere decir...?

—Sí. Él. El del baño. ¿Llevaba puesto un antifaz negro sobre los ojos?

—Sólo tenía un ojo. El otro era de cristal.

—Eso suman dos. Responda a mi pregunta.

El joven Hatch sopesó la pregunta. Estaba en la mierda y lo sabía. Mucha mierda. Mucha, líquida, mucilaginosa, apestosa mierda. (No puedo mentir, pensó. ¿Por qué no?, le dijo su diablo, tu carrera se puede ir al garete. Pero papá y mamá me dijeron: no mientas nunca.

Díselo de todas maneras.

No puedo.

Seguro que puedes.

Iré al Infierno.

No, no irás, te lo prometo.

¿Me lo prometes?

Prometido.

Bueno... pero no podría.

Sólo una vez, nunca tendrás que mentir de nuevo.

¿Eso va en serio?

Sí, Oral.

¿Lo dices de verdad?

¿Te he mentado alguna vez, Oral? ¿Alguna vez?).

Sombreado sus cuatro ojos con una mano, el joven Hatch se esforzó en ver a través de la resplandeciente luz para mirar a los ojos al coronel. A algún ojo. A cualquier ojo. Tragó saliva, tragó mucha saliva. Abrió la boca para hablar. Los labios secos, la lengua le pesaba como un sapo de plomo. Lo intentó, pero no pudo. Lo intentó y lo intentó. No podía hacerlo.

Casi sintiendo lástima, los tres hombres duros que estaban tras la luz miraban al joven J. Oral Hatch. El silencio era cruel.

—De acuerdo, teniente —dijo el coronel—. Puede irse. Lo ha hecho lo mejor que ha podido, es cierto que lo mejor que puede hacer no es demasiado bueno, pero puede que mejore. Le daremos un mes más para que cierre este caso. Todavía, como sabe, desde el punto de vista de la agencia, está a prueba. Buenas noches, teniente.

El joven se levantó temblorosamente de su silla, le dio la mano a los tres hombres, murmuró algunas formalidades para despedirse y abandonó la habitación,

cerrando la puerta con cuidado.

Los otros esperaron, escucharon cómo se marchaba. Uno se levantó, miró por el visor de la puerta y volvió. El segundo hombre colocó la lámpara en su lugar original a un lado del escritorio donde el *Libro de Mormón* se alineaba con una guía para turistas de los mejores restaurantes de carne de Salt Lake City, la ciudad más importante de Deseret, la puta capital de la Zona Montañosa Occidental. Bajó a cero el volumen de la televisión. MTV: un humanoide con una cresta naranja erizada en la línea central de una cabeza rapada, llevaba un *top* de cuero y pantalones ceñidos de cuero, se arrodillaba en un escenario llevándose el micrófono a la boca, aullando con muda angustia para acompañar las violentas convulsiones de su pelvis.

El primer hombre sirvió unas bebidas, tres tragos de *bourbon*, sin hielo, pasó dos a sus compañeros y se sentó. Miraron aquella agonía sin sonido en la pantalla de la televisión.

—Se olvidó la cinta.

—Es de la compañía ahora.

—¿Crees que de verdad piensa que es teniente?

—Tú le redactaste el ascenso. Lo mecanografiaste, lo firmaste.

—¿Pero se lo creyó? Ese chico debe ser más brillante que sus actos. Tendría que serlo. Podría estar investigándonos. ¿Está bajo vigilancia? ¿Quién sabe lo que trama a nuestras espaldas?

—Y a quien le importa. Ese chico está más apretado que el agujero de su culo cuando camina.

—Si cree que es teniente entonces se creará cualquier cosa.

Guardaron silencio, mirando los anuncios mudos. Uno de ellos parecía promocionar el gran éxito de la última banda de éxito. ¿*También a ti?* ¿*Motley Crue?* ¿*Te enrolla?* ¿*A mí también?*

—Eso no es un anuncio.

—Claro que es un anuncio.

—No, es el programa. El anuncio era lo de antes, esa cosa vestida de cuero. ¿Qué canal es este?

—Tú lo pusiste.

—No, yo sólo lo encendí, no elegí ningún canal. ¿Cuál es?

—Parece la MTV.

—¿Quiero decir qué ciudad?

—¿Cuál es la diferencia?

—Tendría que haber un canal Playboy, podríamos ver algo de tetas y culos. Valores básicos del Oeste. Podría haber un simple *talk show*. Escuchad la petición del hombre blanco pidiendo un cambio.

Pero nadie se levantó, vieron a un pegajoso homínido en un traje púrpura, cara andrógina, muy remilgado al fondo del escenario con guantes blancos de encaje.

—¿Por qué contrataste a alguien como Oral? Oral, por Dios bendito. ¿Qué

nombre es ese? ¿Cómo puede alguien hacerle algo así a su propio hijo?

—Parecía que estaba bien cuando lo entrevisté. Del tipo simple pero honrado. Como un recién graduado.

—¿En qué universidad?

—Universidad de Brigham Young.

Nadie dijo nada. Los hombres se acabaron sus bebidas. El primero se levantó para servir la segunda ronda. El hombre al que conocían como coronel finalmente habló:

—Perdóñenme, caballeros. Si no les importa... tengo de veras que irme a dormir. Vuelo temprano mañana por la mañana a Washington D.C.

—Por supuesto, por supuesto —murmuraron los demás—. Sí señor. —Cuando se iban, el coronel les dijo:

—Y no se preocupen por ese chico, Hatch. Es joven, está sano, es mormón, es americano, tiene el cociente intelectual perfecto. Se creerá cualquier cosa. Y es muy constante. Llegará a ser un buen agente.

9. La pesadilla de Seldom

Seldom estaba teniendo otra vez la pesadilla. Se retorció y murmuraba como un viejo sabueso en la alfombra del salón, estaba acostado en su amplia cama con Sheila, su esposa de Bountiful^[13], y soñaba de nuevo con la fatalidad. La perdición. La muerte y la transmomificación.

Un resplandor azul revoloteaba sobre su pajar. Un OPNI otra vez —una especie de Objeto Porculero No Identificado—. La luz giraba sobre un eje excéntrico, un tambaleante disco azul lanzado al cielo de la noche produciendo un zumbido metálico, casi musical pero siniestro, de juguete infantil, como una tapa de metal girando. Atraídos por la luz, pequeñas criaturas aladas, como ángeles, volaban hacia ella, desapareciendo una tras otra en los breves relámpagos de brillo que arrancaban sus inmolaciones, seguidos del sonido del zumbido y la crepitación de la electrocución. Más arriba del resplandor azul, alto como un hotel, más alto que un elevador de grano, dos pequeñas luces rojas como cuentas de abalorio, como un par de ojos de araña, parpadeando lentamente, encendido, apagado, encendido, apagado, en medio de una plataforma de perforación en forma de A negra elevada contra las estrellas.

Escuchaba los caballos galopando en los pastos, muertos de miedo. Seldom sacaba su revólver, apuntaba al disco azul y disparaba. La luz paraba de dar vueltas: él escuchaba un estruendo de vajilla rompiéndose. «Consigue los aisladores», pensaba, «por lo que más quieras esta vez tienes que conseguir los aisladores. No puedes perderlos siempre. Hasta un cerdo ciego es capaz de encontrar una bellota de vez en cuando». Satisfecho consigo mismo, sopló sobre el humo de su viejo y negro revólver de repetición y apuntó otra vez, esta vez a las seis —o sea, en la parte baja del disco— dando por hecho que el primer disparo se le había ido alto.

Allá arriba los ojos rojos del monstruo parpadeaban, haciéndolo parecer a la vez bizco y transversal, pateando la vida de los insectos que caían bajo sus pies. El resplandor azul de repente se transformaba en un delgado rayo láser que apuntaba intensamente al plomo del revólver de Smith. ¡Pssst!, hizo el rayo. El cañón del revólver se derritió como una flor marchita, una margarita impotente, y quedó convertido en un charquito de hierro triturado en el suelo, entre sus pies descalzos. ¡Santo Moroni^[14]! Smith volvió a correr, como hubiera hecho cualquier héroe sensible.

La máquina le siguió, levantando sus herraduras de 130 pies (ambas a la vez) y aplastando el granero de Smith que quedó convertido en una nube de polvo, una estructura aplastada, como un esquí acuático —el tractor, los vagones, el esparcidor de estiércol, las balas de heno, todo comprimido—. Para completar el ciclo, la

máquina se levantó de aquel amasijo, avanzó con aquel movimiento pélvico, como un pato mareado, y se aposentó de nuevo. Con un estrépito. La tierra tembló. Las herraduras se levantaron...

Smith corría para salvar la vida, pero también para salvar su cama, el confort de su esposa, hacia la casa de listones y tablas del rancho cubierta por una parra gris. El sitio de Kathy, el viejo rancho cerca de Hardrock en Utah. Parecía correr sobre pegamento, un barro mucoso que se quedaba pegado a sus suelas como arenas movedizas. El rayo azul, ahora una especie de revólver con montura giratoria, ardía a su espalda, proyectando su antigua sombra a cincuenta pies de él. Vio la sombra de algo que quedaba abatido, oyó el aullido del viento y un sonido de poleas de hierro y cables, miró atrás para contemplar el gran cubo de la monstruosa excavadora, las mandíbulas con colmillos muy abiertas, lo suficientemente grandes como para contener cuatro autobuses o doce Cadillacs. Atacaba su retaguardia.

Smith dio un salto.

El cubo aró la tierra a pocos centímetros de él, levantando a su espalda una ola de arena y escombros. Perdido, se regocijó Seldom, perdido. La mandíbula inferior del cubo se deslizó entre sus pies haciendo que la tierra se enrollara como una alfombra, mientras la mandíbula superior pasaba sobre su cabeza, robándole la luz. «¡Vaya!», pensó Smith, «¡me atrapó!». Las mandíbulas de hierro se cerraron ante él, sus dientes cuadrados ajustándose como los de una cremallera. Estaba atrapado dentro del cubo de hierro como un ratón en una caja. Un ratoncito en una inmensa caja negra.

Me tienen. Esperó: no sucedió nada. El miedo le desgarraba el alma.

¡Kathy!, aulló. ¡Mamá! ¡Jesucristo!

No llegó nadie para ayudarlo. Oyó el sonajero de la maquinaria y sintió cómo lo levantaban en el aire, como si estuviera en un ascensor. Muy arriba. Podía ver muy poco a través de las grietas de la pared del cubo —una dispersión de estrellas, nubes de polvo, el resplandor azulado y salvaje del foco, el par de ojos rojos allí arriba, parpadeando.

El cubo se puso en marcha, bajando un poco, golpeando con una fuerza brutal en el muelle alto de la compleja estructura de la máquina. La sacudida hizo que Smith cayera y se golpeará. Aturdido, esperó. Se tocó en las manos, en las piernas, en la cabeza. No había sangre. No se le habían derramado los sesos. No me ha causado ninguna herida —pensó—. Sólo la cabeza. Esperó.

Silencio. El clamor de hierro se reinició, las fauces de la escotilla se abrieron de par en par, el rayo azul deslumbró los ojos de Smith. Una pausa, el ruido silbante, y una voz grabada de mujer empezó a hablar con un tono amable, femenino y melifluido, casi humano, bien entrenado en técnicas de locución pero chirriante, mal transcrito:

Bienvenidos, aficionados de Kmart. La especialidad de hoy en nuestro nuevo patio comedor, a precio de 135 dólares, rebajado por solo una semana a 99,50. Por favor visiten nuestro Departamento de Mejoras para una visita sin cargos ni obligaciones a ese precio verdaderamente único. Breve pausa (Sic^[15]).

La grabación se interrumpía abruptamente. La luz azul se tambaleaba sobre su pivote loco, proyectándose sobre Smith. Arriba, los dos ojos rojos miraban fijamente, parpadeando en el espacio profundo, en las profundidades del tiempo, buscando algún significado a la existencia de las espirales de galaxias más allá de Andrómeda mientras la máquina seguía hacia delante, aplastando la casa de Kathy, a Kathy y al jardín de Kathy.

«Hasta aquí todo bien», pensó Smith, cegado por la luz... «pero ¿y ahora?».

Después de unos momentos de vacilación y duda electrónicas, sonó otra grabación distinta: esta vez era una voz más profunda, de androide masculino, con el acento estándar americano y una calidad de entusiasmo apenas reprimido, como si estuviese anunciando la Segunda Venida. Sin embargo, el ruido de la superficie era excesivo y llenaba de polvo la cinta:

Bienvenidos, visitantes del proyecto. Bienvenidos a GOLIATH. No cabe duda de que están preguntándose qué hay detrás de la dragalina más grande del mundo. La respuesta es... ¡la dragalina más grande del mundo! La Dragalina Móvil 4250-W, un gigante de 27 millones de libras que se mueve, ¡la máquina móvil más grande del planeta!

Es una nueva era, amigos, y las nuevas eras exigen mejores caminos a costos más bajos para responder a las más grandes demandas. Y esa es la razón de la necesidad de una máquina como esta. La 4250-W tiene un tamaño inigualable y un diseño que la capacita para dragar vastas áreas de cobre, uranio, potasio y otros minerales que antes no podían ser sacados a la superficie sin grandes pérdidas. Escarba eso (Sic) operada por un solo hombre... una persona en una cabina con aire acondicionado, GOLIATH, la dragalina móvil 4250-W, es el más acabado ejemplo de cómo Bucyrus-Eire trabaja para responder a las más urgentes exigencias de nuestro mundo.

Observen las tareas fantásticas de esta 4250-W:

Uno: ¡Una longitud total de cuatrocientos diez pies! Tres veces más largo que la distancia alcanzada por el primer vuelo aéreo de los hermanos Wright. ¡Más largo que una hilera de nueve tolvas de un tren de carbón de tamaño normal! Una longitud de casi un campo y medio de fútbol.

Dos: Peso de 27 millones de libras. Trece mil toneladas y media. Tan pesado como ciento cincuenta trenes con todas las tolvas cargadas de mineral. ¡Más o menos el peso de unos catorce mil automóviles!

Tres: ¡Altura de sesenta y siete pies y una pulgada desde la base hasta la cima del recinto de la central eléctrica! Ciento diecinueve pies once pulgadas y cuarto desde la base al punto más alto de la A. ¡Doscientos veintidós pies y seis pulgadas desde la base al ángulo superior!

Cuatro: ¡Doscientos noventa mil pies cuadrados de área de trabajo! ¡Equivalente a un parque de seis acres! Sus ascensores se levantan a trescientos veinticinco pies y pueden arrojar la carga a seiscientos diez pies de distancia...

Smith empezó a entender la razón de aquel jubiloso discurso que llegaba a hacerse tedioso. Estaba empezando a tener problemas para mantener los párpados abiertos. Buscó a tientas la pared de acero del cubo de la dragadora, la encontró y se apoyó en ella manteniéndose erguido. La orgullosa y feliz voz seguía rebuznando, rociando a Smith con su tupida llovizna insípida de hechos maravillosos y fantásticas figuraciones. Cuando oyó las palabras...

... antes de ser usada en labores mineras fue utilizada en una limitada extensión de pasto para el ganado. Sin embargo este área minera ha sido clasificada por el Departamento de Interior de los Estados Unidos como zona marginal en el mejor de los casos y prácticamente inhabitada...

Smith buscó su revólver, lo halló intacto en la funda, lo sacó y miró al foco en

rotación en pos de un buen objetivo. Los altavoces de megafonía por ejemplo. Los escuchaba, ásperos y traqueteantes, en algún lugar por encima de su cabeza, pero no sabía dónde estaban. Apuntó al tuntún entre los ojos rojos que estaban allá arriba, en lo más alto de la jarcia. «Destruye el cerebro de esta maldita criatura», pensó, «eso callará a ese hijo-de-puta. Tengo que derribarlo, que doble la rodilla, cortarle los cascabeles y desollar a la bestia». Cuando oyó las palabras...

... sirviendo a las necesidades de nuestra economía mundial en continuo crecimiento...

... disparó cinco veces en rápida sucesión, apuntando desde más o menos su cintura siguiendo el estilo natural que su padre le enseñó. Sopló el humo del cañón del revólver, lo abrió y volvió a cargar el cilindro, enfundó el arma y esperó a ver si había tenido algún resultado.

El foco se tambaleaba ahora históricamente, gritando como un muñeco de lata en plena carrera, vuelta sus luces hacia el cielo y valorando los daños. Smith había fallado sobre el cráneo —no había cabeza allí arriba, sólo los ojos, como los de un cangrejo en la cima de un caparazón— pero acertó al conseguir cortar un conducto eléctrico. Uno de los ojos se apagó, la máquina se balanceó, tropezando, un mecánico bulto ebrio guiñándole a la eternidad, parpadeando con un tic nervioso. Mientras se movían los cables colgantes, echando chispas azules y oliendo a recalentado aislamiento, rebotaban contra una caja de acero, produciendo un cortocircuito en el sistema eléctrico de 13 800 voltios (... suficiente para darle energía a diez trenes de longitud media, suficiente para suministrar luz a 75 000 estudios de televisión...).

Ligeramente herido pero ni detenida ni lentificada, la G.E.M.A. de Arizona avanzó, paso a paso, aplanando un almacén de chapa en las afueras de Kabab, Utah, aplastando la iglesia de los Santos de los Últimos Días al otro lado de la calle, aplastando una tropa de *boy-scouts* que dormía en sus tiendas de campaña en City Park, liquidando el edificio de maternidad del hospital del condado (el edificio más grande del complejo) y estrujando, como pasta de dientes en un tubo, las docenas de ocupantes de un autobús Greyhound capturado y compactado en una curva de la autovía al sur de la ciudad. El autobús se abrió por la zona trasera y por allí salieron como un chorro los pasajeros. ¿Algún olor? Oh no. Salieron como una cinta que quedaba colgada de los arbustos.

Mientras tanto Smith estaba teniendo algunos problemas. Su breve fiestecita se había acabado. Paralizado por el espasmódico resplandor azul del foco, fue capturado por unos tentáculos articulados en forma de látigos que lo desarmaron, lo despojaron de sus pantalones cortos, lo sacaron del cubo de la dragalina y lo transportaron inmediatamente a un punto en el espacio que se encontraba diez pies por encima, a un lado de la cabina de control del operador.

... con aire acondicionado y provisto con grandes ventanales que permiten la vista de un panorama de doscientos setenta grados...

La cinta grabada se detuvo.

Smith esperó, colgando en mitad del aire, tan inválido como un niño, meditando sobre su sensación de *déjà vu*.

En alguna parte de los intestinos o el cerebro de GOLIATH una nueva casete fue introducida en el reproductor. Echó a andar automáticamente, primero un minuto de cuenta atrás digital —uno de los más característicos refinamientos de la última tecnología— antes de que una tercera voz empezase a farfullar —en extrema alta frecuencia (como R. Buckminster Fuller en 78 rpm) por los altavoces—. En la punta del mástil de la estructura en forma de A, moviéndose por la constante vibración de la máquina, el altavoz funcionaba muy deficientemente; Smith apenas podía entender una palabra de lo que decía. Pero daba igual, porque lo sentía, entendía, sabía lo que decía ese mensaje dirigido directamente a él y a nadie más que él:

Bienvenido a nuestra nueva cabina de control del operador...

La cinta se detuvo. ¿Por qué? Smith esperó, preguntándose. La cinta se puso de nuevo en marcha a una velocidad mucho más lenta ahora. La voz androide tenía ahora un tono profundamente *doppleriano*, no inhumano como el de antes, pero sí subhumano. El discurso del moribundo monstruo de Frankenstein grabado en un estropeado disco compacto, hecho en México por *maquiladores* despreocupados, divertidos y amantes de la familia. El sentido, sin embargo, estaba claro:

Bienvenidos a nuestra nueva cabina de control del operador. Ya completados los diez minutos del curso de entrenamiento, sabemos que estará ansioso por empezar sus tareas como empleado en la cabina de control de la Dragalina Móvil 4250-W. Le gustará saber que este empleo es permanente, a tiempo completo y garantizado de por vida en cualquiera de las Dragalinas Móviles 4250-W o en la cabina de control de operador de la 4250 Dragalina Móvil, dependiendo de qué cosa preceda a la otra...

¿De por vida? Smith empezó a darse cuenta, por vez primera, de que una figura semihumana estaba atada a un asiento de plástico moldeado dentro de la cabina de control, las manos estaban unidas mediante remaches a las palancas de control adaptadas a su posición, el operador dio un tirón hacia atrás y hacia adelante con los movimientos torpones de un muñeco de cuerda.

... dependiendo de las contingencias de empleo de lo satisfactorio de los resultados en las operaciones de la cabina de control...

... Percibirá que esta cabina de control no funciona adecuadamente ya que ha sucumbido a la fatiga del metal y a angustia molecular. Habiendo expirado según los términos del acuerdo original...

La criatura del control miró hacia Seldom Seen, forzando una sonrisa débil y aterrorizada, y movió su cabeza. Llevaba un casco de plexiglás sellado en el cuello a un traje de aluminio, con aire acondicionado incorporado, diseñado por Ralph Lauren. (¿Halston?). Si era hombre o mujer, Smith no podía saberlo, pero él/ella estaba pálido como un pescado, sudaba, y parecía desesperadamente asustado. Se

parecía a una Bonnie Abzug mucho más vieja.

Espera, ¿de verdad quieres ser operador de la cabina de control de la Super G.E.M.A.? ¿Qué hay de los beneficios complementarios? No quería oír hablar de ellos. Y entonces, avergonzado por los ojos suplicantes del operador, olvidó sus ambiciones personales y una vez más desenfundó su revólver. No estaba. El cinturón no estaba. Sus pantalones no estaban. GOLIATH se los había quitado.

... procederemos ahora a eliminar al empleado actual de la cabina de control de la Dragalina Móvil 4250-W e instalar los componentes de reemplazo...

La voz de la grabación se detuvo, esperando, mientras una gran escotilla se abría en el techo de la cabina de control. El cubo de la dragadora, hasta ahora suspendido muy arriba, en la punta superior, bajaba ahora por el aire sobre chirriantes cables y quedaba detenido encima de la escotilla. Las inmensas fauces se abrieron por completo, demasiado grandes para entrar en la cabina de control, y de entre ellas salió algo que recordaba a la lengua bífida de una serpiente. Era, sin embargo, sólo el adaptador de repuesto, una especie de fórceps con dientes que arrancó de la silla de control al combativo operador con correas, remaches y todo lo demás. Los brazos y piernas se retorcían de terror reflejo, y el operador se balanceaba subiendo por los cables a doscientos veintidós pies sobre la tierra, y allí era liberado, es decir, soltado, caía en el propio camino por el que avanzaba la máquina.

(¡Catacrof!).

Smith oyó, arriba, el sediento gruñido de motores y el ruido mecánico, un alboroto de cadenas y cables y poleas, oyó —o creyó que oía— ese diminuto, como un chillido de ratón, remoto, y sin embargo humano, grito final de un cuerpo cayendo.

La cinta dijo:

Que tenga un buen día. Instalación del nuevo operador.

La luz azul, ocupada hasta entonces en algún otro punto, se volvió hacia el rostro irritado y aturdido y los miembros desnudos de Seldom Seen Smith.

—No —gimió—, yo no. Lo dejo.

Llorando en la pesadilla, buscó a tientas cerca de sí y encontró la cálida carne abundante de su esposa, se aferró a ella en un abrazo de hombre que se ahoga.

—Seldom —dijo ella, ingresando lentamente en la conciencia. Luego más alto, bruscamente—: Seldom, despiértate. —Ella apretó el brazo con que él la rodeaba, la pesada pierna sobre sus muslos—. Despierta, Seldom.

—Ohhhh —abrió los ojos, vio en la penumbra la dulce cara ansiosa de su mujer mirándolo atentamente—, Kathy.

—Prueba otra vez.

—¿Eh? —Parpadeó tratando de salir de la ciénaga de horror—. ¿Susan?

Sheila frunció el ceño, nada contenta:

—Prueba otra vez, cariño, y será mejor que aciertes.

La miró, sonrió, se acercó a aquella hermosa cara y la besó en la boca —un largo y húmedo y baboso y desesperado beso de alivio—. Bonnie —murmuró—, Bonnie...

10. Hombre que huye

Un hombre corría, corría para salvar la vida, corría sobre una desnuda bóveda de arenosa piedra dorada. A lo lejos, silueta recortada contra el cielo vespertino, la oscura figura avanzaba por un campo de oro, un rubor de bermellón hendido, los rayos en llamas del sol poniente echando un último vistazo al extenso desierto bajo un arrecife de nubes púrpuras, sobre el inerte mar ondulado que formaban las petrificadas dunas de arena...

Corría, corría, corría para salvar la vida, por encima de la curva de su horizonte de piedra, hacia el gran bulto plasmático y carmesí del sol, negro animal humano atrapado siempre, en perpetuo movimiento, su miedo eterno, hacia el rojo sol y bajo el cielo amarillo de Utah.

Un hombre rechoncho con botas, vaqueros, sin camisa, sombrero grande, resoplando como un motor, ronco y jadeante en su desesperación, avanzando cada vez más lentamente por la árida pendiente sin repisas de la piedra monolítica.

Corría porque lo estaban persiguiendo. A cincuenta yardas y avanzando rápidamente se aproximaba una máquina que bramaba y resoplaba, la pala cargadora diesel de cuarenta toneladas, de la casa Caterpillar, rebotando tras su presa sobre sus tiras neumáticas, cada una de ellas más altas que un hombre alto. La cabina del conductor estaba encima de las ruedas delanteras, sus ventanas, cubiertas de polvo, llenas de fango, oscurecían la naturaleza de cualquiera que estuviese allí, si es que había algo, y conducía y propulsaba y animaba a la máquina. Cuando alcanzó la pendiente superior la máquina tuvo que redoblar sus esfuerzos, botando hacia delante. El exhausto tubo de escape vertical echaba bocanadas de humo negro que quedaban flotando en el aire como pequeñas bolas de sucio algodón que acababan fundiéndose en el telón dorado del cielo.

Un vuelo sin esperanza, una persecución implacable. El hombre que huía paró de correr, paró de escalar, paró y volvió la cara hacia el traqueteante trasgo de hierro que se acercaba, cada vez más, cada más, con los aullidos de su motor y la rotación de sus ruedas, elevándose sobre él, a punto ya de atropellarlo, aplastarlo como a un insecto, dejarlo convertido en una pasta hecha de pelo, calcio, protoplasma y sangre incrustada en la arenosa superficie de la roca.

El hombre sacó un pequeño objeto de su cinturón, algo no mucho más grande que su puño, oscurecido contra la luz crepuscular, imposible de definir a simple vista. El hombre levantó el objeto y apuntó hacia el obtuso hocico alisador de la máquina. Su dedo apretó el gatillo.

Una flama roja brincó desde la punta del objeto que estaba en la mano del hombre. Brincó y desapareció, seguida inmediatamente del eco de una pequeña y compacta explosión. El hombre se quedó congelado, esperando. La máquina ralentizó

la marcha, se detuvo un momento como sorprendida y zangoloteó arriba y abajo sobre sus pesados resortes a doce pies de su víctima. Del hocico de la criatura borboteó, como sangre, un arco de líquido refrigerante, y a continuación empezó a lanzar chorros a presión hacia el aire que caían en bucles salpicando la piedra. Herida, asombrada, la máquina se quedó en punto muerto, una oscura silueta sólida de acero, caucho, vidrio y hierro sobre el resplandor del sol moribundo, un complicado esquema de ángulos, juntas, mangueras, acoplamientos, ruedas y barras contra el horizonte. Mientras la luz se apagaba el motor se moría, el líquido refrigerante cada vez dibujaba un arco más pequeño hasta que se agotó, el mar de silencio desierto rodeaba por completo a la máquina y al hombre.

Silencio. Éxtasis. Crujiente oscuridad.

El hombre devolvió el objeto a su sitio. Se apartó de la máquina moribunda — tecnología muerta— y caminó hacia arriba, hacia la cresta, descendió la más lejana pendiente y desapareció en la densa luz crepuscular.

Lo oímos cantar. Cantaba, sí, como canta un lobo, un profundo y prolongado aullido prometético y orgulloso, un aullido de triunfo y felicidad, un himno que fue desapareciendo después de un rato en la más remota vibración vulpina del aire, pero que no murió, no murió nunca del todo.

Luna nueva. La luna nueva y el lucero vespertino.

La luna nueva, señal de esperanza, resplandecía en el cielo del Oeste. Muy cerca, casi dentro del abrazo de la luna, estaba colgada Venus, el planeta del amor, raro como el radio puro, como el platino, más precioso que el oro.

11. El vigilante nocturno

A medianoche, puntual, el nuevo vigilante nocturno llegó a la puerta de entrada en su oxidada losa de hierro de Detroit, paró junto a la cabina de seguridad y presentó sus credenciales.

El guarda las examinó. Llevaba un uniforme, una gorra con visera, una pistola, un Motorola. Así también el nuevo vigilante nocturno.

—Casper W. Goodwood —dijo el guarda leyendo el nombre en el carné de identidad plastificado, comparando la foto del carné con el rostro asomado por la ventanilla de la camioneta. Las caras se parecían: ambas con ojos azules, cejas espesas, piel rubicunda, rasgos bastos, pescuezo rojo, un colega de la básica clase trabajadora masculina blanca americana, el único estrato social en América sujeto a la escuela social y legalmente aceptada, al trabajo y a la discriminación avanzada, acompañada de insultos y burlas. Ambos rostros bien afeitados salvo por un espeso y caído bigote de veterano del Vietnam.

—Casper W. Goodwood —repitió el guarda, mirando primero la tarjeta y luego a su titular—. Un nombre poco corriente, Casper. ¿De qué es esa W?

—Wilbur. —La voz de Goodwood era apenas un gruñido gutural, menos que sociable, pero el guarda pareció no tenerlo en cuenta.

—¿De dónde vienes, Casper?

Un momento de silencio:

—Del mismo sitio que tú, Jasper.

Era cierto: el primer nombre del guarda era Jasper. La tarjeta plastificada que colgaba del bolsillo de su chaqueta confirmaba ese doloroso hecho. Resoplando, el guarda dijo:

—¿Qué quieres decir?

Goodwood sonrió. Su sonrisa era amplia, profunda, sincera, pero en ella había algo... algo que no era cálido.

Digo mierda, Jasper. Puta mierda, ya sabes. Digo que venimos los dos de ninguna parte, ya sabes a lo que me refiero, ninguna parte. —La sonrisa se contrajo ligeramente, convirtiéndose en una mueca nada amistosa, insalubre—. Y es por eso por lo que trabajamos en un vertedero como este, Jasper, ¿me sigues? Dime si voy demasiado rápido.

El guarda lo miró. Era un hombre grande, de seis con cuatro pies, con sobrepeso pero fuerte, hierro prensado, barras dobladas, nunca esquivaba una pelea. Llevaba una Magnum 357 en su cadera. Y una linterna Mag de dos pies, pesada como un garrote. Derribaba a su mujer con una sola mano. Con un dedo incluso. No tenía sentido de peligro físico. Y sin embargo, mirando la cara de aquel hombre más pequeño que él, el tal Goodwood, que le sonreía, sintió cierta vacilación, un manojito

de nuevas sensaciones. Aunque todo lo que podía ver de Goodwood a través de la ventanilla de la camioneta era la gorra con visera, la cara, el bigote, la sonrisa. Y la línea de los hombros. Parecían acolchados.

El guarda dijo:

—Bueno, qué cojones, Casper, trabajamos juntos en esto.

Le devolvió su identificación, los documentos del empleo y observó cómo Goodwood, que llevaba guantes, se colocaba la placa en la verde chaqueta nocturna de vigilante. El parche del hombro decía «ACE SECURITY SLC». Lo mismo que el del guarda de la cabina.

—Será mejor que nos llevemos bien —dijo el guarda—, qué demonios.

—Claro, Jasper. Nos las arreglaremos. —Goodwood aceleró el motor hasta entonces al ralentí de su camioneta. Miró hacia adelante—: ¿Dónde lo aparco?

El guarda le señaló más allá de la puerta:

—Mételo por allí. Hay un montón de sitios al final. ¿Llevas el reloj de registro?

Goodwood sacó del asiento de atrás el sólido aparato de metal, grueso como una cantimplora, con su correa y su bobina, y se lo mostró al guarda. El guarda asintió y empezó a hablar de nuevo. El motor graznó, Goodwood soltó el embrague, haciendo avanzar la camioneta con un chirrido de goma, giró noventa grados (dos veces), hasta meterla entre dos sedán immaculados y nuevos de la compañía. Su parachoques delantero, descendiendo después de que subiera, quedó apenas rozando la barra de hierro de la valla de seguridad. A diez pies por encima, en comprensiva resonancia, los alambres de púa, tintinearón y brillaron.

El guarda vio cómo Goodwood salía de su camioneta y cerraba con llave la puerta. Un tipo bajo, notó el guarda, aunque sea robusto. Los pasos resonaron en el pavimento.

—¿Te sabes las rondas? —gritó el guarda. Goodwood ya estaba a unas cincuenta yardas.

El nuevo vigilante nocturno asintió.

—He hecho el curso de entrenamiento esta tarde.

Empezó a encaminarse hacia las luces y las sombras del parque móvil, siguiendo la valla. Ya estoy de servicio. Una persona inquieta.

—Descansa cuando te apetezca —gritó el guarda, cada vez más lejos—, tengo un montón de café aquí. —No hubo respuesta—. Ese cementerio es la mierda de grande —gritó de nuevo. No hubo respuestas.

«Qué cojones», pensó el guarda. «¿De dónde sacarán a estos nuevos prendas? Una mierda de verdad». Siempre le alegraba ver a Henderson, el vigilante del turno de tarde, emerger de las sombras, con el dóberman atado a la correa, fuera de servicio. Y Hankerson, su propio relevo, conduciendo hacia la puerta. Jasper servía tres tazas de café. Ninguna para el perro. El perro tenía, cerca de la puerta de entrada, su taza con agua, llena de agua del grifo y con un montón de insectos ahogados en el fondo. Mientras el perro se refrescaba Jasper y sus amigos bebían el café grasiento, se

rascaban los huevos y hablaban de la calidad de esos nuevos y jóvenes vigilantes de seguridad. Chicos de la ciudad, la mayoría de ellos, que fumaban drogas en el camastro, una actitud lamentable hacia la compañía. Demos gracias a Jesús de que todavía no se han rebajado a las pistoleras femeninas. Con un hombre aún se podía hablar. Pero probablemente no va a durar mucho.

Henderson ató la correa del perro al pomo de la puerta. Hankerson aparcó su coche y se unió a ellos. Jasper les habló del nuevo vigilante nocturno preguntándose por sus méritos. Henderson le dijo que estaban bien, que tenía un bagaje sólido, buenas referencias. Hankerson se quejó de su chico adolescente: maldito crío, se había dejado la llave puesta en la camioneta de su tío y algún listo la robó hacía unas horas. Y no tenían seguro, así que difícilmente podían denunciarlo. Jasper dijo que había un montón de extranjeros pululando por la ciudad últimamente, buscando trabajo, haciéndose pasar por mineros o albañiles. Y algunos no eran muy de fiar. Ese es el problema, se quejó Henderson, tenemos este nuevo molino en marcha aquí, todas esas minas nuevas, pero también dos mil cabeza de chorlitos de Idaho, Colorado y Timbuktu que llegan a quitarles el trabajo a nuestros hijos. Ese es el precio que hay que pagar por el progreso, arguyó Jasper: todo no puede ser perfecto.

Bebieron el café. Miraban al perro, nervioso e irritado. Escucharon cómo informaba el nuevo vigilante, mediante su Motorola, cada diez minutos, según la norma establecida.

—Aquí Goodwood, 505, Poste 6, todo en orden.

—Todo en orden —respondió Hankerson desde el aparato de radio de la entrada—, 501 cambio.

—505.

Sobre las 00.30 horas, Jasper dijo hasta aquí hemos llegado, recogió el *tuper* donde llevaba la comida, su termo de zumo y sus revistas *True West* y se fue a casa. A regañadientes. No quería irse a casa de veras, pero en Hardrock, 3.500 habitantes, había poca cosa más que hacer. Incluso en el Atomic Bar, en las afueras de la ciudad cruzando la frontera con Arizona, cerraban pronto. De todas maneras Jasper no bebía más que Pepsi-Cola, el brebaje de LSD oficialmente autorizado. La Iglesia tenía acciones en la Pepsi. La Iglesia a la que pertenecía Jasper, cuyo nombre completo era Jasper Benson Bundy; a menudo se preguntaba por qué no se hacía llamar J. Benson Bundy, como hubiera hecho cualquier otro en Utah. Sonaba mejor, parecía más... serio. Quizás lo hiciera.

Cuando Jasper se fue, Henderson también lo hizo arrastrando a su perro quejumbroso. Hankerson se sentó solo en la puerta, oyendo el sonido estático que se aplastaba en el intercomunicador. Ahora quedaban sólo ocho hombres en todo el recinto de Syn Fuels; él mismo, ese nuevo chico, Goodwood, que patrullaba por la valla perimetral, un ingeniero, un capataz y los cuatro soldados que trabajaban en algún punto perdido de los complejos intestinos de la planta de procesamiento y reducción del mineral. Curaban pupitas, se ponían al día; el molino, todavía en

construcción pero prácticamente acabado, llevaba sólo un retraso de cinco meses. No estaba nada mal para un proyecto del condado de Landfill.

A las 02.00 (a.m.) la voz de Casper Goodwood crepitó en el altavoz de la radio de la puerta. Esta vez, por alguna razón, sonaba diferente, y Hankerson, un tipo calmo y flemático, sintió una picazón en la piel.

—¿Hankerson...?

Hankerson respondió, echando mano del código:

—501.

—Alerta máxima, Hankerson.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—Una bomba.

—¿Qué?

—He encontrado una bomba, Hankerson. Vacía la planta.

—¿Una bomba? ¿Estás seguro?

—Conozco las demoliciones, Hankerson. Esta hija de puta está latiendo y es grande. Quiero decir la hostia de grande. Vacía el molino. Todo el puto sitio. Rápido.

Hankerson rompió el vidrio que defendía el interruptor de la alarma roja y tiró del mango hacia abajo. El sistema se ponía en funcionamiento, activando diez pesadas bocinas instaladas en puntos estratégicos dentro del complejo. Sonando en contrapunto, producían el sonido de un coro de mulos lunáticos que ascendía desde el Infierno, torturado por Lucifer y amplificado cien veces por Dios.

Hankerson esperó oír el sonido de gente corriendo. Pegado a la radio dijo:

—¿Dónde estás Goodwood?

—Poste 17. Aquí abajo en la planta de cianuro, creo. Hay un montón de conductos y tuberías y válvulas y me cago en su puta madre y más cosas. Es todo un puto caos de cosas.

—¿Qué has visto? Dios santo —pensó Hankerson—, es la sección más delicada y cara de todo el maldito complejo entero. ¿Estás seguro de que es una bomba?

—Lo averiguaré pronto. Voy a desactivarla.

—Espera un momento. No se te ocurra tocar esa cosa. Vamos a buscar al escuadrón de artificieros de Salt Lake. Sal de ahí echando leches.

Un grupo de hombres con cascos salió de la planta de reducción. Hankerson los estaba contando:... tres, cuatro, cinco. ¿Dónde están los otros mendas?

—¿Salió todo el mundo ya? —preguntó Goodwood.

—No —gritó Hankerson—. Espera. —Vio a los hombres corriendo hacia la zona de coches y camionetas aparcados. Se salió de su puesto y se dirigió hacia ellos gritándoles:

—Bomba. Una bomba de relojería. Seguid corriendo.

Alucinados se pararon, boquiabiertos, luego echaron a correr, dejaron atrás la puerta de entrada, se dirigieron hacia la penumbra que había más allá. Se detuvieron de nuevo. Los seis hombres, el ingeniero químico, maduro y gordo, salió de entre un

montón de tanques de presión y jadeó con un contoneo extenuante camino de la puerta. Se le cayó el casco amarillo, que fue rebotando desde un círculo de luz hasta las sombras. Se detuvo, sujetando un plano enrollado y un portapapeles.

—Vamos, señor —le dijo Hankerson—, hay una bomba ahí detrás. Será mejor que se aleje.

—Oh, a la mierda con la bomba —replicó el ingeniero mirando atrás—. A la mierda con Syn Fuels y a la mierda Hardrock y a la mierda con la Pipe Fitters Union y a la mierda el estado de Utah.

Hankerson oyó la voz de Goodwood en la radio:

—¿Todo el mundo está fuera? Voy a ver si puedo desactivar a esta puta.

Hankerson se precipitó dentro y agarró el transmisor:

—No, para el carro, hay todavía un hombre ahí, para el carro.

—Está tictaqueando. Puede explotar en cualquier momento.

—Espera un segundo.

El ingeniero llegó, cayéndose en la puerta de entrada, la cara roja y aterrorizada, enferma. Se secó la cara sudorosa con un pañuelo de bolsillo.

—Qué sitio —murmuró, apoyándose contra el marco de la puerta.

—¿Ya? —le preguntó Goodwood—. ¿Está todo el mundo en la puerta de entrada?

—Todos menos tú.

—¿Los puedes ver? ¿Están todos?

—Sí, seguro.

—Vale pues, ahí va. Aléjense y no se quiten los cascos.

La transmisión se cortó. Hankerson descolgó un par de cascos de una percha y le dio uno al ingeniero. Luego se los pusieron, se sentaron en el suelo y esperaron. Hankerson miraba de reojo el gran reloj de la pared. La manecilla roja del segundero iba a completar una vuelta completa. Hankerson alcanzó el micrófono de la radio.

—¿Qué haces Goodwood? —No hubo respuesta. Hankerson esperó unos segundo más y volvió a llamar—. 505, aquí 501. 501 llamando a 505. Conteste por favor.

No hubo respuesta. Hankerson miró al ingeniero, que estaba hojeando un ejemplar de la revista *Nuclear Times*.

—Debe estar bastante ocupado y necesitará ambas manos, supongo.

—Las amenazas de bomba son una gilipollez —contestó el ingeniero sin levantar la vista—. Dos libras de gilipollez metidas en una bolsa de una libra de gilipollez.

—Nos avisó nuestro vigilante nocturno, señor. —De nuevo Hankerson se dirigió por radio a Goodwood—: Goodwood —dijo—, ¿todo bien?

Esta vez la radio emitió una respuesta, pero muy pobre, la voz de Goodwood llegaba tras una niebla de chirridos y pitidos.

—Bien, bien... La tengo... abierta... Mantén a todo el mundo... fuera...

Parecía que le costaba respirar, como a un hombre inmerso en una tarea muy extenuante.

—Es estrés —pensó Hankerson—. Dios mío, el estrés debe ser terrible. Está

intentando desactivarla —le dijo al ingeniero—. El estrés debe ser terrible.

—Los héroes son una gilipollez. Cinco libras de gilipollez en una bolsita de celofán. Sírvame una taza de café.

—Sí señor, un momento sólo. —Dándole al botón del transmisor le dijo a Goodwood—: ¿Y qué opinas? ¿Necesitas ayuda? —Miró al reloj. Habían pasado tres minutos desde que Goodwood empezó las operaciones de desactivación—. ¿Quieres que llame a los expertos?

La voz replicó, todavía jadeando un poco:

—Yo soy el experto, soplapollas. Para de presionarme. Esto es un puto trabajo extremadamente delicado. Tendrías que ver los cables en esta hija-de-puta. Es como si miraras dentro de un tablero de conmutadores. Con baterías y relojes digitales y goma. Todo liado con unos cientos de putas libras de trinitrotolueno.

El ingeniero levantó la vista, interesado.

—¿Es TNT?

Goodwood siguió:

—En cuanto a ti mantén a todo quisque fuera de este puto sitio. ¿Está todo el mundo a salvo?

—Sí señor —respondió Hankerson, asintiendo automáticamente al sonido de la autoridad—. Nosotros siete. Todos menos tú.

—Vale. Creo que ya tengo la clave de esta puta adivinanza electrónica. Creo que ya tengo el pezón de esta comepollas. Qué cojones, vamos a cortar este cable a ver qué pasa.

Escucharon la risa de Goodwood. Escucharon el clink del metal. Oyeron lo que parecía el pedo de un caballo.

—Espera, Jack —oyeron que decía—. Yo...

La radio quedó en silencio. Hankerson y el ingeniero no dejaron de mirar el altavoz. El capataz y los otros cuatro, agrupados fuera, no dejaron de mirar a los hombres que estaban dentro de la cabina. Esperaron. Hankerson apretó el botón.

La planta de cianuro explotó.

Por la mañana, buscando los restos de Goodwood entre las humeantes, pulverizadas y negras ruinas, no encontraron ni rastro de él. Había sido borrado. Se había vaporizado. Transportado más allá de todo lo conocido. Lo único que encontraron fue un agujero en la valla trasera, suficientemente grande como para que pasara un caballo, y una pila de estiércol de caballo bajo un enebro y unas huellas de caballo —de dos caballos, en realidad, ocho huellas de pezuñas— encaminándose al sur de la ciudad y adentrándose en las tierras yermas de la Franja. Un guía medio paiute y sus perros fueron capaces de seguir el rastro durante sólo tres millas en Arizona antes de que los perros, confusos y enloquecidos por el olor de las vísceras de pollo aderezadas con pimienta, perdiesen la pista y abandonasen.

El nombre de Casper W. Goodwood no figuraba en ningún registro, y estaban pendientes de notificar su pérdida a sus parientes. Pero resultaba muy complicado

encontrarlos. Reexaminando la solicitud de empleo del hombre, sólo se encontró una persona que fuera pariente carnal de Goodwood, en concreto su tío, el señor Henry James Jr. de Londres, Inglaterra, mecanógrafo de profesión, muerto en 1916 (de SIDA). Sin parientes, hermanos ni hermanas o mujer que se conociese. Así las cosas, el informe de la policía llegó a la prensa, que ignoró el asunto, dado que habían pasado ya, una semana después, demasiadas cosas más interesantes.

Syn Fuels Inc., Denver, subsidiaria de Nuclear Fuels Ltd., Bruselas, trató de no darle mucha importancia al incidente, prefiriendo publicitarlo lo mínimo posible, considerando el asunto como «un problema rutinario». Antonio «Scarface». La Scala, presidente del sindicato, entrevistado en un correccional del estado de Nueva York, rechazó hacer comentarios.

—Ya ze os eztái marchando dakí —dijo—, mardito paparazzi...

La explosión —ya fuera sabotaje o accidente por funcionamiento defectuoso— le costó a Syn Fuels unos dos millones, un cargo insignificante transferido a través de una conexión en cadena de subsidios federales a los cotizantes de los Estados Unidos, y se retrasó el programa de producción sólo once semanas.

La máquina siguió adelante.

12. ¡Earth First! Manifestaciones

Cuando los dos *bulldozer* Mitsubishi de la BLM alcanzaron la cima del cañón Paraíso Perdido, una poco conocida pero mágica rama del Cañón Radium, que a su vez conduce al cañón Shivwits y al Gran Cañón del Colorado, encontraron —los ingenieros encontraron— que la ruta estaba bloqueada por una cadena de cuerpos humanos ataviados con camisetas, que cantaban, bailaban, agitaban banderitas y mostraban carteles.

Los Mitskinners detuvieron sus bestias de hierro, dejando que los poderosos motores diesel se quedasen ronroneando. Un hombre delgado con barba de unos treinta años, una fornida muchacha de mejillas sonrosadas, estaban sentados en asientos de vinilo bajo el techo de acero de dos pulgadas y se miraron preguntándose, casi irritados, de qué iba el espectáculo que les había salido al paso. Qué demonios... qué significa... qué mierda es esa.

No había precedentes.

En el centro de la cadena, quizás en el papel de líder, una mujer joven y alta con el pelo negrizo que le llegaba al culo, una cinta roja en la frente con una pluma de halcón, y unos alucinantes ojos de un verde fiordo que los miraban desde detrás de sus pestañas de carbón como esmeraldas radioactivas de la más pura y la más profunda de las aguas. Vestía —¿pero a quién le importa eso excepto al autor?— unos Levis deshilachados, encogidos para que se le ajustaran a la perfección (y todo lo que ajustaban era perfecto), botas de senderismo y una camiseta blanca, ajustada y sudada que, con un puño verde y palabras en rojo sobre sus orgullosas tetas erectas, proclamaba:

¡EARTH FIRST!

A su lado posaba un muchacho casi desnudo, bien afeitado, pelo dorado, con esculpidos músculos de culturista profesional, y un bronceado deslumbrante bajo una capa en formación de transpiración. Como todos los demás que formaban el grupo no llevaba armas, estaban preparados sólo para ejercer la resistencia pasiva en una manifestación pacífica. La herramienta que tenía a su lado, que hacía un momento había levantado con elegancia sólo para comprobar su peso, no era, como parecía al principio, un hacha primitiva de Neandertal, sino sólo una simple tenaza anticuada y pasada de moda, como las que empleaban los mecánicos de los primeros ferrocarriles cuando tenían que atornillar tuercas en las ruedas motrices de una locomotora de vapor. Tenía cuatro pies de largo, un mango de roble y la cabeza ajustable de hierro fundido. No pesaba más que cuarenta libras.

El resto de esa banda, treinta en total, la mitad chicas y el resto chicos, se habían esparcido, desde el punto que ocupaba la pareja principal, hasta el otro lado, alardeando de su juventud y esplendor, sus pañuelos negros, sus vaqueros, sus rojos harapos, sus banderas verdes...

SIN CONCESIONES EN LA DEFENSA DE LA MADRE TIERRA.

SOSTENDREMOS EL LUGAR QUE NOS SOSTIENE.

DESIERTO AMERICANO: O LO AMAS O LO DEJAS EN PAZ.

¡GOLIATH GO HOME!

¡SYN FUELS IS SINFUL! ¡SUNSHINE IS GOOD!

(Syn Fuels es el mal. La luz del sol es el bien).

(Si has visto un Gran Cañón los has visto todos).

¡BLM MEANS BAD LUCK, MOTHER!

(BLM significa, Mala Suerte, Madre).

Precaución: Violadores de la tierra trabajando.

¡SAVE OUR CANYONS: SOC IT TO THE BLM!

(Salvar nuestros cañones: dadle un puñetazo a la BLM).

¡Los vomitivos nucleares comen carnotite!

¿Para *quién* es buena la radiación?

Abajo con el Imperio, todos con la Primavera.

Etcétera, con el signo de exclamación utilizado claramente como arma de apuntamiento (Hubo un tiempo en que los hombres amaban las ideas; ahora se conforman con los eslóganes). Los carteles y las banderas prestaban un aire festivo, subversivo, alegre a la ocasión, pero las cámaras de televisión, los periodistas, los aparatos de grabación, aunque habían sido avisados, no se habían presentado. Ya habían cubierto uno de los *shows* de ¡Earth First!, (marca registrada) un mes antes, en la misma región y por la misma causa sin esperanza —¿por qué iban a repetir?—. Era hora de ponerse a otra cosa. En esa jornada, por ejemplo, la mayoría de los medios de Utah y Arizona —¿y a quién más podría interesarle menos?— se habían desplazado para cubrir la celebración del vigésimo aniversario de la erección del Monumento en la Frontera de las Cuatro Esquinas, un obelisco de cemento y cobre de cuatro pies de alto (el modelo económico) plantado sobre ese teórico punto euclidiano ideal donde los estados de Colorado, Nuevo México, Arizona y Utah se unen, unos a los otros, en un arbitrario acontecimiento topográfico, espacio temporal de perfecta, absoluta y neoplatónica insignificancia. Discursos de los gobernadores Lamn y Anaya, Babbitt y Bangerter, como maestro de ceremonias el gran jefe burócrata del Departamento de Gestión del Territorio Bob «Hamburguesa». Burford, también conocido como Burford «el Hereford^[16]», otro granjero de tierras públicas de beneficencia que fue nombrado para desempeñar la tarea de defender a las tierras públicas de gente como él. Drácula a cargo de un banco de sangre. El lobo cuidando el gallinero.

Sea como fuere, el mundo no podía ver la reunión de ese día entre los Mitsubishi y los militantes de ¡Earth First! (*Exclamación obligatoria*). Ni televisión, ni radio, ni video ni siquiera los periódicos matinales o vespertinos o locales, nada, nadie, ningún informador salvo ese viejo buitre cutre salido de ninguna parte que se definía a sí

mismo como «periodista literario» y de vez en cuando aparecía en actos como este en los que escuchaba atentamente, asentía, sonreía, sordo como una estaca, tomando notas, haciéndolo mal pero entrevistando larga, exhaustivamente a las mujeres más bellas, explotando la valentía pública en beneficio privado y llamándolo... ¿llamándolo qué? Lo llamaba arte. Nadie sabía su nombre, pero en su camiseta se leía: «Leo la descomposición de la Mente». Como nadie lo tenía en cuenta, se desvanecía rápidamente al fondo cuando un atisbo de violencia se cernía sobre el horizonte, lo hacía siempre que aparecían los de ¡Earth First!

Los jóvenes se negaban a ceder el paso, aunque los operadores aceleraron los motores de sus máquinas, levantando y bajando las relucientes palas como gesto amenazador, retrocedían y volvían a avanzar y patearon el suelo un par de veces, como tímidos osos pardos que no estuvieran del todo seguros de quién fuera el rey de la colina. Por fin se limitaron a pararse, los motores al ralentí —siempre es más barato tener un motor diesel al ralentí que apagarlo y volverlo a encender— y esperaron que vinieran refuerzos, los guardias entrenados de la BLM que vendrían en una camioneta para dispersar la movilización.

Pero si se miraba a la espalda de las excavadoras no se veía signo alguno de camionetas de la BLM, o de las cuatro personas del equipo de inspección que rehacían un trabajo que habían hecho cuatro veces ya, o de cualquier ayudante del *sheriff* que anduviese buscando problemas. ¡Earth First!, había avisado a los medios pero se olvidaron de hacer lo mismo con los representantes de la Ley, obedeciendo el principio que dice que no hay situación lo bastante mala como para que los policías no la puedan empeorar.

Ninguna ayuda: los constructores de carretera lo percibieron, salvo por la alta seta de humo y polvo, siempre allá detrás, y dentro y por debajo de la nube, la vaga forma rocosa y amarilla de GOLIATH, la Super G.E.M.A., avanzando lenta y segura pero todavía a diez millas de distancia.

Mientras tanto los alborotadores sitiaban a los dos operadores con cerveza fría, manzanas orgánicas, bocadillos con brotes de soja y consejos irónicos.

—Cavayeros —dijo la mujer alta, elevando sus raros ojos verdes y sensacionales al paciente barbado—, en Norruega amaamoz tu Gran Canllon de Zona Arizzona. Nosotroz nunca sueñamos en que iban a convertir en almacén de bommbazz terminuclear.

—Señora —dijo el de la barba buscando a tientas una respuesta—, necesito el trabajo, tengo esposa, siete hijos, un poni y un cuatro por cuatro de media tonelada con caravana, 229 dólares al mes.

—Puede yamar a mi Erika —dijo ella—, yo a ti yamo Joe.

—Me llamo Orval.

—¿Oral?

—Orval. Orval Jensen. Eres una preciosidad, Erika, pero por lo que más quieras quita las manos de la tapa del tanque de gasolina, por favor. Hacen falta dos manos

para desenroscarlo de todas formas. A menos que... —Levantó una de sus grandes manos nervudas y llenas de grasa y le sonrió.

—Oh, sí, Joe, ya veo que tú ser mucho mucho fuerte como hombre. Ansí tu excavas este hermoso canllón que ¿es Gran Canllon?

—Este no es el Gran Cañón. Ni siquiera vamos a acercarnos al maldito Gran Cañón. Este cañón se llama Paraíso Perdido o algún nombre idiota como ese.

—Perro es parte alguna de Gran Canllon. Contaminarán con lo drenaje, destruye hábitat tortugas desierto, destruyen bellos álamos y las estanques y los cascadas —dijo flexionando una de sus largas piernas en la banda de rodamiento de acero llena de barro, el delgado brazo desnudo aún descansando sobre el tanque de combustible tras su espalda (*la mano en la cabeza*), miraba triste, profunda, verde frente a las impasibles y opacas órbitas de las gafas de protección de Orval Jensen. Sus pechos palpitaban ligeramente, los pezones levantados ratificando su emoción, corazón y sentimientos apenas disimulados por la sudorosa camiseta. El viejo buitro revoloteaba cerca, tomando nota mental, gimiendo de deseo, observando este diálogo con su ambivalente interés de siempre—. ¿No ansi, Joe?, ¿no ansi?

Él trató de no darse por interpelado. Las manos, en indefensa confusión, sueltas, la boca abierta: Orval se levantó las gafas y las colocó apuntando al cielo —un cielo bloqueado por el techo de acero— y dijo:

—Dios santo, señorita, ¿qué quiere que haga yo? —Luego la miró o pareció que la miraba, desde detrás de las gafas, y dijo—: ¿Qué es más importante para usted, la gente o las malditas tortugas del desierto?

Ella consideró la pregunta. Pensó un rato en qué responder mientras el hombre aguardaba. Por fin dijo, amable y dulcemente:

—¿Porqué las dos juntas no, Joe? —Y lo explicó simple, brevemente.

Ah, pensó el buitro leyendo sus labios, le ha dado, en toda la cabeza. Mientras esos jóvenes bobalicones del otro lado del motor, que echaban polvo de esmeril en el cárter mediante una varilla, se lo perdían todo.

Orval estaba en silencio, pensando. El olor de partículas quemadas flotaba en el aire. La gente y la naturaleza, pensó. Demasiada gente, no más naturaleza. Sólo la gente necesaria, mucha naturaleza para todos. ¿Naturaleza o gente? O ¿naturaleza y gente? Piensa, Orval, piensa. Era difícil. Especialmente cuando, con urgencia y desesperación y de repente, te has enamorado perdidamente.

Al mismo tiempo, mientras Orval pensaba, dos mujeres jóvenes con cervezas y un joven con barba de cabra, con cuernos rizados, y una flauta de madera, abordaron a la muchacha de mejillas sonrosadas y gafas de sol que llevaba el otro Mitsubishi. Se negó a mirarlos, se negó a hablar con ellos, despreció la invitación a cerveza, incluso a una Pepsi fría o una naranjada caliente.

—Mi nombre es Pete —dijo el flautista—. ¿Has estado antes en este cañón, señorita? —No hubo respuesta—. Te aseguro que es el lugar más hermoso de la franja de Arizona. De este lado del cañón Pariah, en cualquier caso. Ya has estado allí

supongo. —No hubo respuesta—. ¿No?, ¿vives por aquí? ¿En Fredonia? ¿En Kanab? ¿En Hardrock? —No hubo respuesta—. Yo vivo en Vermilion Cliffs —siguió él—. Tenemos una preciosa tipi allí. Botes de remos para ganarnos la vida en el Grand. Barquitas, principalmente. ¿Has recorrido el río en una barquita? ¿No? No hay nada igual. Es divertido y es real. —Hizo una pausa. Silencio. Ella se negaba a darle conversación—. Aunque a veces no es realmente tan divertido —admitió él.

—Vamos, déjala sola —dijo una de las que iba con Pete—. Quiere pensar en sus cosas, déjala.

—Viene alguien de todos modos —dijo la otra (la que llevaba una cantimplora llena de arena)—. Mejor nos volvemos a la formación.

El pelotón de ¡Earth First!, se reagrupó para formar una nueva cadena de cuerpos en el camino, enlazando los brazos, las banderas ondeando con la brisa cuando la camioneta de la BLM alcanzó por fin el lugar donde estaban. La camioneta paró, levantando una nube de polvo que envolvió a todos los presentes en un velo flotante de suelo finamente pulverizado del Gran Desierto. El conductor examinó la situación, informó por radio a los del cuartel general, apagó el motor y se apeó.

Una *rangerette*. Otra mujer, por supuesto —¿y por qué no?, ¿por qué cojones no? —, fornida y aparentemente dura. Llevaba un uniforme, insignia, cinturón grande, munición, lata de Mace, esposas, la sólida porra de dos pies que se duplicaba como una estaca, y desde luego, en su anca derecha, la gran pieza de alto calibre, cargada con puntas huecas, que pesaba sola más de lo que pesaban todas las otras cosas juntas. La tarjeta con su nombre estaba encima de su abultado pecho, lado derecho, y la identificaba como Virginia H. Dick. Irónicamente, podía ser o no una virgen. Su carne musculosa, dura, bien criada, se hinchaba incómoda en la cadera y los muslos forzando las costuras de los pantalones que llevaba como un hombre.

En el fondo no era más que una tímida, aterrorizada, bien intencionada novata.

—Chicos —ladró, observando a los que protestaban a través de las sombras púrpuras de sus bulbosos ojos saltones. Dejó pasar unos segundos. Luego dijo—: Parece que hay problemas por aquí.

Los puños en las caderas, miraba a Erika y al joven casi desnudo con aquella herramienta de cuatro pies que ocupaban el centro de la barrera. Miró a Pete el flautista y a tanta dulce juventud que lo rodeaba. Inspeccionó la fila entera de silenciosos partidarios de ¡Earth First!, de izquierda a derecha y al revés. Nadie dijo nada. Sus labios sellados con una mueca de desdén (el labio superior sólo).

—Bueno, ¿quién está a cargo de esta payasada?

Erika levantó una mano.

—¿Sí? —dijo la *ranger*—. Explícate.

—Perdonen, señor —dijo Erika—. Nosotros ninguno está a cargo.

—Vaya por Dios. ¿Eres la líder?

—No señor. Nosotros todos el líder.

La sonrisa se hizo sitio en la fila de rostros serios. «Sí», gritó alguien, «no

tenemos líder, todos somos el líder». El que gritó miró a derecha e izquierda buscando apoyo. «Eso es», gritó otro, «todos somos los líderes». Aplausos.

—¡Chicos! —gritó la *rangerette*, levantando una mano para imponer silencio. Los miró a todos—. ¿Quién es el portavoz? —Nadie respondió—. Decidme quién es el portavoz, la portavoza, el portavocero, alguien. —Una sonrisa tenue cruzó su rostro—. Un interlocutor. —De nuevo miró a Erika—. Tú misma, Miss Pedazo de Hembra. ¿Eres la interlocutora?

Hubo murmullos de protesta entre los demás. Erika le devolvió la mirada, los ojos verdes flameando:

—Excuse, señor, yo no interlocotorra, no tenemos interlocotorres.

—Entonces cállate —hubo gañidos de sorpresa y enfado en la fila.

—Pero yo hablo. —Gritos de apoyo—. Yo hablo —dijo Erika— porque yo ammmo Ammerica y porque yo ammo libertad de hablar y tu bello paisaje del cañón. —(*Aplausos, silbidos y el subrayado cursivo del flautín*)—. Yo hablo porque mi corazón no puede estar en silencio. —Se llevó una mano sobre ese sendero fragante y sudado que había entre sus pechos—. Yo hablo porque yo ammo ver naturaleza de desierto. Yo hablo porque no puedo sentar a mi a un lado, como arbusto, como piedra, como cabeza de melón estúpida, cuando ves grande máquina viene todo día más cerca cada vez de lugar este que nosotros amamos como hogar.

De pie, la espalda arqueada, la cabeza alta, la cascada negra de pelo volando, Erika extendió su brazo vikingo y combatiente y señaló con el imperioso dedo índice de una mano firme el distante manto de polvo, la figura alienígena, las partículas de dura luz que derramaba hacia ellos en un curso oblicuo, con baja pero constante irritación machacona, del este al noreste.

—¡Aquesto! —gritó—. Aquesta cosa que llaman ellos como dices tú, esto bruta cosa de hierro, Tyransauna RAX de asero, aquesta gran bestia horrrriblicua de Armageddon Gog Magag GOLIATH. —Hizo una pausa para el efecto final—. Aquí extiramos para pararle. —(*Hurras y aplausos*)—. ¡Aqui extiramos para apalastarle como maldecido ratón! Mucha gracia.

Hubo un momento de duda, luego una lluvia de vítores, aplausos y gritos desafiantes de los veintinueve colíderes. Sonriendo feliz, prudente, Erika miró a derecha e izquierda, cruzó las manos por encima de su cabeza en pose de campeón. El flautista levantó su instrumento hasta su boca, los labios en la boquilla, los dedos en los agujeros, y emprendió el *Himno a la Alegría* de Beethoven, la más trágica pieza musical que nunca se haya compuesto.

La *rangerette* esperó, concediéndole a los muchachos su gran momento, luego levantó la mano de nuevo. La alegría se apagó, gradualmente fue disminuyendo hasta caer en el silencio total por la falta de una buena organización.

La *rangerette* sonrió:

—Bonito discurso, querida. —Metió un dedo debajo de sus sombras, la *rangerette* frotó algo que se le había metido en el ojo—. Pero ahora vas a borrarle y te

vas a «aparatar de aquesto camino». Ezoz hombreses... —demasiado facilón, se lo reprochó a sí misma. Señaló al hombre y la chica de los *bulldozers*—. Esos dos están haciendo su trabajo. Y estáis impidiéndoselo. No tenéis permiso para manifestaros. Estáis allanando una construcción de un proyecto federal. Estás poniendo en peligro la vida y la seguridad de hombres y equipamientos que *bona fide* cumplen la ley. Os doy dos minutos para dispersaros. Si no os dispersáis llamaré al *sheriff* del condado y al Departamento de Seguridad Pública y a los helicópteros de la BLM y a los equipos especiales y vendrán y arrestarán a todos y cada uno de vosotros y os impondrán múltiples cargos y cumpliréis seis meses, tirando por lo bajo, en la cárcel del Condado y ni más ni menos que multas por valor de cinco mil dólares por cabeza.

Nadie se movió. Los ingenieros pisaron el acelerador de sus Mitsubishi de dieciséis cilindros, levantaron sus palas, maniobraron en las palancas ocasionando que las máquinas se movieran a izquierda y derecha, las ruedas se hundieron un poco en la arena, en la tierra de las rosas de acantilado y los lirios, la madriguera del tejón y el zorro y los agujeros de la ardilla. Un escarabajo murió en la flor de la vida. Un sapo cornudo, lamiendo hormigas y lamiendo un hormiguero, fue aplastado como con una espátula. Diez mil hormigas no volvieron a ver la luz...

Los brazos enlazados, la fila se mantuvo firme.

La *rangerette* miró su reloj. El tiempo se cumplía. «Jesús», pensó, «¿qué cojones voy a hacer ahora? Ojalá estuviera de vuelta en el estado de Michigan. Ojalá estuviese de vuelta con Marty y Bobbie, cogidos de la mano, preparando palomitas de maíz y viendo *El Retorno del Jedi*. Oh Jesús, Mamá, ¿dónde estás ahora?».

Miró a la gente, volvió a ladrarles. La dama *pitbull*.

—Chicos —ladró—, estáis arrestados. No os mováis. —Esperó que empezaran a correr como conejitos. Seguro que tenían una camioneta o un autobús o algo allá arriba en aquella graciosa colina. Miró allá donde sus pensamientos se dirigían, a la meseta baja al norte donde cualquier vehículo normal alcanzaba un callejón sin salida, y no vio nada, nada excepto a un hombre a caballo, mirando aquella comedia humana. Otro caballo situado cerca, estaba atado a un enebro. «Ah, esa vida ociosa de los vaqueros», pensó, «cagando entre los arbustos, recorriendo el rancho en pos de novillas extraviadas, llevando las riendas con una mano mientras con la otra se rascan los huevos».

Uno de los chicos de la barricada le quitó la anilla a una lata de cerveza y sonó como si se la hubiese quitado a una granada de mano. El viento soplaba, las banderas se ondulaban: las verdiblancas y las rojinegras y las rojiblancazules.

—He dicho que no os mováis —dijo la *rangerette*. Los mantuvo arrestados con su resplandor púrpura, regresó a su camioneta y a la radio—. Y yo con un motín entre las manos, algún idiota disparando bolas de tierra, y el reverendo Love en mi nuca porque le robaron un Caterpillar y todos esos informes que tengo que hacer esta noche. Voy a la radio a pedir ayuda ahora —gritó. Luego agregó—: Si no os borráis antes. —Esperó. Se dijo: «Son idiotas».

La fila se mantuvo. Nadie se separó.

Dios mío, pensó la *rangerette*, quizá vinieron caminando por el río. ¿Treinta millas? ¿Cuarenta? Miró con recelo el montón de mochilas dejadas al borde de una cornisa en la pendiente más cercana. Pero ¿y la cerveza? ¿Y las banderas? Seguramente no. En cualquier caso hay que llamar pidiendo ayuda. Estás en tu derecho. Resistencia a la autoridad. Amenazas de violencia. Mirad a Miss Coñito Glamuroso. Mira a ese que está en medio, todo piel y músculo, se cree Arnold Schwarzenegger. Mira esa cosa que lleva en la mano. Cuatro pies de largo pulgada más o menos. Pide ayuda (*¡Ayuda!*).

La *rangerette* Dick abrió la puerta de su camioneta, luego vio la polvareda que se acercaba a excesiva velocidad, tierra revuelta y vegetación aplastada en la carretera que avanzaba. ¿Otra camioneta? «Los chavales del motín», pensó, «traen refuerzos. Media tonelada de paletas con cascos, eso es lo que yo necesito ahora, es mejor admitirlo».

Y luego los vehículos llegaron cerca, rebotando en el terreno bacheado, y ella vio que se trataba de un cuatro por cuatro Ford Bronco con solo una cabeza, un sombrero, un hombre. Un sombrero de ganadero. Cabeza afeitada. «Oh, mierda», pensó, «es el reverendo. Y encima loco, puedo apostar por eso. Pero al menos podemos contrarrestar el número de los del motín: yo, Orval, el reverendo, puede que la chica. Cuatro por parte de nosotros y solo treinta por parte de ellos».

El Bronco patinó hasta detenerse. «Landfill CO. Equipo de Búsqueda y Rescate», rezaba la leyenda en la parte exterior de la puerta. Siempre buscando a alguien a quien rescatar. El reverendo Love se apeó, sonreía educadamente a la *rangerette* Dick y más sinceramente a Orval Jensen metido en su máquina. La sonrisa se le aflojó un poco al ver a la muchacha en la otra máquina: el reverendo no era partidario de que se contratara a mujeres en trabajos de construcción. Pero esto era una empresa del Gobierno, tenía que seguir ciertas reglas, hacer al menos un gesto hacia las cuotas oficiales de las minorías para las minorías oficiales del Gobierno. Y luego Love volvió sus ojos hacia la fila harapienta de gente que protestaba y obstruía el progreso y entonces lo abandonaron todas sus pretensiones de urbanidad. Frunció el ceño, tosió, escupió en la arena.

—Otra vez estos —gruñó hacia la *rangerette* y Orval—, los fanáticos verdes.

—He pedido ayuda por radio —dijo la *rangerette*—, ya les he advertido...

Love examinó a los manifestantes, sus ansiosas caras desafiantes, sus desnudas extremidades, sus descaradas banderolas. Los ojos inyectados de ira, ardiendo de desprecio, murmuró:

—A la mierda la ayuda, el *sheriff* tardaría dos horas en llegar aquí. Me desharé de ellos yo solito.

Le hizo un gesto con la cabeza a Jensen y le dijo:

—Vamos, Orval.

Señaló luego con el pulgar a la muchacha de la otra máquina: —Vamos, ricura, yo

me ocupó de esto.

A regañadientes la chica se apeó de su alto asiento:

—Yo no le temo a esos *hippies*, reverendo Love.

El reverendo le dio un toquecito en su casco mientras subía para reemplazarla en la posición de mando:

—Buena chica, dulzura, pero este es trabajo de hombres.

Se sentó en la estrecha cabina de la nueva máquina nipona, y de repente se acordó de algo:

—Por cierto, Ginny —le gritó a la *rangerette* por encima del rumor de motores—, ¿encontraste ya mi tractor?

Temiendo la pregunta respondió:

—No, señor, pero ya estamos tras la pista.

«Es mentira», pensó ella. Aunque sólo llevaba perdido doce horas. El reverendo mostró su leve y espeluznante sonrisa:

—Es cosa complicada esconder un Cat D-7 aquí en el desierto, ¿no te parece? —y pisó el acelerador del Mitsubishi dejando que el estruendo de los dieciséis cilindros del motor expresaran su opinión sobre las explicaciones de la *rangerette*. Si es que tenía alguna. Señoritas «rangeresas», estaba pensando él. Operadores hembras de excavadoras. Lo próximo que querrán ser las mujeres será reverendos. En nuestra iglesia. Como los negros. Sí, es un hecho, un hecho cierto, vivimos en los últimos días y el tiempo del juicio está presto. Sodomía en las calles y fornicación en los más altos lugares, como hacen esos «asaltacielos». Encendiéndose de ira le dio a la palanca que ponía la pala a ras del suelo. Luego pisó el embrague y la máquina se tambaleó hacia delante. Love arrió la bestia al centro de la fila de ¡Earth First!, directo hacia la forma delgada de esa vergonzosa ramera de largas piernas, cortos vaqueros y húmeda camiseta.

—Por Dios que la voy a hacer saltar de verdad. La voy a hacer correr como un conejito asustado. Está hecha para correr, vamos a ver cómo corre.

Pisando a fondo se dirigió hacia ella, el viento a su espalda, la nube de polvo atrás. La chica alta no se movió. Ahora portaba una bandera americana que le había cogido a alguien cercano y la anteponía a ella, empuñándola como un crucifijo, como si pretendiese alejar al diablo. Eso sólo consiguió enardecer más al reverendo. «Sucios trucos», gruñó, «sucios trucos». A toda velocidad incrustó la pala en la tierra sacando media tonelada de piedras, malas hierbas, y arbustos que dirigió contra su objetivo.

—¡Fuera de mi camino! —gritó—. ¡Fuera de mi camino!

Ella no se movió, excepto para afianzar más sus pies y conseguir una postura más firme.

Maldiciéndola, Love detuvo la máquina a sólo tres pies de ella, levantó la pala y dejó caer una duna de escombros sobre sus pies, sus pantorrillas, sus rodillas, sus muslos, abonándola de fango hasta la entrepierna. Puesto en pie en su asiento,

mostrándole el puño cerrado, el reverendo bramó:

—Te voy a enterrar.

Ella se había puesto blanca de miedo pero no hizo el menor movimiento para escapar.

—Nozotro nos vamo a permanecer —le gritó ella, los grandes ojos verdes brillando, agitando su bandera prestada—. Tú ve a tu casa. Tú no enterarme a mí en ezta llanura sola.

Love reculó para obtener mejor visibilidad y para preparar el segundo asalto, la pala de la excavadora alta en el aire. Algo duro chocó contra el acero. Sorprendido, vio a otra mujer, fuerte y poderosa, lanzando piedras contra su máquina. Como la mayoría de los otros también llevaba una camiseta que proclamaba: «¡EF! Feminist Garden Club», decía, «Georgia Hayduquesa, Presidenta».

¡Santo Moroni!, pensó el reverendo, están por todas partes. Pero el reverendo Love no había huido nunca de una mujer. Ni había huido tampoco ante de cualquier grupo de mujeres. Podía, sin embargo, pedir algo de ayuda. Miró hacia Orval Jensen. ¿Dónde estaba Orval?

Estaba la máquina de Orval, con el motor al ralentí, pero Orval se había salido y se alejaba, hasta alcanzar su camioneta, a una milla o así carretera abajo. El reverendo lo observó un momento —¡ese hombre está despedido!— y luego bajó de la cabina de su cacharro. De nuevo levantó el pulgar hacia la chica.

—Vale —le dijo—, vuelve a tu Misu. Yo me ocuparé del grande.

Feliz, la muchacha obedeció mientras Love se hacía cargo de la máquina de Jensen, pedal de embrague, acelerador a fondo y otra vez en camino hacia la fila de protestones. Esta vez apuntó a lo que consideraba el flanco más débil de la fila, un grupo de chicas más bajas, más jóvenes que, enlazadas brazo con brazo, se encontraban en la parte izquierda. Avanzó a toda velocidad, el hierro resonando, el motor berreando como un toro salido del Infierno, vio cómo las chicas temblaban, vio que una de ellas daba un paso atrás, luego otra. ¡Ja!, pensó, la fila se rompe. Levantó entonces la pala del *bulldozer* para hacer que la máquina pareciese más grande, más peligrosa, más fea. Miró al lado: su colaboradora adolescente estaba avanzando hacia el flanco derecho con un rictus de odio en su pálida cara. «¡Buena niña!», pensó, nada como una conductora para que a cualquiera se le caigan los pantalones de miedo.

¡Whang!

Un fuerte golpe sonó en su pala. Love prestó atención. ¿Otra vez estaba esa mujer lanzándole piedras? No, era ese mocoso sin ropas, fuerte, todo él carne y músculos, que estaba en el trasero de la máquina con una especie de maldito bate de béisbol —¿una maza?—, cogiendo fuerzas para darle otro golpe. Antes de que Love pudiese bajar la pala y amputarle los pies al chico, oyó el estruendo

¡Whunk!

El segundo golpetazo, más apagado esta vez, algo muerto y a la vez mortal, un tono sin resonancia que el oído de Love entrenado a tal efecto reconoció como de

metal debilitado, de destemplado acero, de moléculas orientales renunciando a su control sobre la realidad. Rápidamente, el reverendo tiró de la palanca que bajaba la pala de la excavadora al suelo, pero ya era demasiado tarde, el sudoroso matón ya había conseguido echarse a un lado y lanzaba su arma contra el *bulldozer* por tercera vez.

¡Whack!

Y desencajaba la pala de la excavadora de la proa a la popa. Imposible, pensó el reverendo, incluso cuando vio la pala que araba la tierra, fracturada en dos partes irregulares.

Pero eso no lo detuvo. Levantó la pala, que aunque estuviera rota seguía firmemente anclada gracias a los brazos de hierro, fea, terrible, más peligrosa ahora que antes. El reverendo condujo su máquina hacia adelante. Hacia donde los enemigos se desbocaban. Corrían delante de él, se dispersaban como un rebaño de terneros azuzados por el pánico, lanzando gruñidos de miedo. La chica había logrado algo. Esa muchacha a su derecha, no podía recordar siquiera su nombre, ella y su pequeño Mitsubishi, con su manera de hacer las cosas, su modo de llevar las palancas, fijo, helado, inflexible, casi como si padeciera una parálisis de voluntad, había alcanzado la fila de jóvenes que se le enfrentaban, los había forzado a darse cuenta, unánime, repentinamente, que estaban siendo embestidos, no por un humano que conducía una máquina, sino por una máquina que conducía a un humano.

Y de esa forma, natural, sensiblemente, desataron sus brazos y lanzaron unas cuantas piedras inútiles sobre él y sobre ella, en direcciones varias. Sólo la joven alta permanecía en el centro del terreno, y lo hacía porque no podía moverse, no podía sacar las piernas del montón de barro en el que estaban atrapadas. Erika la sueca, y a su lado la Hayduquesa, escarbando de manera frenética en la montaña de polvo con las manos desnudas, intentando desesperada, desesperanzadamente, sacarla de allí.

El hombre a caballo de la meseta levantó una mano.

La *ranger* Dick sentada en su camioneta llamó al cuartel general.

Los dos *bulldozers* amarillos, haciendo círculos a izquierda y derecha persiguiendo a los amotinados que no dejaban de dar gritos, los mantenían dispersos a lo largo y lo ancho de la zona. Al ver las mochilas en las cornisas, el reverendo Love se dirigió hacia ellas para aplastarlas, vio la pendiente, bajo la pala rota y las fue empujando una a una, paró la máquina, giró, dio la vuelta. Su ayudante estaba persiguiendo al viejo buitre de barba gris a través de los arbustos.

—¡Prensa! —gritaba el hombre—. ¡Prensa! —mientras se sacaba su pequeño cuaderno de notas del bolsillo de la camisa sin dejar de correr. No era una buena excusa: la operaria adolescente siguió persiguiéndolo, con el motor bramando y la pala alta para aporrearle (su carburador empezaba a recalentarse).

El reverendo sonreía. «Prensa», pensó, «prensa: esos son los peores. Espero que ella consiga meterlo en un agujero de ardilla». Buscó nuevas víctimas, vio a la Hayduquesa y al joven bastardo con aquella tenaza gigante intentando sacar del

montón de fango a aquella puta con esas piernas y esos ojos y esas estupendas tetas sudorosas. Mira por dónde, veamos qué tal va —esa muñeca Barbie de pelo negro es mía—. Esa chavala se va directa a chirona. Seis meses mínimo.

Aceleró el motor, que al principio no respondió adecuadamente, sintió que un par de pistones parecían estar a punto de romperse. Pero aun así aceleró a todo trapo, y el reverendo traqueteó feliz camino de los cuerpos envueltos en barro justo en medio del camino.

De reojo —tenía muy buena visión periférica—, Love empezó a percibirse de la presencia de un parche hecho de polvo y acero amarillo que viraba hacia él desde la derecha, con una trayectoria que cortaría su camino muy cerca de su objetivo. ¿La chica? No, no era ella, ella estaba lejos, en otra tangente, todavía persiguiendo al reportero. Se trataba de una máquina grande, mucho más grande que la de la chica, casi tan grande como la de Love, una Cat de hecho, la D-7, de hecho, la tercera bestia de hierro más grande que habían fabricado en Caterpillar. «Bueno, bien», pensó el reverendo, «ahora sí que los tenemos, ahora ajustaremos cuentas con toda la manada de esa loca de pelo largo y piernas desnudas y banderita ondeante». Saludó a la oscura figura que estaba al mando de aquella máquina, un hombre ensombrecido por las gruesas capas de polvo que levantaba a su paso. El operario le devolvió el saludo, se bajó un momento el sucio pañuelo rojo con que se protegía del mucho polvo para mostrar una luminosa sonrisa, y luego volvió a colocarlo donde estaba, tapando boca y nariz. Llevaba la cara medio enmascarada, una máscara, sin gafas de protección, un gran sombrero de ala ancha negro sobre la cabeza: parecía uno de esos medio mexicanos desesperados de las viejas películas del Oeste.

«No creo que conozca a ese tipo», pensó el reverendo. «¿Será uno de mis hombres? ¿Por qué no lleva su respirador? ¿Dónde están sus gafas de seguridad? ¿Y su casco? Maldita OSHA^[17] que ya nos da suficientes problemas con sus malditas reglas y regulaciones mariconas, un hombre ya no puede irse a mear sin consultar antes su puto libro de reglas, no puede sentarse a cagar sin antes haber buscado un reserva. Y santo Moroni no vayas tan rápido colega, dónde aprendiste a conducir y por el amor de San Pedro bendito por qué cojones no miras donde...».

¡Craaamp!

El D-7 embistió con fuerza en el costado derecho del gran Mitsu de Love, sacándolo del camino.

—¿Pero qué cojones...?

Las bandas de rodadura arañando el lecho de roca, el Cat empujando a baja velocidad y máxima potencia contra los cuartos delanteros de la máquina de Love, su potente pala atascada en las ruedas del lado derecho del reverendo, que iba perdiendo la vertical, perdiendo tracción, la parte delantera de su aparato se había inclinado unos noventa grados. Ahora estaba apuntando hacia el borde de la pendiente que subía hacia el descampado de arriba, un claro de cincuenta pies que sobresalía antes de despeñarse, y el hombre al mando del Cat seguía empujándole hacia la parte más

cercana del borde.

—¿Así que quiere pelea, no? Por Dios santo que la va a tener. —Love tiró de la palanca para poner su máquina en marcha atrás, para tratar de quedar enfrente de su oponente, obtener algo de espacio para abordarlo de cara, y estrujarle el culo a ese chico tan listo como una lata. A pesar de lo grande que era su Cat, el Mitsubishi de Love era más grande todavía, pesaba cinco toneladas más.

Pero el otro no le concedía espacio para maniobras. En cuanto el aparato de Love se dio la vuelta, desenganchando su parte derecha de la pala del Cat, el bandido del pañuelo embistió a toda velocidad contra la pala del Mitsu, cargándose la parte derecha y dejando al descubierto, para un asalto frontal, el vulnerable radiador.

«Sucios trucos», pensó el reverendo, «otra vez con sucios trucos. Ese bastardo no quiere una pelea limpia». Todavía retrocediendo, con la señal de marcha atrás chillando, levantó la parte que quedaba de su pala tan alto como pudo, pisó el embrague y movió la palanca para lanzarse adelante a toda velocidad, e hizo una embestida feroz a la abierta cabina sin blindaje del Caterpillar.

—Mejor salta, compañero, mejor salta o no vas a ser más que un «Catskiner» aplastado.

El hombre del Cat no saltó. Puso su máquina enfrentada cara a cara con la del reverendo y atrapó la pala del Mitsu por el borde y entre los brazos de su propio vehículo. Con el estruendo de hierro y la lluvia de chispas que saltaron, quedaron bloqueados.

Cuernos bloqueados, como un par de machos cabríos en celo, como dos ciervos volantes, lucharon hoja contra hoja durante unos instantes, los motores bramaban, los dos derrapaban, cada cual tratando de empujar al otro, sin ganar ninguno ni una pulgada.

Al principio. Pero después el mayor peso y poder del Mitsubishi empezó a imponerse. A dar resultado. A pesar de la ligera ventaja que le daba estar más alto en la cuesta, el hombre del Cat se vio obligado a rendirse, pie a pie, ante la potencia superior del Mitsu. Sonriendo bajo sus gafas de sol, el reverendo se volvió un pelo a la izquierda, y luego otro, forzando al Cat a ir retrocediendo hacia la esquina donde empezaba el precipicio.

El bandido del pañuelo trató de liberar su pala bajo el peso de la del otro: tenía potencia suficiente como para inclinar la suya pero no podía despegarla sin la cooperación del otro hombre. (*El reverendo sonreía*). El conductor del Cat trató de dar una curva cerrada marcha atrás, como había hecho antes el reverendo, pero esta vez la maniobra dejó la parte de atrás del Cat muy cerca de la cornisa y al Mitsu en la parte de arriba de la cuesta. (*El reverendo sonrió de nuevo*). El hombre miró hacia atrás; el borde estaba a diez pies de distancia. A nueve. A ocho. A siete...

«Salta, idiota», pensó el reverendo, su satisfacción, tan pagada de sí misma, era completa, «salta o muere».

Pero el idiota no saltó. No todavía. Miraba atrás, luego adelante, luego atrás otra

vez, puesto en pie pero sin abandonar su puesto, siguió a los mandos de su Cat D-7b.

«Estupendo pues», pensó Love, «tú lo has querido. Es tu funeral». Puso la palanca de cambio de marcha en la última muesca. Potencia máxima. Los dieciséis pistones del motor danzando en su vagina oleaginosa, el humo negro saliendo a borbotones del carburador.

Y entonces, cuando ya la máquina del bandido estaba en el borde, tambaleándose, ya dispuesta aparentemente a caer, el reverendo Love recordó que lo que quedaba de pala de su excavadora estaba atrapado por la pala de la otra excavadora. Bueno... pisó a fondo los pedales de embrague y freno, puso el selector de velocidad en punto muerto, puso la palanca de la pala en su nivel más alto. «Le dejaremos que se despida en condiciones», pensó, «démosle tiempo para una oración. Una corta».

La pala de la excavadora del reverendo se levantó tal y como se le había ordenado.

Pero la pala del otro hombre también se levantó y seguía estando allí, enlazando a los dos *bulldozers*, manteniéndolos unidos, hocico contra hocico.

Fuera de juego, el reverendo se levantó para tener una visión más clara del problema, liberando los frenos.

—¡Baja tu maldita pala! —gritó, haciendo a la vez la acostumbrada señal que se hace con la mano. El hombre del Cat pareció no entenderle—. Vamos, bájala —gritó el reverendo otra vez intentando que el otro le oyera por encima del clamor de los motores. El hombre miraba a Love, nada había visible en su cara salvo los salvajes ojos de chiflado bajo el ala grasienta de su sombrero y el borde superior de sus grasiento pañuelo. El reverendo señalaba las palas bloqueadas—. ¡Abajo! —gritó, iracundo—, tú, eh tú, idiota, ¡abajo!

Esta vez el hombre asintió, llevó una mano enguantada a la palanca de mando, la otra en el borde exterior del tanque de fuel, miró tras su espalda una última vez, le dio marcha atrás a su máquina y saltó por encima del tanque de combustible. Al espacio.

Ambos *bulldozers* sonaron con estrépito al precipitarse por el borde.

El reverendo se giró precipitadamente, y salió por la parte de atrás de su máquina, apenas con tiempo de salvar el culo. Quedó tendido en la piedra fría del suelo durante largo rato, la cara amoratada, una mano sobre el corazón.

La *ranger* Dick llegó corriendo cargando un botiquín de primeros auxilios. Se arrodilló junto a Love, puso un oído en su pecho y le tomó el pulso en la muñeca: escuchó, sintió, contó los latidos.

—Estoy muerto —dijo él. Apoyada en la cadera de ella, la mano de él se dejó caer en la culata de su pistola—. Ginny, estoy muerto.

—Pudiera ser. Reverendo Love, ¿cuando parará de hacer cosas como esta? Tendría que empezar a cuidarse. Y quite la mano de mi pierna.

—¿Eso es tu pierna?

—La pistola de mi pierna. ¿Ha tomado digital hoy?

—Sí, tomé mi digital hoy. Sí, tomé digitales ayer. Sí, me tomaré mis putas

digitales mañana.

—No se mosquee. Sólo preguntaba. —La *ranger* sacó un pañuelo de su bolsillo y le secó la frente húmeda—. ¿Un poco de agua?

—¿Tienes Pepsi?

—No.

—Tomaré un trago de agua. —Laboriosamente se sentó, apoyándose un poco en el fuerte y cálido hombro de la *ranger* Dick mientras ella sacaba su cantimplora. Cuando le desenroscaba el tapón, él dijo:

—¿Qué opinas de la poligamia, Ginny?

—¿Qué opina su esposa?

—Sí... —bebió, se secó la boca—. Sí, ese es el problema. Pero di —le estaba sonriendo—: ¿Fue una gran pelea o fue una gran pelea?

—Grande. Tiró su propio *bulldozer* por el acantilado.

—¿Quieres decir que ese Cat D-7 era el mío?

—Mierda, sí, Dudley, ¿no lo sabía?

Volvió a tenderse en el suelo y cerró los ojos.

—Cógeme la mano, Ginny, me siento débil. —Ella tomó su mano, la mantuvo en su cálido y abundante regazo—. Cualquier hombre que no puede reconocer su propia marca —siguió el reverendo—, hará mejor en dejar el negocio ganadero.

—Está asegurado.

—Los cargos deducibles son más altos cada año. La última vez que pasó algo me dijeron que cancelarían mi póliza.

—No se lo cuente.

—Claro, no contárselo —el reverendo sonrió—. En cualquier caso yo gané la pelea. ¿No es verdad que gané la pelea, Ginny?

—¿Ha pensado alguna vez en ponerse un *bypass*?

—No. ¿Viste cómo ese bandido bujarrón saltó? Dios, estaba cagado de miedo, podías verlo en sus ojos.

—Podría hacerle mucho bien.

—Sólo hay un médico del corazón en todo el país a quien yo le confiaría una operación así y no me quiere ni ver. No desde que me cambié el corazón. Y además ya no opera corazones de todas formas. Cómo lo llaman, ¿pediatricio? —Los grandes dedos gruesos de Love pellizcaron el muslo de la *ranger*—. ¿Crees que quizá podríamos echar un vistazo?

—¿Un vistazo a qué?

—A lo que quede.

—Si es lo que quiere. Lo pondrá enfermo.

Se sentó de nuevo. Tirando de sus manos lo ayudó a ponerse en pie. Caminaron hacia el borde mirando alrededor, oliendo la peste a diesel quemado. A unos noventa pies, allá abajo, estaban los dos *bulldozers*, vientre contra vientre, como amantes copulando. Las palas torcidas, los órganos internos colgando, ambos ardían, ardían

silenciosamente a la sombra del acantilado e inmersos en la generalizada quietud del desierto. Dispersos entre los restos, salpicados de fuel y también ardiendo, estaban los restos de una docena, o más, de las grandes mochilas, unas cuantas fueron alguna vez muy elegantes.

El reverendo Love miró abajo a las máquinas que ardían minuciosamente, la más grande estaba despatarrada sobre la que era ligeramente más pequeña. Dirigió una tímida sonrisa picante hacia Virginia:

—¿No te gustaría hacer eso?

Ella captó el significado.

—Pues adelante, Dudley, son tus *bulldozers*.

—Me refiero a ti y a mí.

—Venga, vamos. ¿No has tenido suficiente acción por esta tarde?

—Ginny, eres muy precavida. *Los ángeles del Cielo*^[18].

Un helicóptero tronó sobre sus cabezas, violento y hostil en la aproximación, elegante y delicado al alejarse. Como un amante de la zona. El reverendo lo observó:

—¿La BLM? ¿Qué buscan?

—A tu chico.

—¿A mi qué?

Love la miró fijamente, y luego al helicóptero empequeñecido, y luego abajo a las ruinas humeantes. Se dio cuenta por primera vez de lo grandes que eran las pendientes de arena bancadas contra la pared del cañón en el lado más próximo, llegando desde el suelo del cañón a unos diez pies de la base del saliente. Impresos sobre la duna suelta, desde la cima a la base, había una serie de marcas, como huellas de un sabueso gigante, muy espaciadas unas de otras.

La pregunta que se estaba cociendo en la mente de Love finalmente logró abrirse paso hasta sus labios:

—¿Saltó él desde aquí?

—Supongo, Dudley. Cuando yo llegué aquí lo único que pude ver fue su trasero desapareciendo por aquella curva. Ahora debe de estar a cuatro millas del cañón. ¿Estás bien?

Caminaron lentamente hacia la escena de la confrontación original, cogidos de la mano. Después de la batalla de *bulldozers* el mundo parecía extrañamente tranquilo en los oídos de Love.

—¿Entonces todos escaparon? ¿Hasta el último de esos malditos?

—Tenemos a dos, a esa alta que llenaste de barro y al otro que te lanzó piedras.

—¿Quiénes son?

—Lo descubriremos.

Cruzaron por la arena hasta el lecho de piedra del descampado, emergieron camionetas Ford, Broncos, entre los bancos de lodo que servían de refugio en el terreno abierto de la artemisa y las estacas de inspección.

El reverendo se detuvo.

—¿Dónde están?

La *ranger* se paró también.

—Están esposados juntos. Búscalos en tu Bronco.

—El Bronco se perdió.

La *ranger* asintió.

—Así es. Bueno... —e indicó su camioneta de BLM—. Al menos tuvieron sensatez suficiente para no robar una propiedad federal. Vamos.

Llegaron a la camioneta. Las cuatro ruedas habían sido acuchilladas. La operaria adolescente estaba sentada en el capó mirando a la nada desalentada. También ansiosa. Tenía una larga varilla brillante en su mano. Su Mitsubishi XLT no se encontraba al alcance de la vista. Su historia también era bastante simple. Había lágrimas en sus ojos. Dijo:

—Oh, reverendo Love, lo siento. Lo siento tanto, reverendo Love, y yo estoy segura de que no es mi culpa. Ya casi tenía pillao a ese tipo con nariz de pico, reverendo Love, él seguro que corría rápido pero yo casi lo tengo y entonces es cuando mi motor empieza a echar tela de humo y luego se hiela, reverendo Love, se queda más agarrotao que una silla Spandez en los lomos de un toro de rodeo y no quería correr ya más para nada, reverendo Love, habían echao arena en el cigüeñal, y tuve que hacer todo el camino de regreso aquí, que es lo menos media milla y tengo los pies con más llagas que si los metiera en un nido de serpientes.

—¿Dónde está?

Ella lo señaló. Miraron, aguzaron la vista, y sí, parecía que por allí estaba, un pequeño borrón amarillo polvoriento medio enterrado en un profundo agujero en la salvia y la hierba. La *ranger* lo comprobó con sus binoculares 7x50. Más allá del *bulldozer* enterrado vio doradas dunas de arena, arena eólica, las arenas cantarinas de la más magra de las partes de la más maravillosa de las regiones de la alta y solitaria tierra de los sapos cornudos y los buitres altísimos y los melancólicos coyotes. «Coyote», pensó ella: el lobo de la pradera. Mirando las arenas y las azules mesetas que venían después, pensó que podía escucharse un lobo, su aullido, su llamada, su salvaje canción desafiante. Miró, miró, y por fin vio a un jinete que cabalgaba lentamente sobre las dunas, haciendo una pausa en la cumbre para echar un vistazo alrededor, y siguiendo adelante después. Llevaba un segundo caballo, ensillado pero sin jinete. Todos desaparecieron.

13. Bonnie y la «dama de las bolsas»

Doc se había ido, salió de mañana muy temprano hacia la clínica traumatológica para realizar un trasplante de médula. Otro pobre chico, esta vez una niña de sólo diez años, del área de St. George. Leucemia aguda de nuevo. Más cáncer de glándulas linfáticas. Bastante común en la zona sur del estado, teniendo en cuenta lo relativamente baja que era la población humana. Pero, sin embargo, no era un número suficiente como para hacer inspecciones rigurosas de nada, aunque la región estuviese asentada junto a campos de maniobras militares. El Gobierno federal declinaba cualquier responsabilidad y los jueces federales, nombrados de por vida por el Gobierno federal con sueldos de 89 500 dólares al año, decidían, siempre, a favor del Gobierno federal. Nadie sabía por qué.

—Por supuesto —explicó Doc—, puede tratarse como dicen ellos de una anomalía estadística.

—¿Y cómo es que los niños siguen muriéndose de anomalía estadística?

—No te preocupes por ellos. No entienden la teoría de probabilidades. El analfabetismo matemático es muy común en nuestra sociedad. Puede ser fatal.

—Yo creo que las matemáticas son la enfermedad fatal.

—¿Ves lo que quiero decir?

A ella le alegró que se fuera. Y de que Reuben estuviera aún dormido. En camión y con una bata bajó las escaleras, abrió la puerta de entrada y recogió el periódico de la mañana mojado como por una llovizna pertinaz. Doc detestaba pedalear a casa para la comida y encontrarse con su *Salt Lake Tribune* en penosas condiciones. Si ya es malo, solía decir, cuando está seco ahora es el peor periódico de todo el estado de Utah. Es sólo un periódico, le diría ella. Eso no es excusa, le diría él, ajustándose las gafas y abriendo primero el periódico por las Cartas al Director en la página editorial. Si buscas algo de ingenio, sabiduría, conocimiento o inteligencia en un periódico, en cualquier periódico, tu única esperanza es la sección de Cartas al Director.

Llevó el periódico dentro a través de la quietud de la casa hasta la cocina, se preparó una taza de té, encendió la radio y sintonizó su emisora favorita de rock melódico —Doc no soportaba el sonido de ninguna música que fuera más reciente que todos esos antiguos gregorianos y sus secos cantos— y se sentó a disfrutar su única hora de soledad antes de que el crío se levantase.

Desplegó el periódico y lo abrió sobre la mesa para que se secara. Sin echarle un vistazo a la primera página —¿qué puede ser más antiguo que «las noticias de actualidad»?— se fue a la Sección C, «Cosas de la vida», que seguía a la sección de noticias locales y precedía a los deportes, a Ann Landers, Joyce Brothers, y el horóscopo. En Acuario, su signo favorito, encontró un sabio consejo:

Peligro. Evite sus guaridas habituales hoy. Contacte con viejos amigos. Reconsidere sus asuntos financieros. Tenga cuidado con los extraños que lleven sombreros grandes, gafas oscuras y gabardinas.

«¿Por qué?», pensó. «¿Qué guaridas habituales? ¿Esta casa? ¿La habitación del niño? ¿El supermercado? ¿El nuevo concesionario de coches? ¿Y qué asuntos financieros? ¿Y qué extraños con gabardinas? Parece mi marido». Conjuró la visión mental de Doc, que en ese mismo momento salía de la sala de recuperación con su verde bata quirúrgica, se desenlazaba el cordón de su pantalón para mostrarles a las jóvenes enfermeras de pediatría cómo luce un pene incircunciso cuando está medio erecto. Absurdo.

Bien, tenía que ir a la maldita tienda en algún momento esa mañana, con peligro o sin él. Y Reuben montaría un infierno impío si ella no lo llevaba a tomarse un helado Sundae de malvavisco azucarado después de la compra. Los niños creen en los rituales, las ceremonias, las costumbres, la tradición, y los niños llevan razón. Los niños conservan los viejos ritmos subyacentes de la existencia orgánica. Sí, como sentarse en un charco de su propio pis sobre los elegantes sillones de mimbre del Salón del Helado Snelgrove.

Entraron en el sitio a las once, sin prisa por almorzar. No había nadie sino unas cuantas matronas mormones con sus camadas chillando, esas mujeres grandes, del tamaño de un hipopótamo, con sus retoños llenos de mocos, ojos azules y pelo claro. ¿Por qué las mujeres mormonas son siempre tan gordas? Suelen ser adolescentes muy guapas, niñas sexys, de piel rosada y piernas largas y esos dorados pompones, y luego, apenas diez años después, a todas les ha salido un culo de búfalo, ¿por qué? Demasiados partos. Demasiados bebés. No creen en el control de natalidad y no entienden los principios mecánicos del sexo mandibular, las funciones auxiliares, es decir, todo lo que deberías saber acerca del arte oral. Si un colega necesita una felación, decía Doc, no la va a conseguir en los Santos del Último Día. De las hembras, se entiende. De la otra mitad, de la otra parte, especialmente si es un congresista, puedes conseguir cualquier cosa. Hasta que te salgan verrugas genitales.

¿Es que no había fin ni fondo para la cruda y tosca vulgaridad de ese médico? No, no la había.

Bonnie cerró su paraguas y llevó a Reuben a una mesa cerca de la ventana, lejos de las matriarcas y sus aullantes alimañas. No había nadie sentado cerca excepto una pareja de jóvenes rubios muy bien peinados, vestidos de traje oscuro, con rojas corbatas y paraguas pulcramente plegados a sus pies. Parecían misioneros de vuelta —o funcionarios soviéticos—. Llevaban cubrezapatos de goma negra sobre sus negros zapatos. Ya nadie llevaba esos cubrezapatos, ni negros ni de otro color. Nadie sino los misioneros de vuelta.

En una esquina, leyendo el periódico a través de sus gafas de sol de cristales púrpuras, con un sombrero flexible mojado en su cabeza llena de rizos, estaba sentada una rubia de anchos hombros vestida con un sucio y grasiento impermeable militar. Su barato vestido de algodón le llegaba casi a las rodillas, y revelaban unas gruesas y

feas piernas peludas atrapadas en medias de color carne. Su bolsa de la compra, llena de sabe Dios qué basuras, estaba en el suelo, a su lado. Su sobrecargado carrito de la compra, robado en Safeway, esperaba fuera, en la entrada. Snelgrove no era muy partidaria de acoger a vagabundas, pero esta evidentemente llevaba dinero para una taza de café en alguna parte de su cuerpo. Mientras estuviera tomándose un café no podrían echarla.

Bonnie miró por la ventana, con una mano de Reuben entre sus manos, y se quedó contemplando la lluvia primaveral que caía por los cristales. Cínica de puertas para fuera, pero blanda como una seta en el fondo, Bonnie se apenó por la dura vida de «las damas de las bolsas^[19]», bien aquí en Snelgrove's, en Salt Lake City, o bajo las rejillas del alcantarillado del centro de Manhattan (¿cuál era la diferencia?). Se apenó por todos los pobres, de cualquier parte. Ella era, como le gustaba decir a Doc, la única no profesional de cualquier parte del mundo que de verdad padecía insomnio por las noches pensando en las hambrunas de Etiopía. ¿A quién le preocupa de veras, al menos una vez al mes, el destino de la gente coloreada del Tercer Mundo?

—No es gente coloreada —le corregía ella—, es gente de color.

—Oh, ¿cuál es la diferencia?

—Gente coloreada es racista.

—Perdón. Gente de color. Desde luego. Nuestros más tostados y morenos hermanos y hermanas, por decirlo así. ¿Está bien?

—Doc, ¿quieres bulla?

—Perdona, sólo estaba preguntando.

La camarera vino, Bonnie pidió un perrito y judías y el *sundae* para el pequeño Reuben, y una taza de café para ella. Rodeada como estaba de helados de dos docenas de sabores, no se concedió indulgencia. Estaba secretamente orgullosa de su bien recortada figura femenina y quería mantenerla. Por lo menos otros diez años. Aunque, como a veces se quejaba en voz alta a Doc, pensaba que sus pechos eran demasiado grandes, sus nalgas demasiado blandas.

—Eres una mujer, no un galgo —la tranquilizaba Doc—. Tienes por delante y por detrás lo que cualquier mujer quisiera tener, por el amor de Cristo. Hay un propósito en ello. ¿Qué quieres? ¿Anorexia? Si estuvieras hecho como un chico yo no me hubiera enterado de que existías. Probablemente.

—Yo quiero un cuerpo como el de Jane Fonda.

—¿La vieja *wombat*? Escucha, tú estás bastante mejor de lo que estará ella nunca. O mejor dicho, de lo que ella estuvo nunca.

—Mis caderas son muy anchas.

—Eres judía.

—Medio judía.

—Eso es, la mitad. Tienes un culo judío y un cerebro irlandés. Es una lástima que no fuera al revés pero, bueno, todos tenemos nuestras tragedias privadas.

—Doc, ¿estás buscando bulla? Un día de estos te voy a mandar a tomar por saco.

A nadie le gusta estar con un listillo.

—Tú estás con uno.

—Pero no es porque me guste, es sólo que me da pena. Si no sintiera lástima por ti, te dejaría.

—Puedes dejarme, me moriré.

—Eso es. Es una insana relación unilateral y se llama co-depen-dencia y hay un nuevo grupo de terapia para gente que tiene tu problema y si no fueses tan viejo y tan terco podrías ir y tratar de que te ayudaran, el doctor se llama Maharishi Zit, es de Nepal.

—Es más probable que Santa Mónica me ayude. ¿No es ese podólogo místico que quiso que caminásemos descalzos sobre carbones encendidos? Si le pagamos cien pavos.

—Eso fue el año pasado. Aquel era Swami Prabhavananda.

—Además, ese colega, el doctor Zit, ¿por qué lo llama co-depen-dencia si se refiere a la dependencia de un solo lado?

—¿Qué clase de pregunta es esa?

Preguntaba como si lo tuviera delante. Pero él no podía contestar.

Reuben mordisqueó su perrito y sus judías, bajo la presión de su madre, y engullía el helado cuando ella miraba a través de la ventana.

Automóviles de hocicos afilados fluían en una caravana interminable bajo la suave lluvia ácida, rociándose unos a otros con una película de inmundicia insoluble, una viciosa servidumbre que rezumaba grasa. El corazón de Bonnie se hundió cuando calibró el horror de las vidas de la mayoría de los hombres que conducían, atrapados durante nueve o diez horas al día en las cuadrillas esclavas del tráfico, los peones uniformados con traje y corbata y relojes digitales, de las galeras de las oficinas, la desesperante monotonía incesante y continua de la destrucción y reconstrucción, retroexcavadoras, cargadoras, martillos neumáticos, bolas de demolición, camiones de carga, clavadoras, alcantarillas de hormigón, *hardware*, *software*, formularios de solicitud, formularios de reclamación médica, formularios de seguro, formularios de pago de impuestos, basura, lodo, polvo, barro, todas esas capas monoclinales de papel y las capas anticlinales de papel de calco (presione fuerte) y los pliegues sinclinales de silenciosa desesperación. El mundo de «los trabajos».

¡Koyaanisqatsi^[20]!

Y no sólo los hombres. El progreso avanza. Ahora las mujeres también, llevadas por la necesidad o por la locura o por simple codicia, habían acabo sumiéndose en el mismo mundo de pesadilla, asexuados por el unisexo, convirtiéndose en personas-oficinas, camarero-personas, silla-personas, ganado-personas, chóferes-personas, mineros-personas... Los hijos abandonados todo el día cinco días a la semana en esos centros de almacenamiento Kiddie Kare pintados con deslumbrantes rosa y azul de Day-Glo con conexión a Tee-Vee. Eso siempre que las mujeres tuvieran la suerte suficiente como para permitírsele. Esas madres que tenían «sus trabajos». Una

crueledad que la ponía enferma. Estiró el brazo y puso una mano sobre la rizada cabeza de Reuben.

¡Powaqqatsti^[21]!

Se le ocurrió a Bonnie, y no por primera vez, que ella era una mujer afortunada. Se acarició el vientre. Una mujer afortunada, aunque pegada a un cascarrabias envejecido como Doc Sarvis. Su bola y su cadena, al menos, estaban recubiertas de chocolate. Forrada de terciopelo. Hecha de aluminio vacío. «Si no quisiera ser madre», pensó, «nunca habría tenido un bebé. Y por supuesto que no tendría un segundo hijo».

—Mutter —dijo Reuben—. Esa señora vieja se ha olvidado su bolsa.

Así era. La dama de la bolsa, que ya atravesaba la puerta, había dejado atrás su gigantesca bolsa de plástico. Tambaleándose bajo la lluvia, empujando su carrito, parecía ocupada en sus propios pensamientos. Bonnie puso un billete de cinco dólares sobre la cuenta (una propina abundante otra vez para mimar a los nativos) y corrió detrás de la dama de la bolsa, llevando en una mano a Reuben y en la otra la bolsa de la mujer.

La dama de la bolsa se había desplazado un par de puertas en la calle, en dirección a donde estaba aparcado el coche de Bonnie, y ahora se había apoyado contra la pared murmurando algo para sí misma. Bonnie se acercó, con la bolsa levantada. Para ser un objeto tan voluminoso era extrañamente ligero, como si estuviese lleno de nada debajo de los papeles arrugados visibles arriba.

Sin que aparentemente se apercibiese de la presencia de Bonnie y el chico, la mujer le reñía a la lluvia, al tráfico en la calle, o quizás a nada de eso, quizá sólo se farfullaba a sí misma, moviendo los labios.

—Jodida lluvia —parecía estar diciendo— maldito tráfico, maldito nada de eso...

¿Cómo se aborda a una vagabunda?

—Señora —dijo Bonnie educadamente, aclarando su garganta para que le saliese la voz limpia— señora, se olvidaba su bolsa.

La criatura miró a Bonnie, pequeños ojos rojos entrecerrados tras las oscuras sombras. La lluvia resbalaba por el ala ancha de su cabizbajo y gran sombrero *fedora* Goodwill. Era seis pulgadas más alta que Bonnie, de hecho era una mujer de constitución fuerte, con el cuello grueso y los hombros anchos de un jugador de rugby. Debía pesar al menos 180 libras.

—¿Me habla a mí, hermana?

Su voz era profunda, bronca, familiar.

Bonnie la miró, dejando la bolsa en la acera mojada.

La dama de la bolsa sonrió, un rictus salvaje y amplio que mostraba poderosos dientes bien moldeados para roer costillas de búfalo o partir el fémur de un alce. La dama de la bolsa no necesitó decir nada más: esa sonrisa era suficiente.

Bonnie dijo:

—¿Qué estás haciendo tú aquí?

Instintivamente apretó con más fuerza la pequeña mano de Reuben. Instintivamente miró a su espalda para ver si había alguien observándolos. No había curiosos a la vista excepto los dos misioneros que salían lenta, despreocupadamente del salón de helados y se detenían bajo el toldo para abrir sus paraguas.

—Necesito algo de ayuda —murmuró, manteniendo la sonrisa de lobo. Le tendió su manaza derecha.

—Deme diez, señora.

—¿Diez? ¿Diez qué? Se suponía que estabas muerto.

—Putos periódicos. Lo exageran todo. Quería decir diez mil.

Miró por encima del hombro de Bonnie hacia los misioneros, que se demoraban en la entrada de Snelgrove. No podían apartarse del olor del helado. El vicio mormón: rechazan el alcohol pero se sumergen en azúcar.

—¿Quieres decir diez mil dólares? ¿Dólares? ¿Ahora? ¿Hoy? ¿De una tajada?

Miró hacia el crío, que lo estaba mirando a él.

—¿Qué pasa Reuben? ¿Creciendo a todas horas, no? Ya no pareces un puto sándwich.

—Mutter... —dijo.

—Estamos ya hartos de esta broma, George. Y cuida tu lenguaje. ¿Vas a tener un vertedero en la boca toda tu vida? La obscenidad no es más que una muleta para...

—... para las mentes lisiadas, sí, ya lo sé, Jesús, ¿cuántas veces lo habré tenido que escuchar? Y sí, me refería a diez mil dólares. Si te puedes permitir comer con las manos, para qué c... el tenedor. Además —sonrió de nuevo, observándola a través de las gotitas de lluvia que salpicaban los cristales oscuros de sus gafas—. Además, Bonnie, necesito tu cuerpo. Mucho.

—Esos días terminaron. Se fueron para los restos, Hayduke. Te amé una vez, cuando eras joven y loco, tuviste tu oportunidad y pasaste de ella y ahora supongo que tendrás que hacerle el amor a tu mano o a tu caballo o a cualquier cosa con la que puedas recrearte allí en las montañas, porque las cosas cambian, ya sabes, las cosas cambian, George, y puede que sea tiempo de que crezcas de una vez.

Parecía complacido. Todavía tenía aquella mueca (no sonrisa). Dijo:

—Bueno, la vieja Abzug, tan dulce como siempre. Y con muy buena presencia también. Pero no he querido decir exactamente lo que crees que he dicho. He dicho que necesitaba tu cuerpo, pero no es para mí.

Ella miró a su hijo, cuya atención se había desviado hacia una hoja de sicomoro que flotaba, como una barcaza, sobre un sumidero inundado. Miró atrás, a los hombres bajo el toldo: aún estaban allí.

—No mires a esos cabrones.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que tengo un proyecto especial. Ya sabes dónde. Ya sabes qué. Y sabes por qué. Y necesito ayuda de alguien experto. Algo que tú puedes ofrecer y que yo no puedo y ya sabes a qué me refiero.

Ella guardó silencio sin dejar de mirar ese rostro oscuro quemado por el viento bajo el sombrero, esa mueca estirada, esos rojos ojos porcinos detrás de los empañados cristales.

—George, George... hay algo que sería mejor que comprendieras de una vez y para siempre. Estamos casados ahora y tenemos a Reuben y estoy embarazada otra vez y, George, ya no queremos hacer esas cosas nunca más, tenemos responsabilidades ahora, aunque supongo que no podrías entenderlo, ahora ya no tenemos opciones.

—Nosotros. Nosotros. ¿Quiénes cojones son ese nosotros?

—Ya sabes a quien me refiero. Me refiero a Doc y a mí. Todavía nos preocupa pero no podemos correr riesgos y no podemos vernos envueltos en tu especie de... actividad. Nunca más.

—¿Os preocupa? Huh. ¿Y qué hacéis al respecto?

—Bueno... —ella soltó la mano de Reuben, dejándole que fuera a sacar una segunda hoja de las rejillas de la alcantarilla—. Escribimos cartas. Doc habla en las audiencias. Apoyamos al Sierra Club y la Sociedad en Defensa del Desierto y las coaliciones de vecinos y a Amnistía Internacional y Dios sabe cuántas cosas más pero damos siempre el diez por ciento cada año, el diez por ciento.

—¿El diez por ciento de qué?

—De la mitad de lo que Doc gane. ¿Cuál sería la diferencia en cualquier caso? Hacemos lo que podemos, George, y eso es todo lo que nosotros podemos hacer y eso es lo que cualquiera puede hacer. Hay un montón de cosas que han cambiado, George, lo siento.

—No para mí.

—No, para ti no.

—Así que dejemos esos putos cambios, no son para mí.

Mirando por encima de su hombro a los misioneros siguió:

—Vale pues. Tenía que intentarlo. Ya sabes dónde encontrarme si cambias de opinión.

—Si de verdad necesitas dinero —ella se puso a buscar en su bolso—, creo que tengo por aquí uno de cien, en alguna parte.

—Lo cogeré. Me hará pensar que este puto encuentro ha valido la pena.

Escarbó en el selvático desorden de su bolso, entre viejas cartas, viejas facturas, viejos recibos, barras de labios, peines, un cepillo de pelo, monedas, arrugados billetes de un dólar, una carterita con el carné de identidad y las tarjetas de crédito y más monedas y recetas y un talonario de cheques y la cartilla del banco y una agenda y lápices y bolis y un par de calcetines de niño y un estuche de compactos, y un juego de repuesto de las gafas de leer de Doc (que él había estado buscando hacía un mes), fotografías dobladas, un mapa de la ciudad lleno de dobleces («Nunca conocí a una mujer», le dijo Hayduke una vez, «que pueda doblar un mapa»), cortauñas, *kit* de maquillaje, cristales mágicos, plumas sagradas, una baraja del tarot a la que le faltaba

la mitad de las cartas, tres de los cromos perdidos de Reuben, postales místicas enviadas desde Kyoto y Benarés, Naropa, Colorado, una flor aplastada, una lima de uñas, cintas de goma elástica y pasadores para el pelo...

—Un momento, está aquí, sé que lo tengo en alguna parte.

... gafas de sol sin el estuche, un estuche sin gafas de sol, viejas listas de la compra, viejas listas de cosas importantes que hay que hacer cuidadosamente enumeradas en orden descendente de importancia, importantes números de teléfono sin nombres y nombres sin números, un paquete de chicle, hilo dental, un cepillo de dientes, una pistola de agua cargada con tinta para repeler a agresores, asesinos y drogadictos enloquecidos por el demonio del sexo y boinas verdes, ¿una boina verde?, y un montón de otras —muchas, muchas otras— cosas esenciales.

—Bueno, pensé que lo tenía, lo siento George, debo habérmelo gastado. ¿Te valen veinte?

—Los cogeré. —Los cogió. Puso su bolsa de la compra con los periódicos arrugados en lo alto de su carro de la compra lleno de bolsas de basura, limpió el agua de la lluvia de sus gafas oscuras y volvió a encender su sincera y gran mueca demoniaca.

—En fin, Bonnie, eres una puta sexy. Maldita sea, me pones cachondo. Siempre fuiste un puto buen...

—No seas grosero. —Ella levantó una mano—. No lo digas. No lo pienses siquiera nunca más, no nos hará ningún bien a ninguno. ¿Todavía vives en esa cueva?

—¿Yo? —La mueca constante—. ¿Qué cueva? Qué va, niña.

—¿Quién te frota la espalda ahora? Supongo que tendrás una forofa de diecisiete ahora.

—¿Diecisiete? —De nuevo la mueca—. Sólo yo y mis recuerdos, niña, ¿qué más necesito? Mejor me voy. —Miraba por encima del paraguas de ella a la pareja que obstruían el paso en la entrada al foso de azúcar de Snelgrove—. Sí. Saluda a Doc de mi parte, ese afortunado y viejo pedorro. Y adiós. Adiós Bonnie, adiós Reub...

Se fue. De repente. Se desvaneció. Como un sueño.

Ella se quedó mirando las anchas puertas de ZCMI, la inmensa, multitudinaria y horrible tienda mormona, dentro de la que la dama de las bolsas y su carro de la compra, de repente, mágicamente, habían desaparecido. La lluvia aflojó, paró. Uno de los jóvenes, cepillándose apresuradamente, adelantó a Bonnie tratando de seguir a la dama de las bolsas, pero lo retrasó en las puertas una espontánea, impredecible erupción de vendedores. El joven trató de abrirse camino hacia el interior de la tienda pero se lo impedía una masa de paraguas que salían de la tienda y se abrían en su cara.

El otro joven observaba a la señora Sarvis.

Bonnie levantó el dedo índice y se secó la humedad de los ojos. Se colgó de nuevo su bolso y fue a por su chico. Caminó lentamente sobre los charcos, sobre las grietas, mirando la acera, hacia su coche.

14. Código del ecoguerrero

El doctor Sarvis, pedaleando en su bicicleta por la larga pendiente de la Novena Sur hacia su casa en la 23 Este, no era inconsciente del tráfico que se estaba acumulando a sus espaldas, el clamor de bocinas tocadas por puños impacientes, el odio motorizado que iba fermentando detrás de él.

Pero pensó: «que se jodan».

Que esperen. Que se amarguen. Que caminen. Que vayan en bici como yo, así todos, ellos y yo, tendríamos un mundo mejor. Limpiaríamos la polución del aire de nuestra ciudad, se nos revigorizaría la sangre, mejor tono muscular, se nos fortalecería el corazón, quemaríamos la grasa sobrante, evitaríamos la arterioesclerosis, se acabarían las operaciones de *bypass*, adiós a los trasplantes, bajaríamos los índices de colesterol, prolongaríamos la vida. Sí y se reduciría el consumo de gasolina, se ralentizaría el gasto de acero y caucho, cobre y vidrio, el trabajo humano y las capacidades de los ingenieros se emplearían en cosas más importantes —cualquier cosa que sea mala para la industria del automóvil y para la industria del petróleo es buena para América, buena para la humanidad, buena para la tierra.

Terra primum, maldita sea, como alguien solía decir. Y no hay que olvidarse del signo de exclamación: ¡*Terra primum!* Esto por encima de todo: el planeta es tan cierto que, «como la noche sigue al día, no podrás mentirle a nadie^[22]».

Un tipo en un oxidado cacharro de hierro pintado de rojo estaba tratando de obligarle a que se saliera de la calzada. A él, a Doc Sarvis. Sí, un mestizo moreno en un caduco GM descapotable, la capota bajada —¿un Buick?, ¿un Caddie?, ¿un Olds? — y estaba consiguiendo de veras desplazar a Doc hacia el bordillo derecho. Cuidadosa pero firmemente.

Pero ¿qué coj...? ¿No puedes mentirle a quién? ¿A ningún hombre, a ningún dios, planeta, sistema orgánico? ¡Le digo esto, señor, vigile sus malditas maneras o voy a tener que darle de latigazos por toda la calle como a un perro! Doc vio un hueco y lo aprovechó, subiendo sus gomas sobre el bordillo y la acera entre la hilera de olmos chinos y un seto harapiento sin podar. Los hindúes vivían allí, los samoanos, los coreanos recién llegados y los vietnamitas: no era el tipo de gente que se preocupa de podar los arbustos.

Confiado en que ya había escapado de su acosador, Doc quedó horrorizado al descubrir, repentinamente, que el ampuloso cacharro estaba justo detrás de él, siguiéndole por la acera, rebanando arbustos. Miró atrás y allí estaba, aquel trapo de baja suspensión, la gran sonrisa de cromo de la rejilla del radiador imitado por la deslumbrante mueca de la cara oscura del conductor. Doc levantó un dedo en

dirección al hombre y este le replicó igual. Que te den, *monsieur*.

¡Bueno...! Vamos a enseñarle a este personajillo algo que no va a considerar nada divertido.

Se bajó del bordillo, y viró bruscamente por un callejón, enfilando una calle estrecha entre cubos de basuras desbordados. Olía a fruta putrefacta, pañales de plástico llenos de caca de niño oriental, botellas rotas de vino, huesos cocidos de gato, perro, rata, cabezas de pescado, aceite quemado, leche de búfalo, mantequilla rancia...

Oyó el estrépito estruendoso del metal golpeado atrás. Sí, el coche aún lo seguía, derribando cubos de basura a derecha e izquierda. Ese hombre estaba loco, era un psicópata con claras intenciones de cometer un homicidio. Incapaz de escapar, Doc decidió pararse, enfrentarse cara a cara a ese lunático.

Se detuvo abruptamente tras la esquina de un garaje hecho polvo. El coche se acercó y se detuvo, bloqueándolo, imposibilitándole la huida. Doc buscó dentro del bolsillo interior de su chaqueta y sacó su única arma: una goteante pluma estilográfica. Desenroscó el capuchón, puso el pulgar bajo la palanca vacumática, se aflojó la corbata y esperó.

El conductor del coche (un Eldorado de 1963 en lamentables condiciones, necesitaba otra carrocería, nuevas gomas, amortiguadores, pintura, faros, un parabrisas nuevo, tapacubos, etc.) apagó las toses, los ladridos de su motor (500 centímetros cúbicos) y sonrió al doctor Sarvis.

El doctor esperaba, listo para la pelea.

—Doc —dijo el hombre, ampliando su mueca a todo lo ancho de su cara—, mi viejo y buen Doc...

Sarvis lo miró, tratando de recordar la identidad de esa cara de piel oscura, bien afeitada, los ojos escondidos tras oscuras gafas de sol, la cabeza cubierta por una gorra de polvoriento *tweed* de las que suelen llevar los vagabundos y los ladronzuelos, los hombros anchos y el pecho de barril de cerveza arropado con una cazadora de camuflaje del desierto, grasienta, con las costuras desgastadas. No era el tipo de camuflaje que se pone el presidente de una república bananera. Ni el que viste el que hace dedo en la carretera. Este tipo pertenecía y había creado una clase de seres con un solo miembro. Uno era más que suficiente. Uno era todo lo que se necesitaba. Uno era ya un exceso. En una nación de flores delicadas^[23], una ortiga formaba ya la mayoría, un higo chimbo un *quorum*.

Sea como fuere parecía que necesitaba ayuda.

Todavía sin que lo reconocieran, el tipo se quitó las gafas:

—Soy yo, Doc. Mierda santa, ¿estás ciego?

—¿Eres tú?

—Joder, sí, ¿quién si no?

—Tú estás muerto.

—No, todavía no lo estoy.

—¿Qué pasó con tu barba? —Doc se rascó la suya para tranquilizarse, su antiguo arbusto de sal y pimienta en el que ahora ganaba la sal, pero profesionalmente recortada y cepillada, oliendo a champú y humo de cigarro, mertiolato^[231].

—Nunca había visto tu cara pelada, George.

—Es camuflaje, Doc, camuflaje. Soy el hombre de la docena de caras ahora y una docena de identidades. El mes pasado era Casper Goodwood. El mes anterior...

—¿De dónde sacaste ese nombre? ¿Casper Goodwood?

—De una guía telefónica. De donde los saco todos. Antes fui Eugene Gant. Durante un tiempo fui Jules «Jodido». Sorel. Un día, en Denver, fui Daisy Miller. Luz Bennett. Zuleika Dobson. Y así, es fácil, escoges un puto nombre, vas al lugar adecuado, sueltas tus dólares y recoges tu nueva identidad. Cualquiera puede ser cualquiera en este puto país si tiene la guita. ¿Qué estás mirando?

—¿Que qué estoy mirando? Me gustaría estar mirando el mapa de carreteras de Creta. O de Provenza. O de África central.

—¿A qué te refieres?

—No parece que te alegre verme, Doc. Todo lo que quiero es algo de ayuda, Doc, sólo un poco de puta ayuda para un puto pequeño proyecto y luego de eso me iré y no volverás a verme nunca.

—No tengo la chequera, George.

—¿La chequera? —El hombre se echó a reír—. ¿Qué te parece este cacharro de hierro, Doc? Un Caddie clásico. ¿Qué podría hacer yo con un cheque? Yo... ¿en un banco? Necesito efectivo, Doc, papel moneda de los Estados Unidos de América contante y sonante. Además de eso necesito tu cuerpo, sólo...

—¿Mi qué?

—... sólo un cuerpo cálido que monte guardia para mí, sólo una puta noche, Doc, eso es todo, luego me las arreglaré yo solo.

—Código del guerrero ecologista.

—¿El qué? Ah ya, sí, el código del guerrero ecologista. Ese soy yo, y la Regla Número Uno dice: «Que no te cojan».

—No, te vuelves a equivocar. Regla Número Uno dice que «Nadie salga herido». Nadie. Ni siquiera tú.

—Claro, Doc —Hayduke aplastó su lata de cerveza y la arrojó fuera del coche. Al callejón. Del suelo del coche cogió otras dos, las sacó del collar de plástico, abrió una y ofreció la otra a su mentor. Doc meneó la cabeza.

—¿Cómo? ¿Vas a rechazarme una puta cerveza? ¿A qué viene eso, Doc? —Hayduke lo miraba fijamente, luego triste, luego complacido—. Ya, quieres dejar más para mí. —Eché un trago a la lata abierta—. ¿Estás tratando de perder peso? El viejo vientre sobresaliendo del cinturón otra vez, ¿eh, Doc? Parece que te has ablandado.

—Regla Número Dos: «Que no te cojan».

—Eso era, la Regla Número Dos, esa es la más importante.

—Y la regla Número Tres dice, si no te cogen, arréglatelas tú solo. Nadie va a

pagarte la fianza. Nadie va a contratarte un abogado. Nadie va a pagar tus multas.

—Mierda, sí, Doc, ese es el modo en que yo opero. Con el código del guerrero ecologista, ese es el mío. Pero sólo por esta vez...

—Pero eso es mucho, demasiado. El guerrero ecologista trabaja solo, o con uno o dos camaradas de toda confianza a los que conoce desde hace muchos años,

—Claro. ¿Estás seguro de que no quieres una cerveza?

—El guerrero ecologista no forma parte de una red, no crea un equipo o cuadrilla o una organización de ningún tipo. Se vale por sí mismo (o a veces por sí misma) y su propia célula de dos o tres, nunca más.

Hayduke sonrió, le brillaban los colmillos blancos.

—Eso es. Como en los viejos tiempos, solos tú y yo, y Bonnie y ese viejo Seldom Seen Smith.

Hechizado por sus propios pensamientos, su nuevo programa, Doc divagó, ignorando el bote de cerveza Coors que le ofrecía (una cerveza de baja graduación de todas maneras).

—Para resumirlo mucho: el guerrero ecologista no dañará nada que esté vivo, absolutamente nunca, evitará que lo capturen, transferirá todo el coste al enemigo. La finalidad de su tarea es que aumenten sus costes empujando al enemigo hacia la pérdida total, la bancarrota, forzándolo a retirarse y abandonar su invasión de las tierras públicas, de nuestro desierto, de nuestra casa nativa primordial...

—Claro que sí, Doc —dijo Hayduke. Eructó, se tiró un pedo, se rascó un sobaco y se dio una palmada en el cuello sucio para aplastar un tábano gordo—. Escuchemos a la Madre Teresa.

—... confía en sí mismo y en un pequeño círculo de amigos de toda confianza, una minúscula red criminal conspirativa para cometer delitos menores no criminalizables contra los perímetros del *ordnung*^[24] tecnoindustrial. Pero ese es sólo el principio, sólo unos preliminares, y Madre Teresa, que Dios bendiga su dulce alma equivocada, no tiene nada que hacer con eso. Evitando la organización y todas las formas de trabajo en red, operando estrictamente con los principios anárquicos del descentralismo democrático, el ecoguerrero debe además ser un hombre o una mujer de heroica dedicación a su tarea. No una dedicación fanática —aquí no hay sitio para fanáticos— sino dedicación heroica. Porque el ecoguerrero debe hacer su trabajo sin esperanza de fama o gloria o reconocimiento público, al menos en su propio presente. El ecoguerrero es anónimo, misterioso, desconocido para todos salvo para su pequeño grupo de selectos camaradas. No lleva uniforme ni se cuelga medallas, no se le concederán privilegios de rango. No sólo no va a ganar ni saborear la fama personal, sino que debe esperar lo contrario, es decir, a saber: «obloquio» público y vilipendio, afrenta verbal y...

—Perdón, Doc, ¿cómo es la palabra?

—«Obloquio». «Oblo-kio». Del latín *obloquium*, calumnia, hablar contra, ítem más, censurar a un sujeto mediante una desaprobación amplia y concertada. ¿Lo

pillas?

—Pillado.

—Bien. Por ejemplo, cortas una línea eléctrica en alguna parte, sabotear la terminal de camiones de algún sitio, te cargas un delicado y carísimo sistema operativo computerizado de un banco, debes esperar entonces que ciertos elementos de la estructura del poder lancen calumnias contra ti.

—¿Sí? Vale. Lo pilló. «Obloquio». Como «Oh, bloca ya^[25]».

—Sí. Cargarte una caja de cambio, aplicar las tenazas a la transmisión, meter un palo entre las ruedas: nada de eso conseguirá que te quieran. Los que escriben editoriales te denunciarán, anónimamente, para mantener la seguridad de sus despachos editoriales. La Cámara de Comercio te quemará en efígie —o en persona si te cazan—. Los congresistas te fulminarán, los senadores abominarán de ti, los burócratas te maldecirán y todas las víboras de los medios te vituperarán.

—Música, Doc, música, es música para mis oídos.

Extendido en el asiento delantero de su enorme carro penoso (cagadas de pájaro en el capó y manchones de pis de gato en los pedales y un pequeño agujero de serpiente entre los cables detrás del panel de nogal del tablero de mando, comido de termitas) el eterno Hayduke lanzó su lata vacía al lado y le quitó la anilla a la otra lata de Coors —la dulce muerte verde de la vertiente oriental—. Dejó caer un pie, calzado con bota, encima del salpicadero y la otra pierna la extendió sobre el asiento del copiloto y se dispuso a escuchar atentamente.

—Cierto —dijo Doc—, suena como música. Pero no lo considerarás tan musical cuando aquellos a quienes debieras admirar te denuncien también. Cuando las sociedades oficiales de conservación y los clubes amigos de la naturaleza y las federaciones de vida natural y los defensores de la piel de los animales y los consejos de defensa de las fuentes naturales se escurran para que haya la máxima distancia posible entre ellos y tú, insistiendo en que deploran tu obra y yendo aún más lejos cuando ofrezcan recompensas monetarias por cualquier información que sirva para capturarte y condenarte. Sí, es difícil de creer pero es un hecho.

—¿Un hecho real?

—Eso es un hecho, un hecho real. Todavía más... —Doc guardó su pluma estilográfica y buscó en los bolsillos de su chaqueta un puro. No tenía. Extendió una mano hacia Hayduke—. Creo que me voy a tomar esa cerveza...

Hayduke miró la cerveza que tenía en la mano, medio consumida ya, y luego al suelo de su espacioso Cadillac, alfombrado de latas de cerveza aplastadas, collares de *packs* de cerveza, anillas de latas de cerveza, envases de cartón de *packs* de seis cervezas y la mohosa y verde señal de un viejo vómito y manchurrónes de cerveza derramada. Toda esa parafernalia y ninguna cerveza que se pudiera beber. Sacó las llaves y se las arrojó a Sarvis, doctor en Medicina.

—Mira en el maletero, Doc.

—Todavía más —siguió Doc, dejando caer su bicicleta con cuidado contra la

pared del garaje—, no sólo el ecoguerrero hace su trabajo sin esperanza de fama y alabanzas, no sólo hace su trabajo en la oscuridad de la noche en medio de una tormenta de calumnia pública oficial, sino que ha de trabajar sin esperanza alguna de recompensa pecuniaria.

Se dirigió a la parte trasera del coche. La rueda delantera de su bicicleta derecha resbaló y se fue al suelo. Abrió el maletero y levantó la capota. Un ratoncillo puso pies en polvorosa seguido de dos bichejos de narices cónicas.

—Triatoma —musitó el doctor—. *Triatoma protacta*. —Cogió, con cierta cautela, un *pack* de doce latas de Budweiser que estaban entre un montón de cadenas, cadenas de arrastre, cadenas para neumáticos. Una tarántula lo observó con sus ocho ojos miopes pero terribles. Doc, la echó a un lado suavemente, y levantó el *pack* de doce.

—¿Qué quieres decir con que no hay recompensa pecuniaria? —dijo George—. Maldita sea, Doc, nosotros, los terroristas, también tenemos que vivir.

—Cierto, pero sólo en un nivel de subsistencia. No queremos mercenarios entre los ecoguerreros. Como suelo decir, haces tu necesario trabajo por amor, un amor que no se atreve a decir su nombre, el amor de la austeridad, la belleza, los espacios abiertos, los cielos limpios y las corrientes que fluyen, los osos pardos, el león de montaña, la manada de lobos, el desierto, la pasión del viaje y la primigenia libertad humana y así sucesivamente.

Empezó a poner el *pack* de cervezas de nuevo en el maletero después de sacar la suya, pero Hayduke le dijo que no lo hiciera. Doc lo sacó fuera. Antes de cerrar la tapa, Doc le dio un rápido vistazo a los contenidos del maletero: todas aquellas cadenas, un neumático de repuesto, la gran araña, una docena de jarras de leche de un galón llenas de agua (o de algo parecido al agua), una lata de fuel de cinco galones, unos cuantos guantes tanto nuevos como viejos, una palanca, una caja de herramientas, unas cizallas, un pequeño embudo de plástico, un par de zapatillas viejas, un par de botas de vaquero con las suelas gastadas, overoles grasientos, un casco azul, un termo de café lleno de arena, una lata de *spray* lubricante (WD-40), y un equipo incompleto de oxidados palos de golf en su bolsa para camuflar todo lo demás. Y por supuesto una caja de latas de cerdo y judías en una caja de dinamita.

Con el ceño fruncido, volvió adonde estaba, junto a la pared del garaje. Nuestro chico se ha vuelto descuidado, incluso imprudente. ¿Su vieja urgencia por autodestruirse? ¿O la exuberancia despreocupada del que gana batallas triviales en una guerra perdida?

—No olvides la regla Número Dos —dijo Doc abriendo su cerveza.

—No hacerle daño a nadie. —Hayduke ya había abierto otra lata—. Matar sólo en defensa propia.

—No, no, no, esa es la Regla Número Uno. La Regla Número dos es «Que no te cojan», ¿recuerdas?

—Ya sé, ya sé, tengo que limpiar ese maletero un día de estos. —Engulló su cerveza—. Doc...

—Y George, deberías dejar de beber tanto alcohol. Puedes criar piedras en el riñón, tener problemas de hígado, pancreatitis, varices. Recuerda el código del ecoguerrero: mantente en forma. El ecoguerrero es fuerte, flaco, duro, resistente. El ecoguerrero puede recorrer veinte millas cada noche sobre cualquier terreno, con cualquier clima, con un saco de cincuenta libras en la espalda. Puede que sesenta libras. Y lo hace noche tras noche, a través de los arbustos y de las ciénagas, de los cactus y de las serpientes de cascabel, de las montañas y de los bosques. El ecoguerrero no se encadena a beber cervezas o a fumar puros. El ecoguerrero se cuida, resiste a las heridas y al agotamiento, nunca enferma o si se enferma sigue adelante a pesar de la enfermedad. El ecoguerrero es duro, el ecoguerrero es valiente, corre los riesgos que corre un soldado en primera línea de batalla, los peligros de un comando que se interna tras la línea enemiga. El ecoguerrero es un soldado de guerrilla en una guerra contra un enemigo equipado con la más alta tecnología, pagada con fondos públicos, con privilegios legales, con la protección de los medios, con un número superior de efectivos, policía y policía secreta, policía de comunicaciones y policía del pensamiento. Contra todos ellos lucha y sin embargo el ecoguerrero no puede llevar armas, se lo prohíbe su propio Código de Honor.

—¿Qué? ¿Ni siquiera un arma? ¿Un cuchillo por lo menos? ¿Qué me dices de un cortauñas? ¿Y un pato vivo, Doc, para que le picotee en la cabeza a alguien? ¿Y qué me dices de una pala de nieve para patearle el culo en la calle? ¿No? ¿Nada?

—¡El ecoguerrero no lucha contra personas, lucha contra instituciones, el Imperio planetario del Progreso y el Desarrollo. Lucha no contra seres humanos sino contra una mega-máquina-monstruosa que no había sido vista nunca desde el Jurásico y la era de los dinosaurios carnívoros. No lucha contra humanos sino contra la tecnología, una entidad que lo devora todo y se alimenta de humanos, de todos los animales, de todas las criaturas vivas y finalmente de los minerales, los metales, las piedras, el petróleo, el planeta mismo, el lecho base del ser universal!

(Silencio. Un aplauso silencioso, una ovación sentada).

—Gran discurso, Doc, gran discurso. Me has quitado las palabras de la boca. Ahora vamos con un problema personal...

Doc buscó en sus bolsillos, sacó un pequeño fajo.

—Te puedo prestar veinte.

—Necesito unos diez mil. Pero cogeré esos veinte a cuenta. A cuenta de que pueda usarlos. Estoy cansado de judías y cecina. Pero Doc, lo que de verdad quiero pedirte... —Hayduke hizo una pausa, se paró, esperó. Doc esperó, mirando a Hayduke:

—George... quizá Seldom pueda ayudarte. Yo no puedo. Soy un hombre casado ahora, George, tengo una esposa, un hijo pequeño, otro hijo en el horno. Lo que me recuerda la Regla Número Cuatro: «Nada de responsabilidades domésticas». Eso me deja fuera. El ecoguerrero no se casa, y si se casa no tiene descendencia. Mejor no se casa. Ella ni se casa ni tiene hijos. El ecoguerrero, como un sacerdote o sacerdotisa,

como un samurái, como un revolucionario devoto, olvida los placeres de la vida corriente, olvida la vida corriente, todo por su gran causa. Por un tiempo, naturalmente. Cuando llega a los cuarenta, o ella alcanza los treinta, si todavía están vivos y no están en la cárcel, entonces se retiran de la guerra contra GOLIATH y se reúnen con la corriente principal, natural y evolucionada de la vida orgánica. La ecoguerra es sólo para los jóvenes: eso también me deja fuera. Quizá pueda prestarte dos de veinte, George, me siento generoso hoy.

—Los cogeré. —Los cogió. Sonriendo aún, no con su mueca de siempre sino con una triste y casi atractiva sonrisa, Hayduke dijo—: Qué cojones, Doc, perdóname por molestarte. Quizás pueda hacerlo yo solo. No querría volver a meter a mis chicos en problemas otra vez, ¿no es verdad? Joder, no. Pero ya sabes dónde encontrarme si cambias de opinión.

Doc sintió un brote de simpatía por su joven amigo pero lo tapó enseguida. Una sola cerveza y la razón ya amenazaba con ceder ante el corazón, a esas razones acerca de las que la razón no sabe mucho.

—¿Dónde está tu compañero, el Llanero Solitario?

Hayduke abrió otra cerveza, contempló el jirón de CO₂ que flotó desde el agujero. Sonrió.

—¿Ese viejo cabrón? Doc, es más viejo que tú. Y está más loco. Senil, puede ser, se habla a sí mismo de un caballo llamado *Whisky*, se ha enamorado de alguien llamado Oral u Opal, lleva visceras de pollo en los bolsillos de los pantalones, se disparó en un pie practicando su descenso rápido, no me sería de mucha ayuda. Es bueno con los caballos, pero no necesito ningún caballo para mi proyecto especial, lo que necesito es un puto ultraligero que vuele. ¿Dónde lo voy a conseguir, Doc?

—Así que se trata de la presa esta vez.

—¿La presa? ¿Qué presa? ¿Aquella presa? Ya salvamos aquella puta presa puede que hasta el año que viene. Le escribí una carta a Omar Gaddafi que nunca me contestó. No, el proyecto especial es algo nuevo, ¿quieres escuchar de qué va?

—No.

—Te lo contaré todo.

—No quiero escuchar nada.

Titubearon, se callaron, cada cual esperando que el otro dijera algo inteligente, útil, sentimental, nostálgico. Doc también se acordaba a menudo de aquellos días y cuando lo hacía se estremecía. Nunca más. Lo que quería ahora, en este momento, era librarse de la atracción que gravitaba sobre él de comprometerse con George Hayduke y de su siempre peligrosa compañía. Decirle adiós a su viejo y por siempre joven amigo y, esperanzadoramente —¿esperanzadoramente?, ¿de manera esperanzadora?, ¿qué le está pasando a mi dicción?—, decirle adiós, confiando en no volver a verlo nunca. Cuarenta dólares podía ser un precio pequeño que merecía la pena pagar por una fortuna tan grande.

—Y ahora, George...

—Estás excusado, Doc.

—... si me excusas, de verdad tengo que pedalear, pedalear hasta casa. No me gusta llegar tarde a la cena, ya sabes, Bonnie se molestaría. —«Oh, demonio insolente», pensó.

—Bate sus grandes párpados mirándote y se te rompe el corazón, ¿eh, Doc?

—Adiós, George. —Ofreció su mano. Se las estrecharon al fraternal estilo ecoguerrero, cada uno agarrando la muñeca del otro, como alpinistas que ascendieran una de las descascarilladas peñas de los descascarillados dolomitas. Doc miró el cielo:

—Va a llover de nuevo, mejor echa la capota.

—Es automático. No funciona.

—¿Y qué haces cuando llueve?

—Conduzco rápido.

—¿Y cuando llueve fuerte?

—Conduzco más rápido.

Hayduke mostró de nuevo su ancha y sardónica mueca sonriente, encendió el motor V-8, movió la palanca de marcha y pisó a fondo. Callejón abajo rugieron ambos, motor y hombre, centauro de carne y acero. Los cubos de la basura danzaban a su paso, rodaron por el pasillo, giraban como trompos. Cuando giró en la esquina, Hayduke se llevó una mano a la gorra saludando al doctor, luciendo su sonrisa de despedida, y luego desapareció colina abajo en la luz crepuscular de la gran Salt Lake City, el Wasatch Front, el reino de Zion, el territorio de Deseret.

Doc le devolvió el saludo, levantó la bicicleta, enderezó la rueda de delante, montó pesadamente en el asiento y pedaleó en dirección opuesta, colina arriba, hacia la esposa, el niño, el hogar, la seguridad, el confort y la virtud.

15. Seldom Seen sobre el terreno

Seldom Seen Smith agitó las brasas del fuego con un palo verde de sauce, añadió otra taza de agua a la cafetera que estaba en el suelo y la colocó sobre las brasas encendidas. Una más de *bourbon* y café y se retiraría a pasar la noche. Miró las oscuras formas de las pequeñas tiendas de campaña Springbar, cinco de ellas, diseminadas entre los enebros de la roca. Sus clientes estaban todos dormidos, pensó, todos salvo uno, esa maravillosa azafata como se llamara — perdóneme *madame*, asistente de vuelo— que lo estaba esperando. Una vela estaba encendida en su tienda, su suave resplandor iluminaba las translúcidas paredes de lino revelando la hermosa silueta de una mujer que se cepillaba el pelo. Al contemplar esa clásica forma femenina dibujada contra la luz, pensó: ¿cómo voy a cansarme de esta forma de vida?, ¿cómo voy a renunciar a esas mujeres con ropa interior de encaje?, ¿cómo voy a resistirme a esas muchachas bonitas con ese trasero moviéndose como si bailaran con un *hulahoop*?, ¿de cabalgar un caballo a pelo?, ¿de lanzarme a bucear desde un alto trampolín?, ¿de tocar sus pies cuando llevan esos biquinis negros de fibra?, ¿de meterme en un vagón de heno con minifalda?, ¿de verlas hacer volteretas con sus faldas de *cheerleader*? ¿Qué demonios pasa conmigo?

¿Qué demonios te pasa Seldom?

Supongo que soy un maldito pervertido, siempre lo fui y siempre lo seré y no hay nada que yo pueda hacer salvo atarme una goma gruesa en las bolas hasta conseguir que se vuelvan negras, se sequen y perezcan como una naranja china que se cae del naranjo y si eso tampoco funciona meter la polla en una picadora de carne e ir reduciéndola gradualmente hasta que se quede en nueve o diez pulgadas quizá eso funcione pero incluso entonces, maldita sea, yo estaría recordando y recordando los buenos tiempos, lo que disfrutábamos yo y el esbelto Jim aquí presente. ¡Qué polvos...!

Esa muchacha del pelo largo con sus pantalones Levi's cortos allí con la gente del *¡Earth Fist*^[26]! o como quiera que se llamen, maldita sea, esa forma en la que caminaba, esos cuartos traseros que se tensaban y se endurecían, apuesto lo que sea a que podría partir nueces con ellos o sacarle el corcho a una botella. ¿Qué demonios te pasa Seldom? ¿Te has amariconado?

Bueno, supongo que sí. Me gustan las mujeres. Las mujeres y los caballos y las barquitas de madera. Llenas de chicas.

Se acordó de una vieja balada de frontera, una canción anónima de los días de Joseph Smith y Brigham Young:

Me gusta ir a bañarme
con mujeres desnudas

y bucear entre sus piernas.

Sí. Amariconado. Te has amariconado, Smith. Pero me libraré un día de estos. Cuando esté muerto me libraré. Esa es la mejor época para librarse de cualquier cosa.

Miró de nuevo hacia la mujer de la tienda, cepillándose el pelo, torneada, anhelante, esperándole mientras la vela se consumía. Se llamaba Julie, no, Cindy, ¿o quizá era Candy? —daño cerebral, Smith— y ya había hecho algunas excursiones con Smith antes. Bajaron el río Colorado, hacia la Caja Negra de San Rafael, a través del Muley Twist en el Waterpocket Fold —todos ellos eran lugares jugosos, calientes, naturales, maravillosos escenarios (sin aditivos añadidos) que le encantaban.

Amariconado, Smith, amariconado, te has amariconado como un sapo cornudo. A la mierda con otra taza de café, me voy a dormir. ¡Ahora mismo!

La cafetera estaba hirviendo. La apartó de las rojas brasas, se mojó los dedos chamuscados y se levantó. El cuerpo le crujió al hacerlo. Ya no le resultaba tan fácil ponerse en cuclillas como al Smith de los viejos días. Las articulaciones de las rodillas padecían ahora algo de rigidez. Los huesos de la cadera estaban conectados. Las articulaciones medias quizá no estuvieran tan rígidas como debieran. Pero eso a ella no iba a importarle. Esas azafatas sabían bien cómo arreglárselas.

Cojeó hasta su tienda, con las piernas arqueadas, los pies doloridos y la polla marcada. El viejo Seldom necesitaba ejercicio. Nunca caminaba cuando podía cabalgar. Hasta tenía un caballo atado a un poste en el porche de delante para ir hasta el granero que estaba a solo noventa yardas. Hasta se había inventado y fabricado a mano una azada extra larga para poder recoger los melones desde la silla del caballo, único hombre en Dipstick, Sawdust, Snakeweed, Greasepit o los condados de Landfill (Utah) que pensaba que ese dispositivo ahorrraba trabajo.

Smith oyó una débil perturbación entre los caballos. Estaban todos atados en el mismo matorral de tamarisco, junto a la corriente. Si pudiera evitar que esos animales comieran tamariscos sería el hombre más rico de la región de las Cuatro Esquinas. Se detuvo, miró, escuchó.

Los caballos pisotearon el suelo, moviéndose nerviosos. ¿Un puma? ¿Una serpiente de cascabel? La pistola de Smith estaba en la montura, junto con la silla, la manta y una lona con estacas. La única arma que llevaba en el cinturón era una navaja barata en su pequeña funda. Miró una vez más a su dulce dama en su tienda de campaña —dame dos minutos sólo, cariño— sacó la linterna del bolsillo y se adentró en la oscuridad que rodeaba al campamento.

Con el fulgor de la luz los grandes ojos de los caballos resplandecieron. Knothead, Gonger, Nelson Eddy, Miss Peach, Hook el gran alazán, Fred el gigante Appaloosa, Billy Buckskin, Dirty Gertie, el saltavallas, Shithead Dudley, el comemierda —caballos de monta, caballos de carga, todos presentes al pasar fila. Ni rastro de serpientes o pumas.

—Tranquilos, camaradas, no pasa ná, chicos y chicas, hay que calmarse, ¿a que

sí? Papá ya está aquí y no hay ná que temer. ¿Has olido a un gato, Fred?

El gran caballo castrado con la noble cabeza romana levantada, observaba la oscuridad, los aterciopelados orificios nasales abiertos como sobreexcitadas partes pudendas. Smith le colocó una mano en el lomo y lo acarició: el caballo estaba temblando:

—Relájate, muchacho, calma, maldita sea...

También él estaba nervioso, miró hacia el campamento, vio el resplandor en el pequeño *boudoir* de lona de Cindy, sí, eso era, ¡Cindy! Todavía ardía la vela, pero ¿cuánto le quedaría? No podía tener esperando a una muchacha toda la noche, ni siquiera a él le esperaría, a Seldom Seem Supermañoso Smith, el mormón más fácil de montar hasta el lento ¡Wham!, el que mejor retrasaba al máximo el ¡Bam! Bueno, él lo haría si fuera ella pero resulta que no era ella sino él. Trata de cazar esa bola.

Los caballos se calmaron. Smith le dio un pellizquito final en la nariz, una caricia entre los ojos o una palmadita en el cuello, y se volvió.

Una mano se plantó en su hombro agarrándolo fuerte.

—¿Qué pasó, compañero? —dijo una voz de bajo profundo, *sotto voce*.

Smith se revolvió muerto de miedo:

—Awwwwwwfffff.

Apoyado en un árbol encendió la linterna y barrió la lengua de luz de un lado a otro buscando en el horror innominado de la noche. Vio un par de ojos rojos parpadeando frente a él, y bajo esos ojos una excesiva brillante incorpórea mueca sonriente. Sólo eso, los ojos, los dientes, flotando en la oscuridad, sugiriendo rasgos invisibles: la ancha cara oscura, las espaldas inmensas, el pecho profundo y peludo,

—¿George?...

—Mierda, Seldom.

—¿Eres tú, George?

—Por el amor de Dios, Seldom, o estás ciego o eres estúpido o estás borracho o algo. ¿O qué?

—Dijeron que estabas muerto otra vez.

—¿Quién ha dicho eso? El que lo haya dicho es un puto mentiroso de mierda y voy a partirle el puto cráneo. ¿Quién?

—Ellos lo dijeron. Todo el mundo lo decía. Yo no.

—¿Quién? Le voy a desencajar la mandíbula, le voy a romper los brazos. ¿Quién lo dijo?

—Yo no, George, mierda, te juro que sabía seguro que estarías en alguna parte, que volverías alguna vez, ¿estás seguro de que no estás muerto, George?

Hayduke apartó la vista.

—Quítame esa luz de los ojos.

Smith bajó la linterna, apagó la luz. Hayduke miró hacia el campamento, hacia la tienda iluminada, la preciosa silueta que había dentro.

—¿Tienes compañía de nuevo, eh? Dios, Smith, eres un hijo-de-puta

calenturiento. ¿No tienes nunca suficiente? Tienes tres esposas, tienes además todos esos caballos, sí, Smith, no me mientas, sé que te follas a esos putos caballos, no he conocido nunca a un vaquero al que no le gustase metérsela a su ganado.

Todavía sorprendido, Smith ensayó un chiste:

—Eso hace a los vaqueros mejores amantes, George.

Hayduke forzó una agria sonrisa.

—Claro, pregúntaselo a una vaca. Mira, Seldom, no tengo mucho tiempo, sé que esa muchacha te está esperando, así que seré breve.

—No —dijo Smith.

—¿No, qué?

—No puedo hacerlo.

—¿No puedes hacer qué?

—No puedo hacer nada que tengas planeado, George.

—Sí que puedes. Necesito ayuda. Es sólo una noche, luego quedas libre.

Los ojos de Hayduke, acostumbrados a la oscuridad, inspeccionaban las demás tiendas, silenciosas, sin luz.

—¿Están todos dormidos? ¿A quién llevas esta vez? ¿A algunos ruidosos misioneros de vuelta, quizá?

Smith miró hacia donde estaba mirando Hayduke, a las cinco pequeñas tiendas de campaña diseminadas bajo la luz de las estrellas y sobre el lecho de roca arenisca.

—Sí, están dormidos, salvo una. —Y sonrió—. No son misioneros, excepto Oral, es mi agente de la condicional, siempre está merodeándome, vigilando que no me meta en líos, lo cual me viene muy bien. Le gusta jugar al *poker* y no puede ganar sin perder. Le gané seis dólares esta noche.

—Sí, apuesto a que sí. Es un informador del FBI o de la CIA o algo así y tú lo sabes.

—Sí, lo sé, pero él no sabe que lo sé.

—No estés tan seguro de eso. —Hayduke paseó la vista en varias direcciones, los ojos penetrando en la oscuridad—. ¿Estas seguro de que está en su tienda?

—Lo vi entrar en ella y no lo he visto salir.

Hayduke se detuvo, aguzó el oído. Bajó la voz y en un áspero murmullo dijo:

—Seldom, necesito que me eches una mano con lo que ya sabes. Se está acercando cada vez más al Paraíso Perdido. Si tú y yo lo detenemos...

Smith puso una mano en el potente brazo del otro.

—George, ¿crees que no me siento mal por eso? Me quedo despierto por las noches pensando en ese putito monstruo. Tengo pesadillas con él. Me parece que esa cosa viene a por mí personalmente. Y después a por todo el mundo. Pero, maldita sea, George, nos han batido, no hay nada que podamos hacer ya, hicimos todo lo que pudimos y nos vencieron. Son los propietarios del Gobierno, George, lo sabes. Son los propietarios de los políticos, de los jueces, de los medios, del ejército, de la Policía. Son los propietarios de todas las putas cosas de las que necesitan apropiarse.

—No se han apropiado de mí. Ni se han apropiado de ti.

—No necesitan apropiarse de nosotros.

Una pausa. Hayduke escupió en el suelo. Levantó la cabeza y miró la cara de Seldom como si fuera incapaz de entender o creer o incluso escuchar las palabras de su viejo compañero. Todo lo que Seldom podía ver de Hayduke eran aquellos dos diminutos puntos rojos, como luces encendidas en una gigantesca y misteriosa máquina nocturna. Como dos brasas resplandecientes de un fuego ya muerto. Como... como las distantes y diminutas luces traseras de un expreso que salió y ya no volverá. Una fría bocanada de realidad habían extinguido la esperanza de aquellos puntos encendidos.

¿Por qué yo?, se quejó Smith, ¿por qué tengo que decirle esto al pobre George? ¿Dónde está Bonnie? Ella podría ponérselo más fácil y, maldita sea, hacérselo más placentero. ¿Dónde está Doc? Él podría explicárselo mejor. Doc puede explicarle cualquier cosa a cualquiera, él es el puto y maldito filósofo del estado de Utah, ¿no es verdad? Ese Doc podría explicarle al mismísimo Dios exactamente dónde se equivocó y conseguiría que el mismísimo Dios se sintiera bien.

¿Por qué yo?

—Además —murmuró—, tengo responsabilidades, George. Ya sabes a lo que me refiero. No me refiero solamente a que tenga tres mujeres a las que tener contentas y a todos esos chiquillos y todos esos malditos caballos que no valen nada y los melones y las sandías y este negocio de guía sin beneficios, para decir la verdad, George... —Smith tragó saliva, los ojos se le humedecieron, contempló la película de pena y autopena que se extendía entre él y George Washington Hayduke—. Para decirte la verdad...

—No tienes por qué hacerlo.

—¿No tengo por qué hacerlo?

—Quiero decir que no tienes por qué decirme la recontraputa verdad. Ya sé a lo que te refieres, por los clavos de Cristo, no tienes que delectarme.

—Tal vez no lo necesites. La verdad, George, es que no quiero meterme en líos. Pero la pura verdad es que me aterroriza la gente de las nucleares. Son algo diferente. No son como el reverendo Love y su patético Equipo de Búsqueda y Rescate. No son como él ni como nosotros. Ni siquiera son humanos. Ni siquiera es gente. Ni siquiera están vivos. Ellos —quiero decir *Eso*—, eso viene de otro mundo, George. Puede que de Saturno. Puede que de Plutón. ¿Entiendes lo que estoy tratando de decirte, George? Me aterrorizan. Eso me aterroriza.

Hayduke permaneció en silencio, mirando con algo que podía ser incredulidad la sobria, solemne, seria, incorregiblemente bucólica e irremediabilmente honrada cara —acogedora como la de un sabueso— de Seldom, su viejo camarada Seldom Seen Smith. Su nombre adquiría, en ese preciso instante, todo un nuevo mundo de significados.

Dado que Hayduke no respondía nada, Smith siguió con su elucubración.

—El modo en que lo veo George es que si no peleamos más contra Eso entonces puede que Eso no nos cause daño. Puede que Eso ni siquiera se entere de que existimos si bajamos la cabeza, ¿sabes lo que te quiero decir? Salir fuera de su vista, quedarnos quietos de verdad, ¿sabes a lo que me estoy refiriendo, George?

Hayduke le dirigió una sonrisa torcida.

—No puedo creerlo —murmuró—, no puedo creer lo que mis putos oídos están oyendo.

—Del modo en que me lo figuro, George, Eso nos dejará en paz si lo dejamos en paz. ¿No ves que es lo más probable que así sea? Bueno, en cualquier caso, podría prestarte veinte. ¿Ayudaría algo?

Hayduke volvió los ojos de nuevo, miró a izquierda y derecha, arriba y abajo. Puede que el Gobierno tuviera sus sensores por allí, incluso en el desierto, y puede que Smith lo supiera. Mirando a otra parte, le tendió su mano derecha.

Smith buceaba en sus bolsillos, sacaba cerillas, un anillo de cuero, una centavo verdoso, tres balas del 44, un arrugado paquete de M&M. Hasta los buenos mormones son golosos.

—Bueno, mierda, supongo que no los llevo encima, George. Dejé mi cartera en la camioneta. Al comienzo de la excursión.

Encuétrame dentro de cuatro días desde hoy, por entonces volveremos a este punto.

—Puede ser. No es que sea jodidamente probable.

—Lo siento, no puedo ayudarte de otra forma, George. Pero ya sabes cómo va. —Seldom sacó su mano para el apretón de despedida. Hayduke la agarró y la apretó sin su acostumbrada fuerza, sin calidez, y sin alcanzar su muñeca como era de rigor entre las almas hermanas de la montaña que se prestan ayuda y comparten el destino, tanto para bien como para mal, tanto en la vida como en la muerte.

—Lo siento, George...

Hayduke no dejó de mover sus ojos vigilando, aparentemente incapaz —o sin voluntad— de mirar a su viejo amigo a la cara. Mirando la densa oscuridad, más allá del tamarisco y la corriente, los caballos y las paredes del cañón, escupió sobre los matojos pisoteados que había a sus pies, y apenas dijo, por mera costumbre:

—Bueno, ya sabes dónde encontrarme. Supongo que mejor me voy, qué cojones.

—¿Todavía te escondes por ahí, George?

—A veces. ¿Por qué no? Es un campamento cojonudo, nadie se lo ha cargado todavía, hasta luego Smith.

Y se fue, silenciosa, abruptamente, como un fantasma. Hayduke se borró. Smith aguzó el oído pero no pudo escuchar sonido alguno de botas alejándose, ni un silbido en la hierba, ni crujidos en las piedras, ni el rechinar de la grava en la pendiente del talud. Sabía que Hayduke debía tener un caballo en la oscuridad, a una media milla de distancia, atado a un enebro y esperando, o puede que no fuera así; el viejo George no era de los que calculan la distancia que tienen que recorrer para llegar al próximo

punto. Diez millas una noche, veinte, incluso treinta, eso no era más que rutina para el viejo George. Suspiró aliviado, una leve culpa le golpeaba, pero se sentía feliz de haberse librado de Hayduke tan fácilmente. Smith encendió de nuevo su linterna y volvió hacia las tiendas. Suspiró de nuevo, y otra vez con alivio, al comprobar que la vela seguía encendida en la tienda de Cindy.

Pero a medio camino vio la forma de su silueta medio levantándose dentro de la tienda, un delgado brazo extendiéndose hacia delante... y la vela se apagó. Se detuvo consternado, una repentina punzada de amor no correspondido le atravesó el corazón y le bajó hasta la ingle y volvió de nuevo a hacer ese camino varias veces, el efecto se parecía al de los impulsos electrónicos intermitentes que unen dos puntos en la pantalla de un videojuego. Pacman, quizás.

Después de un instante de estupor Smith recobró su valor, su ánimo: se llegaría a la tienda de la mujer, apagada la luz de su linterna, se agacharía a descorrer la cremallera de la entrada. Oscuridad interior. La entrada estaba sólo medio cerrada.

—Cariño —murmuró—, soy yo. —A gatas, esperó en la entrada a que ella formulara su dulce invitación. Podía oír su pesada respiración pero ninguna palabra—. Cariño, soy yo, tu Seldom, he venido con mi hambriento gusanito a hacerte cosquillitas.

Otra pausa.

—Es muy tarde, Smith. Demasiado tarde para tan poca cosa.

Frías palabras que golpearon en el centro de su virilidad. Se exprimió el cerebro en busca de una respuesta adecuada, pero lo mejor que se le ocurrió fue un:

—Recuerda que lo pequeño es hermoso, niña bonita.

—No me llames niña.

—Lo siento, tartita de miel.

—No soy una tarta.

«Por las vacas sagradas», pensó Smith, «no puedo decir una frase con la que acierte. Esta mocosa está loca».

—Bueno, maldita sea, querida, te juro que siento mucho haberte hecho esperar. Había alguien molestando a los caballos y tuve que ir a ver.

—Me has tenido esperando media hora, Seldom. —Por fin aflojaba un poco, había ahora un poco de simpatía en su tono—. ¿Qué eran? ¿Serpientes?

A ella le aterrorizaban —y le fascinaban— las serpientes. Cualquier serpiente, todas las serpientes —las grandes, las pequeñas, las delgadas, las gordas, las rosas, las marrones, las negras, con cascabel o sin él, las que eran rugosas como el salami seco, o las que eran nudosas como una lechuga y las pulidas como cacharros de barro.

Inspiración: se encendió una bombilla en la cabeza de Seldom —una de cuarenta vatios.

—Oh, cariño había tantas serpientes por todo el suelo que era la cosa más siniestra que hayas visto en tu vida, no se podía encontrar un sitio donde poner el pie que no estuviera llena de ellas.

El truco funcionó.

—Oh, Seldom... —Ella se asomó al fin por la abertura de la tienda, buscando la mano de él:

—Quizá estarías mejor aquí dentro y cerramos la cremallera de esta puerta.

Él cogió su mano:

—Cindy —dijo feliz—, me parece que has tenido una buena idea.

Se quitó su gran sombrero y bajó la cabeza preparándose para gatear dentro de la tienda. Pero la mano de la mujer soltó la suya y la puerta, con un silbido urgente de cremallera, se cerró en su cara.

—¿Cindy...? Cindy —lloriqueó él—. ¡Cindy...!

—Me llamo Debbie —dijo la cortante voz de la mujer—. Como debieras...

—Debbie...

—... como debieras saber muy bien. Váyase a buscar a Cindy ahora, señor Smith. Preferiría dormirme con un ejército de gordas serpientes grandes y negras y venenosas que con una vieja serpentina babosa como la culebra que tienes tú. Buenas noches.

Esperó otro minuto confiando en que apareciese un poco de piedad. No justicia, sino piedad. Pero esta vez la mujer no se ablandó.

Apaleado como un perro, Smith siguió a gatas hacia el montón de sillas de montar que se guardaban bajo una lámina de plástico raído. No había traído tienda para sí mismo. Pensó que no la necesitaría. Rara vez la necesitaba.

Miró al cielo. No había una estrella a la vista. Una masa de negras nubes se encaminaba hacia el sudoeste, de vez en cuando se iluminaban con un relámpago interior. Como se esperaba, como él predijo, llovería esa noche con toda seguridad. Tan seguro como que Dios hizo los pequeños zurullos azules que le esperaban en la larga, fría, húmeda noche bastarda. A él, no a Dios.

¿Y qué pasa con George?

Lástima lo de George.

16. Erika en los bosques

o		o
	VENTA DE MADERA	
	nw 1/4 SECT 12	
	T 39 S R 15 E	
	160 acres	
	Se aceptan pujas	
	KAIBAB NF	
	FLAGSTAFF AZ	
o		o

¿Tala indiscriminada?

—Oh, claro, siempre talan por esta época. Esa es toda la gracia de la operación. La madera por aquí no tiene mucho valor. Viejos pinos amarillos llenos de escarabajos, demasiados álamos, abetos, robles. Le costará más al Servicio Forestal construir una carretera aquí que lo que ganen con la madera. Pero eso también es normal, ese es el modo en que ellos operan.

—Querrás decir que nos costará.

—¿Pagas impuestos?

—No siempre. El año pasado gané 2.400 dólares. Me tienen que devolver, creo, espero.

—Pero tú dices que esto es cosa que ellos llaman déficit de tala, ¿no?

—Sí. Ese es el cuento. Pero como estaba diciendo, es sólo una parte del cuento. A los tíos del Servicio Forestal no les importa perder dinero en esas ventas de madera si no les afecta a los fondos de la agencia o a sus bolsillos particulares. El verdadero asunto está en sacarse de encima todo mezclado, los árboles viejos y las malas hierbas, como ellas las llaman, talarlo todo, cualquier árbol, cualquier arbusto, cualquier brizna de hierba, luego allanan el terreno, lo desgarran con maquinaria industrial y plantan un solo tipo de pino, ponderosa o abeto blanco, cualquier cosa que el mercado esté pidiendo, los plantan y cultivan en hileras rectas, todos de la misma especie, como una plantación de árboles, ese es el objetivo real que hay detrás de estas ventas de madera, me refiero a un cultivo científico de los árboles, lo que el Servicio Forestal llama «administración de recursos». Administran la tierra para servir a los intereses de las sociedades industriales y ya puede ir jodiéndose el ciervo, el alce y el oso negro o la ardilla roja o la gente a la que le guste meterse en el bosque a cazar o a hacer el amor o a cazar algo de amor o perderse o incluso esconderse del Gobierno, ese es el propósito real. Tener los bosques bien ordenaditos para que sea más fácil talarlos. Como un campo de maíz, eso es lo que quieren. Como una granja. Somos los administradores de la tierra, dicen, como si hubieran sido designados por

Dios para gestionar la tierra (cada pulgada de ella) de cualquier manera que les parezca mejor (de lo que nosotros la gestionaríamos). Esa es nuestra misión sagrada, ser mejores administradores y hacer de esa vieja apestosa maloliente cruda y malhumorada Madre Naturaleza lo que ella es, es decir, un zoo. O un museo. Bajo vidrios y detrás de hermosos y limpios senderos naturales pavimentados.

—Una vez miré esa palabra en un diccionario: *steward* (administrador). ¿Sabes lo que significa de verdad?

—¿Rod Steward? ¿Es rock, no? ¿Estrella del rock?

—No, no él, hermoso, pero no es ese. *Steward* viene de *sty* (pocilga) y *warden* (guardián). Míralo. Viene del anglosajón *stigeward*, o sea el vigilante de las pocilgas. Y eso es lo que son nuestros administradores: gente que vigila a los cerdos.

—Tiene sentido.

Riéndose, cruzaron bajo los árboles sobre una delgada corteza de nieve, llevaban cortos esquís estrechos de paseo atados a sus botas. La muy madrugadora nieve del verano, resplandeciendo como cristal al sol, azul como el pálido flox en las sombras, tenía un pie de profundidad. Pero ellos estaban esquiando en la orilla norte del Gran Cañón, entre los prados y los claros del Bosque Nacional de Kaibab, a ocho mil pies de altitud sobre el nivel del mar. El aire era claro como cristal, el cielo estaba limpio de nubes, el sol era feroz y puro, la quietud no la quebraba ningún ruido que no fueran sus propias voces, el silbido de los esquís, el crujido de esos postes de metal pivotando en la seca nieve. Y sí, claro, el sonido —aquí y allá, de vez en cuando— del acero golpeando acero.

Tres hombres jóvenes y una mujer joven. Los cuatro felices, vigorosos, jóvenes, sanos animales con almas, con mentes, vivas y alegres con su tarea, exuberantes con sus propósitos, exhalando nubosas sílabas de vapor y riendo mientras se desplazaban, ahora uno, luego otro, de árbol a árbol. No iban vestidos como suelen ir los esquiadores, con esos firmes trajes de nailon de naranja chillón o resplandeciente azul o amarillo cegador o rojo de perrito caliente, sino con pantalones holgados y anchas casacas de camuflaje comprados en Goodwill, las rebajas de Bob, Woolco, Kmart y Yellow Front. Cada uno de ellos cargaba en su espalda con una gran mochila verde oliva; dos de ellos —la chica del pelo largo y el musculoso Apolo de cuerpo esculpido— llevaban colgadas de un hombro sendas bolsas verdes con munición. El atleta, además, llevaba un martillo de bola de tres libras de peso, sujeto mediante un cordón a su muñeca. La joven un martillo de carpintero de peso normal.

Cada tres árboles de madera de buena calidad el hombre que arrastraba el trineo se paraba, sacaba un clavo de punta helicoidal del saco de municiones y lo metía en el tronco tan alto como podía alcanzar, dejando la protuberante cabeza asomando ligeramente. En cuanto se iba la muchacha le seguía, metiendo dos clavos de 60 centavos en el mismo árbol, un poco más bajo y también dejando que la cabeza asomara un poco. Tras ellos venía el joven con otro martillo y los alicates. Cortaba las cabezas de los clavos, martilleaba hasta introducirlos por completo en la corteza y

tapaba los brillantes puntos de metal calentado —donde era necesario— con un brochazo de tinta marrón de Permo-Marker.

El cuarto miembro de esta comitiva, mientras tanto, permanecía vigilando cincuenta yardas por delante de los otros tres, sus ojos y oídos alertas ante cualquier señal, cualquier sonido de otros humanos en el bosque. No vio nada reseñable: la nieve caía inmaculada, virginal y helada, sin ser hollada por máquinas, apartada por quitanieves, cicatrizada por esquís. Vio algunas huellas de pájaros y roedores, conejos y liebres, zorros y coyotes, pero ninguna señal que pudiera asignársele a hombre o mujer.

De vez en cuando, sin embargo, escuchaba la lejana insinuación del lloriqueo gimiente de una caravana de vehículos a unas cinco millas dirección este, perturbando la paz de la vieja carretera que llevaba de Hart Meadow a Point Sublime. No había peligro por ese lado: los androides con trajes espaciales y cascos disparatados, encerrados en sus infantiles máquinas alborotadoras, conducían ajenos a todo salvo la luz roja, los gases del escape y los surcos que hacía la máquina que llevaban delante. Y el líder, según sabía todo el que venía detrás, estaba siguiendo él mismo el rastro de un escape apestoso en la parte trasera de la columna de vehículos. El propósito de las motos de nieve no es llegar a parte alguna, llegarse a ver a alguien o entender cualquier cosa, sino sólo generar ruido, envenenar el aire, aplastar la vegetación, destruir la vida natural, gastar energía, promover la entropía y acelerar el despliegue de la segunda ley de termodinámica. Para ese propósito un interminable circuito de la mañana a la noche puede ser perfectamente satisfactorio para todos los participantes, que piden sólo que las señales de carretera se desplacen aquí y allá, en este punto y en aquel otro, para crear así la ilusión del progreso lineal del eje espacio-tiempo al estilo europeo.

Todo el mundo lo sabía.

La comitiva de los clavos, mientras tanto, seguía felizmente a través del bosque, trabajando firmemente pero sin agobios, no sudaban, disfrutaban de lo que hacían, vacunaban árboles para protegerlos de la futura masacre de la motosierra. Cuando el Servicio Forestal fuese informado y se alertasen a las empresas madereras interesadas, tal y como se haría, mediante comunicación anónima, acerca de las medidas preventivas que se habían tomado, lo más probable es que se cancelase la venta de madera y esta zona en particular del bosque se salvase. No hay nada que las corporaciones que talan bosques detesten más que un trozo de bosque defendido por la acción ciudadana directa: un solo clavo puede romper los dientes de una sierra circular de diez mil dólares, darle un giro al negocio, detener una tala y conseguir que sigan respirando esos árboles cuya existencia está al menos tan legitimada como la de cualquier otra criatura, incluyendo, aunque no se limite a ellas, la de los humanos.

Cuando el sol empezó a convertirse en una incandescente bola de música anaranjada bajando por el oeste, mirándolos a escondidas entre los negros troncos de los silenciosos pinos y las desiguales píceas y los peludos abetos Douglas, salieron

del bosque y se deslizaron en sus delgados esquís por una cascada congelada sin dejar rastro. Aparcaron las herramientas y montaron la acampada en una alameda para pasar la noche, en una tienda de cuatro oculta a la vista. Cocinaron su cena en un par de pequeñas hornillas Primus que apenas producían humo y que no emitían apenas luz. Cecina de venado.

Rebajándose, sin embargo, a una vieja necesidad humana, hicieron una modesta hoguera en un hoyo cavado en la dura nieve y amurallado con madera de árboles caídos. Sentados en círculo alrededor de las simbólicas, ceremoniales, gratas llamas, se quitaron los guantes y se calentaron las manos, comieron cecina de venado (uno de los del grupo era un veterano cazador furtivo) sobre lecho de arroz con especias y ajo, bebieron cacao caliente enriquecido con un toque de ron o té mágico (Earl Grey mezclado con Wild Turkey) y terminaron con el último pastel de frutas noruego de Erika a la luz parpadeante del flameante *brandy*.

Hablaron sobre las tareas del día:

—Pero si eyos no crean...

—Se lo creen. Saben muy bien que no pueden correr riesgos. Mandarán a una patrulla con detectores de metales y tardarán días e incluso semanas tratando de encontrar nuestros clavos, puede que encuentren algunos y traten de sacarlos con palancas. Pero no van a poder: los clavos no tienen cabeza. O puede que decidan que todo es una broma, y dejen que los madereros empiecen a cortar y transporten los troncos a la fábrica. El primer tronco que les joda una sierra les aclarará las cosas y entonces cancelarán la venta de madera.

—Supongamos que la sierra se parte en pedazos. Puede ser entonces, si como tú dices...

—¿Que alguien salga herido? ¿Qué le rebane a alguien la cabeza? Bueno, no podría, no si OSHA está en el curro, no si el aserradero cumple las leyes, no si los escudos protectores están donde tienen que estar, no si los operarios están donde tienen que estar, no si los detectores de metal funcionan, no si la compañía presta atención a nuestro aviso, no si el Circo Forestal de los Estados Unidos anula su deficitaria venta de madera y echa de los bosques a los taladores y a los mineros y a los gusanos rancheros de cuatro patas. Si hacen sólo una de todas esas cosas que deberían hacer y que se supone que hacen, entonces no hay cuidado: nadie saldrá herido.

Hubo una pausa.

—Pero ¿zi de todos maneras compañía anda a cortar árboles?

Quiero significar que entonces nosotros rompamos sus gran sierra pero árboles de todos maneras son talados, llevan ellos maderas con clavos pero aquí no queden ya cosa sino muñones. Entonces, explica por favor.

Se lo pensaron unos momentos. Los tres jóvenes se miraron, dudaban —¿quién vaya a responder?— mientras la joven con esos ojos asombrosos, el pelo negro trenzado, las mejillas del color de las rosas salvaje y los labios del color del vino de

cereza, sonreía a uno y a otro y al otro y a todos juntos a la vez. Todos estaban locos de amor por ella: ella también estaba loca de amor pero el objeto de su amor, por el que había cruzado el furioso Atlántico en pleno invierno y había hecho la distancia de un continente entero metida en un autobús Greyhound para alcanzar Salt Lake City desde Nueva York, no estaba allí. Era ese Hatch llamado Oral.

El muchacho dorado encogió sus espléndidos hombros, envueltos ahora con una parka de ganso. Pete, el flautista, le daba vueltas entre las manos a su pequeño instrumento, mirando las copas encendidas de los álamos y sin articular palabra. El tercer hombre allí presente, el más joven de todos y el que había llevado el peso de la conversación durante el día, se puso a la tarea. Era un joven de mejillas desinfladas, grandes huesos y piel de cuero, con los ojos grises de un cazador. Miraba, no como de verdad miran los indios sino como se supone que los indios miran, fija y largamente. Sonreía pocas veces pero cuando lo hacía se le humanizaba notablemente la cara. Su nombre era Nielsen. Carl Nielsen. Como la mayoría de los Nielsen que hay en el mundo, era mormón pero no muy buen mormón. Le disparaba a cosas y se las comía. (Vacas, corderos, perros pastores, cualquier cosa que cautivase su fantasía). Llevaba puesta una camisa de gamuza con flecos. No asistía nunca las noches de los miércoles a las reuniones de la sala sexta de la Sociedad de la Mutua Mejora en su localidad de Short Crick. Era conocido (por sus pocos amigos) por verter hormigón líquido en los carburadores de camiones, niveladoras y tractores orugas. Como el flautista de la barba de chivo y el musculoso levantador de pesas ganaba lo suficiente para vivir gracias a los turistas a los que llevaba por las profundidades y las alturas del Gran Cañón del Colorado. Como la mayoría de ese tipo de machos, despreciaba el Desarrollo y el Progreso.

—Erika —dijo—, es la teoría de la disuasión. Ya sabes, hay que conseguir que esos bastardos saquen sus máquinas taladoras de nuestros bosques públicos. Así que para que funcione, la disuasión debe ser creíble. Dios santo, parezco Henry Kissinger. Para ser creíbles, tenemos que hacer lo de los clavos y quizá destrozarnos alguna sierra —es el sacrificio de unos cuantos árboles para salvar muchos otros—. ¿Tiene eso sentido para ti?

Lo miró a él primero y luego al fuego, sus deliciosos labios moviéndose, repitiendo las palabras del muchacho en su sueco nativo.

—Ja —dijo—, ja... pero esss trisste. Esss mucho triste.

—Dinero —dijo Nielsen—, de eso es de lo que se trata. Si podemos parar sus beneficios en los bosques nacionales las corporaciones madereras se irán a cultivar árboles a propiedades privadas. El dinero es el nombre de este juego, la única cosa que les importa. Esos licenciados de Harvard y Yale, Princeton y la Universidad de Tokio son muy emocionales en lo que se refiere al dinero. Así que es ahí donde tenemos que golpearles... en el corazón.

Una lágrima resbaló del ojo de la muchacha.

—Vamos, no llores por esos cerdos. ¿Crees que ellos lloran por ti? ¿Crees que

ellos lloran por matar tanto árbol vivo? ¿O por la masacre de todo el puto bosque de árboles vivos?

—Estaba pensssando en otro cossa...

Los chicos se miraron una vez más unos a los otros, con las cejas levantadas. El Apolo de pelo dorado se quejó:

—Erika, otra vez ese tipo no. No ese maldito misionero.

Ella asintió.

—Quisiere encontrarrrolo.

Parpadeó, se sorbió los mocos, se secó su perfecta y noble nariz de roca con los dedos medio helados.

—Mierda, Erika, ¿sabes cuántos Hatches puede haber en Utah y Arizona? Cerca de medio millón. Y la mitad de ellos se llaman Oral o Orrin o Orval o Oval o Offal...

—Opal, Ovary, Overalls, Ovine, Overshoe, Onus, Oviduct...

—Yo amo él —dijo ella simplemente, mirando las lenguas del fuego. Eso los calló.

Una mofeta rayada se arrellanó en el lado extremo del fuego, sólo a medias fuera de la luz.

—Que nadie se mueva.

La mofeta se detuvo y levantó su hermosa cola espesa al oír la voz del cazador. Los cuatro humanos quedaron congelados observando a la mofeta. La mofeta esperó, luego bajó la cola con un elegante movimiento de piel y tendones, y se fue, desapareció en las sombras. Los humanos volvieron a respirar, las bocas dispuestas al comentario. Pero la mofeta regresó.

—No os mováis.

De nuevo la mofeta se paró, levantó la cola, los cuartos traseros elevados en posición de tiro, mirándolos de proa a popa —dos ojos de brillante obsidiana delante, un ojo rojo y arrugado detrás, o lo que los amigos llamarían más tarde «la insignia electoral de Ev Mecham^[27]».

De nuevo la mofeta se relajó, se colocó en posición horizontal, volvió entonces a arrellanarse delicadamente y se deslizó sobre la corteza de nieve como un gato doméstico con negocios importantes de los que ocuparse. Incontrolablemente, tres de los humanos empezaron a reírse.

—Cuidado —dijo Nielsen—, todavía está ahí.

La mofeta volvió, esta vez saltó sobre el tronco que había entre Pete el flautista y el Chico Guapo. Se encaramó allí como si la hubiesen invitado, como miembro legítimo de la compañía, mirando con calma a la pequeña hoguera y empezó a frotarse el hocico largo y puntiagudo con ambas patas. Le picaba.

Nadie se atrevió a hablar. Cada uno de los chicos luchó por abortar la risilla que le brotaba de las entrañas mientras ponderaba la furtiva y traidora posibilidad de largarse, dar un salto para salvarse y dejar que los otros tres recibieran su castigo.

Alguien empezó a atragantarse con su risa ahogada, tratando de no estallar. La

mofeta se puso en alerta máxima, las manos en el aire, el vientre tenso, la cabeza vuelta, apuntándolos.

—No os mováis.

Un coyote eligió ese preciso instante para aullar, siendo respondido al unísono por otros coyotes, cada uno de ellos sonaba cerca del campamento. La mofeta volvió a ponerse sobre las cuatro patas, saltó del tronco y huyó. Aliviados, los cuatro humanos se levantaron, cada uno de ellos arrasado por las risas y las lágrimas. Echaron nieve sobre el fuego y se prepararon para irse a la cama, entrando uno por uno, cuando cada cual estaba listo, en la tienda y, una vez dentro, metiéndose en su saco de dormir, modelo momia, y quitándose la ropa térmica de manga larga. La tienda podía acomodar a cuatro, pero sin dejar una pulgada entre un saco y otro. Se extendían, por tanto, en posiciones alternas, cabezas y pies, haciéndolo de uno en uno —no era habitación para que cuerpos ya crecidos hicieran malabares.

—¿Quién duerme con Erika esta noche?

—Todos dormimos con Erika esta noche.

—Ja, ja —rio ella, disfrutando la broma—, pero ninguno duerrme encima de Erika essta nosshe. —Día tras día, noche tras noche su inglés mejoraba, adquiriría elegancia y gracia. La elegancia que procede de la necesidad, la gracia que se consigue bajo presión.

Y día tras día la máquina avanzaba.

17. Love y la *ranger* Dick enamorada ^[28]

El gran Ford Bronco azul batía las blancas arenas con la directa metida siguiendo el curso del lecho de una corriente que llevaba, en una ruta serpenteante y demorada, hacia un laberinto un jardín una ciudad petrificada de pálido azul y cúpulas rosadas, torretas, pilares, obeliscos rascacielos, torres que alcanzaban las nubes.

—Dudley, qué hermoso es todo esto.

El reverendo Love, manejando el volante con la mano izquierda, con la derecha en la perilla de la palanca de cambios, observó orgulloso el espléndido escenario que se desparramaba a los lados y delante, y se limitó a asentir.

—Sí que lo es, cariño. Mira esos estratos de verde amarillento bajo el Moenkopi. Carnotita, mi amor, carnotita, el mineral de más alto grado de toda América. ¿Y ves aquellos lechos negros que hay bajo el Chinle? Carbón, cariño, ese es el genuino y bituminoso carbón bajo en azufre.

La *rangerette* Dick, sin uniforme en su día libre, llevaba puesta una ancha blusa parcialmente desabotonada de gasa rosa (deliciosamente femenina) que revelaban la curva de sus generosas mamas, y unos ajustados vaqueros de Sears lavados a la piedra que dibujaban sus poderosos muslos con encantadora e hinchada simetría. Sus pequeños y limpios pies descalzos, con las uñas lacadas de escarlata de una mujer a la moda, iban apoyados sobre el salpicadero de la máquina rebotadora del reverendo Love. Con una mano se agarraba a la barra superior antivuelco que tenía al costado, por encima de la cabeza.

—Tan hermoso —repitió—, es tan hermoso, Dudley. Es como un país de hadas todo esto.

—Puedes apostar tus botas, Virginny. Algún día tendremos a cincuenta mil personas viviendo aquí, extrayendo todo ese uranio, excavando ese carbón, construyendo campos de golf y piscinas y chalés y vendiendo perritos calientes y postales a un millón de turistas que vendrán cada año. Además de esas arenas embreadas y la pizarra de aceite y puede que de potasio, y por si fuera poco la gran bolsa de CO₂ que hay en alguna parte bajo nosotros. —El reverendo sonrió ante el paisaje que tenía delante, gratificado por tan placenteros planes—. Sí que sí, señor, este es un país preciosísimo.

—Deberían convertirlo en parque nacional —espetó la mujer. Y se arrepintió de haberlo dicho casi al instante.

—¿Un parque? —frunció el ceño Love. Tosió. Gruñó—. Ginny, sabes bien que un parque es la muerte en Utah, Arizona. Una cosa que no necesitamos es más malditos parques nacionales o incluso parques estatales o cualquier mierda para

preserveur el desierto. Perdón por mi francés, maldita sea, Ginny, sabes bien como sé yo que un parque sólo atrae a esos entrometidos del medio ambiente y a los forofos del Sahara como un caballo muerto a las moscas. Para nada, no necesitamos más parques, lo que necesitamos es industria. Trabajo. Gente. Llenaré de gente esas rocas y cactus cualquier día y no me importa que me oigan decirlo.

Ella pensó que lo mejor era cambiar de tema cuanto antes.

—¿Para qué es bueno el CO₂, Dudley? ¿Para carbonar la Pepsi-Cola?

Sonrió, presumiendo de su conocimiento superior.

—¿La Pepsi? Mucho más que eso, cariño. Aquí tenemos el depósito, lo mandamos mediante grandes tuberías de alta presión a los yacimientos de California y Texas, y ellos lo utilizan para bombear más petróleo que se ha quedado en los pozos de paredes secas. Los geólogos estiman que tenemos dióxido de carbono aquí para forzar otros sesenta millones de barriles de esos viejos yacimientos —¡sesenta millones!

Sesenta millones de barriles, pensó ella. Maravilloso. Eso es petróleo suficiente para abastecer América —según había leído— cerca de ocho semanas. Grande. Bien pensado, colegas. (*Menuda camarilla de idiotas innatos*). Sonrió para sí, más divertida que irritada con las fantasías tecno-industriales del reverendo, a quien ella tendía a considerar meramente como un ejemplo más de cómica lujuria masculina siempre dispuesta a mejorar la naturaleza, organizarla, explotarla, diseñarla y dominarla (hasta los diseñadores de vaqueros eran hombres, de otra especie). La *rangerette* Dick soltó la barra antivuelco y dejó que su mano derecha volara fuera de la ventana y rozara, conforme pasaban, las cabezas de los dorados girasoles, las cremosas rosas de acantilado, las ásteres púrpuras, las gigantescas primulas, las esfalceas de rojo coral, el rojo cadmio de las castillejas, que barrían el costado del vehículo. Flores, flores por todas partes, hasta donde ellos podían ver, creciendo en las dunas de arena, reluciendo bajo los enebros, llameando en las grietas de la monolítica pendiente. No sólo las grandes en la pendiente arenosa sino también aquellas pequeñas que había más allá: las azules *phlox divaricata*, las abronias, los lirios sego, los azules penstemos y los penstemon escarlata... Un interminable tesoro de flores en el país de las hadas de la arenisca a través de un mundo maravilloso de espacio abierto y aire limpio y tierra ilimitada.

Más o menos, añadió ella para sí; todo aquello lo infestaría el ganado doméstico en pocas semanas, en cuanto los ganaderos se hubiesen quedado lo suficientemente intrigados como para dejar de beber Pepsi-Cola con los legisladores en Salt Lake City, y se saliesen de la cama de los administradores estatales de BLM y regresasen a casa y apretujasen sus grandes panzas en sus aeroplanos, sus cuatro por cuatro de 15 000 dólares y sus flamantes estaciones de radiocomunicación. Conocía bien el estereotipo: en sólo seis meses trabajando ya había conocido a todos los ganaderos del distrito, había oído sus quejas acerca de que el Gobierno no hacía lo suficiente para cargarse la naturaleza, matar los cuerpos, limpiar la maleza, mejorar las viejas

carreteras o construir nuevas, instalar más barreras para el ganado y más cercas alambradas, hacer crecer las ayudas al pastoreo y decrecer las tasas del pastoreo — dado que cada uno de estos pobres ganaderos luchadores estaba pagando un impuesto principal de 2,25 dólares por cada vaca y cada ternero (y cada toro) que ellos dejaban sueltos en tierras públicas, un cuarto de lo que tendrían que pagar por utilizar tierras similares en el sector privado—. ¿Indignante? Puedes apostar a que sí. Y estaban indignados, esos amantes de las vacas, herradores de caballos, amos de la cuerda, mascadores, rascadores de sus entrepiernas, rugosos individualistas de los viejos tiempos, estaban indignados. Maldito sea el Gobierno que no hacía lo suficiente por ellos. Malditos e ingratos pagadores de impuestos que los volvían a abandonar. Malditos burócratas que no prestaban atención alguna a la Asociación de Ganaderos como sí hacían con los derechos de beneficencia de las señoras negratas con sus Cadillacs rosas.

Ella lo sabía, la *ranger* Dick: los tenía que escuchar un día sí y otro también. Era parte de su trabajo. A veces odiaba su trabajo. Pero había llegado a amar, más y más, día tras día, aquella rara y estéril tierra bendecida. Había algo allí, algo en aquel espacio y en el silencio, algo en las formas del terreno y en las formaciones de nubes, algo que no había visto nunca en Michigan. O que no había oído. O que no había imaginado.

La tierra de los cañones no era Michigan.

Malo que el viejo Dudley no lo entendiese. Pero el viejo Dudley no había estado nunca al este de Denver, excepto para hacer sus excursiones de negocio político volando a Washington D.C. ¿Y qué se puede ver desde 29 000 pies de altura? Principalmente nada. ¿Y en Washington D.C.? Todavía menos.

Se soltó de la barra. Dudley había parado el coche. Virginia, al bajar la mano izquierda de la barra antivuelcos, la puso cariñosamente sobre el grueso muslo derecho del reverendo. Cerca del bolsillo. ¿Tienes un revólver aquí, Dud? ¿O es que estás contento de estar conmigo de nuevo?

Le pasó a la *ranger* Dick más de una vez que, contemplando su abultada figura en el espejo que llegaba hasta el suelo de su caravana BLM en Hardrock, se encontraba un favorecedor parecido a la primera Mae West, la joven Mae West, o sea, el encantador pajarillo^[29] de la escena y las películas. «Hace un siglo», pensaba Virginia, «con algo de justicia y no poca amargura», los hombres habrían admirado mi cuerpo. Ahora soy del tipo que los hombres conocen como “fornida” y los diseñadores llaman “de talla grande”. Mierda. ¿Dónde está la justicia en el mundo? No hay justicia en el mundo. (*Y será todavía peor en el futuro*). La vida no es justa. Y eso no es justo.

»Pero el viejo Dud está aquí, y me gusta. A él le gustaban las mozas, como solía decir, cita textual, “bien formadas”».

—Cariño —dijo, saliéndose para abrirla la puerta a ella (¡figúrate!)—, baja aquí, quiero mostrarte una cosa.

Elegantemente cogió su rugosa mano, que tenía el tacto de la pata de un cocodrilo, y salió del Ford (recobrado, por cierto, en un *parking* de Kanab, Utah, con un «Gracias» escrito en el parabrisas, pero sin huellas dactilares en parte alguna). De la mano, como tímidos amantes, caminaron por la arena, por los lechos de flores, hacia lo que le pareció a Virginia el borde del mundo. Más allá del borde alto de la arenisca, decorado con elegancia por unos enebros aislados y esparcidos, por la yuca en flor y los aromados arbustos de acantilado —que olían como azahar— no podía verse otra cosa que la extensión infinita del cielo del Oeste, de un azul vinoso, por el que, con despreocupada indiferencia, navegaban unas nubes al unísono, como ovejas, gordas, lanudas, sin esquilar, efímeras, sin importancia.

—¿Te gustaría tirarte en paracaídas? —bromeó él.

—¿Paracaídas?

A cincuenta yardas, en lo alto de la más externa cresta de la roca: entendió lo que quería decir. Estaban de pie en el borde de una meseta, cogidos de la mano, y miraron abajo, a unos mil pies sobre un talo de cantos rodados tan grandes como buses, como furgones, como *bungalows* que a su vez llevaban a un segundo descansillo y a un segundo descenso en picado y a una segunda dispersión de rocas y trozos de rocas, y pedestales de rocas, y rocas colgantes y rocas en forma de hongos y rocas como hamburguesas y rocas con forma de gárgolas y rocas encaramadas en rocas como glandes de penes culminando las erectas e hinchadas sedimentaciones Moenkopi.

Más allá se tendía el rojo desierto y tras los cañones, el Gran Cañón, la meseta del Kaibab cubierta de nieve, los nevados picos de San Francisco cerca de Flagstaff, a ciento sesenta millas siguiendo la dirección de la mirada, a doscientas sesenta millas por carretera, y más allá de todo ello, oscurecido en las nebulosas vistas del centro y el sur de Arizona: Phoenix, Mesa, Tempe, Scottsdale, Tucson, Nogales, donde las masas hacinadas gastaban sus mugrientas vidas en una confusión de polución, crímenes, ruido, drogas, policía, tráfico, enfermedad, trasplantes de corazón, trasplantes de esfínteres, bebés de dos cabezas, prematuros hidrocefálicos, conflictos interminables, odio ardiente, un Nivel de Irritabilidad que siempre se superaba a sí mismo, disfrutando de los placeres del Crecimiento, la Prosperidad y el Progreso.

—¡Oh, Dudley, es maravilloso! Simplemente...

—No lo es, todavía. Estaba pensando que este es el lugar perfecto para un gran hotel de lujo, como un Holiday Inn. Una vez que la Super G.E.M.A. llegue aquí, podremos nivelar este terreno, abrir un club de *striptease*, un campo de dieciocho hoyos para benditos millonarios a lo largo del borde... Qué te parece todo eso ahí abajo en vez de ese lío basto, ¿eh? Hasta el viejo Sam Snead^[30] se intimidaría con una cosa así, ¿no?

—Simplemente maravilloso, Dud...

—Helipuerto en la cima, un buen camino en espiral subiendo del barranco, música en vivo los sábados por la noche, Sons of Pioneers o Herb Alpert quizá o Lawrence Welk o los amigos Mantovani, ¿están juntos todavía?, un bar de ensaladas,

probablemente un centro de recuperación física para los viejitos, por Dios, te lo digo, Ginny, va a ser algo grande. Y todavía más. ¿Sabes qué más? Eso de ahí, eso de la derecha, no es de la BLM, es la esquina de un sector de terreno estatal. Terreno estatal, ¿lo pillas? Dos terceras partes de esa pendiente del acantilado dejan más de doscientos acres para el desarrollo, lo cual es más de dos veces lo que necesitaríamos para Disneylandia, ¿me estás siguiendo?

—Claro, claro que sí, Dud, pero los terrenos estatales también son terrenos públicos.

—Son y no son. La ley estatal exige que el terreno estatal sea empleado con un máximo de beneficio financiero de retorno. —El reverendo miró furtivamente un instante, como si temiera que hubiera fisgones, aunque la población humana más cercana fuese la ciudad de Hardrock, a veinte millas de helicóptero, treinta en tren, cincuenta por la polvorienta carretera y en *jeep*, la misma ruta que había utilizado aquel mismo día el propio reverendo—. Eso significa que la comisión de terrenos estatales tiene que escuchar cualquier oferta que le llegue, y arrendársela al que más dinero ofrezca. Y si un colega tiene una concesión de cuarenta y nueve años, y entonces conseguimos hacer una buena carretera, mientras vamos a por el hoyo de uranio de allá el cañón del Paraíso, bueno, escucha, cariño...

—¿Y tú estás en esa comisión?

—No, pero tengo amigos que están.

Su cálida voz se sofocó por la emoción, enriquecida por la poesía de su pasión. El reverendo Love tuvo que tomarse un momento para tragar saliva, aclararse la garganta, recuperarse y domar sus emociones. En sincrónica pero inconsciente asociación, su ancha mano se soltó de la mano de la *ranger* y reptó por su consistente cintura, llegando luego a la confortable plataforma prominente de la cadera.

Virginia pensó que volvía a ser buena idea cambiar de tema, desviarle el pensamiento de la zona que estaba indagando su mano. ¿Por qué? Bueno, quería almorzar primero. Quería oírle hablar de algo que no fuera dinero. Al menos unos minutos. Quizá que cortara unas flores para ella. Quizá que propusiera que se diesen un baño en el estanque. Antes había mencionado la existencia de algunas magníficas piscinas naturales en el silencio de una ciudad rosada de cúpulas capitolio, palacetes de Park Avenue, puentes naturales, grutas y gargantas y pilares que yacían ahora a sólo unas pocas millas, al este, rumbo al horizonte. Donde además, según sospechaban ambos, los saboteadores forajidos se escondían preparando sus ruines, bastardas y cobardes incursiones.

—¿Qué me dices del Llanero Solitario? —dijo ella—. ¿Y Rudolf el Rojo y los alborotadores de ¡Earth First!>? ¿Y qué me dices de aquellos de la Banda de la Tenaza?

Los ojos del reverendo perdieron repentinamente todo su lustre romántico. Secándose una lágrima de la mejilla, abandonando su sueño diurno, se irguió, pronunciando con hosca resolución:

—Sí... es verdad. Vamos, Ginny, echemos un vistazo a ese sitio.

Apenas le dejó que echara un último vistazo al panorama púrpura que se extendía abajo, la condujo de vuelta al Ford. Sediento, abrió la nevera que llevaba atrás y sacó dos Pepsi-Colas. Galantemente le ofreció una a la señorita. Ella abrió una lata de almendras tostadas. Bebieron, comieron, condujeron a través de la blanda arena y por encima del serpenteante barranco, que ahora se había convertido en un pequeño cañón en el que, tal y como les gustaba señalar a los reporteros de calle del *Arizona Highways*, «las ruedas del hombre nunca han pisado». O, como también decían ellos, «donde la mano del hombre no ha hecho pie nunca».

Más allá de las torres *hoo-doo* y los monumentos vudú de piedra, alcanzaron un callejón sin salida. Dunas a la deriva, tierra sin hollar, un joven álamo de frondoso verde, un estanque de agua clara y esponjosas arenas movedizas, un gran muro de piedra vertical de cincuenta pies de altura les bloqueaba el avance. Se apearon del coche, se ataron las pistolas a las caderas, se colgaron los prismáticos de los cuellos, se colgaron las correas de sus cantimploras de los hombros. La *ranger* Dick se puso y se ató las botas de montaña y deslizó además una caja de condones (no puedes depender de los hombres) en el estuche de cuero de su Colt 45 automático del Ejército de los Estados Unidos con capacidad para dos cargas de munición. (Una pistola que derribaría a un alce si pudieras sostenerla para dispararle a algo que estuviese a más de cincuenta pies. Toda chica debería tener una).

El reverendo también se metió una caja de condones (no le des la oportunidad de tener excusas) en el bolsillo, cogió la nevera de plástico donde estaba la comida y la cargó rumbo a un viejo sendero excavado a mano de forma transversal en la arenisca. El sendero era el único acceso para que el ganado alcanzase una serie de tanques de agua bajo las cúpulas. El reverendo conocía el camino porque su propio abuelo, hacía ya casi cien años, lo había trazado, sin usar más herramienta que un martillo, un piquete de hierro y aquí y allá una carga de dinamita. Deteniéndose a menudo para resoplar, para secarse el sudor de los ojos y recuperar el aliento, el reverendo le contó la historia a su compañera.

A Virginia le pareció poco interesante esa historia familiar, pero tenía otras cosas en mente. Cuando se acercaban a la cumbre de la primera gran bóveda, una masa de piedra monolítica con la forma del lomo de un elefante o el vientre de una ballena, echó un vistazo abajo, al vehículo situado a doscientos pies.

—Tal vez tendríamos que haber traído el Motorola, Dudley.

Él se detuvo otra vez y puso en el suelo la nevera, dando por buena cualquier excusa para descansar. Observando el extraño horizonte de roca desnuda, dijo:

—Naa, no nos hace falta. No vamos muy lejos. Por aquí más o menos, mira bien, mira esos hoyos de agua otra vez. Tienen que estar llenos ahora con toda la lluvia que ha caído en marzo. —«Llévala a que se de un baño», pensó él, «que se quite la ropa interior, muéstrale lo que tiene un hombre de verdad. Me apuesto la camisa a que no ha visto uno en su vida. Al menos uno como el mío no lo ha visto».

—¿Supón que vemos alguna señal de ese Llanero Solitario o ese Rudolf?

El reverendo Love sonrió, acariciando su arma.

—Los cogeríamos, los cogeríamos.

—¿Sin ayuda?

—Qué demonios, querida, tú eres una *ranger* auténtica de la BLM con un entrenamiento policial auténtico. Yo soy un patrullero de Búsqueda y Rescate con treinta y cinco años de experiencia de campo, ¿qué ayuda crees que vamos a necesitar?

—Ellos se nos escaparon la última vez.

—Porque yo estaba jugando. Jugando con la Caterpillar. Esta vez ya no habrá juegos. Esta vez serán negocios.

—Espero que estés en lo cierto, Dudley.

—Maldita sea, Ginny, querida, claro que estoy en lo cierto.

Siguieron ya a pleno sol sobre la roca desnuda, el hombre con su gran sombrero Stetson de ganadero, ropa de ganadero de poliéster —que no transpiraba— y zapatos de ganadero en dos tonos y altos tacones y suela deslizante. Horrible.

—¿Dónde está esa piscina?

—No lejos, cariño, de verdad, está justo detrás de ese peñasco rojo —«Peñasco rojo», pensaba él, «espera a que ella vea mi peñasco rojo, la pobre chica va a cagar un ladrillo. Pero eso es el amor, no puede recibir ayuda, ella ha aprendido a tomárselo como un hombre. Quiero decir, como un hombre si fuese la mujer que gracias a Dios no es. ¿O lo es? ¿Puede toda esa carne ser mentira? Pasa de eso, Dudley, y recuerda que tienes que actuar como un caballero. Habla como un caballero. Piensa como un caballero. Aparta los pensamientos lujuriosos de tu mente. Lo haré, lo haré, tan pronto como pueda, Señor, pero Oh Dios mío, mi Señor, mira esas tetas. Si fuese una vaca me metería en el negocio de la leche».

«Pobre Dudley», pensaba ella, «menudo sentimental. Le brotaron de verdad lágrimas cuando estaba hablando del hotel que quería construir. Y es tan tímido —la mano en mi cadera, el brazo en mi cintura, farfullando sobre el hotel y los campos de golf y el *cabaret* cuando en lo único que estaba pensando era en el amor. Me refiero al amor en minúscula—, ¿el romance, el verdadero amor, la pasión del corazón? ¿A quien le quieres tomar el pelo, niña? Lo que quiere es arrancarte los pantalones y lo sabes y por eso estás aquí, que no lo catas desde hace seis meses, dos semanas y cuatro días y estás cansada de eso. Absolutamente enferma y cansada de eso. ¿Y qué hay de su esposa, esa vieja vaca? Es más gorda que yo, debe pesar como doscientas libras. Que le den por culo a su esposa. Pobre Dudley, no me extraña que esté tan triste todo el tiempo, habría que preguntarle desde cuándo no echa un polvo como Dios manda. Espero que sepa lo que le espera. Cuando lo monte le voy a romper la espalda, lo haré, le voy a arrancar la lengua y a tragármela, le voy a arrancar la piel de la espalda, y a chupar y a follar y a follar y a chupar hasta dejar secos esos huevos de pavo que se le van a meter para dentro, lo voy a hacer, lo voy a hacer...».

El primer tanque no estaba exactamente donde Love recordaba. Tuvieron que caminar un cuarto de milla más, hacia el fático peñasco, a lo largo de una pendiente púrpura en la que había esparcidas pequeñas geodas del tamaño de cojinetes, por una estrecha grieta entre dos vastos, simétricos, rechonchos y lisos globos de piedra (uno de ellos con la superficie granulada), hacia una ventana natural erosionada por una aleta en forma de esfinge, y a través de un bancal inclinado que llevaba —*¡voilà!*— a una cuenca llena de agua de lluvia, limpia y clara, una elegante piscina oval de diez pies de ancho, veinte de largo, con un fondo arenoso a unas doce pulgadas —al menos— de profundidad.

—Oh, Dudley... es hermoso. Hermoso, Dudley.

Él encogió una sonrisa, pero era orgullosa, pateó un estiércol fosilizado de vaca fuera del camino y puso la nevera en la sombra de un extenso enebro junto al estanque.

—Es algo así como la pureza, ¿no es verdad? No es tan hondo como lo recordaba, pero qué diablo, Ginny, el agua es agua. Estoy casi seguro de recordar que había uno más grande un poco más lejos pero...

La miró. Los pequeños globos oculares de él —rojos, blancos, azules— humedecidos por la emoción, su voz gruesa, sus dedos crispados

—... pero estoy hambriento, ¿tú no, Ginny?

Ella le sonrió.

—Reverendo Love, podría comerme un toro ahora mismo, eso es lo que siento.

Se sentaron a la grata sombra del árbol, se quitaron sus botas y metieron los pies en el agua. Mirándose cada cual en los ojos del otro abrieron la nevera, sándwiches de ensalada de atún rebosando de mayonesa, un racimo de gordas y jugosas uvas, un envase de estaño sin envolver con la pechuga y los muslos de un pollo asado...

—Seguro que te encantan las pechugas y los muslos.

—Me gusta el cuello. Suena raro pero sabes... realmente... a mí, realmente me gusta...

—Claro, cariño, a mi primo Homer le encanta la cola, ya que hablamos de cosas raras.

—¿Piensas que de verdad pueden estar por aquí?

—¿Quién?

—Ellos. Esos terroristas.

Él le dio unas palmaditas a su revólver enfundado, un Ruger 44 hecho a mano (nada de marfil), de doble acción.

—Si están los cogemos. Y sabes otra cosa, eres una señora condenadamente hermosa.

—¿Qué? Bueno... ¿las flores?

—En este momento me importan una mierda.

—Oh, Dudley.

—Así es, me importa menos que un comino.

Le sonrió, una pierna de pollo mutilada y olvidada en su mano.

—¿Te apetece bañarte?

Ella bajó los ojos.

—No me he traído bañador.

—Yo tampoco.

Una pausa cargada de significado. Se miraron uno al otro, las bocas abiertas, medio llenas, restos de comidas en sus dedos grasientos...

Mi amor; susurró él dulcemente. Ella estaba entre sus brazos, su boca hambrienta perdiéndose en la de ella en un apasionado y fogoso beso que los hacía abandonarse juntos como si cada cual se confundiese en el otro. El brazo de él apretaba con tanta fuerza la cintura de ella que ella apenas podía respirar, pero no le importaba. No quería respirar: quería devorarlo. Y la boca abierta de ella inflamaba su deseo y lo derretía.

Con la otra mano él sostenía la cabeza de ella y la empujaba hasta que ambos se fundían en una conquista mutua. Un leve quejido se le escapó a él como si sus sentidos se disparasen. Su mano descendió para capturar un suave pecho de ella. Sus bocas prolongaban ese cálido, embriagador asalto. Se degustaron, minando la fuerza de las extremidades del otro, se aferraban como un río tempestuoso y salvaje de pasión que los desbordaba.

Él se inclinó para capturar un erecto pezón, haciendo que una tormenta de tortuosa longitud recorriera su cuerpo. Ella cerró los ojos como si el puro placer de su tacto la llenase de gozo tembloroso. Las manos de él dulcemente, tomaron los pechos de ella y acariciaron su piel saborearon la calidez de su carne. Él arrimó el cuerpo de ella al suyo con sus brazos. Ella era un sueño, una añoranza que se extendía por cada uno de sus nervios con emocionada intensidad. Ella sintió la audaz urgencia de él hurgando en su carne y oyó el galope de su corazón salvaje contra su pecho desnudo. Entre las manos de ellas los potentes músculos de él se tensaban con un lacerante vigor.

Aferrados, entregados a un éxtasis creciente, se tumbaron sobre la más tierna de las rocas (sin echarle cuenta a las hormigas que pululaban por allí cerca).

Los muslos de ella eran como de satén contra su ardiente piel cuando se separaron para acogerlo. El beso de él la hizo vibrar; enfurecida de amor y pasión, y no quiso él olvidar una sola pulgada de su temblorosa carne. Luego una gran llama lo prendió cuando entró en ella. Ella gimió con un placer casi insostenible y ambos se envolvieron entonces en una creciente marejada de plenitud...

—Malditas hija-putas las hormigas —con el talón aplastó unas cuantas—. Nunca te pueden dejar tranquilo.

—Dud... oigo un motor.

—Naaaa.

—Lo oigo.

—No hay nadie más que nosotros, jefa.

—Escucha.

Escuchó. Se incorporó, aguzó el oído.

—Un Ford —murmuró—. Un V-8.

Se calzó las botas, se puso el sombrero, se abrochó el revólver, se colgó los binoculares y trotó pesadamente, como un oso herido y en pelota picada, se sumergió en la piedra desnuda hasta la cumbre. Excepto por la cara, el cuello y las manos, era pálido como un pez, como cualquier lugareño. Ella se quedó donde estaba, a la sombra, las piernas metidas en el agua fría, y lo vio allí arriba mirando con los prismáticos, todo el cuerpo —salvo una cosa— rígido. Malas noticias, pensó ella. Lo vio sacar el revólver y amartillarlo, apuntar, dudar, pensárselo mejor. Volvió a

enfundar el arma, y descendió pesadamente hacia ella. Ella leyó en su cara y vio una mezcla de confusión, vergüenza, exasperada ira.

—No —dijo ella.

—Sí —dijo él.

Se vistieron, se apresuraron de vuelta al pequeño cañón. Pero el Bronco ya no estaba allí. En su lugar había un montón hecho con sus cosas, sacos de dormir, una jarra de agua, los aparatos de radio Motorola —y una nota, garabateada con el lápiz del reverendo en una página arrancada de la agenda S & R del reverendo:

Ehtimaos compaña lo vehículo motorisao no ze permiten en to este area en unas dies milla má o meno ansi que el vehículo vuehthro ha incumplió la regla de este área generá y no hay má remedio que embargarlo a dos milla direzión este y a 1.000 pies altura de aquí no avizen tiradore de helicóptero que tengan mu buen día atentamente su buen amigo.

El Llanero Solitario.

Gruñendo, el reverendo estuvo a punto de hacer trizas el papel.

—No —le dijo Virginia—, déjalo. Es una prueba. Puede haber huellas dactilares.

—No es tan idiota.

—Lo sé. Pero guárdalo de todas formas.

Miraron abajo, al arenoso suelo del cañón, apreciando el arco que se trazaba en la primera curva, la doble huella de las ruedas perdiéndose tras la roca. Miraron hacia arriba en silencio, a las paredes impasibles, las jorobas de piedra, los capiteles, las gárgolas que los rodeaban. La quintaesencia de la quietud: ni un pájaro, ni un reyezuelo, ni un toqui, ni un cuervo, ni un altivo y altísimo buitres perturbaban con un silbido de plumas el vidrioso éxtasis del silencio.

—Da miedo —dijo ella—. ¿Crees que nos están vigilando?

El reverendo llevó una mano a la culata de su pistola.

—¿Él? Eso es lo que yo quisiera. Quisiera que mostrara una sola vez su fea cara quienquiera que sea ese bastardo hijo-de-puta cabronazo de mierda.

—Dudley, no te he oído nunca hablar así.

—Me está volviendo loco. Ha ido demasiado lejos esta vez. Él, ellos, quienquiera que sea.

—¡Escucha...!

—¿Qué?

—¡Escucha!

Escucharon. Escucharon y escucharon, aguzaron los oídos, y oyeron ecos distantes, empequeñecidos, ablandados por el espacio y el tiempo: era un cuerpo sólido impactando contra las rocas, una explosión de cosas metálicas, el estrépito de muchas cosas pequeñas que también impactaban contra más distantes rocas, a lo que siguió —*diminuendo a ritardando*— la superposición de ecos de sonidos más débiles, desvaneciéndose, cada vez más pequeños y lejanos aunque sin alcanzar lo que Zenón el Eleata definiera como el final último y absoluto de la neoplátonica perfección de la

nada.

Él la miró. Ella lo miró.

—¿Qué fue eso?

—Bueno... —Ella sabía que no debía decirlo pero no pudo impedirlo—. Creo que te han embargado el Bronco.

—Eso no tiene gracia, Virginia.

—Lo siento, Dudley. —Una pausa. Ella lo besó—. Vámonos de aquí.

Encendió la radio. Parecía que funcionaba.

—¿Quieres llamar a la BLM? ¿Para que manden helicópteros?

—Vamos a caminar unas cuantas millas antes. —Ella lo besó otra vez—. Luego descansaremos un rato. —Una pausa significativa—. Luego pediremos ayuda.

Él la miró, confundido un instante. Luego estiró una lenta, dolida pero mejorada sonrisa.

—Sí —dijo finalmente—. Vale. Qué mierda, tenemos todavía medio día para nosotros. Vamos a admirar ese paisaje, quiero enseñarte dónde se van a construir los chalés. Luego, cuando anochezca...

—Esa es la idea.

Cargaron con tantas cosas como pudieron llevar, atándolas con ganchos, correas, cinturones y hebillas, y emprendieron la caminata juntos, de la mano, a través de la arena hacia el sol poniente, hacia la promesa del atardecer y la estrella de la tarde, amor y belleza, liberación y Pepsi-Cola.

Caminaron siguiendo —en sentido contrario— la ruta proyectada de la G.E.M.A. de Arizona, la Dragalina Móvil 4250-W, la máquina terrestre móvil más grande del mundo, GOLIATH en marcha.

18. Hoyle y Boyle

Bien, señor Hatch.

—¿Sí, señor?

—¿Señor Hatch?

—¿Señor?

—¿No tiene inconveniente en que le hagamos unas cuantas preguntas?

—No señor.

—¿Por qué es usted tan incompetente, señor Hatch?

Una pausa. Silencio. La búsqueda introspectiva con la mirada vagando por la alfombra de la habitación del motel, la pantalla negra del video, las pesadas cortinas oscuras que bloquean la luz exterior en la única ventana, el resplandor de la lámpara calentando su hermosa, joven, enfebrecida cara.

—Bueno, señor, no creo que yo sea un incompetente.

Aprieta los dedos, se frota los nudillos, se muerde el labio inferior. —Creo que tengo algo de mala suerte, pero no soy un incompetente.

La áspera voz curtida en *whisky* interviene entonces:

—No es un incompetente, coronel, es sólo estúpido.

—Vamos, vamos, no apruebo esa manera de hablar. Debemos tratar al joven Hatch con respeto, tanto si lo merece como si no. ¿No está de acuerdo, señor Hatch?

—No he venido a que me insulten, señor.

Con ridícula afectación la voz ruda imitó sus palabras:

—No he venido aquí a que me insulten, señor.

—Vamos, vamos. —Una pausa—. Admiro sus agallas, señor Hatch. Se defiende usted solo, me gusta eso. Me hace concebir esperanzas acerca de usted. Pero... —Ese ominoso «pero» quedó vagando en el aire, solo, durante un rato prolongado—... estamos teniendo dificultades por culpa de su actuación. ¿Puedo llamarle Oral, por cierto?

—Ah... sí, señor, sí.

—Desde nuestro último encuentro, Oral, hace sólo un mes o dos, hemos padecido la destrucción de una excavadora, la misteriosa explosión del molino de reducción de minerales...

—Señor —dijo Oral—, la última vez usted me llamaba teniente.

—Así es, Oral, y ahora le estoy llamando Oral.

Tenso silencio. El coronel siguió:

—La misteriosa y aún no resuelta explosión —alta traición por cierto, dado el uso de explosivos— y luego la sustracción del tractor D7 del reverendo Love seguido de, ¿qué era lo otro? —Susurro de papeles—. Asalto con agravantes llevado a cabo por hombre enmascarado en un *bulldozer* sobre el *bulldozer* conducido por el reverendo

J. Dudley Love seguido de la malévolas destrucción de ambos *bulldozers*. ¿Qué tiene que contarnos acerca de todo ello, Oral?

—Señor, yo estaba en Green River ese día, vigilando de cerca al doctor y la señora Sarvis y a ese colega suyo Smith. —Oral tragó saliva—. Tal y como se me encomendó, señor.

—¿Vigilando de cerca? —gruñó Hoyle—. ¿Cómo de cerca?

—Estuvimos jugando al *poker*.

—Para usted eso es demasiado cerca. ¿Cuánto perdió esta vez?

—Traté de jugar sin fijarme en las apuestas.

—¿Cuánto perdió?

—Está desglosado en la cuenta de gastos.

—¿Cuánto?

—38 dólares y 50 centavos.

—Santa María. ¿En unas partidas dónde se apuestan centavos?

—Se apuesta níquel^[31]. Eran partidas de un níquel por apuesta.

—Pero eso es matemáticamente imposible. —Una pausa—. Jim, ¿es matemáticamente posible eso?

—Es posible pero no es humano.

—Manda cojones —espetó el coronel. Siguió—: Rumores de una patrulla que mete clavos en los árboles en el Parque Nacional de Kaibab.

—Señor, eso se sale de mi jurisdicción.

—No es una cuestión de jurisdicción, Oral. No es usted solamente un policía en misión de vigilancia, responsable de cierto distrito, usted es un agente investigador designado para informar de las actividades ilegales de una persona o un grupo de personas que está involucrado en sabotaje contra una industria de vital importancia para los intereses del Departamento de Energía y el Departamento de Defensa, ¿queda claro?

—¿Eso incluye los pinos?

—No me sea impertinente, Oral. Tenemos razones para creer, como bien sabe, que esa gente de *La Tierra Ante Todo* o *La Tierra Renace* puede tener que ver con múltiples actos ilegales que incluyen, aunque no se limitan, a lo que ellos llaman «acción directa» o qué es esto: *Bine Keine Nacht werke*.

—¿Son terroristas?

—No, Oral. Son peor que los terroristas. Esa gente ataca las propiedades. Las propiedades, Oral.

—Sí, señor.

—A los terroristas se les puede manejar. El terrorismo se queda justo abajo en nuestro callejón. Deja la televisión apagada, Boyle. El terrorismo lo entendemos. Pero esta otra cosa, esto que llaman «ecotaje», no nos hemos encontrado con nada que se le asemeje desde que M.J. aniquiló a T.I.M. en los años veinte.

—¿M.J. señor? ¿T.I.M.?

—Departamento de Justicia, Oral. El secretario se llamaba Palmer. Y en cuanto a T.I.M., bueno, eso es historia, Oral, historia. Sucedió hace sesenta años, Historia Antigua, claro, para su licenciatura en una facultad moderna. ¿Ha oído hablar de Joe Hill, Oral? ¿Joseph Hillstrom? ¿Joe Haggling?

—Ah... no, señor. Ninguno de ellos me suena.

—Curioso. Son todos el mismo hombre, Oral, un héroe del pueblo, dirigente de los Trabajadores Industriales del Mundo, líder del movimiento de trabajadores americanos, murió aquí, en Utah, de un disparo en el corazón, un pelotón de ejecución, Oral, por orden del Departamento de Justicia, sucedió a sólo diez millas al sur de aquí, en un lugar llamado Point of the Mountain.

—¿Se refiere a la penitenciaría del Estado?

—Eso es, Oral, donde los convictos eran enviados a pagar por sus pecados y permita que eso sea una lección para usted, Oral, ¿cree que recordará una palabra de todo eso?

—Sí señor.

—Lo dudo. Mantén las manos lejos de la televisión, Hoyle, por el amor de Jesús, José y María, ¿es que no puedes tomarte tu trabajo en serio?

(*Gruñidos de descontento*).

—... firmamos para luchar en la guerra, coronel. Tenemos comunistas de carne y hueso que matar en Panamá, Nicaragua, El Salvador, Honduras, Guatemala; no disfrutamos de esta puta misión de vigilar travesuras de Halloween en Bobilandia.

—Ya sabes por qué estáis aquí, Hoyle. Y tú también Boyle. ¿Quién ayudó a planificar Bahía de Cochinos? ¿Quién predijo que la Ofensiva Tet^[32] golpearía el día de la Madre? ¿Quién nos dijo que Somoza estaría ahí para siempre? ¿Eh?

(*Un silencio*).

—Ahora, si ustedes dos se tienden a la bartola un rato y me dejan hacer este trabajo de *Boy Scout* podremos volver cuanto antes a la realidad. —Una pausa: silencio—. ¿De acuerdo?

(*Gruñidos de asentimiento*).

—Bien. En cuanto a usted, Oral, le diré sólo que estoy decepcionado de su trabajo. ¿Quién era esa mujer de las bolsas a la que pilló hablando con esa jamona del Doc Sarvis?

—Están casados, señor.

—Responda a mi pregunta.

—Se largó. La mujer corrió a lo bestia, escaleras mecánicas arriba, escaleras mecánicas abajo, imposible acercarme, señor. Estuvo a punto de matarme con su carro de la compra... me echó el carro entero encima en la escalera mecánica.

—¿Y qué había?

—Basura.

—¿Huellas dactilares?

—Todo era basura mojada, señor. Cogida de algún contenedor de supermercado:

fruta podrida, vegetales podridos, periódicos rotos, bolsas empapadas, pañales de plástico llenos de caca de bebé.

(*Risas vulgares*).

—¿Caca, Oral? —inquirió Boyle—. ¿O popó?

A los dos hombres los atacó un brote de histeria carcajeante, Boyle se tuvo hasta que tumbar en una de las camas dobles. Hoyle padeció sus convulsiones sentado en un blando sillón. El joven Hatch aguardó a que se les pasara el ataque con sosegada dignidad. El coronel consultó su reloj comparando la hora con la del reloj digital del aparato de grabación. Fuera, en el crepúsculo que bañaba Salt Lake, dos plantas más abajo, el tráfico del anochecer fluía a través de la aguanieve y la suciedad de la Sexta Sur y State Street. Las bocinas aullaban con agónica desesperación, ansiando llegar al establo, a la paja seca, al plato de comida; las sirenas gemían como condenados al Infierno, los *jets* gigantes berreaban a través de la polución del cielo, sus luces brillaban en la oscuridad, los pilotos dándose un atracón de píldoras.

—Le voy a dar una oportunidad más, una oportunidad más, teniente Hatch, para que se redima y nos pruebe que tiene lo que hay que tener para ser un verdadero agente encubierto. Quiero que se infiltre en *La Tierra Ante Todo* o *El Nacimiento de la Tierra* o como sea que se llame ese grupo, y descubra exactamente qué es lo que están tramando. Dejaremos que su amigo Orlen sea la sombra de la familia Sarvis.

—Sí señor. Se llaman ¡*La Tierra Ante Todo!* Con signo de exclamación. Por lo que he oído no puedes unirte a ellos porque ellos no tienen miembros o asociados o cuotas, no tienen ninguna forma específica de organización. Pero trataré de merodearlos si soy capaz de enterarme de dónde... pasan el rato. Se supone que tienen un encuentro muy pronto, en North Rim. Estaré allí.

—Buen chico. —El coronel se puso en pie dando por terminada, sin mayor miramiento, la segunda entrevista—. Me voy ya, chicos. —El coronel tenía una cita, una cita importante, en treinta minutos. Cierta congresista por Utah y él habían descubierto, una tarde en el Sam Rayburn House Gymnasium, que tenían mucho más en común que su política imperial; entre los urinarios de la sauna con paneles de teca, floreció el romance.

Se ajustó la corbata en el espejo, se pasó un cepillo por su pelo plateado.

—Chicos, arreglen todo este desorden antes de irse; yo estaré de vuelta en un par de horas.

Fuera, en la calle, en la penumbra, caminando hacia el lugar de la cita, el coronel se pasó una mano sobre sus finos, interesantes, inteligentes ojos, como para disolver una invisible irritación; sintió el aura de otra migraña que se acercaba y había olvidado traerse sus Sansert. No importaba, no había dolor que él no pudiera someter por la simple vía de ignorarlo. Caminó rápidamente, sintiendo el primer pellizco en su mejilla derecha, la primera lágrima formándose en su ojo derecho y levantó ambas manos al gris, goteante cielo con olor a azufre, y gritó en voz alta: «¡El hombre es una pasión inútil!».

Había pocos transeúntes en la acera. Muy pocos. Pero los que lo oyeron se pararon, volvieron sus cabezas para ver la marcha de aquel hombre alto con la cabeza descubierta y sobretodo negro, la cara dirigida a las escondidas estrellas.

19. Dr. Wiener

El doctor Wiener (según rezaba la placa identificativa) entró en el centro de computadoras de la Syn Fuels a la hora del almuerzo. Iba vestido con la acostumbrada bata blanca sobre una camisa blanca y una corbata negra. Un espeso bigote mostacho le caía sobre el labio superior y unas gafas de sol de cristales púrpura oscuro le escondían los ojos. En la cabeza llevaba un casco de rizos rubios (como flecos de una mopa) abultados a los lados y en la cima y la parte de atrás, lo que le daba una adorable apariencia de un imitador de Harpo Marx. Portaba un maletín abultado en una mano y un bastón en la otra, sobre el que se inclinaba conforme andaba. Su modo de andar era torpe, un tambaleo espástico y temeroso que le hacía desplazarse un pie a un lado, cada tres pasos.

Una mujer joven mantuvo abierta la puerta para que entrara. La multitud de empleados que salían para la comida, le hacía sitio respetuosamente. Algunos se giraban para ver los bandazos de esa figura conforme se encaminaba a la sala central de computadoras: nunca antes lo habían visto, pero daban por hecho que los de Seguridad, en el *lobby* de la planta de arriba, lo habrían registrado. Deseosos de alejarse de sus puestos de trabajo y empujados por la propia multitud, olvidaron enseguida al hombre, y subieron las escaleras mecánicas que llevaban al piso de arriba, donde estaba la salida a la calle, a la luz del día, al aire libre (todo lo que podía serlo) y a sus sesenta minutos de libertad asignada.

Mientras tanto el doctor Wiener, llegó a la doble puerta de acero («ACCESO RESTRINGIDO. SÓLO PERSONAL AUTORIZADO») tras la que estaba el banco de computadoras. Tecleó una clave y entró, cerró y bloqueó las puertas. La sala era grande, de techos altos y bien refrigerada gracias a un equipo industrial de aire acondicionado. Hileras de computadores encerradas en gabinetes grises y azules de acero ocupaban la mayor parte de la superficie. El continuo murmullo de sus pequeños cerebros ocupados llenaba el aire con una opresiva vibración. Al menos al doctor Wiener le parecía opresiva.

Contra dos paredes se apoyaban los escritorios de cristal en el que estaban las terminales, sus teclados abandonados por la hora de la comida, sus pantallas de video parpadeando con secuencias verdes, rojas y grises. El doctor Wiener dejó su maletín sobre uno de esos escritorios, lo abrió, sacó un par de guantes de cuero y se los puso. Cogió un destornillador por el mango de plástico y se dio una vuelta por el perímetro de la sala —sin llevar con él ni el bastón ni el tambaleo— hasta alcanzar la rejilla que protegía el sistema de refrigeración. Desenroscó los tornillos de la rejilla y apartó esta a un lado, luego se dirigió directamente a la computadora más grande y le extrajo la tapa para acceder a filas y filas de inmaculadas, relucientes e intrincadas tarjetas de

circuitos. Cuando ya había abierto todas las computadoras volvió a meter su destornillador gigante en el abultado maletín para sacar dos jarras de leche vacías de un galón cada una. Tenían las tapas puestas pero los fondos de las jarras habían sido cortados. Se metió en el baño de hombres y llenó las jarras —agarrándolas por las asas y colocándolas boca abajo— con fresco y limpio etilenglicol clorado enriquecido con agua del grifo de la ciudad de Phoenix.

Gastó sus zapatillas de suela de goma en correr de vuelta a la fila de las grandes computadoras, que ahora exhibían sus entrañas como los intestinos de una fila de mamíferos quirúrgicamente desollados. Con un cacharro de agua en cada mano, el doctor Wiener iba a seguir con su tarea cuando oyó una llave en la cerradura, las puertas de la entrada se abrieron y entró un supervisor. Era una mujer, delgada, mediana edad, con la cara demacrada y los movimientos espasmódicos de una hembra sometida a un permanente estado de irritación emocional.

—¿Qué diablos está haciendo?

El doctor Wiener sonrió amistosamente pero no le ofreció ninguna respuesta salvo la de vaciar el contenido de los cacharros en los expuestos tableros de circuitos de los ordenadores. Nubes de vapor se elevaron inmediatamente con chispazos y destellos zigzagueantes de desconcertantes pequeñas corrientes eléctricas, una efervescencia como de cubito de hielo arrojado a un tazón de ponche.

—Eres un maldito loco —gritó la supervisora—, estás friendo los circuitos.

El doctor Wiener sonrió de nuevo, asintió y se marchó acelerado —con paso espástico— al baño de hombres para recargar. La mujer trató de seguirlo. Él le señaló el cartelito que en la puerta avisaba el género al que se destinaba el baño, se agarró la entrepierna y se lanzó al interior de la estancia. La mujer se quedó dudando, contempló el horror de las computadoras echando humo, y luego corrió hacia las puertas.

El doctor Wiener salió del baño de hombres, se cargó otras dos computadoras con agua, se dirigió rápidamente a las puertas de entrada y las bloqueó haciendo pasar su pesado bastón de hierro por el interior de los mangos.

Por los pelos. El jaleo en las puertas empezó cuando él terminaba de manera urgente su tratamiento en los bancos de computadoras, con el maletín abierto ante la fila de teclados y pantallas, sacando y colocando una bola de golf en todos y cada uno de los tubos de rayos catódicos. La precipitación era imprescindible pero estaba determinado a hacer un buen trabajo. La sala se llenó de vapores fétidos, el zumbido de fusión electrónica y confusión, el cáustico aroma de los circuitos incendiados: el suelo se llenó de añicos de cristal procedentes de la implosión de los tubos catódicos.

Cuando pareció que las puertas no iban a aguantar más ante la presión externa, el doctor Wiener se quitó la peluca, el bigote y la bata y los metió en una de las computadoras que estaban ardiendo. Luego derramó aceite de cocina en el suelo, apagó las luces fluorescentes, tapó con cinta aislante los interruptores de la luz, se agazapó bajo un escritorio que estaba situado cerca de las puertas de entrada y esperó.

El bastón se rompió, las puertas se abrieron de par en par, los guardas de seguridad entraron atropelladamente. En la oscuridad.

—¡Luces, encended las luces, las luces!

—No encuentro los interruptores. ¿Dónde están los interruptores?

Los pies resbalaban, los cuerpos caían al suelo. Un hombre echó mano de su linterna: un penetrante halo de luz abriéndose paso entre el humo y la niebla. Vio que alguien había quitado la tapadera del conducto de aire acondicionado.

—¡Eh, por aquí, está en el conducto de refrigeración, ese cabrón idiota intenta escapar por el conducto, lo tenemos, por aquí chicos!

Cuatro hombres se estamparon contra el suelo, se deslizaron, resbalaron, intentaron ponerse en pie. Uno de los guardias consiguió controlar su derrape, quitó la cinta aislante de los interruptores y encendió la luz. Tanteando a través del denso humo, los otros golpeaban el conducto de ventilación con palos y linternas.

—Muy bien, tronco, se acabó la gracia, sal de ahí...

El doctor Wiener entretanto recorría el pasillo ante los vacíos despachos, decentemente vestido con una gorra de *tweed* y su traje azul de sarga comprado en Goodwill, cargado con su gran pero prácticamente vacío maletín. Sonriendo, se cruzó con la supervisora que estaba parada en la puerta del corredor, inclinó la cabeza educadamente en señal de saludo y se montó en la escalera mecánica que subía. Ella no dijo nada pero se le quedó mirando, observó cómo ascendía sin moverse —una asunción milagrosa— hacia el *lobby*. De repente empezó a gritar, señalándolo:

—¡Es él! ¡Es él!

Empezó a escalar las escaleras mecánicas persiguiéndolo enfebrecida. El doctor Wiener vació una bolsa de canicas conforme avanzaba, se llevó una mano a la punta de la gorra y desapareció.

20. El retorno de Bonnie

En las profundidades del culo del mundo, pasada la tierra de los *hoo-doo*s de piedra desnuda, caminaba, caminaba y caminaba. El sol del mediodía resplandecía tras un cielo seminuboso y no había nada de viento, ni rastro de brisa. Se detenía a menudo para beber de las cantimploras que llevaba en su pequeña mochila y cuando se encontraba, de vez en cuando, con un charco de agua de lluvia que se evaporaba silenciosamente en una cuenca de roca resbaladiza, se ponía de rodillas, como si estuviese orando, hacía un cuenco con sus manos y las hundía en el charco y bebía. El agua estaba tibia pero limpia, dulce, pura, sin otra cosa que no fueran larvas de mosquitos, unos cuantos de esos pequeños crustáceos extraños conocidos como hadas de camarón y el raro sapo con espuelas. Sus presencias en los charcos, lejos de repelerla, atestiguaban la pureza del agua. Llevaba dos litros de agua mineral en la mochila pero prefirió guardarlos mientras pudiera. Recordaba bien que la caminata le exigiría cinco o seis horas de buen ritmo pero —pero eso fue años atrás, con clima más fresco y sin un feto en las entrañas.

La ruta —no era un camino— era difícil de seguir. Los viejos mojones de piedra estaban en su sitio, tres pequeñas piedras lisas puestas una encima de otra, colocadas en puntos estratégicamente altos en el sendero para que, desde cualquiera de ellos, al menos otros dos pudieran ser vistos. Pero no había otras señales de ninguna clase y la mayor parte de la ruta avanzaba sobre sólida roca deslizante, siguiendo los contornos de los salientes, evitando atajos a través de los lechos arenosos y los pisos criptográficos que pudieran quedar marcados por huellas discernibles a la vista. Por supuesto, incluso en la piedra y especialmente en la piedra arenisca, el tráfico suficiente de pisadas pueden crear un camino. Pero esta era una ruta secreta, usada muy raramente, conocida sólo por sus descubridores y unos pocos amigos.

Con mucho esfuerzo siguió adelante, firmemente, con su gran sombrero de paja sombreándole la cara, una camisa amplia y de manga larga empapada en agua para que se mantuviese fresca, holgados pantalones cortos —le llegaban a la rodilla—, buenos zapatos sólidos pero ligeros para caminar. Llevaba una vara larga en una mano, para las serpientes y para apoyarse cuando hubiera que bajar cuestas empinadas. En la otra mano un mapa topográfico de gran escala que consultaba de tanto en tanto cuando el camino parecía bifurcarse.

Recordaba bien la mayoría de los puntos de referencia, pues ella misma les había puesto nombres para sí (él sin embargo rechazaba ensuciar con etiquetas humanas objetos naturales más antiguos que la propia humanidad y destinados a sobrevivirla): la Copa de Venus, un peñasco en forma de vasija de veinte pies encaramado sobre un largo y delgado pedestal Moenkopi de barro fosilizado; la Aguja Candelabro, un delgado pilar cónico de piedra arenisca de cien pies de altura; el Trono de Cleopatra,

un monolito Navajo de dorada arenisca del tamaño de la Ayer's Rock que está en el centro de Australia; el Playhouse, un sinuoso laberinto de túneles, ventanas y corredores que se cortaban corroídos y erosionados a través de una masa de fracturas de piedra; el Skyline de Manhattan, una hilera de bloques y altos pináculos sobre una estribación; los Anteojos, un par de arcos naturales, cada uno lo suficientemente grande como para que pasara a su través una avioneta, situados de lado a lado en una aleta independiente de la arenisca de Entrada; el Arco de la Decepción, que no se hace visible hasta que no te has metido muy dentro y descubres de repente una inmensa claraboya a través de la que la propia ruta te lleva; la Poco Vista Polla de Seldom, un erecto eje de barro fosilizado de color púrpura coronado por una abultada perilla de arenisca roja; el Camino Común, una sinuosa grieta en la piedra de seiscientos pies de longitud, de cincuenta a cien pies de profundidad y dos o tres pies de ancho. En el punto más estrecho, al que ella había denominado la Miseria de la Chica Gorda, se quitó la mochila y se colocó de lado para poder pasar a través; una vez hecho eso, avanzar sería más fácil. No lejos de la boca del Camino Común se encontró con el primero de una serie de tanques de agua —los estanques de la Salvación— ubicado bajo un enebro gigante: se quitó los zapatos y los calcetines y se encendió un porro. Relajada, apaciguada por la tranquilidad que la rodeaba a ella y a su plácida sombra, dejó reposar la espalda contra el tronco del árbol, entrecerró los ojos y se dispuso a soñar cuando se dio cuenta, con sorpresa y disgusto, del condón usado que estaba en una repisa cercana, medio escondido entre piedras insuficientes. No hacía mucho que lo habían usado a juzgar por la fila de pequeñas hormigas negras que iban y venían de la boca de la cosa abrevando los restos del rico contenido y cargando con ellos de vuelta al cuartel general.

La mujer cortó una ramita del junípero, alcanzó con ella el condón y lo llevó hasta el estanque, depositándolo en un montoncito de hierba marrón en el borde del piso de arena. Sacó entonces una caja de cerillas del bolsillo de la camisa, encendió la hierba seca y miró cómo el condón se encogía, se derretía, se encendía, se quemaba y desaparecía entre las llamas.

«Ese bastardo», pensó, «ese hijo de la gran puta, se ha traído a alguna chica aquí, a nuestro lugar, a nuestro estanque sagrado y secreto, y se la ha tirado aquí bajo nuestro árbol especial y personal. La sucia puta —me pregunto qué aspecto tendrá, probablemente ni siquiera tenga edad legal, será una estúpida muchachita que acaba de terminar secundaria—, podrido bastardo, ¿cómo ha podido hacer una cosas así? ¿Aquí? En nuestro mágico país de hadas sacado de Rodolfo Tamayo y Salvador Dalí y el arte de la New Age y los Corazones del Espacio, ¿cómo ha podido? Ese sucio y feo ignorante malhablado traicionero sapo que no vale un puto duro».

Su primera reacción fue cargarse otra vez la mochila y volver por donde había venido hasta alcanzar el final de la carretera donde quedó su pequeño Suzuki cuatro por cuatro. Pero cuando sintió el peso de la mochila —como un lingote de arrabio entre sus omóplatos— y recordó las seis siete ocho millas de piedra y después arena

bajo el sol de la tarde... entonces vaciló, se lo pensó otra vez, volvió a la sombra del enebro y siguió pensando.

«¿Por qué no te vas?», se preguntó a sí misma. «Vamos a prestarle a ese hombre un pedazo de nuestra mente, el borde áspero de nuestra lengua, vamos a dejar caer una piedra sobre su cabeza. Hagámosle saber qué pedazo de bastardo está hecho, en caso de que lo haya olvidado, lo que es bastante probable dado lo sucio hijo de puta que es».

»Además... está cerca. Puede que tenga algo bueno de comer, por ejemplo ternera escalfada con pan de maíz. Y agua fresca. Puedo dormir en su catre esta noche (por supuesto sola) y no tener que hacerme un ovillo en el suelo con todas esas tarántulas y escorpiones y chinches y esos pequeños lo que sean que se te meten en los oídos toda la noche y no dejan de patinar por tus tímpanos. Y qué placer poderle decir lo que pienso de él cara a cara y si trata de agarrarme yo entonces... le... entonces... ¿entonces yo, qué? ¿Echo a correr? ¿Me subo a un pino? ¿Le doy un rodillazo en los huevos? ¿Saco la 32 y le pego un tiro en su peluda panza cervecera? ¿Me cogería por los tobillos y me haría girar por encima de su cabeza como, como... como una danza apache? Supongo que no».

Sonriendo inconscientemente, siguió adelante, hacia arriba, entre y debajo y alrededor de más maravillas producidas por la paciente erosión y la vieja geología, hasta que llegó al último de los grandes estanques situados antes de su guarida. Esta vez no se trataba de un estanque meramente ornamental como el primero, donde ella encontró el condón, sino de una verdadera bolsa de agua en la pendiente de diez pies de profundidad, diez de ancho y veinte de largo, encerrada entre paredes de arenisca desnuda. Dos enebros crecían cerca. El agua era de un verde oscuro, pero la invitaba, debía estar fresca y le ofrecía una última oportunidad de refrescarse antes de descender al escondite del bandido. Se desvistió rápidamente y se dirigió aliviada hacia el agua, agachada sobre los talones, deslizándose, y saltando por fin dentro de la marmita. Cuando ya estaba en el aire recordó algo que no debería haber olvidado: la cuerda.

Demasiado tarde. Las aguas, frías como esperaba, ya le cubrían la cabeza. Los pies no tocaban el fondo. Sacó la cabeza buscando aire y en dos brazadas llegó al borde del agua. Tratando de no quedar sometida por una ola de pánico, puso una mano sobre la piedra inclinada y trató de salir fuera del agua. No pudo: no podía encontrar nada donde agarrarse, nada donde poner manos o pies o dedos, todo era lisa arenisca, sólo ligeramente rasposa.

«Tranquilidad, tranquilidad», se dijo a sí misma; «cálmate, trata de pensar». Exigiéndose calma, flotó de espaldas y miró al óvalo de azul que tenía encima de la cabeza, una cresta de bordes duros de una nube nevada que empezaba a mostrarse por un lado de su trozo de cielo. Era como mirar desde el fondo de un pozo. De nuevo sintió una oleada de frío miedo en el corazón y en las entrañas. De nuevo pujó por borrarlo. «Piensa, mujer, piensa».

¿Gritar pidiendo ayuda? Podría servir, quizá sirviera si gritaba lo suficientemente fuerte, quizá él la escuchara allá en su guarida situada en el borde, allá abajo, a no más de una milla de distancia.

Era posible, pero improbable. Demasiada arenisca monolítica navajo entre este punto y aquel, demasiadas paredes y torretas y colinas, y agujeros, y grietas, y gibas para que una voz humana las pudiera atravesar, demasiado incluso para que pudiera superarlos un gemido provocado por la angustia extrema.

Lo intentó de todas formas, claro que sí. Por el momento no se le ocurría ninguna otra cosa. Se trasladó a la protuberancia de piedra más cercana, sacó la cabeza y los hombros de la presión del agua y ensayó un par de aullidos tentativos. Sonaron extraños, patéticos, completamente inútiles. «Aunque me oyese», se percató entonces, «¿cómo podría localizar de dónde procede la voz allá abajo, en una confusión de ecos que rebotan y ecos de ecos?».

«Oh, Dios mío, esto es ridículo. Absurdo. Reuben», pensó, «Reuben, no puedo morir ahora, mi querido precioso dulce pequeño Reuben, no puedo morir ahora, aquí, tan pronto, demasiado pronto, él me necesita, me necesita, oh mi único mi solo querido pequeño solitario ángel de niño...».

»Le dije a Doc que volvería mañana por la noche. No le dije naturalmente dónde iba. Mentí sobre eso, por supuesto. Él sabrá dónde buscar a Reuben cuando yo no vuelva pero ni soñaría con saber dónde buscarme. Y aunque lo hiciera y aunque me encontrase, yo estaría, yo estaré, ah, hmmm, cómo decirlo, muerta. Pálida e hinchada y muerta, sin mostrar nada a la superficie salvo mi gran culo blanco, flotando en esta trampa mortal».

Recordó un verso extraño procedente de un extraño libro: «Las mudas, implacables nalgas de los ahogados». «Esa soy yo». Esa es la vieja Abzug, muda, implacable, boca bajo y callada por fin, por siempre jamás. Le salió una risa boba, tembló, sintió las lágrimas de autocompasión resbalando por sus mejillas.

»Pobre Doc, me echará de menos. Pobre viejo torpe e indefenso, ¿cómo se las va a arreglar sin mí? ¿Y con un niño de tres años a su cargo?

»Seldom también me echará de menos. El buen Seldom, ese dulce hombre maravilloso, me echará de menos. Siempre me quiso. Podría haber sido su cuarta mujer cuando quisiera. Debería haberlo hecho quizás, excepto... que no tendría a Reuben. Sí, no hubiera tenido a Reuben sin Doc.

»Perdóname Doc.

»¿Y en cuanto a él? ¿Él? El zoquete. El sapo. El gorila. El bastardo mentiroso guarro furtivo. Él y sus proyectos disparatados. Él y su necesidad de autodestruirse. Sus meados en el fregadero de la cocina. Su sonarse los mocos en las manos y secársela en una roca. Su limpiarse el culo con hojas de enebro. Bebiendo cerveza, siempre bebiendo cerveza y aplastando las latas para tirarlas a la carretera. Su boca llena de basura, siempre jurando, no puedo hablar a menos que lo jure, decía, no puedo ni siquiera pensar si no puedo jurar.

»Pienso, luego juro.

»Pienso, pienso, reía ella. «Supongo que pienso, luego supongo que soy».

»Y menudo amante agresivo y brutal e incansable, ese bastardo, siempre con prisas, siempre mirando tras su espalda porque piensa que alguien lo está vigilando, alguien con una pistola, un enemigo. “El Enemigo”, decía. El Enemigo está en todas partes. Menos mal que me corro pronto, soy de gatillo rápido...».

—¡George! —gritó, alto y claro—. ¡George! —gritó de nuevo.

Esperó, jadeando por la falta de aire. Escuchó. Sólo el silencio como respuesta. Ni siquiera el graznido de un cuervo, ni siquiera el gemido de un halcón de cola roja. Ni un reyezuelo de cañón, ni un solitario del desierto. Nada. La sola respuesta que se obtiene cuando se apela al cielo. Ni el aleteo de una paloma de pluma azul bajando en espiral desde la falsa beatitud de arriba.

Temblaba. El frío estaba traspasándole la carne, infiltrándose en sus huesos. Piensa, querida mía, piensa, debe haber una manera de, bueno, escabullirse de aquí. De deslizarse como una serpiente, como una babosa, como una de esas cosas babosas con tentáculos.

Miró de nuevo hacia el estanque, tratando de calibrar el ángulo de las diversas pendientes curvadas de piedra. Las que estaban más cerca del agua eran las más pronunciadas, pero unos cuantos pies más altas, sólo dos o tres o cuatro pies más alto, las pendientes empezaban a curvarse hacia fuera, suavemente, hacia la horizontalidad.

Nadó hacia el que le pareció el gradiente más accesible, nadó rápido, fuerte para impulsarse fuera del agua como una trucha hambrienta, con los brazos extendidos, para agarrarse a la roca. Sus dedos no encontraron nada, pero alguna otra cosa, algo adiposo, consiguió pegarla a la pendiente de piedra, y allí se mantuvo, fuera del agua de cintura para arriba.

«Son mis tetas», pensó. «Gracias a Dios por estas tetas grandes. Grandes tetas mojadas, el poder succionador de un par de chuponas para desatascar, gracias a Dios, son ellas las que me van a sacar de aquí. Ya sabía yo que iban a servirme de algo alguna vez».

Quizás. La mitad de ella estaba fuera del agua pero ¿qué hacer ahora? Si trataba de moverse se perdería la succión, se rompería el sellado y su piel desnuda se deslizaría otra vez hacia el tanque de agua. Hacia el pozo de los sacrificios. «Pero por Dios, no soy virgen, soy una veterana, y si piensan que pueden ahogar a la vieja Bonnie Abzug como a una rata en un barreño tendrán que pensar en otra cosa, los muy cerdos. Se lo demostraré».

Pegando las manos, los brazos, el pecho y el vientre a la roca, colocó sus piernas en postura de rana, torciendo las caderas, y reptado como una ameba, ganó unas pulgadas hasta que su culo consiguió sacar la mitad de su extensión del agua: sintió una fría evaporación en la hendidura entre las cachas. Descansó un minuto, luego repitió el movimiento de nuevo y ganó otras seis pulgadas. De nuevo se paró a

descansar.

—¿No te rindes todavía?

Reconoció la voz burlona pero no se atrevió a mirar hacia arriba. Cualquier movimiento descuidado la devolvería a las aguas del tanque. Una cuerda Perlón de trenzado azul y dorado se deslizaba hacia ella, bajaba por su brazo derecho y su cadera.

—Coge la puta cuerda —dijo él—. Te subiré.

«Vete al infierno», se murmuró ella para sí. «Puedo salir de aquí sin tu ayuda».

Él esperó.

—¿No? Vale pues, menéate como un renacuajo, como si me importara. Siempre me han gustado los espectáculos gratuitos.

«Bastardo», pensó ella. Cogió la cuerda con ambas manos, se agarró fuerte, colocó las rodillas detrás y empezó a subir por la pendiente de arenisca curva, usando la cuerda sólo para sostenerse, desdeñando la mano que él le extendía.

Él estaba al lado de su pila de ropa, la cuerda amarrada alrededor del pecho, sonriéndole como solía hacerlo. Como ella odiaba que hiciera.

—Gracias —dijo educadamente, agachándose para coger su ropa interior.

—¿Cuál era tu gran puta idea? ¿Nadar en mi puta agua de beber? ¿Es que no tienes educación, mujer? ¿No guardas la etiqueta del desierto?

Ignoró su comentario, subiendo el dobladillo de su ropa interior por la redondez de sus nalgas; se colocó el sujetador y se llevó las manos a la espalda para engancharlo entre sus omóplatos. Él la miraba, fascinado.

—¿Porqué se enganchan esas cosas por la espalda?

—No babees. No es de buena educación. —Se agachó para coger la camisa y los pantalones cortos—. Recoge tu lengua.

—Estás tan hermosa como siempre, Bonnie, no puedo evitarlo. —Tiró de la cuerda hacia arriba—. ¿Sabes cuándo fue la última vez que vi una mujer desnuda?

—¿Por qué siempre tienes que decir algo bonito para estropearlo con algo estúpido? —Se abotonó la camisa, se sacudió el largo pelo mojado apartándolo de sus ojos y luego lo miró con su mirada más fría. Esos ojos violetas.

—En cualquier caso este es un viaje de negocios, estrictamente, George. No te consientas ponerte muy caliente y molestar. Estrictamente negocios. —Se puso los pantalones de excursionista—. Y en cualquier caso ya no soy hermosa de todas maneras. Me he puesto gorda. Mira esto —y le mostró el abultado abdomen—, estrías.

—¿Estrías? ¿Qué cojones? Me gustan las estrías. Las estrías son hermosas. Tú eres hermosa, no me importa lo que digan los demás. Tienes un vientre hermoso. Déjame besarlo. —Dejó caer la cuerda al suelo.

—Aparta, George, tranquilízate. Ve y date un baño. —Se cerró la cremallera de los pantalones, se metió el faldón de la camisa dentro de los pantalones, se sentó en la roca para ponerse los calcetines y los zapatos.

Hayduke miró abajo al oscuro tanque de agua.

—De hecho es para lo que he venido —dijo y se quitó las sandalias.

—¿No has venido a rescatarme?

—Oh, bueno, escuché un aullido, pero si hubiera sabido que eras tú me hubiera vuelto a dormir. —Se desabrochó el cinturón con la pistola, se desabotonó y quitó sus raídos Levi's cortados. Dado que no llevaba ni camisa ni calzoncillos se quedó desnudo. Se agachó a coger la cuerda y buscó el enebro más cercano donde anudar un extremo. Bonnie, con la espalda apoyada contra un saliente, puso un pie sobre el velloso culo de Hayduke y dio un empujón para hacerlo caer en el tanque. Piernas y brazos a voleo con movimientos reflejos involuntarios—. ¡Me caigo! —Chocó contra la superficie dándose un panzazo, fue hasta el fondo y subió, flotando como un muerto, la cabeza, los brazos y las piernas le colgaban debajo del agua. Hayduke mostraba al cielo y a los ojos de Bonnie el mudo, implacable culo de los ahogados. No se movía, se dejaba llevar suavemente por el oleaje de su propia sacudida.

Bonnie lo miró:

—¿George?

No hubo respuesta.

—¡George! —gritó ella.

No hubo contestación.

—Oh, Dios mío. —Ella dio un paso adelante en la pendiente hacia el tanque, luego se acordó de la soga. Rápidamente la cogió, ató un extremo al tronco del enebro, intentó hacer un nudo de bolina pero no conseguía recordar cómo se hacía, se decidió por un lazo de abuela y lo aseguró con dos espontáneos pero satisfactorios enganches. Lanzó el extremo libre de la cuerda hacia el agua, se quitó los zapatos sin anudar y se preparó para saltar.

George había aguantado la respiración tanto como había podido. Riendo a carcajadas y resoplando en busca de aire, sacó la cabeza del agua, se quitó el pelo y el agua de los ojos, cogió otra vez todo el aire que pudo y metió la cabeza bajo el agua, dejando a la vista sólo su trasero pálido, su agujero del culo, sus arrugadas pelotas. No era una visión agradable.

Ella se asomó al borde. Vio que Hayduke emergía del agua de nuevo, sonriéndole como un delfín mientras nadaba hacia la soga que ella había deslizado por la piedra hasta que el cabo quedó bajo el agua. Bonnie tiró de la cuerda hacia arriba. Hayduke se impulsó en el aire, lanzando una mano hacia la punta de la cuerda levantada. No la alcanzó, gruñó y volvió a caer al agua, dejándose descansar en el borde del tanque. Como había hecho antes, Bonnie, buscó el modo de subir gateando, buscó algo a lo que agarrarse. Pero sabía bien que no había nada a lo que agarrarse. Se relajó, flotó de espaldas, mirándola allá arriba. Había recogido toda la cuerda y la había echado al suelo, a sus pies.

—Muy graciosa —sonreía él, pero no tan cariñosamente como antes—. Bien, mierda... vamos, tírate, el agua está buena.

—Creo que no —se puso sus zapatos de nuevo—. Ya he tenido suficiente por hoy.

—Ya, entiendo, está bien, oye, tírame la cuerda. ¿La has anclado?

Bonnie volvió a reírse.

—Por qué no usas tus tetas, campeón. —Se anudaba los zapatos—. Si yo pude también puedes tú.

Él sonreía, llevándose una mano a los pequeños y fríos pezones, el abultado pecho lleno de pelo, el liso estómago sembrado de músculos. De hecho Hayduke estaba en bastante buena forma, a pesar de la cerveza: nada de tejido adiposo o carne colgante en ninguna parte de su cuerpo, con excepción acaso de su cerebro.

Bonnie se puso en pie y se colgó la mochila, lista para partir.

—¿Te vienes?

—Lánzame la puta cuerda, Bonnie.

—¿Cómo? Un gran hombre como tú ¿necesita de verdad una cuerda para salir de esa pequeña y monísima piscina?

Él la observó, fingiendo aburrimiento, y luego examinó sus uñas. Ella cogió su cinturón, muy pesado por culpa del revólver enfundado, el cuchillo de combate y los agujeros llenos de cartuchos.

—¿Quieres tu pistola? Te lanzaré tu pistola. —Usando las dos manos se preparó como si fuera a lanzarle todo el equipo.

—¡No, para, no lo hagas!, como tires eso a la puta agua voy a hostiar tu... voy a...

—¿Vas a qué?

—A besarte. ¿Vale? Ahora lánzame la cuerda, Bonnie.

—¿Cuál es la palabra mágica?

Él ensayó su más ancha y falsa y acogedora sonrisa.

—¿Por favor? ¿Mucho por favor? ¿Mucho por favor con caquita de bebé?

—Eso está mucho mejor. Pero ahora hay algo que quiero que me expliques, Hayduke. ¿A quién te trajiste ayer aquí?

Él la miró sorprendido.

—¿Aquí? ¿Conmigo? ¿Qué quieres decir?

—Dejaste tu condón por ahí, Hayduke. Lleno de hormigas y ya sabes qué más, patán fornicador piojoso lleno-liendres.

La miraba desconcertado. Luego se le encendió una bombilla.

—Oh, sí. Love. Fue Love, Bonnie. Antes de ayer. Love y esa...

—¿Le llamas «Amor»? Yo lo llamo putada, bastardo. Dios, me pones enferma, sois todos igual. Peores que cachorros de perro.

—El reverendo Love, el reverendo Love, me refiero a él. —Suspirando exasperado, se explicó.

—Y tú sentado ahí —dijo ella—, ¿espiando a dos personas que hacían el amor? Eso es patético. Quiero decir, que es de enfermos. —Empezó a alejarse—. Creo que

voy a dejar que te ahogues.

—¡Bonnie! —ella se detuvo—. Por el amor de Dios, Bonnie, ese pederro estaba a solo una milla del campamento. De mi campamento quiero decir. Y esa puta *rangeretta* gorda con pistolas estaba con él. Nos estaban buscando. Ellos son los que espían.

—Aún creo que es de enfermos. Degenerado. ¿No muestras la menor simpatía, George, el más mínimo respeto por lo más sagrado, la cosa más hermosa que un hombre y una mujer pueden hacer juntos?

—¿Te refieres a follar? Bueno, claro, sólo que... claro. Lo que más me gusta hacer es mirar. A todas horas. Todo el tiempo. Como ahora.

—No tienes suerte, Hayduke. Soy una mujer casada. —Y le mostró su anillo de oro—. Y quiero seguir siéndolo.

—Vale vale. —Se estremeció, mirando hacia arriba. Sus labios se estaban volviendo un poco azules—. ¿Puedes pasarme la cuerda ya? ¿Cómo era? ¿Por favor? ¿Por favor, Bonnie? ¿Mucho por favor con azúcar? ¿Con azúcar moreno? ¿Blanca? ¿En polvo? ¿La cabrona granulada?

Le dio una patada al extremo de la cuerda para mandársela y desapareció. Cuando él alcanzó el extremo de la cuerda cinco segundos después ella ya se había ido, junto con los pantalones cortos de él y sus sandalias. Con el culo al aire, descalzo, cargando su equipo militar, masajeándose su enfriado, estremecido y retraído equipo orgánico, danzó sobre la piedra caliente y la alcanzó bajo la gran bóveda de roca desnuda de la que colgaba su campamento secreto. El lugar de Hayduke, el escondite del forajido, el gallinero del combatiente. Fuerte Heiduk, como el doctor Sarvis lo llamó una vez.

Bonnie esperó junto a la argolla de hierro clavada en la piedra del voladizo. Sonreía recordando cosas, en cuclillas, con la barbilla entre los pulgares, y mirando al laberinto de cañones que había abajo, pináculos y agujas, arcos y rocas en precario equilibrio y paredes de piedra más allá, camino del Gran Cañón y el laberinto de cerros, cuellos de volcán, mesetas, altiplanicies y crestas de montaña nevadas y cubiertas de una niebla azul en el lejano sur.

Hayduke se acercó, también agachado —el mono desnudo— y sin decir una palabra pasó la cuerda a través del pulido y suave ojo del perno hasta la mitad y arrojó el resto, en formación paralela, hacia la cima del acantilado donde quedó enganchada.

Sacada de su ensoñación, Bonnie miró la argolla y la cuerda y se estremeció:

—Oh, Dios, George... ¿tenemos que hacerlo así? ¿*Abseilen*^[33]?

—No, tú no tienes. Coge el puto caminito si es lo que quieres. Eso te llevará dos horas, esto dos minutos. Escoge.

De los bolsillos de su pantalón sacó un cabestrillo de nailon blanco y tres mosquetones de seguridad, dos de ellos con barra de freno. Ella miró al borde, el abismo de aire insustancial de abajo.

—Odio esta manera de alcanzar el borde.

—Escoge —le ofreció el cabestrillo ya hecho, que se parecía, más o menos, a un suspensorio de hombre.

—Oh, señor —suspirando temerosa, dio un paso adelante y se pasó la cuerda de manera holgada por la entepierna y más firmemente por las caderas. Hayduke la observó, mostrando interés.

—Ponte los pantalones —dijo ella.

Ignorando su sugerencia, pasó la doble cuerda por la eslinga con los mosquetones, corriendo por encima de las barras de freno, y lo comprobó y lo verificó otra vez por seguridad.

—Ya estás lista. Allá vas.

De espaldas al borde, miró sobre su hombro hacia la horrible caída. Cincuenta pies en línea recta, en caída libre, y luego sesenta yardas de través sobre una pendiente aguda hacia la cueva de Hayduke.

—Oh, detesto esto. —Ella lo miró, abriendo de par en par sus hermosos ojos, sus enrojecidos y abultados labios temblando—. ¿Me amarrarás?

Él sonrió.

—¿Dilo otra vez?

—Amarrarás, cholito, amarrarás.

—Sólo tenemos una cuerda, Bonnie.

—Tengo una en la mochila. —Ella le dio la espalda—. En el bolsillo de abajo.

Él deslizó la cremallera del bolsillo de abajo y sacó su cuerda de escalada de noventa pies. Más pesada de lo necesario, más corta de lo que debiera, pero servía para amarrarla. Se quedó tras ella y pasó un extremo de la cuerda por su pecho, bajo sus brazos, y la aseguró con una bolina. Y después de eso, incapaz de resistir la tentación de estar tan cerca —¿qué hombre podría?— la abrazó, cogió sus pechos, mordisqueó su cuello y sus orejas, olfateó la fragancia de la cascada de su pelo castaño.

Ella se puso rígida pero no se resistió:

—George... George... Sólo negocios, ¿recuerdas?

—Recuerdo.

—De todas formas estoy preñada.

—Yo también.

—Sí, bueno, quita esa cosa con goteras de mi espalda. —Ella se dio la vuelta en sus brazos, y él olfateó en los botones de su camisa, buscando su ombligo—. Grosero. Quieres ponerte los pantalones por favor—. Ella se dio la vuelta hacia el abismo que quedaba abajo.

—Negocios —repitió—. He venido por negocios. Negocios sólo.

Él le sonrió, todo dientes y bigotes, ojos locos y cosa peluda.

—¿Qué clase de negocios tienes en mente?

—Ya sabes a lo que me refiero. Me dijiste que viniera. Ahora, termina de amarrarme, maldita sea, o me voy a mi casa. He sido una estúpida por venir... —

Agarrada a las cuerdas se recostó, mirando abajo—. Dios mío, esto es nauseabundo. —Cerró los ojos y empezó a descender, muy lentamente, pasando la doble cuerda a través de los mosquetones y sobre las barras, aferrándose a la cuerda de seguridad con la otra mano. No porque lo necesitara, sino por miedo instintivo.

Hayduke la sostenía, una pierna puesta sobre la argolla, la cuerda de Bonnie rodeándole la cintura, el pecho y sobre un hombro. Ambas manos en la cuerda, la iba soltando conforme ella descendía.

—Vale —gritó ella desde abajo, fuera de su vista—, dame holgura, suéltala.

Hayduke aflojó y miró sobre el borde. Ella ya estaba en el nicho de abajo según revelaba el curso de la cuerda, fuera de su vista aún.

—¡Suelta! —gritó ella—. Él tiró de la cuerda de seguridad, la enrolló, la ató y se la colgó de un hombro, se ciñó su arma, cogió la cuerda doble de *rappel* y se preparó para descender. Prefería bajar al estilo campamento militar, una mano detrás de la otra, en vez de esperar a que Bonnie saliera de la eslinga, lo que iba en contra de todas las medidas de seguridad, por supuesto, pero con brazos como los suyos, con aquellas manos, a Hayduke no le preocupa caerse. Además, así evitaba la fricción y que la cuerda le hiciera una quemadura en el culo al aire.

—Vaya por Dios, compañero. —Casi olvida los pantalones cortos. Alcanzó la prenda, no por bien de la modestia sino por vanidad, pensando en el espectáculo que estaría ofreciéndole a la amiga que esperaba abajo. Orgulloso como estaba de su cuerpo bien musculado, no quería que la señora de Sarvis estudiase su perineo conforme descendía. No era de veras una belleza por sí mismo. Por lo demás y de todas maneras necesitaba los cinco bolsillos. Un hombre sin bolsillos es como... ¿como qué? ¿Cómo un canguro sin su bolsa? ¿Cómo un hombre sin su canguro? ¿Sin una mujer? Eso es: un hombre necesita un lugar donde meter sus cosas. Sonriente y desesperado, sudoroso y feliz, absurdo y hambriento, según era su modo habitual de sentirse, George W. Hayduke dejó el borde y empezó a deslizarse por la cuerda.

Quince segundos después la cuerda tensa empezó a temblar, deslizándose en un solo sentido a través de la argolla, rápida y fácilmente aunque no demasiado vertiginosa. El extremo libre de la cuerda se acercó, se deslizó a través del ojo del perno y desapareció, como una larga serpiente con suficiente prisa pero sin pánico.

(Silencio. Murmullo de voces).

Luego el sonido de un débil chillido femenino —luego su secuela, una risa femenina—, luego el cálido y feliz sonido, el sonido tranquilizador, el universal e irresistible y concluyente sonido de dos voces alegres, hombre y mujer, mezclándose en un juego universal.

Sólo los halcones y las águilas escuchaban desde el borde superior, sólo las palomas y las codornices y las urracas cañón abajo. No hay nadie aquí salvo estos pollos, Doc.

21. El retorno de Doc

Turno de Doc.

Derrotado por agotamiento nervioso, físico, mental y moral (bastante justificado) y, en consecuencia, con necesidad de un breve interludio de espacio, aire limpio, tranquilidad, soledad y renovación espiritual, tomó prestado el pequeño Suzuki Sepuku de ella y se dirigió al desierto. Como debe hacer todo hombre sabio, en primavera, en el otoño de su alma, cuando la necesidad es grande. Donde todos los profetas hebreos fueron a regenerar sus visiones, donde los chamanes indios y los místicos hindúes encontraron sus oráculos, donde el gran Lao-Tse fue enviado (Sinkiang) cuando el guardián de la frontera le detuvo el tiempo suficiente como para que escribiera su gigantesco libro de final apenas abierto (*Tao Te King*).

Le dijo que volvería en cinco días. Pero tenía que explorar esa brecha metafísica. Ella lo entendió, su *bonnieta* esposa, y le animó a emprender el viaje con besos, galletas caseras, flores, pavo asado y un abzugiano polvo frenético de despedida que hizo que le temblasen los dientes, quedara deslomado, le fibrilara el corazón y se le pintase un suave y dorado resplandor sobre la cabeza.

Sí, había observado un renovado entusiasmo por el acto sexual (y una multiplicación de la ternura) en esa mujer suya, desde que volvió, no hacía mucho, de sus vacaciones en soledad. Dondequiera que hubiese estado. Doc nunca preguntaba sobre ese asunto, respetaba sus privadas necesidades de lo que quiera que fuese lo que necesitaba en tales ocasiones. ¿Se trataba acaso de un amante entre bastidores? ¿Sexo suplementario? Muy bien, podía aceptarlo con tal de que no se amargase con detalles, que no hiciese gala de nombres propios delante de él, que no hiciese nada pervertido o cruel. Él sabía que no era un gran amante, nunca lo había sido, y ya que casi le doblaba la edad no podía esperar que satisficiera los legítimos deseos animales de una mujer que rebosaba salud, plenitud, brío. Doc despreciaba la noción de lo que a veces se llamaba «matrimonio abierto»: le parecía una práctica triste y solitaria que desdecía por completo al matrimonio. Pero podía entender y vivir con la idea (o el pensamiento) de una Bonnie que disfrutaba de un amante secreto —hombre o mujer— mientras siguiera siendo secreto. Es decir, de buen gusto.

Así que le daba vueltas. «Somos personas civilizadas —mendas jodidamente decentes, ya me entiendes—. Sublimamos la pasión del amor y la búsqueda de la excitación intelectual. La honesta cólera pervirtiéndose en tolerancia benigna, la alegría degradada a mero placer, la rebelión canalizada hacia... los procedimientos legales, corteses cartas al director del periódico, proceso político».

En algún punto al sur de Panguitch, no lejos de la Big Rock Candy Mountain, el doctor Sarvis abandonó la solitaria autovía para tomarse unos minutos de descanso.

Se escondió tras un matorral de artemisa púrpura, como un caballero, se desabrochó el pantalón y orinó sobre una pequeña colina de hormigas. Las hormigas salieron rabiosas, con las antenas goteantes y las mandíbulas dispuestas a arrancar un trozo de carne. Doc volvió a tiempo, se abrochó la bragueta, sacó una botella de plástico, un embudo de plástico, una lata de WD-40 y un par de guantes del coche, y caminó hacia un camión de carga amarillo que estaba aparcado enfrente, el primero en una fila de silenciosas, asesinas y gigantescas máquinas, todas ellas salpicadas por lo que, a simple vista, parecía sangre seca. Barro rojo, quizás. Se puso los guantes.

«¿Cuántos meses, quizás años, he gastado», se preguntó, «sitiando mediante cartas a políticos, burócratas y al *New York Times*?... ¿Salvando el mundo?...».

Le quitó la varilla al motor del camión de carga, comprobó el aceite. Menos de medio cuarto. Insertó su embudo, le quitó el tapón a la botella y derramó sesenta gramos de arena pedregosa en la caja del cigüeñal, limpió la varilla con un chorro de WD-40 y la volvió a colocar. Se dirigió a la siguiente máquina.

«¿... sentado en tediosas audiencias públicas? ¿Preguntándoles por la polución a afables y evasivos senadores en cócteles? ¿Contribuyendo con fondos a malditas campañas?...».

Un coche pasó por la autovía. El conductor saludó con la mano y Doc le devolvió el saludo. El rojo sol se hundía en el oeste, el crepúsculo violeta se arrastraba desde el este. Sacó la varilla en el motor de un rodillo Komatsu y repitió el procedimiento anterior.

«... en quijotesca oposición a las campañas con fondos de Union Carbide, United Technologies, Exxon, Texaco, Getty Oil, Nuclear Syn Fuels, Betchel Construction, General Motors, Nissan Motors, Mitsubishi, Komatsu, por no mencionar Dow Chemical, Du Pont, Monsanto, Georgia-Pacific, Weyerhaeuser, Westinghouse...».

Le impuso el mismo tratamiento a una apisonadora Case, a un tractor Mitsubishi y a una excavadora Caterpillar como había hecho con los otros, jugando limpio, y luego —con la botella ya vacía— volvió al *jeep* japo de Bonnie y condujo hacia el sur en la oscuridad, en dirección al lugar que no le había mencionado a su esposa: Fuerte Heiduk.

—Hayduke. Heiduk: heiduk (hi dük), n. (del húngaro, Hzei, más allá, fuera de «djuzk», pared, recinto, pocilga), 1. Bandido, malhechor, forajido. 2. Soldado rebelde, insurgente, guerrillero. Salvador del mundo. Pero ¿cómo?, ¿por qué? Salvar el mundo era sólo un pasatiempo.

A medianoche cruzó la ciudad de Hotrocks —nada abierto salvo una gasolinera Circle K donde llenó el depósito—, atravesó la frontera del estado, pasó a Buckskin Tavern donde dos *cowboys* vomitaban sobre sus botas enteramente de *cowboys*, dejó la carretera pavimentada y siguió un camino de polvo hacia la franja de Arizona. Tierra pública: no tierra del hombre, no, ni de la mujer tampoco. Una región libre de población humana pero no deshabitada. Todo lo contrario: habitada hasta los topes, casi por entero por antílopes berrendos, por machos cabríos, por venados, por

caballos salvajes, tortugas del desierto, pumas, osos negros, coyotes, zorros y tejones y una serie de pequeños mamíferos, reptiles, pájaros, bichos, mariposas y detestables y bastante innecesarios arácnidos. Y la normal infección estacional del subsidiario ganado vacuno. Puso la directa, dejó la polvorienta carretera principal para coger una polvorienta carretera secundaria y de esta a una polvorienta carretera terciaria hasta un viejo sendero para *jeeps*, abriendo cierto número de puertas alambradas y dejándolas abiertas. La no escrita regla de la gente de campo era: deja las puertas como las encuentres. A Doc le parecían más atractivas en posición abierta. Algún día, pensó, llevaremos desde estas hediondas tierras pública hasta las autopistas, manadas de ganado, los devolveremos al lugar al que pertenecen, de vuelta a Texas, desde donde vinieron, para servir de alimento a los caimanes, para que sirvan a un propósito. Sacar a los ganaderos de las listas de asistencia social.

Cansado pero emocionado bajo las ardientes estrellas, regocijándose con la recuperación del sentido de su antigua libertad, tan breve, Doc aplanó un lecho entre dunas de arena y flores, desenrolló su saco de dormir sobre el lecho y se fue a la cama. «Ahora me acuesto a dormir». Su última visión, antes de que el sueño cayese sobre él, fueron dos meteoros con caminos que se cruzaban, derramados a través de la parte sur del cielo. ¿Combatientes que cruzaban sus espadas? ¿Un presagio de conflicto cósmico? ¿La firma de George Heiduk?

Los viejos se levantan temprano, no importa a qué hora se hayan acostado. Los ojos de Doc se abrieron en el gris crepúsculo del amanecer. Vio una rosa amarilla, los pétalos plegados, señalando hacia él con la brisa. Vio huellas de escarabajo como puntos de sutura en un banco de humedecida arena. Oyó el silabeo de la hierba barriendo su arco de dunas. Vio las patas de un caballo. Muchas patas.

¿Caballo?

Miró hacia arriba y vio la cabeza romana de un rucio anciano, la melena hirsuta, los oscuros ojos saltones y veteados de rojo, tan grandes como bolas de billar montadas en las cuencas de una calavera cubierta de fina piel. El caballo observaba a Doc, con unas briznas de hierba moviéndose en su floja boca, sostenida por un bocado de plateado níquel por el que le caía baba verde.

¿Bocado? ¿Bridas? ¿Riendas? ¿Un jinete? Sí. El Hombre Enmascarado iba sentado sobre su silla a lomos de su hundido caballo. Sus manos enguantadas descansaban en el pomo de la silla, con las riendas entre los dedos y una cuerda. Llevaba en la pequeña cabeza su gran e hilarante sombrero de *cowboy* de Hollywood, que una vez fue de blanco inmaculado y rígido como el cartón, ahora se había vuelto gris de suciedad, y sudor y sal, deshilachado y carcomido en los bordes. Llevaba puesto un *pullover* apretado, sin botones, con cuello de lazo y los pantalones y las botas y los dos grandes hierros de mango de marfil en las cartucheras con las fundas de montura plateada.

Otro caballo embridado, ensillado pero sin jinete, permanecía detrás del primero.

Doc se incorporó sobre un codo, asustado por esas apariciones. El hombre estaba

obviamente loco pero ¿era también peligroso? Doc no llevaba armas, nunca lo hacía, nada en sus bolsillos salvo una navajita, sus cristales de la suerte, unas pocas monedas. Miró en todas las direcciones: no había señal de Hayduke por parte alguna, aunque él sabía bien que había ingresado en el territorio de Hayduke. El problema con el concepto «espacio de Hayduke», por supuesto, era que los límites de ese espacio eran vagos, indefinidos, fluctuantes, altamente variables, recordaban en algunos aspectos el singular universo postulado por el matemático Albert Einstein, o sea, finito pero sin límites.

—Buen día —murmuró Doc.

El Llanero Solitario lo miró, montado sin moverse en una montura que no se movía, excepto por el movimiento de los pelos en la crin del caballo agitados por el viento del amanecer, el jinete y ambos caballos parecían tallados en madera.

—Bien. —Doc bajó la cremallera de su saco, sacó las piernas, perdidas en sus anchos pantalones caquis, se calzó sus mocasines. Algo se movió contra su pie descalzo. Un repentino horror, el pensamiento fugado a escorpiones, le hizo patear el zapato. Un escarabajo negro salió escupido al exterior y cayó rígido sobre la arena para después recuperar la compostura. Doc volvió a calzarse el pie. Miró al hombre sobre el caballo.

—Baja —le dijo—, voy a hacer café. —Se inclinó sobre el área de carga del Suzuki Sepuku, cogió una hornilla Coleman y la depositó sobre el capó—. ¿Dónde está Tonto? —Apuntó con su nariz al segundo caballo.

El Llanero Solitario no respondió a su pregunta. Era por lo demás una cuestión carente de sentido: si lo hubiese acompañado Tonto, ¿cómo podría ser él de verdad un llanero solitario?

—Dividieron la manta, ¿eh? —Pero Doc no siguió con el asunto. Todo el mundo sabía cuál era el fin de la saga. Doc vertió agua en el cazo y prendió fuego al gas—. ¿Y dónde está George? ¿Está por aquí?

Una débil sonrisa estiró levemente los labios del Hombre Enmascarado. La máscara, en este caso, se había convertido ya en un simple par de gafas de sol. Su mirada se desplazó desde la alta y voluminosa figura del doctor Sarvis a la todavía más alta y voluminosa duna de arena que había tras Doc.

Doc abrió una pequeña bolsa de papel que contenía su café colombiano favorito. Se había prohibido los plátanos y las uvas de mesa y las cervezas Coors, y la carne de vaca salvaje y luego cualquier carne de vaca, desde hacía años ya, pero no podía y no quería abandonar el café, no importaba cuán noble fuera la causa.

—Le pregunto —repitió el doctor al no obtener respuesta— si George está por aquí. ¿Los dos cabalgan juntos, no?

La arena empezó a derramarse por una cara de la duna. Aparecieron dos grandes manos, una cabeza con sombrero de cuero, una sonrisa con bigotes.

—¿Qué pasa, Doc?

Sarvis se sorprendió, pero supo disimularlo.

—Como si te hubiera olido, George. ¿Todavía tienes toda esa podredumbre bajo las largas uñas de tus pies?

—Sí... Y no pienso tomar el puto Nizoral^[34]. ¿Qué tienes para desayunar, Doc? Tengo hambre, y mi colega tiene hambre. Los dos tenemos hambre.

—Todo previsto, mi joven amigo. Abre esa nevera. Encontrarás todo lo que tu corazón paleta desea: la salsa de James Dean, Sowbelly bacon, bacon canadiense, bacon israelí (*kosher*), Francis Bacon, huevos Triple A, mantequilla de vaca, y por supuesto una caja de Dos Equis —la cerveza del desayuno—. Ya sé que no debía haberla traído porque no quiero agrandar las piedras de tus riñones, pero, bueno, francamente... —Baboseando, hablaba y hablaba y hablaba sin decir nada—. Doc hizo lo que pudo para controlar el temblor de sus manos, el frío seco en su corazón. ¿Por qué? ¿Por qué he tenido que venir? ¿Por qué lo he hecho? ¿Qué locura me ha superado? No quería volver a ver a este satánico muchacho mientras viviese...

Cuando escuchó la palabra «caja», Hayduke salió por completo de la duna, se sacudió la arena golpeándose como Miguel Ángel golpeó el mármol de Carrara donde estaba encerrado *David*. No, así no, prueba otra vez. Doc pensó. Pensó: «¿cómo alguna bestia ruda emergiendo de las arenas del Sinaí para encaminarse a Belén? No, no es eso. Piensa otra cosa. ¿Qué criatura, mítica o biológica, podría emerger de la arena? ¿La Esfinge de entre sus ruinas? ¿El misil Sidewinder? ¿Lawrence de Arabia? ¿El lagarto de cola de látigo? ¿Los indios papagos? ¿Una bruja de arena?, ¿un mago?, ¿una rana?, ¿una tortuga?, ¿un galápagos?». Nada de eso. Echó suficiente café para nueve tazas grandes en el agua hirviendo y añadió una más por si las moscas.

Hayduke le lanzó una botella de cerveza a su compañero, sentado en su caballo gris —el caballo reculó, la botella voló más allá del alcance del Llanero Solitario— y abrió una para Doc y otra para él. Chocaron las botellas.

—Dios santo, el viejo Doc. Sabía que vendrías.

—Salud. No era mi intención realmente, George. Me perdí en la carretera anoche. Hayduke sonrió.

—Claro. Apuesto a que sí. ¿Has traído algo de H.E.^[35]? ¿*Plastique*? ¿Gelatina?

—Ya no tocamos esas cosas.

—Muy bien. Asaltaré el almacén de explosivos de Love otra vez. Allí se consigue gratis. ¿Y qué hay del dinero? Necesitaría unos diez mil.

—¿Para qué?

—No necesitas saberlo. No todavía. ¿Los conseguiste?

—Puede que sí y puede que no. No te lo creerás, pero Bonnie y yo no manejamos ahora esa cantidad de efectivo.

—Nunca oí hablar de un médico pobre. Es tan raro como un puto ganadero pobre, senadores pobres, pobres promotores de tierra, pobres despachos de abogados, putos gerentes pobres...

Doc Sarvis sirvió tres tazas de café y le tendió una al silencioso hombre

enmascarado tras las Ray-Ban. No parecía tener intención de bajarse del caballo. Quizá, como Seldom Smith, no se encontraba en casa sino a lomos de un caballo, remando en un bote, o metiéndose dentro de una mujer. Volvió con Hayduke:

—¿Cuál es el plan, George? Supongo que tendría suficiente efectivo en diversas c.c., aunque no saldré de cuentas y disponer de los beneficios del plazo fijo hasta agosto. ¿La Super G.E.M.A., supongo?

—Ni siquiera supongas nada, todavía. —Hayduke se llevó la botella de cerveza a la boca, estaba vacía, empezó a sorber la taza de café caliente.

—¿Qué es un c.c.? ¿Qué quieres decir cuando dices que no saldrás de cuentas? Suena como una especie de puto... bebé prematuro o algo así.

—No necesitas saberlo, George, no necesitas saberlo. No necesitarás saberlo nunca. Pero si quieres que financie alguno de tus planes otra vez tendrás que contarme al menos un poco de qué va.

—Sarvis miraba al Llanero Solitario: el hombre se dirigía, con el café en la mano, hacia la cima de la más alta de las dunas cercanas. Para vigilar.

—No te preocupes por Jack —dijo Hayduke—. Corta alambradas desde antes de que yo naciera. Antes de que tú dejaras el puto instituto. El viejo Jack sólo tiene una cosa en la mente: la venganza.

—¿Venganza de qué?

Hayduke mostró sorpresa.

—¿En qué país vives, Doc? ¿Has olvidado cómo era esto hace sólo cuarenta años? ¿Veinte años? ¿Diez?

El doctor miró a su alrededor. Las dunas de arena, las flores, las huellas de escarabajo y los pequeños enebros con sus ramas floreciendo en las pendientes de arenisca. Al noroeste la montaña de Wolf Hole. Al este la meseta de Pariah. Al sur la meseta de Kaibab. El Gran Cañón en el sudoeste. La tierra del nunca jamás de Hayduke llena de pináculos y cuevas, y minaretes, y cañones cerrados y poderosas formaciones fálicas en medio. Paraíso Perdido y Radium Canyon con sus cascadas y sus estanques, sus jardines colgantes y sus viviendas excavadas en el acantilado, sus arcos, sus nichos y sus puentes naturales. Montañas con madera de verdad y osos de verdad y nieve de verdad en la distancia.

—¿Te refieres a esto?

—Sabes a lo que me refiero. Al puto Oeste, eso es todo. Quiere venganza. Y yo también.

—Aun así se ve bien desde aquí.

Hayduke terminó su segunda cerveza.

—Te diré lo que vamos a hacer —le dijo.

22. El retorno de Seldom

Smith trabó a su caballo cerca de la corriente, en la amplia sombra de un álamo. Un depósito de seco estiércol de vaca atestiguaba la popularidad de ese árbol en particular. Miró hacia arriba y hacia abajo en el suelo del cañón, aguzó el oído, no escuchó nada. Luego miró a lo alto hacia el secreto nido situado a cuatrocientos pies en la cara sur de la pared del cañón.

Había allí una gran cueva, bajo el borde, su techo era un arco majestuoso formado por antiguas fracturas concoides. Dentro de la cueva (o gruta o receso) había espacio suficiente para meter la cúpula del Capitolio del Congreso. Umbrío en verano, soleado en invierno, parecía el sitio ideal para un pueblo Anasazi, pero nunca había sido utilizado. ¿Por qué no? Porque el acceso, escarpadas pendientes de roca desnuda, era demasiado difícil, y porque la distancia vertical desde el pie del cañón a la cueva, donde podría haber terrenos de soja y campos de maíz, lo hacía inviable. Un lugar idílico para una última batalla desesperada: muy hermoso para luchar y matar y morir, pero no para levantar una familia, mantener felices a tus esposas, llevarte bien con los vecinos, practicar tradiciones tribales a través de rituales y danzas, un lugar donde los niños jueguen... no era muy práctico para nada de eso.

Esa, al menos, era la teoría de Seldom S. Smith.

Desensilló su montura y le limpió la mancha de sudor con unas ramitas de enebro, aplastó el grasiento tábano que chupaba el cuello del caballo y empezó a caminar por la rampa que llevaba a la base del acantilado. Llevaba sobre un hombro un par de alforjas llenas con delicias tales como *bourbon* y almejas en conserva, y sobre el otro, enrollada, su cuerda de piel de ternera. La gran cantimplora de un galón la dejó atrás, a la sombra de la silla de montar echada sobre su trompa. No necesitaba llevar agua en esta caminata: había una pequeña pero permanente fuente dentro de la caverna, según sabía Seldom.

En la cima de la pendiente llegó a una pared de lisa, suave arenisca de diez pies de alto, pura y saliente, imposible de escalar. De un escondite situado bajo el tronco de un enebro, Smith sacó dos pitones, enlazados a presión y conectados mediante bucles, y avanzó hasta cierto punto en la pared. Metió los pitones en un par de agujeros perforados en la piedra (invisibles desde abajo: uno encima y el otro hacia la izquierda del primero). Con la ayuda de estos dispositivos pudo subir con facilidad a un estrecho banco superior desde donde sacó los pitones y pudo continuar, siguiendo una ruta marcada, de cornisa en cornisa, siempre con la ayuda de los pitones, recobrando sus mejores tiempos. Así llegó a la gran cueva en una media hora.

El escondite del forajido^[36].

Todavía bajo la luz del sol, a la entrada de la cueva, el suelo de roca polvorienta,

Smith no podía ver nada del interior: el notable contraste entre la luz y la sombra era demasiado profundo para que el ojo humano se habituara. Miró abajo, vio a su caballo muy lejos, todavía a la sombra del álamo, picoteando en la espartina. Siguió con la mirada el resplandor del agua que corría por la pálida arena, formando estanques en una trayectoria en meandros bajo las paredes del cañón, hacia la siguiente curva para escapar de su vista, rumbo a la confluencia con el cañón Radium unas millas más allá. No había nadie por allí. Nadie humano.

Miró dentro de la cueva entrecerrando los ojos, aguzando el oído. Podía ver muy poco, no escuchó nada. Inclinandose sobre la piedra vio las palabras «CUIDADO, BICHAS» inscritas en la superficie. Smith sonrió y cojeando con sus botas de tacón alto entró en la oscuridad, fuera del resplandor, los ojos cerrados durante un minuto, luego abiertos.

La guarida del proscrito.

Había un estrecho colchón andrajoso en el suelo, un saco de dormir enrollado, lona plegada. Unas cajas de madera que contenían unas ollas ennegrecidas por el fuego de la cocina, una placa de estaño, una sartén, una taza de cantimplora militar, cuchillo, tenedor, cuchara de madera. Mercancías enlatadas. Cantimploras y jarras. Media docena de grasientos libros de bolsillo. Un mazo de mapas topográficos. Unas cuantas latas de cerveza aplastadas tiradas en el polvo. Una botella de Wild Turkey, vacía. Cerca estaba el lugar del fuego: unas parrillas de hierro, negras como el hollín, y una pila de ramas de enebro y roble. Dos odres de la marca Desert, de lino escocés manchado de sales alcalinas, estaban colgados en la pared de la cueva: ambos secos, su contenido evaporado. Smith husmeó en los odres secos. Comprobó las cenizas de la hoguera: frías. Sediento por la extenuante escalada al sol del mediodía, se adentró en la cueva, bajo la piedra ennegrecida por el humo, en la profundidad de los oscuros recesos de la cueva donde el techo se curvaba hacia abajo para encontrarse con el suelo. Unos cuantos trozos de reses colgaban en un alambre agarrado a un pitón metido en la piedra: alces lentos, ovejas bobas, alguna pierna de vaca que no consiguió escapar a tiempo del territorio. Estaba bien servido el pequeño bastardo, invadiendo nuestras tierras públicas —de todas maneras sentía la punzada del choque cultural, el horror de lesa majestad, la violación de un profundo tabú, que hubiera sentido cualquiera nacido y crecido en el Oeste Americano—. Una ofensa colgante, peor que el asesinato.

«Por las vacas sagradas», pensó Seldom, ese chaval se ha hecho estos escalfados con las crías de bueyes de Love —no tiene miedo de nada—. Instintivamente, con un estremecimiento de pavor, Smith volvió la vista atrás sobre su hombro, acaso esperando ver, inmenso contra la luz y el cielo en la boca de la cava, la negra silueta de un ganadero airado, todopoderoso y fuera de sí. Con una cuerda. O una persona ganadera, según se solía decir en esta época, en deferencia al creciente movimiento feminista entre los propietarios de ranchos.

Smith recordó a Ol' Waylon:

Vamos a ayudar al personal de las vacas
a cantar el blues.

Y a Willie & Waylon:

Mamis no dejen a sus hijos
que crezcan para ser personal de ganado.

¿Y si una *waitress* era ahora un *waitron* entonces un *cowboy* debería ser un *cowtron*?

¿O si un *chairman* es sólo un *chair* entonces un *cowboy* es sólo un *cow*^[37]?

Smith tenía problemas con estas sutiles distinciones.

Pero no muchos. Ni a menudo.

Se arrodilló ante la fuente. El agua se filtraba por el techo y las paredes de la cueva, en las que quedaban estrías de sales alcalinas y otras sales, pero era lo suficientemente dulce como para ser potable. De hecho, después de media milla y cuatrocientos pies de subida sobre roca lisa, en un ángulo de sesenta grados la mayor parte de la escalada y a veces más, el agua allí siempre sabía de putísima madre, en opinión de Seldom. No era un especialista en las fuentes de las tierras áridas, filtraciones, tinajas, marmitas, ciénagas, acequias, charcas de rana, tanques de agua, pozas, balsas, como lo era sin duda su viejo camarada, el vengador del desierto, pero había degustado bastante H₂O aquí y allá, de vez en cuando, cuando la ausencia de la misma habría significado una muerte incómoda por lenta degradación, y pensaba que sabía la diferencia esencial entre beber agua y beber la peculiar solución de nitratos, cloro, solventes industriales, herbicidas y aguas residuales procesadas que salía cuando se giraban los grifos y las llaves de agua de Tucson Arizona, Salt Lake City Utah, Denver Colorado, y similares apogeos de alta tecnocivilización. Había estado allí muchas veces, y con una sola vez hubiera bastado.

Las paredes estaban empapadas de humedad. La humedad goteaba y rezumaba de las finas costuras de la piedra convergiendo en delgados riachuelos sobre lechos de pálidas algas (aquí donde no llegaba nunca la luz del sol) y estancándose en un punto que tenía un pie de profundidad, una pequeña presa hecha con mano humana, de barro y piedra, en el borde inferior. Un viejo cazo, descascarado su esmalte azul, descansaba en la presa. Smith hundió el cazo en el pequeño embalse, levantó la fría agua clara y bebió. La más simple de las ceremonias, el más dulce de los ritos, en la tierra de la piedra y el sol.

Una vez apagada la sed, vagabundeo por la cueva, lo que no significaba fisgonear, aunque era irresistible la fascinación de hurgar en los cuartos privados de otro hombre, contemplar su vida secreta expuesta y vulnerable. No había sin embargo mucho que ver o nada que revelara un lado oculto. Encontró una sarta de carne de res secándose en una cuerda, un pequeño armario para zapatos en el que probablemente su amigo guardaba el botiquín, ropa de recambio y munición suplementaria, unas sandalias del supermercado K hechas en Taiwán y tiradas en el polvo, un par de

raídos pantalones cortos de tela vaquera, una mochila llena de cuerda de escalada y cosas de montañerismo, dos sillas plegables, y no mucho más. Nada que pudiera ser visto desde abajo del cañón. Ni tampoco desde una avioneta que volase bajo. Todo estaba bien a resguardo, escondido, colocado lejos de la boca de la cueva, en el fondo, en la sombra.

Cruzó el ancho de la cueva, unos ciento cincuenta pies, desde el campamento secreto al viejo granero de piedra morterada con barro, cuatro pies de alto, en el que hacía seis o siete siglos algún granjero Anasazi habría almacenado su maíz, sus judías, sus calabacines. La única abertura estaba en el tejado. Apartó a un lado una piedra que bloqueaba la entrada y miró dentro. La oscuridad, negra como el pecado y densa como la brea, le dio la bienvenida. ¿Qué es lo que hará mi chico aquí, me pregunto? No creas que lo quiero saber.

Smith volvió a la parte habitable de la cueva, satisfecho con sus exploraciones, listo para sentarse un rato y hacerse algo de beber, mientras esperaba el regreso del hombre de la caverna. Cogió una de las sillas plegadas que estaban apoyadas sobre una caja de manzanas y cuando empezó a abrirla sintió un pellizco de vibración, como una corriente eléctrica, y oyó un zumbido de sonajeros advirtiéndole. Dejó caer la silla. La observó y vio un fino anillo de nailon, como cuerda de caña de pescar, que llevaba desde una pata de la silla sobre la piedra del suelo hasta el polvo detrás de las cajas. Incapaz de resistir la tentación, Smith tiró del hilo y una gorda serpiente de cascabel de cinco pies de largo, empezó a deslizarse, con espasmos, con la lengua negra fuera y la cola en posición de ataque.

Smith soltó el hilo. La serpiente se detuvo, lo miró, se recogió en posición defensiva. «Bien, mierda», pensó Seldom, quién sino él iba a tener una maldita bicha como perro guardián. Smith recogió de nuevo la silla y arrastró la serpiente — conectada por el cuello atado a la silla, furiosa e indignada— unos cincuenta pies, hasta lo que juzgó una distancia segura. Volvió entonces al salón de la mansión y abrió la otra silla, murmurando para sí:

»Tener una cascabel. En los días de mi vida haría eso, menos de noche cuando todo hombre necesita cerrar los ojos un rato. Como decía mi papi siempre, si las demás serpientes pueden morderte sin veneno, por qué no iba a hacerlo una cascabel. Lógico.

»Prohibiría las serpientes. O las marcaría con un sello en el lomo y las dejaría sueltas, pero ¿por qué tenerlas en el campamento por la noche? No tenía sentido. Un hombre se levanta en la oscuridad a echar una meada, se le empina la serpiente equivocada y entonces ¿qué? Bichos peligrosos. Bonitos de mirar quizá, pero nada recomendables cuando se meten frías en tu saco de dormir a las dos de la mañana. Enseguida empieza a faltar el aire ahí dentro».

La serpiente de cascabel se quedó quieta. Smith abrió su alforja, cogió un cuarto de *bourbon*, desenroscó el tapón, dio un sorbo. Desacostumbrado, estuvo a punto de tirar el tapón pero se lo pensó mejor. Nunca había bebido solo allí. De hecho no había

bebido nunca solo en ninguna parte. Volvió a ponerle el tapón a la botella, fue a la fuente con una botella de agua, la llenó, volvió a la mesa y se mezcló un buen *whisky* con soda, mitad y mitad, en la taza de la cantimplora del Gobierno. «No es culpa mía que él no esté aquí, puede que tenga que beberme el maldito cuarto yo solo».

Sin mucha curiosidad ojeó los libros de la caja de madera. *Manual de explosiones*, de Du Pont, la *Santa Biblia*, la *Guía Casera de Medicina* del Dr. Fishbein, *¡Bienvenidos a Australia!*, del Departamento de Prisiones, los *Poemas Completos* de Robert Service, *¡Bienvenidos a Leavenworth! Guía para presos*, el *Manual para propietarios de un Cadillac*, *Despotismo Oriental* de Wittfogel, y *La Decadencia de Occidente* de Oswald Spengler. Y sí, también un ejemplar en edición barata de *La Banda de la Tenaza*, andrajosa, muy sobada, groseramente subrayada y llena de signos de admiración, quejumbrosos signos de interrogación, comentarios burlones y despreciativos en los márgenes. Smith ya había inspeccionado todos esos libros antes, varias veces: nada nuevo se les había añadido en los años que habían pasado.

Se sirvió un segundo trago oyendo el profundo silencio de la cueva, del cañón abajo, del cielo arriba y más allá. Profundo pero no absoluto: oyó el ondulante y claro canto de un reyezuelo, el distante zumbido de una avioneta ligera. «Podría escabullirme de aquí antes de que llegue», reflexionó Seldom, «salvarme antes de que sea tarde. Por supuesto se daría cuenta de que he estado aquí, las huellas de las botas están por todo el suelo, el olor del Wild Turkey en su taza, la caca fresca del caballo abajo. Pero si no le veo, si no hablo con él, no le prometo nada, ¿verdad? Y sin promesa no hay deuda. De todas formas tengo más o menos una idea de lo que ese chaval tiene en mente y me parece que no necesito ese tipo de problemas».

Smith observó la posición de la luz del sol y la línea de sombra en el suelo de la cueva, cerca de la boca. Le daría una hora más. Luego saldría pitando. Nadie podría decir que no era correcto. «Si tanto necesita hablar conmigo que se venga de visita a Green River. O a Cedar City. O a Hotrocks. Sabe dónde vivo. (Como lo saben Oral y Love y esos policías secretas de Washington D.C. Bueno, tampoco es mi culpa)».

»Santo Moisés, sí que se está solo aquí. Me pregunto cómo puede hacerlo. No extraña que de vez en cuando se borre. Él y el Llanero Solitario. Me pregunto dónde para ese viejo colgado. Probablemente está ya demasiado rígido y crujiente como para subir hasta aquí. Probablemente tiene ya su propia caverna de todos modos, en algún sitio cerca, a dos o tres millas. A esos tipos les gusta la intimidad. No es que me mate pero apuesto a que les gusta. Si puedes traer a una mujer bonita aquí no está tan mal. Quizás dos chicas, una para cada punta. De la caverna quiero decir. Y una más abajo en el cañón, una cabaña construida para ella, con un jardincito, con su acequia, y una plantación de melones, que pueda ir descalza y esté preñada, como era en los viejos tiempos.

»Sólo que a las mujeres no les gusta esa manera de vivir de todas formas. Y nunca les gustó, probablemente.

»No puedo decir que las maldiga ni un pellizco por ello».

La sombra de la pared saliente había avanzado hasta el granero en la esquina más lejana. Smith terminó su tercer pelotazo, descargó los regalos que había traído —las almejas en conserva, un saquito de pistachos, una hogaza de pan casero hecho por Susan, dos libras de auténtico queso de cabra, tabaco de pipa, una pipa nueva de mazorca y la mayor parte de la botella de *bourbon*—, se colgó la cuerda y las alforjas vacías en el hombro y dejó la cueva.

A través de la luz del sol y las sombras descendió la aterradora y mareante pared del cañón, siguiendo ningún camino, no había camino que seguir, ninguna marca que se lo señalara, ninguna pista para que siguiera la única ruta posible excepto las que le facilitaba su memoria, descendió de cornisa en cornisa con la cuerda (al estilo vaquero), atravesó los estrechos pasadizos entre unas y otras, a veces cometía alguna equivocación y se veía forzado a buscar de nuevo, sintiendo los temblores de la fatiga en las articulaciones de sus rodillas, en los muslos, en las nalgas, hasta que por fin alcanzó el talo seguro y cómodo al pie de la pared. Volvió a esconder los pitones en su lugar —de manera subrepticia por si, a pesar de las apariencias, un observador hostil lo estuviera vigilando— y bajó hacia el suelo del cañón, cuidándose de no dejar huellas. (Era asunto difícil esconder nada en la abierta tabula rasa del desierto).

Encontró su caballo, le quitó las trabas, lo llevo hasta donde estaba la silla, lo ensilló. Todavía ninguna señal —ni a la vista ni al oído ni al olfato— del hombre del sombrero de cuero. Por Dios, pensó, sonriendo aliviado para sus adentros. Por Dios... Puso el pie en el estribo y montó. En realidad nunca quiso venir de todas formas. Todo el viaje había sido una especie de divertido error. Moviendo la cabeza, cabalgó desde debajo del álamo y el pie del cañón a trote suave, siguiendo el tenue sendero junto a la corriente que llevaba a Pucker Pass, Joint Trail, el atajo secreto sobre Whales Back y abajo a través de Whales Eye hacia Slickrock Towers, The Silent Cuty, Goblin Valley, Reb Knob, Hoodoo Are y el abierto país de dunas de arena que había más allá —desde allí había sólo una cómoda excursión hasta Hotrocks o hasta el rancho de Kathy si sabías la ruta y sabías dónde encontrar agua y tu caballo estaba en buenas condiciones—. «No señor», pensó Smith, «nadie puede decir que no lo he intentado. No es culpa mía si no puedes encontrar a ese chaval cuando lo estás buscando». Sonriendo, el corazón aliviado y aliviado el trote, contempló las sombras de la noche extendiéndose ante él, la luz ámbar que resplandecía en la piedra y en la arena, los enebros y los álamos, la flor púrpura de la salvia. Sí señor, estaremos en casa para el desayuno...

Un caballo y su jinete le salieron al paso detrás de un peñasco, bloqueándole el camino. Un caballo grande, un jinete armado, con una gran sonrisa brillando a la sombra de un ridículo y viejo sombrero de cuero de ala ancha y color de humo.

Smith se detuvo. Lo miró. Otro jinete lo vigilaba desde la roca de arriba. También iba armado. Naturalmente.

Silencio.

—¿Estás buscando a alguien?

—No señor, yo no. El caballo se ha perdido. Por mucho que le pegues en la cabeza a esta bestia siempre se equivoca de camino.

—Vas jodidamente tarde.

—Yo, no.

—Sí, tú. Tarde.

—¿Tarde para qué?

—Hablaemos de ello. ¿Tienes algo de tiempo?

—Calculo que podría o no. ¿Cuánto tiempo?

—Oh, joder, no lo sé, toda la noche quizá y una botella de *whisky*, eso debería bastar. ¿Qué me dices compañero?

«Qué voy a decir», pensó. «Maldita sea de todas maneras, qué puedo decir. Adiós Susan, adiós Kathy, adiós Sheila, adiós paz y tranquilidad, adiós mundo, allá vamos de nuevo...».

23. El ataque del Barón

El Barón llevó el pequeño Cessna al final de la pista de tierra y lo detuvo junto a su camioneta. Rápida y eficazmente, quitó la portezuela del copiloto de la avioneta, luego el asiento del copiloto. Llenó apresuradamente el agrandado espacio de carga con contenedores de plástico de un galón de capacidad, de esa clase barata —ligera de peso— usada para la venta al por menor de leche de vaca. Cada jarra estaba abultada, llena al límite de su capacidad con pintura de látex negro para todo tipo de climas, los tapones puestos por seguridad. Las jarras, unidas unas con otras con cinta aislante en grupos de diez, sumaban un total de cien galones o bien ochocientas libras. Aunque el peso excedía la capacidad de carga de la avioneta, el piloto había calculado que si sobrepasaba el extremo sur de la pista de aterrizaje y se dejaba caer más allá del Gran Cañón probablemente adquiriría impulso suficiente como para elevarse en el aire. Si no lo conseguía simplemente se estrellaría contra el río, preferiblemente encima o debajo de las aguas bravas de los rápidos en Badger Creek: sus posibilidades de sobrevivir serían espléndidas. Eso si no se olvidaba de ponerse el salvavidas. En cuanto a la avioneta, ningún problema: no era suya.

Todo listo. Se bajó las gafas del casco de cuero, se abrochó la correa bajo la barbilla. Aceleró el único motor del aparato hasta el máximo de revoluciones. El Barón quitó el freno y se lanzó por la pista hacia el enorme abismo del cañón a una milla y media. La maleza, losetas de piedra quemada por el sol, caballos esparcidos, brillaban a izquierda y derecha. Una vaca y su becerro lo miraron estúpidamente desde el final de la pista. Ganaba velocidad. Estaría en el aire antes de llegar hasta allí. Más rápido, más rápido. Ajustó las pestañas de las alas, lo había visto hacer antes, apretó el acelerador a fondo, echó atrás los mandos. No sucedió nada: tan pesado como un camión, el Cessna avanzaba vertiginoso pero no despegaba del suelo.

Y bien. Comprometedor. Llevó el acelerador al máximo de su velocidad, setenta, ochenta millas por hora. La vaca y el becerro, vacilantes, boquiabiertas ante el gemido del pájaro de metal que se les echaba encima, retrocedían a centímetros de la destrucción. El avión atravesó las luces de advertencia al final de la pista, cargó contra la maleza negra y las plantas de tuna, rebotó sobre unas rocas y se despegó del borde del cañón, a unas cien yardas.

Ahora, bastante repentinamente, todo estaba lleno de aire.

El río, extendido como un hilo de plata allá abajo, la pared del cañón de enfrente, alzándose por encima de su nariz, se le echaba encima. Elevación: 3.800 pies sobre el nivel del mar, 700 pies sobre el río. Velocidad: 122 y acelerando. El Barón inclinó el avión a la derecha dirigiéndolo río arriba y directamente hacia el espumoso tumulto de los rápidos de Badger Creek. Podía ver una flotilla de balsas de goma en fila en la

poza que había encima de los rápidos: una temerosa masa de rostros pálidos miraban hacia arriba, hacia él, acercándose cada vez más a imprudente velocidad.

El Barón comprobó su chaleco salvavidas. ¡Por los clavos de Cristo!, se había olvidado de abrochar la maldita cosa. Ahora era demasiado tarde. Necesitaba ambas manos para controlar la loca zambullida del aparato. Pisó los frenos: un gesto inútil. Tiró hacia atrás de los mandos, lenta, pesadamente, la avioneta empezó a nivelarse. Rugió por encima de los rastros humanos, sobrevolando sus cabezas con tres pies de segura distancia, y siguió río arriba, por fin completamente en el aire, más o menos, a pesar de sus dificultades para ganar altura.

Giró en la siguiente curva. Inmediatamente apareció ante él un puente, un arco de hierro que se extendía de borde a borde del cañón. Lo pasó por debajo, consciente de los racimos de turistas que lo estaban mirando en la carretera y de los barcos cargados de turistas que miraban hacia arriba.

Velocidad: 110. Quería cobrar altura, ansioso por sobrevolar el estrecho confinamiento ventoso de las paredes del cañón. La avioneta subió un par de cientos de pies, las paredes se alejaron, la rampa de barcos de Lees Ferry pasó de largo bajo sus alas, el profundo desfiladero estrecho y oscuro de Glen Canyon —como una vagina depilada, solida arenisca Navajo— le hacía señas ahí delante.

La penetró. No es que lo quisiera hacer realmente. Pero se había ido demasiado lejos para tratar de rodearla y subirla. Hacia delante, planeando a derecha, izquierda, izquierda otra vez, luego derecha, siguiendo los serpenteantes meandros del cañón, las puntas de las alas casi rozando las murallas de piedra. Poco a poco la avioneta fue subiendo. Casi había alcanzado de nuevo la piedra de la cima, cuatro mil pies sobre el nivel del mar, cuando de repente, dramática, completa, inevitablemente apareció el dique.

El dique. Ese dique. El dique de Glen Canyon. Ese maldito e imperdonable dique.

Los labios del Barón se retorcieron en una mueca de alegría diabólica. A toda velocidad pasó disparado por debajo de otro puente de la autopista y voló directamente hacia la vasta cara de blanco y cóncavo cemento, la presa más despreciada y odiada del mundo. Se desplazó hacia la derecha apuntando un poco por encima de la sala de máquinas situada en la base de la presa, retiró el pie del freno y lo puso contra su cargamento de jarras negras, tiró de los mandos y se elevó abruptamente hacia la izquierda.

Empujó. Las jarras cayeron, un grupo de diez piezas tras otro, dibujando preciosos arcos hacia la fachada del dique. El Cessna subió, lenta, rápidamente; las luces rojas de aviso se encendieron, un timbre gruñó, el avión se deslizó por encima del borde del dique como una mariposa enferma mientras a su espalda las jarras negras explotaban una por una, a *staccato*, contra el pálido hormigón gris.

El Barón no había terminado. Todavía le quedaban la mitad de las jarras. Se ladeó por encima de las verdes aguas estancadas de Lake Powell, giró al oeste y se acercó a la cara del dique para una segunda descarga de bombas, esta vez viniendo desde la

izquierda y escapando por la derecha.

Empujó y los arrojó, los últimos cinco juegos, cincuenta galones de látex negro, consiguió encaramarse al borde de la presa por unos cuantos pies, se niveló y ganó velocidad, se ladeó y subió y giró allá en lo alto para obtener una buena vista de su obra. Mientras lo hacía fue consciente de la formación de coágulos de turistas y curiosos, ramos de rostros de rosa oscuro mirando hacia arriba, e incluso podía detectar unos cuando hombres en uniforme garabateando algo en sus libretas, farfullando en aparatos de radio. Ahora tenían el número de identificación del Cessna. ¿Y qué? La avioneta era propiedad de la Oficina de Recuperación de los Estados Unidos, un artículo pagado con impuestos.

El Barón dio otra vuelta para ver una vez más su obra, complacido con lo que veía, con lo que todos los turistas en la autopista y en el centro de visitas podían ver: una inmensa y salpicada «X» sobre la gran fachada de la presa, la «X» de condena, de implacable perdición, inevitable, completa y cierta. La firma del Barón, su marca, su seña de identidad.

Una severa sonrisa en sus labios delgados, una austera satisfacción en los ojos tras las gafas: el Barón hizo oscilar las alas para despedirse de los curiosos de allá abajo y puso rumbo sur-suroeste, buscando la pista de tierra donde el vuelo había comenzado, donde le esperaba el vehículo que le permitiría escapar hacia los frescos bosques de Kaibab, cócteles y cena en Jacob Lake, una descansada velada en la habitación reservada del motel, una hora de meditación con el *Libro de Mormón*. Luego a la cama y un merecido descanso.

Antes de nada, desde luego, tenía que encontrar ese pequeño aeródromo que estaba más allá de Badger Creek y posar la avioneta de una pieza y con la actitud apropiada. La tarea requería habilidad y un poco de concentración, pero se sentía confiado. Lo había visto hacer antes. Muchas veces.

24. ¡Earth First! Reunión

Vinieron arrastrándose desde muchos lugares tenebrosos, oscuros, insalubres, trepando por los bosques y dejando atrás peñascos, vinieron en *jeep* y autobús, caballo y bicicleta, camioneta y vagón de tren y Cadillac descapotable desde Barton, Vermont y San Diego, California, desde Cayo Largo, Florida, y Homer, Alaska, un abigarrado y tosco ejército Coxey^[38] de indignados, descontentos, visionarios majaras, revolucionarios vengadores, convencidos ecologistas fumadores de pipa bien entrenados, Amantes de la Naturaleza de mirada mística que abrazaban árboles, sobrios conservacionistas, nativos americanos (con el dieciséis por ciento de sangre Chippewa, la Diosa de la Madre Tierra), el hombre de la montaña con su chaqueta de ante con flecos, la mujer de montaña con vestido de piel de gamo y una corona de flores en la cabeza, el bebedor de cerveza amante de las armas y de la diversión con botas de suela de acero gastadas y camiseta de camuflaje muy sudada, el marxista sectario que detesta la diversión, fanático unisexual con traje de pana y camisa de obrero, los chavales marihuaneros hundidos en la mediana edad, los veteranos de Vietnam que se esconden en los bosques, las ratas de desierto que viven entre las rocas, los cerdos de pantano que viven en el lodo, los paletos misántropos pseudointelectuales empapados en Thoreau y Garret Hardin^[39], unos cuantos machos místicos neandertalianos lobos-aulladores, gansos-vocingleros, búhos-ululantes, alces-cornetas, tres Furias sociofeministas con petos holgados y zapatos con puntas de acero rompepelotas, seguidoras de Ned Ludd^[40] de pelo pajizo, descalzas y con grandes overoles gastados de Osh-Kosh B'Gosh^[41], naturistas del pleistoceno con zampoñas y alarmas totalmente desnudos, un indeterminado número de observadores uniformados de los servicios del Parque, del Bosque, y de la Oficina de Gestión de las Tierras, y un sospechoso número de espías e informadores llamativamente disfrazados de *hippies* de los años sesenta representando a las mismas (y a otras) agencias federales, estatales y del Condado.

Y además Erika, la Nena Vikinga, la diosa nórdica de la belleza, de apellido desconocido, representando la música de Noruega, el pensamiento de Arne Naes, el espíritu de Grieg, de Nielsen, de Sibelius, la belleza de Greta Garbo^[42].

Y en algún lugar de la turba el joven J. Oral Hatch, misionero de vuelta, enmascarado como un chico florido desde Dipstick, Utah.

Ausentes de esta reunión estaba cualquier burócrata que tuviera mayor rango que un *ranger* de patrulla, cualquier cargo electo que no fuera *sheriff* de condado, cualquier ejecutivo de organizaciones de conservación nacional y medio ambiente o cualquier corresponsal de la prensa nacional. Muchos de ellos habían sido invitados: no apareció ninguno.

Quizás algunos trataran de acudir pero se perdieron. La «reunión» se había convocado este año en lo más profundo de un bosque nacional, arriba de la meseta de Kaibab, más allá del borde norte (el borde limpio y adecentado) del horrible Gran Cañón del Colorado, estado de Arizona. La tierra de los sapos cornudos, el monstruo Gila, la chinche de hocico cónico, el crótalo cornudo, del hongo pulmonar, de Barry Goldwater^[43], cholla, escorpión cola de látigo, los hermanos Udall, la tarántula peluda, la *Loxoceles reclusa*, la viuda negra, la revista *Arizona Highways*, la revista *American West*, el limo mohoso o baba de molde, los ciempiés de ocho pulgadas, las chinches chupadoras, las hormigas de fuego, la abeja asesina, el periódico conocido como *Arizona Daily Estrellita* («La Voz de Lata México en Baja Arizona^[44]»), mierda de vaca, moscardones de vaca, moscardones de bar, moscardones de culo, personal vacuno («Yohoo buckaroo») personal de ganado —¿Quién va por el Senado estatal este año?—; «¿Eh? ¿Va a ser que no m' acuerdo der puto nombre?», arañas camello, *Stenopelmatus*, cucarachas gigantes, serpientes de coral, cascabeles sonajeros, Dennis DeConcini, plaga bubónica, Peter McDonald, alcoholismo fetal, *Fasciola hepática*, escorpión centruroide, arañas uropigias, Phoenix-Tucson, parásito Giardia, Syn Fuels, Phelps-Dodge, Del Webb, IBM, Aerolíneas Hughes, astronomía comercial, piedras de riñón Roy Drachman, Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos, los hermanos Bonano, dinero de la droga, dinero del Estado, dinero de los trasplantes multiórganos de esfínteres invertidos y... crecimiento. Crecimiento. CRECIMIENTO. CRECIMIENTO.

Verdaderos patriotas de la artemisa, la Sexta Convención Nacional de ¡Earth First!, (según una frase de Aldo Leopold) comenzaba, como de costumbre, el 4 de Julio. El día de la Independencia. Día de la Guerra & Revolución. ¿Día «del Morir antes del deshonor de vivir salvajes» o «Morir no me pisa, me da libertad» o «Día del dame una maldita Coors»? ¿O era una Budweiser? Siete días de diversión, fiesta y anarquía.

El encargado de dar la bienvenida a los quinientos o seiscientos, a la gentuza del rifirrafe era Dave Foreman^[45], no reconocido no líder («Todos somos líderes») padre fundador (uno de tantos), editor del diario ¡*Earth First!*, y principal portavoz de ¡*Earth First!*

Grande, robusto, barbado y belicoso, hijo de los pioneros del sudoeste, en su tiempo herrador de caballos, encargado de recoger las mulas, desertó de la escuela del Cuerpo de Marines, cazador con arco y pescador con mosca, amante y marido. Abrió su amplia sonrisa, alzó la voz y saludó a las multitudes, a los atentos pinos, a las nubes que revoloteaban en el cielo, a las paredes rosadas y las profundidades púrpuras del Gran Cañón:

—Bienvenidos, esnifadores de ramos de flores, abrazadores de árboles, adoradores de setas venenosas. Encantado de que lo hagáis.

—¡Fascista! —gritó una estridente voz situada en la franja más lejana de la multitud reunida. Alecto, la de los ojos rojos.

—Ecofascista —gritó otra. Tisífone, la picuda roja.

—Rastrera hiena ecofascista —gritó una tercera voz. Megera la Roja^[46]...

—Terrorista, sexista racista, ecobrutalista libertario derechón —gritaron las tres a coro, las serpientes retorciéndose en sus cabellos.

—... Le doy la bienvenida a la delegación de ecología social de Berkeley —siguió Foreman, sin apenas perder el ritmo.

—¡Comemierda, Foreman, nazi! —gritó una voz ligeramente más profunda, una voz masculina corriente.

—Tofu pa ti, doctor Mushkin —replicó Foreman, y esperó a que se desvanecieran los aullidos, gritos, gruñidos y risas—. También me gustaría darle la bienvenida a nuestros amigos los polis, ambos de uniforme, con esas camisas de colorines y esos collares *hippiosos*. Por favor siéntanse en su casa, penetren en el grupo, infíltrense, conjúguense, copulen con quien quiera que quiera o puedan. Apreciamos su interés. Aquí no hay secretos. Como habrán oído, sólo somos un ramillete de fascistas, racistas, terroristas, sexistas, anarquistas, comunistas, Jóvenes Americanos por la Libertad, demócratas y simples ecofriquis campechanos. Si encuentran a alguien actuando de modo respetable por favor denúncienlo a Igor y su escuadrón de matones. Si ven alguna actividad sexual ilícita denúncienlo a Bruce y el escuadrón del vicio. Si...

—¡Homofobia!

—Si ven a alguien que se está divirtiendo informen a los paletos del Comité de Responsabilidad Social.

Foreman levantó su gran puño derecho, estrujó una lata de cerveza y rocío a la primera fila de su público con una fina capa de espuma de la dulce, aguada y verde Coors.

—¡Primero la Tierra! —gritó.

—No, la Tierra segundo —respondió la multitud, ansiosa de no seguirlo donde quiera que la llevase, levantando hacia él un bosque de puños, una bandada de banderas, una efervescencia de latas de cerveza.

El líder les corrigió.

—No, segundo son los osos pardos.

—¡No, las mujeres! —le respondieron—. ¡Los hombres! —gritaron otros—. ¡Las ardillas rojas! ¡Los delfines! ¡Las tortugas del desierto! ¡Los viejos bosques! ¡Las selvas! ¡Central Park! ¡Los murciélagos! ¡El SIDA! ¡Las tiritas! ¡El Fondo Monetario Internacional! ¡Los andróginos!

—¡Abajo el Imperio, arriba la Primavera! —siguió Foreman.

—¡Lo que tú digas!

—¡Sostendremos el lugar que nos sostiene!

—¡Los zapatos! ¡Los pies! ¡El linóleo!

—¡Earth First! ¡Terra Primum!

—¡Sieg heil! ¡Cerveza! ¡Sexo! ¡Cóndores! ¡Rangers del parque! ¡Cowboys!

¡Erika! ¡George Hayduke! ¡El hombre común! ¡El Soldado Desconocido! ¡Jesús H. Cristo! ¡John Muir! ¡Aldo Leopold! ¡Henry Thoreau! ¡Walt Whitman! ¡Emily Dickinson! ¡Doctor Borvert Wiener!

—¿Quién? —preguntó Foreman. Se encasquetó de un trago la cerveza y gritó—: ¡No hay transigencia en la defensa de la Madre Tierra!

—¡Sí! ¡No! ¡Quizás!

—¡Y gracias a todos por vuestro unánime apoyo! —Sonriendo, saludando, arrojó la vacía lata de cerveza al suelo de la plataforma, y se dispuso a bajar, luego recordó sus deberes como maestro de ceremonias—: Ahora si... —levantó ambas manos por encima de su cabeza, rogando un poco de atención en aquel carnaval de risas, gritos, aullidos—... si por favor podéis... por favor... ahora vamos a... la invocación... del reverendo Mike Roselle^[47] y la Virgin Grove... la Virgin Grove...

La algarabía aumentaba en todas las direcciones, un hinchado mar de risas cubierto con gritos de simulado escarnio, vítores de aprobación, educados aplausos, y una pequeña constelación de silencio «chispeante» (cerillas encendidas) de los enviados del Rainbow Gathering, un grupo que consideraba cualquier forma de demostración audible como una falta de respeto a la más alta verdad de la experiencia espiritual colectiva. Los Rainbow fueron interpelados, sin embargo, rudamente por un par de uniformados *rangers* del Servicio Forestal de los Estados Unidos preocupados por los incendios forestales provocados por mano humana. Tímidamente, los pirómanos apagaron sus cerillas, las dejaron que se enfriaran y las rompieron siguiendo las instrucciones de los indignados Smokey Bears^[48]. «Sólo tú puedes prevenir el incendio de un bosque», dijo un Smokey —una mentira, por supuesto, dado que el 95 por ciento de los incendios forestales los causaba Dios y sus rayos, pero era el tipo de mentira que se convierte fácilmente en dogma en la mentalidad burocrática.

Todavía tratando de que la multitud prestara atención para poder terminar su introducción al acto siguiente, Foreman echó atrás la cabeza, levantó ambas manos para hacer de altavoz colocándolas ante el hocico y empezó a aullar como un lobo. Empezó bajo y profundo, con el pecho, elevándose en lento crescendo hasta un apogeo de liberación animal, el grito de la sangre del indómito eterno, la auténtica y original llamada de lo salvaje.

Eso es lo que hizo. Y eso despertó el interés del público. La turba, en antifónica recapitulación, se hizo eco de su aullido, hombres y mujeres, adultos y niños, humanos y caninos, seiscientas voces aullaban en la catedral de árboles, hacia el cielo oyente, sobre el bostezante abismo del sólo, el único Gran Cañón del mundo, donde una encerada luna joven, en ese preciso instante, estaba brillando como un escudo de platino sobre la meseta de Powell, la Great Thumb

Mesa, las torres y los templos de los dioses más antiguos que cualquiera de los que haya imaginado el hombre (o la mujer).

Hasta los policías y los *rangers* estaban impresionados por la explosión masiva de

demonología angélica. No asustados, no perturbados —era difícil para ellos imaginar que una multitud alegre y anárquica se convirtiera en peligrosa—, pero sí impresionados. Escucharon, miraron, sus corazones latieron con fuerza ante el poder de lo primitivo —¡sé primigenio o muere!— y recordaron, bajo esa delgada película impuesta de conciencia cultural, algo más antiguo, más profundo, más cálido, más rico, hermoso y bueno que cualquiera de las cosas que hubieran aprendido en la escuela, oído de la Iglesia o el Estado, o absorbido osmóticamente de la televisión, la radio, los periódicos, las carteleras, los políticos, los evangelistas, los curas, los expertos, los médicos o los doctores.

¿Qué? ¿Qué era? Era ese sentido de la vida que no puede ser expresado —o deprimido— a través de meras palabras. Era el mensaje del aullido del lobo, del rugido del león, el susurro de los bosques, el trueno de la tormenta, el silencio del cañón, el silbido del viento, el significado de la luna. El fuego de la sangre. El tambor del corazón. El golpear de los tambores.

Tambores, tambores, tambores y panderetas y flautas, todos los presentes oyeron la música que llegaba, la procesión de los danzarines.

—¡Mike Roselle —anunció Foreman— y las Virgin Grove Spikettes!

Saltó del escenario, le arrebató una cerveza a una mano distraída, y se confundió con la masa.

—¡Nazi! —chilló alguien, recobrando su odio—. ¡Animales!

Una protesta inútil: la turba lo ignoró, lo echó a un lado para dejar sitio libre a una bestia descomunal: un hombre con astas, bigotes, camiseta, vaqueros, botas, herramientas, subió al escenario seguido por seis muchachas vestidas de blanco, oro y dorado, que pretendían simular un bosque de álamos. Cantando, danzaban alrededor del caliente sátiro sonriente, con su lata de Michelob, su maza de cuatro libras, la bolsa de lona llena de clavos colgada en su hombro.

El significado de la pantomima parecía oscuro, al principio, hasta que un pasma subió al escenario, un hombre vestido con el uniforme de camisa marrón de los *ranger* de los Estados Unidos y con una gigantesca motosierra hecha aparentemente de cartón. Cuando lo veían las seis muchachas álamos paraban de bailar, temblaban de miedo. El pasma tiraba del cordón de arranque de su motosierra. Gruñendo como un motor de dos ciclos se acercaba a los temblorosos árboles, amenazándolos con una masacre. Ellas rompían el círculo y empezaban a dar vueltas perseguidas por el *ranger* hasta que —¡Oh terra primum!— el intrépido sátiro se interponía y levantaba su martillo. Un breve choque de armas y el *ranger* forestal huía, gritando de terror, perseguido por Roselle en las sombras de los bosques anochecidos.

Aclamaciones, silbidos, aplausos.

—¡Sexista —denunciaron las Furias de Berkeley—, porquería machovinista!

Vano grito de protesta: volvieron los tambores, las flautas, la danza. Las Virgin Grove, mano a mano, saltaron del escenario y llevaron a la multitud en una espiral de baile alegre que se alejaba del escenario para ingresar en el prado, en el bosque, en

todas partes, pero desatado...

Se puso el sol. Brillaba la luna. El humo de los leños de roble en las fogatas, el incienso de enebro, guitarras y banjos, tambores y flautas y zampoñas. Aroma de costillas a la barbacoa, mazorcas de maíz, judías refritas, *chili* Tex-Mex, guacamole. Cáñamo quemado. Sudor. Ideas seminales. Aseos portátiles. Pañales de bebé. Gasolina. Polvo y ramitas de pino. Zapatos de tenis y polvo para pies. Las hojas plateadas de los lupinos en el florecimiento estival. Rosas de acantilado. Sagrada datura.

—Oral —jadeó ella, acariciando las mejillas del hombre—, por fin te encuentro, mi bobo guapo Mormon-Moroni.

—Oh, no —dijo él, reculando, mirándola de forma furtiva— no soy yo, me has debido confundir con alguien, mi nombre, mi nombre es... ah... mi nombre es J. Bracken Benson, eso es, yo vengo de... de Moab, Utah. ¿Conoces Moab? ¿La tierra de Moab?

Oh Moab, tú eres la vasija en que me lavo (Salmos 108).

Ay de ti Moab, destruido eres (Números 29^[49]).

—¡Oral...! —acercándose a él, colgó los brazos por su cuello y se le pegó (¿se le plegó?), como madre selvas entrelazadas, como hojas de kudzu, como las zarzas que salen en los claros y/o los terrenos quemados de los bosques—. Oral, mi pequeño Oral Hatch, te he echado de menos tanto y tanto tiempo, tu Erika ella hizo todo el camino hasta la América para encontrarte y ahora por fin...

Lloriqueando temeroso, trató de liberarse de sus fuertes brazos dulces.

—No, no, lo siento, señorita, se está confundiendo, yo no soy... será mejor que siga buscando, nuestro... nosotros... nosotros los mormones parecemos todos iguales, pero de verdad, en serio, yo no... ¿no lo ve?, mire, bigote, pelo castaño, sin gafas, ¿Oral llevaba gafas, a que sí?, ¿no es verdad?... ¿las llevaba?

Y el joven Hatch echó a correr, corrió como un hombre asustado hasta los remolinos de la multitud, hacia la oscuridad del bosque, y desapareció. Por el momento. Erika, sorprendida, lo vio irse, los ojos abiertos de par en par, asombrada y conmocionada. ¿Podía haberse equivocado? Ciertamente, cierto que la mayoría de los jóvenes mormones suelen parecerse los unos a los otros como guisantes en una cazuela, como hormigas en un hormiguero, como ovejas en un rebaño, pero ella conocía a su Oral, ¿cómo iba a confundir sus adolescentes líneas, aquellos dientes perfectamente fluorados, aquella pequeña chorla sin cuello colocada entre los hombros como un balón de fútbol? El primer gran amor de su vida. Y él la negaba.

Cayó de rodillas sobre las agujas de pino que alfombraban el suelo del bosque, sin

prestar atención a la concurrencia, y lloró libre, escandalosamente, con el dolor de amor de un cuento de hadas sobre una doncella sueca. ¿La adusta vikinga? ¿La flema nórdica? ¿El aburrido y lento permacongelamiento noruego? Al contrario: son una raza salvaje y apasionada cuyas emociones, de la alegría a la desesperación y aun más allá, la fiereza, la energía verdadera y caliente, no se ven corregidas por la cínica afectación del postureo latino, los gestos operísticos de la tibia y desgastada poca sangre del alma mediterránea. Si alguna vez abandonan la jaula construida por su propia duda interior, su complejo de culpa y su liberalista angustia, esas razas del norte podían subyugar al planeta entero en, aproximadamente, dos semanas. (Bueno, Japón podría traerles algún problema. E Israel. Y los alegres y pequeños bosquimanos del sudoeste de África).

Erika lloró durante un buen rato, absorta en su pena, luego se puso en pie, se secó la nariz y los enrojecidos pero espectaculares ojos de verdemar, y se volvió a unir a los danzantes en la hoguera central donde las músicas de Dakota Kid, de Wobble Bab, de Lone Wolf Circles, de Bill Oliver and the Austin Longue Lizars, de John Sedd and the Canyon Pygmies mantenían viva la fiesta.

La luna se fue borrando, el fuego se apagó, la noche se terminaba, los últimos juerguistas, escalonadamente, se tambalearon, vagaron, se arrastraron hasta sus tiendas (si es que las tenían), la parte de atrás de sus camionetas (en su caso), sus lechos, sus sacos de dormir, sus colchonetas esparcidas por el bosque (si es que podían encontrarlas).

Erika durmió sola bajo un pino alejado ubicado en la punta de una península de caliza junto al borde de Parissawampits Point. Mil pies abajo un puma se deslizaba, con amarillos ojos encendidos, sobre sus garras acolchadas, la cola crispada, hacia un ciervo desprevenido. Erika soñaba con el derrumbe de icebergs, cuevas glaciares, amor de tapiola.

Hoyle y Boyle se levantaron al alba, quejumbrosos, en su caravana aparcada en el terraplén de una carretera a unas cuatro millas al norte de la Reunión. Hoyle movió bacon y huevos revueltos en una sartén nueva que había colocado sobre una nueva hornilla Coleman. Boyle le quitó la anilla a una lata de Budweiser sin alcohol, dio un trago largo, su preliminar matinal al acostumbrado Bloody Mary y la grasa americana de Hoyle. Bebió y bebió de nuevo y sintió, casi de inmediato, cómo la diurética cerveza ligera goteaba hasta sus riñones, se metía en su vejiga, bajaba por los conductos de la uretra. Fue hasta el borde del campamento, arrastró un pie por un hormiguero hasta que unas cuantas hormigas adormiladas y negras salieron. Se abrió la cremallera y meó sobre ellas: «Un poco de Bud para vosotras».

El joven Hatch apareció con los vaqueros cuidadosamente remangados, collares

de perlas de colores sobre su garganta, una banda de cuero sobre la frente, un librito de papel de fumar sobresaliendo en un bolsillo de su amplia, suelta, colorida camisa bengalí. Una serie de chapas de metal proclamaban su doctrina: «Flower Power, Dale una oportunidad a la Paz, Salvemos las ballenas, Estoy limpio para Gene, Las chicas les dicen sí a los chicos que dicen no, *Angela Davis libre, Huey Newton Libre, Eldridge Cleaver libre, Bobby Seale libre*^[50], Amor libre». El pelo lo llevaba recogido en una abultada coleta. Bajó elegantemente de su bici de montaña Stumpjumper, de diez velocidades, y se preparó para ofrecer su informe matinal.

—Vaya —dijo Hoyle, mirando al joven J. Oral—, menuda visión nauseabunda tan temprano.

—Suficiente para conseguir que un hombre pote el hígado —estuvo de acuerdo Boyle—. ¿Está listo ese café?

—¿Qué pasa? —dijo Oral—. ¿No os gusta mi disfraz? ¿Qué tiene de malo? ¿No era esta la idea? ¿O es que pensáis que me gusta esto más que a vosotros? Me siento como un maldito drogata con este uniforme. Si no os gusta lo que veis, por qué no lo intentáis uno de vosotros. No duraríais ni cinco minutos allá abajo. Esa gente está loca. Quiero decir que está loca de remate, es la movida más rara y más friqui y más majara que... que yo haya visto en los días de mi vida. La mitad se la pasa tocando unos tambores mientras la otra mitad da saltos de rana alrededor. Hay un viaje de gente que no lleva puesta nada de ropa. Otro viaje de gente va vestida como Jeremías «ComeHígados». Johnson y llevan avancargas y gorros con cola y collares garras de oso y cuchillos Bowie de dos pies de largo. Hay un viaje de niños por todas partes, la mayoría de ellos desnudos como los parieron. Y otro viaje que parecen como Ángeles del Infierno —y llevan sus Harleys—. Pero los más raros de todos son unos que llevan camisas deportivas y corbatas de lazo y fuman en pipa y se pasan todo el tiempo hablando de ética biocéntrica. Y hay una pequeña manada llamada Rayos y Centellas, o algo así, que piensan que cualquier modo de celebración o aplauso es maleducado y destructivo y tratan de que toda esa turba de majaras —debe haber unos mil ahora mismo—, intentan que todos ellos prohíban los chillidos, los gritos, las palmas, cualquier tipo de ruido, y las Centellas creen que podrían hacer una especie de meneo de las manos en el aire, más o menos así... —Hatch intentó ilustrar sus palabras con un grotesco movimiento de las muñecas para gestualizar el movimiento de un pájaro cerca de sus oídos. Hoyle y Boyle se quedaron mirándolo verdaderamente fascinados.

—Me pone malo —dijo Boyle.

—Sí. Es como una de esas viejas películas del ejército.

—... y consiguieron meter esa idea en la agenda y por lo tanto el maestro de ceremonias, que era Barbara Dugelby^[51]...

—¿Quién?

—Bárbara Dugelby, señor.

—¿Quién es esa? ¿Está fichada, Hoyle?

—Lo comprobaremos.

—... así pues Barbara llamó a votar, todos aquellos que estuvieran a favor lo tenían que indicar con un centelleo, dijo, y toda la turba de lunáticos empezaron a centellear con sus cerillas como pequeñas mariposas y entonces ella dijo que todos los que se opusieran debían indicarlo con una palmada, un aullido, o un silbido y la pandilla de chiflados al unísono, excepto los Rayos y Centellas, empezaron a ulular y a aullar como una reata de animales. —El Joven Oral se detuvo a coger aire.

—Lo oímos. A cuatro millas lo pudimos oír.

—Sí —dijo Boyle—. El sonido del Infierno en Yankee Stadium cuando el árbitro echó a Winfield con tres lanzamientos en el cuarto juego de las Series. Se te ha quemado el bacon, gilipollas, sabe como si alguien hubiera hecho chirriar los frenos.

—¿Así sabe? Vale, la próxima vez lo fríes tú, cabezamierda.

—Bien, hoy todos ellos van a dividirse en lo que llaman talleres de trabajo.

—¿Trabajo? ¿Esos ecofriquis trabajan? Love dice que todos ellos reciben de la asistencia social.

—Hay un taller sobre lobos y especies en peligro de extinción. Hay otro de iniciación a ¡Earth First! Hay uno sobre lo que ellos llaman ecología profunda y otro sobre los Hechos de Verano y...

—¿Derechos de verano?

—Lo llaman así. Una mujer llamada Dolores LaChapelle^[52] enseña a la gente cómo cantar y bailar y trenzarse flores en el pelo y alcanzar una profunda intimidad espiritual con los ritmos orgánicos de la Madre Naturaleza.

Boyle empezó a ahogarse. Su Bloody Mary resbaló de sus dedos inertes y se estampó contra sus botas de agua. Las lágrimas llenaban sus ojos. Pujaba por encontrar algo de aire, silbando como una concertina. Hoyle le dio unos golpes en la espalda, más fuerte de lo necesario. Se le cayó un puente de la boca a Boyle, su sombrero se fue al suelo, el peluquín se le desplazó sobre los ojos.

—Oral —le dijo Hoyle—, mejor tómatelo con calma. El pobre chaval tiene un soplo en el corazón. No es ni de coña tan fuerte como se cree.

Oral lo miró:

—Lo siento, señor.

—Informa sólo de asuntos ilegales, Oral. Terrorismo, contactos con la OLP, homicidio, explosivos, conspiración criminal y por ahí. Pasa de los ritmos orgánicos, Boyle no puede con ellos.

Boyle se recuperó. Los ojos aguados, se puso bien el peluquín, reinsertó el puente en su boca, recogió el sombrero, reconstruyó su Bloody Mary. Tarareando un tema de ¡Oklahoma!, se sentó cuidadosamente sobre una silla de campamento de aluminio nueva, sorbió su bebida, parpadeó, tragó, aclaró su garganta y dijo:

—¿Qué más, Oral?

—Bueno... está ese Caucus^[53] de paletas. Las que se hacen llamar Georgia Hayduquesa y las Ecoguerreras feministas van a organizar uno. Dudo mucho que las

dejen. Está el Arte de Pasarlo Bien y el Seminario para el Re-encantamiento del Mundo a través de la Pura Poesía de la Tierra.

Hoyle levantó una mano en señal de advertencia:

—Cuidado.

Oral asintió.

—Alguien que se llama a sí mismo Art Goodwrench^[54] está dando un curso sobre la mecánica de las máquinas diesel. Me parece que echaré un vistazo en ese mejor. *Parece significativo*^[55].

—Lo parece, sin duda. ¿Qué hay de Syn Fuels, de la Super G.E.M.A., de todo eso?

Una pausa. Oral dijo:

—Hablan de lo que dan en llamar una «acción». —Vaciló un momento—. Erika va a dar una charla esta noche cuando salga la luna.

Hoyle y Boyle consultaron ambos sus relojes de pulsera.

—¿Cuando salga la luna? —preguntó Hoyle—. ¿Qué hora es esa? ¿Es que esos cabezas huecas no tienen relojes?

—No se rigen por el reloj. Atienden a lo que dan en llamar la Hora de la Tierra. Algo que ver con la natural orgánica...

—Erika —lo interrumpió abruptamente Hoyle—, esa tal Erika, ¿quién es?

Oral empezó a ponerse colorado.

—Erika —dijo Boyle—, es ese coñito noruego tan sabroso y de piernas muy largas, ¿verdad?

Oral empezó a ponerse pálido.

—Sí —siguió Boyle, sorbiendo su bebida—, fijo que podría montarme algo en plan profundo ritmo orgánico con ese dulce chochito. —Una idea tintineó en su esponjoso cerebro—. Me pregunto si tiene papeles. Dile que somos inspectores de Inmigración, puede que lleguemos a un acuerdo. Tómalo o déjalo, Guayabo te llames-como-te-llames, ¿de acuerdo?

Oral se irguió tenso:

—Señor Boyle...

Presintiendo problemas, Hoyle trató de cambiar de tema, rápidamente.

—Es Foreman al que teníamos que agarrar. Él y Mike Roselle, Howie Wolke, Georgia Hayduquesa, Karen Pickett, Bill Haywood, Roger... —consultó la lista que llevaba en la mano—. ¿Roger Featherstone? ¿Sospechoso de sabotaje? ¿Nancy Morton? ¿Y qué me dices de ese personaje, Hayduke? A ese es al que el coronel quiere de verdad, muerto si es posible, vivo si no hay más remedio, pero ya lo hablaremos...

—Yo primero —dijo Boyle, sonriéndole a Hoyle—, las sobras para Oral.

—... más tarde.

El joven Hatch, cargado de adrenalina, se acercó a Boyle lo cogió del cuello y la corbata y lo levantó de la silla. Y Boyle era un tipo alto y fuerte, doscientas libras

onza más onza menos. Los dientes rechinando, los ojos encendidos, Oral respiró:

—Discúlpese.

Sonriendo, Boyle dejó caer su bebida. Con las dos manos libres, ahora estaba listo para matar al joven Hatch —matarlo instantáneamente— con un simple puñetazo en la nuez. Era exactamente el tipo de situación de la que disfrutaba. Vivía para ellas. Soñaba con ellas. Otra muesca en su vara de mando.

—¿Mis disculpas? —Los ojos medio cerrados, la cara perezosamente reclinada sobre las manos que lo asían, repitió—: ¿Mis disculpas? ¿Sobre qué?

Oral vaciló. ¿Cómo podía explicarse sin revelar que ya se había tirado al guayabo? Pero el honor era lo primero, el código del caballero misionero mormón.

—Lo que ha dicho. Sobre ella. Discúlpese. —Su puño derecho suspendido en posición de golpeo.

Hoyle intervino entonces, interponiéndose entre ellos con una experta presión en la mano del joven para que soltara a Boyle, que se desplomó sobre su silla, relajado y sonriente. Oral permaneció congelado como una estatua, con la mano aún apretada por Hoyle.

—Ya está bien, señores, sin tonterías. Tranquilo, Oral. Boyle, dale una satisfacción al crío, pide disculpas.

—¿De qué?

—Hazlo.

—Claro. Vale. Sí. Vale. Pido disculpas. No sabía que estabas enamorado, Oral.

—No estoy enamorado. Pero no puedes hablar así de ella.

—¿Así que ella sabe quién eres?

(*Silencio*).

—¿Qué me dices, Oral? —dijo Hoyle—. ¿Te sitúa o no?

—Sí.

—¿Cuánto sabe ella?

—No lo sé. Pero todos ellos piensan que soy un espía, y ella también, supongo. Pero a ninguno parece importarles. Pero...

—Pero ¿qué?

—Dice que me ama. —Inmediatamente se arrepintió de sus palabras.

(*Otro silencio*). Boyle y Hoyle se miraron el uno al otro, luego contemplaron al joven que contemplaba el cazo de café a fuego lento en la hornilla. ¿Y ahora qué?

—Oral —dijo Hoyle—, ¿todavía trabajas para nosotros?

—Sí, señor. No para él —dijo mirando a Boyle—. Ni siquiera para usted tampoco. Trabajo por mi país. Por América.

—Vale, bien hecho, eso es más que suficiente. Esa es la idea principal. Así que esto es lo que quiero que hagas: vuelve a ese manicomio sarao de parvulitos. Observa. Escucha. Habla. Haz sugerencias. Ve a los talleres. Y permanece cerca de esa monada noruega. Dices que le gustas y sabemos que te gusta, así que saca el mayor partido. Es una oportunidad. Cerca de ella, perro suertudo. Si entonces

sospecha de ti, le dices que eres un agente doble. Dile cuánto amas en secreto las rocas y los cactus y las tamiás, ese bombón se va a creer cualquier cosa. Háblale de tus conexiones en Libia y en Irán y en Nicaragua a ver cómo reacciona. Y entérate de si conoce a Hayduke. ¿Lo pillas?

El joven Hatch se lo pensó:

—Sí, señor.

—Muy bien. Ya tienes tus órdenes. No olvides que hiciste un juramento de lealtad a la Compañía. No olvides tu compromiso de fidelidad con la bandera. No olvides que primero eres un americano, segundo un novio, tercero un amante de la naturaleza, ¿estamos?

—Sí, señor.

—¿Estoy en lo cierto?

—Sí, señor Hoyle.

—Bien. Y ahora, qué me dices de estrecharle la mano a este hediondo borrachuzo, nuestro colega Boyle. Se ha disculpado como un caballero, deberías demostrarle ahora que sin rencores, ¿vale, Oral?

Boyle tendió su húmeda manaza derecha, la palma moteada como una salchicha, su gorda cara enrojecida asumió una expresión de solemne sinceridad. El joven Oral vaciló. Boyle esperó. Oral vacilaba. Boyle esperaba. De nuevo intervino Hoyle.

—Una idea mejor. —Se llevó la mano al corazón—. Vamos a recitar el juramento.

Boyle se cuadró, la mano en el corazón. El joven Hatch hizo lo mismo. A falta de una bandera de verdad, estaban uno frente a otro.

Al unísono, más o menos, entonaron juntos, o casi, como los druidas en el roble sagrado, como los lakotas en el polo solar, los cristianos en una ejecución, los hebreos en la fiesta de la circuncisión, los aztecas en un trasplante de corazón, etc., la fórmula sagrada:

—Juro fidelidad... huh... a la bandera... hah... de los Estados Unidos de América... ho... una nación indivisible, bajo Dios (en este punto algo de confusión) ... hey... con libertad... hoo... y justicia... hi... por todo... ¡ssí!

—Estupendo —resumió Hoyle—. Vale, Oral, mi buen chaval, monta en tu trici, o sea, quiero decir, bici, pon tu culo a pedalear de vuelta hacia... el cachondeo ese de ahí y mira a ver qué es lo que puedes averiguar. ¡Capitán Boyle!

De nuevo Boyle se cuadró.

—¡Sí, señor, mayor Hoyle!

—¡Dele al teniente Hatch la salva militar pertinente con todos los honores militares!

—¡Sí, señor! ¡Encantado, señor!

Boyle levantó ambas manos y se las colocó en la boca mientras el joven Oral, hundido en sus pensamientos, se montaba lentamente en la bicicleta. Boyle, en perfecta imitación de una corneta real, empezó a tararear el reclamo del séptimo de

caballería, *presto fortissimo*.

Oral empezó a pedalear, no muy rápido, tambaleándose un poco en el camino lleno de baches, y fue empequeñeciéndose hasta borrarse entre las colonias de pino ponderosa.

Lo miraron mientras se alejaba.

—¿Qué te parece?

Boyle se encogió de hombros.

—Un mocoso estúpido. Tendría que haberle partido el gaznate. ¿Por qué me has parado?

Hoyle se encogió de hombros.

—No puedo soportar la visión de la sangre. Odio el papeleo. Tener al coronel otra vez detrás. En vez de eso, quizá ese niño nos sirva de utilidad.

—Doble agente. Me parto de risa, Hoyle. Ese no vale ni para servir un *whisky* doble. ¿Es que no has visto esas chapas idiotas?

—Claro. Qué cojones, esos primerizos de la Tierra probablemente piensen que es un bromista. Y no es tan tonto como piensas.

—Es el campeón de los tontos.

—Es un simple. Pero no un tonto. —Hoyle miró hacia abajo, al carril único de la carretera que después de una curva se hundía en lo profundo del bosque, uniéndose a la vía principal una milla más allá—. No sólo no es estúpido, puede que ni siquiera sea doble agente, sino triple agente: Lo vigilaremos. Puede que sea más inteligente que nosotros.

—Eso no es muy inteligente.

—Pero se toma la cosa de la bandera en serio. Por eso es por lo que confío en él. Es realmente un *Águila Scout*. Es de verdad un mormón. A ese le gusta de verdad la tarta de manzana.

Patriotas de la artemisa, uníos.

Banderas ondeando con la brisa del anochecer. La bandera de la anarquía, una tenaza roja sobre fondo blanco. El puño verde, con letras en rojo y blanco, de ¡Earth First! La roja, blanca y dorada bandera de Independencia americana, con una serpiente cascabel. «NO ME PISEN». Y en el centro, como telón de fondo del escenario, y revoloteando sobre esa asamblea multitudinaria de niños rebeldes e inadaptados y majaras, Nuestra Gloria en persona —nuestra bandera— la roja, la blanca, la azul, las barras y las estrellas de los Putos Estados Putos Unidos de América por la gracia de Dios y de Cristo. Era una muchedumbre muy macha, amantes fanáticos del territorio, de la libertad, de la gloriosa tradición, y estaban orgullosos de demostrarlo.

«ARMAS, DIOS, VALOR Y HIERBA, ESO ES LO QUE HACE GRANDE A AMÉRICA» (cantaba una pancarta escarlata ondeando en el aire).

«MÁS ALCES Y MENOS VACAS», decía otro.

Y había más, por supuesto:

DESIERTO AMERICANO: ÁMALO O DÉJALO EN PAZ.
OTRO MORMÓN CONTRA LAS DROGAS.
ADELANTE HACIA EL PLEISTOCENO.
SUEÑO LA VUELTA DEL BISONTE, CANTO LA VUELTA DEL CISNE.
EVITEMOS LO PRESCINDIBLE.
CACEMOS VACAS, NO OSOS.
CAZADORES: ¿OS VALDRÍAN LAS VACAS COMO ALCES?
MALTHUS LLEVABA RAZÓN.
MUIR TE DA PODERES.
ULTIMOS MURCIÉLAGOS DE LA NATURALEZA.
PALETOS POR EL DESIERTO.
NEANDERTAL Y ORGULLOSO DE SERLO.
PAGA TU ALQUILER: DEFIENDE EL PLANETA.
WALT DICE: «RESISTE MUCHO, OBEDECE POCO».
PIENSA GLOBALMENTE, ACTÚA LOCALMENTE.
SUBVERTID EL PARADIGMA DOMINANTE.
¡HAYDUKE VIVE!

Y más, y más. Banderas, pendones, pancartas, camisetas y chapas, puños cerrados y tenazas volantes, el conjunto podría ser interpretado como la sugerencia de una vaga insatisfacción con «los cerdos oligarcas» (según decía uno) que «se han apropiado y operan en América» (en frase de otro).

Pero con aquel espíritu limpio y con ganas de diversión, no había que temer daños.

El sol empezó a ponerse tras un volcán de imponentes nubes musculosas, una majestuosa *pizza* condimentada por Dios en persona con su salsa de tomate, su queso fundido, sus anchoas púrpura y su salami pasado a través de la limpia cúpula celestial desde Shithouse Montain en el norte a Dead Cow Butte en el sur. ¡El divino expresionismo abstracto!

Así que, ¿dónde estaba nuestra agraciada joven maestra de ceremonias esta noche? La que aquí llega es la señorita Barbara Dugelby, de Muleshoe, Texas, abriéndose camino entre la molienda de anarquistas harapientos, fanáticos conservacionistas, moscardones medioambientales, preservacionistas desaseados, limpios biólogos de fauna salvaje, astutos ecosaboteadores valerosos, agrestes y hermosas jóvenes con flores marchitas en sus largos cabellos perfumados de Herbal Essence, guapos jóvenes sin afeitar, desnudos de cintura para arriba, con esculpido bíceps y sin asomo de grasa en las caderas, nudistas naturistas que sólo llevaban sandalias y collaritos de cristales mágicos, felices y salvajes niños persiguiéndose unos a otros, aquí y allá, y todos los demás ya mencionados antes: los espías disfrazados de *hippies*, los ecologistas profundos y los superficiales, los conservacionistas, tanto los respetables como los desacreditados, los padres fundadores y las madres sostenedoras, las paletas, las *socio-femmes*, Igon y el escuadrón de matones vigilando en las afueras por si se producía el rumoreado ataque

nocturno del Pelotón Comitatus y el Equipo de Búsqueda y Rescate, unos cuantos corresponsales *free-lance* entrados en años y con bigotes y hocico de ratón que se abrían paso hasta Barbara desde la primera fila, también llamada la fila pervertida, y así. Como había dicho el joven Hatch, la turba de festejantes había ascendido hasta rozar el millar, y había otros cientos que todavía se estaban agrupando en diferentes partes del bosque en las cincuenta millas que había hasta la meseta de Kaibab, preguntándose dónde cojones estaba esa cagada de punto de encuentro, esa puta reunión con vistas al río.

Y los líderes, ¿dónde estaban? ¿Qué líderes? No había ningún líder. Todos eran líderes.

La señorita Dugelby ajustó el micrófono (energía solar, por supuesto, gracias a unos cuantos paneles portátiles montados encima de un tráiler) y unos cuantos gruñidos eléctricos se esparcieron por el aire antes de que dijera:

—Gracias, *compañeros y compañeras*^[56]. Espero que tengáis todos suficiente comida. No olvidéis arrojar los desperdicios en los distintos cubos de basura, reciclad. Espero que todo el que lo haya necesitado haya encontrado nuestros aseos portátiles y espero que hayáis apreciado su ubicación; Dave y los chicos se las arreglaron para situarlos en lugares con buena vista. Los demás, confío en que hayáis enterrado profundo el fruto de vuestras necesidades y al menos a una milla bosque adentro. Aseguraos de quemar bien vuestro papel higiénico o tendremos a los polis del bosque en la nuca con un centenar de bomberos y camiones con manguera campando por todas partes. ¿Qué más? Mañana habrá más talleres bio-regionales y de ecología profunda, podéis recoger la programación y propaganda en la caseta principal. Os pido por favor que colaboréis cuanto podáis en la colecta, alguna gente ha puesto un montón de pasta para que hayamos podido alquilar estos aseos y los paneles solares. Esta noche habrá más música y danzas a la luz de la luna, la danza de una noche de verano, un grupo de danza con música de la Organic Nutty-Grutty Peanut Butter Jug Band, un ritual sagrado de baile druida en el matorral de robles, baile libre en el prado, música de Lounge Lizards, y con música de Peter Gierlach, aquí mismo, un baile de *cowboys*. Aunque antes de todo eso, Erika va a hablarnos acerca de la acción que está planeando para dentro de muy poco. Erika, ¿dónde estás?

Erika, alta, esbelta, hermosa, Princesa del Poder Lunar, emergió de entre la sombra de los pinos y empezó a hacerse camino a través de la compacta multitud hasta la plataforma. Antes de que llegase hubo un pequeño motín en el grupo de Berkeley. Un corpulento colega se plantó allí agitando un documento y cacareando una consigna: «El mismo tiempo, el mismo tiempo...». Dugelby dudó, miró a Erika, a la que aún le quedaba bastante camino, y le dijo al hombre del papel, haciéndole señas para que se acercara: «De acuerdo, cinco minutos». Luego miró a la luna, que se levantaba pálida y en forma de oblea sobre las copas de los árboles.

El tipo corpulento luchó hasta llegar al borde del escenario: no había peldaños, sus piernas eran cortas, su vientre excesivo. Barbara se inclinó hacia él, le tendió una

mano y jaló para subirlo. Bernie Mushkin tomó el micrófono, la cara roja, jadeante. Era un hombre se unos sesenta años o así, calvo por arriba, pies planos por abajo, culo-gordo, mente-estrecha, hombros-caídos, recordaba a ese muñeco para niños conocido como Señor Potato (la vida no es justa). Padecía además el hecho de ser barbilampiño: a pesar de cuarenta años de concentrado esfuerzo no había conseguido que le creciera una barba de hombre. Como ese avejentado cantautor adolescente llamado Bobbie Dylan, a lo más a lo que había logrado llegar era a criar una rala línea de pelo flojo a lo largo de su mandíbula, mientras la propia barbilla se queda con tanto vello como un niño soprano —incluso su voz tenía cierta tendencia a romperse por encima de una octava—, en inconvenientes momentos de tensión, Sturm und Drang, clima tormentoso y desagües obstruidos que se desbordan.

No importaba: Bernie Mushkin, antiguo marxista, revolucionario sectario, profesor titular, escritor en publicaciones académicas, pedagogo, demagogo, ideólogo se acercó a la arena política como una polilla a la llama —o como un moscardón a la mierda derretida—. Inepto y apasionado, de temperamento feroz y carente de humor, de gracia, pero inexorable, había adquirido, después de décadas, una reputación de fantoche intelectual entre las más lejanas plumas del ala izquierda de los urbanitas americanos. Lo que significa, entre tales elementos, liderazgo. (¿Quién es tu líder? Qué líder, nosotros no tenemos líderes, somos seguidores, cha-la-lá...).

Agarrando el micrófono con su puño izquierdo, el profesor

Mushkin levantó su brazo derecho haciendo perfectamente el viejo saludo nazi: *Sieg Heil!*, ladró, alzándose de puntillas para que sus labios llegaran al micrófono que él se negaba a reajustar (bajándolo). Barbara se acercó para hacerlo en su lugar, impacientemente él la apartó a un lado:

—*Sieg Heil* —repitió—. *Sieg Hiel*

Si esperaba provocar un aullido escandalizado como respuesta, debió quedar decepcionado. La mayor parte de la turba, que no le conocía de nada, lo miró perplejo. Unos cuantos se limitaron a sonreír o a reírse; algunos aletearon, meneando las manos junto a sus orejas en señal de fingida aprobación.

Mushkin levantó su papel y leyó su aserto.

—¡Earth First!, ecofascistas —anunció—. Os felicito por hacer retroceder las causas de la justicia, la decencia, la ecología y el medio ambiente al menos cincuenta años en América.

(*Vítore. Aplausos. Unos aleteos acá y allá*).

—Vuestra muy bien publicitada vocación de sabotaje y *tenazidad*^[57] ha conseguido que ¡Earth First!, sea sinónimo de terrorismo.

(*Aplausos aquí y allá. Educados vítores. Tenues risitas*).

—Vuestro bien conocido apoyo a las hambrunas de África, según ha sermoneado vuestro portavoz oficial Foreman, os ha revelado como fascistas, neocolonialistas y antihumanitarios.

(*Fuertes aleteos. Esporádicos mecheros encendidos, rápidamente apagados*).

—Vuestro entusiasmado apoyo a la política de inmigración, según sermonean vuestros ideólogos oficiales Hardin y Abbey, os han desenmascarado como nacionalistas y xenófobos, todo lo opuesto a los anarquistas amantes de la diversión que fingís ser.

(Aclamaciones, aplausos, aleteos).

—Tengo que añadir que vuestra oposición a la inmigración, especialmente vuestra oposición a la inmigración de las naciones del Tercer Mundo, lo que significa desde luego la inmigración de gente de color...

—¿Gente colorada? —gritó alguien—. Eso es un término racista, patético fanático.

—He dicho gente de color —gritó Muskin en respuesta, su voz abruptamente se rompió de nuevo en un gallito de niño soprano—. Gente de color, he dicho. —Temblando de cólera, se exigió control, apretando el micrófono con la mano. Miró a su papel. Siguió—: Vuestra dogmática oposición a la inmigración de gente de color de los países oprimidos del Tercer Mundo —oprimidos esencialmente por la América capitalista, debo decirlo— os deja al descubierto, al descubierto —enfaticó—, no sólo como nacionalistas, xenófobos, neocolonialistas, chovinistas culturales y sabuesos en pos del imperialismo económico, sino además, debo decirlo, y me duele tenerlo que decir...

(Aclamaciones. Aplausos).

—... os pone al descubierto como una pandilla de hipócritas hienas fascistas y elitistas nazis racistas. Con énfasis añadido. ¡Sieg Heil! —y saludó.

Nadie le devolvió el saludo excepto las Tres Furias con cabellos de serpiente de Berkeley situadas en frente.

—¡Sieg heil! —clamaron al unísono—. ¡Sieg Heil!

—Aún más —siguió Muskin consultando sus notas, se distraía fácilmente, no era un buen orador extemporáneo—. Aún más y concluyo con este punto...

(Vítoreas sonoras y prolongadas, silbidos, aullidos: aleteos masivos y una breve explosión de centelleos de mechero).

—Vuestra doctrina básica, hilarantemente llamada «ecología profunda», un ridículo término que podríamos corregir por «zoología profunda». —Mushkin hizo una pausa para aliviarse con una risita desdeñosa, sus acólitos, pillando la señal, empezaron a rugir como focas—. Vuestra autodenominada ecología profunda o «eco la la lá», según parodian Naess, Sessions, Devall, Snyder, Leopold, Flowers, Manes y quién sabe qué otros intelectuales de peso gallo... —Mushkin frunció los labios, su claqué cacareó—... es básicamente fanatismo antihumanista misantrópico que odia a la gente. No es filosofía, es fanatismo. Biocéntrico, lo llamáis, o ecocéntrico. Yo lo llamo «ec-céntrico», en el sentido más enfermizo del término. Todo ser viviente es igual a los otros, proclamáis. ¿Incluye eso al oso y al león?

—¡Sí!

—¿A la cucaracha y a la rata?

—¡Claro!

—¿Al ciempiés y a la víbora?

—¡Sí!

—¿Sí? Vale, y ¿qué me decís entonces de la viruela y del virus del SIDA?

(*Confusión en las gradas*).

Mushkin se detuvo, esperó una respuesta. Discurso duro: estiró su desdeñosa sonrisa mientras se extendía el silencio y su retórica cuestión calaba hondo.

Un chiquillo gordo, que llevaba una camiseta en la que se leía «Sin Valor no hay Gloria», rompió el silencio con su voz de pito:

—Señor Munchkin —chilló.

—¿Sí?

—¿Quiere deshacerse de diez libras de grasa fea?

—¿Qué?

—¡Córtese la cabeza! —gritó el chico y rompió a aullar. Todos los niños del público, y había al menos un centenar escuchando atentamente cuando oyeron el chivatazo, se unieron en una coral de risas. El contagio se extendió, la hilaridad se convirtió en multitudinaria.

El profesor Mushkin esperó. Cuando las risas se apagaron al fin, dijo:

—Por último...

(*Una tormenta de aplausos, vítores, silbidos*).

—Por último me gustaría señalar que vuestro grosero despliegue de banderas, con esos puños cerrados, las serpientes de cascabel, las tenazas rojas y las temidas odiadas descaradas pancartas de la capitalista militarista imperialista racista América —y lo digo, por supuesto con la adecuada «k»— revelan la mentalidad básicamente machista, paleta, sexista, fronteriza y propensa a la violencia de los asesores de imagen de ¡Earth First! Vuestros propios símbolos revelan y dejan al descubierto lo que sois: borracha e ignorante clase baja (pero no verdadera clase trabajadora), lumpenproletariado dirigido y engañado por una camarilla codiciosa de pequeños burgueses tenderos, escritores frustrados, fracasados académicos, corruptos periodistas y pequeños empresarios, la tradicional materia cruda, ya vista en Italia, Alemania, Latinoamérica, del Fascismo y el Nazismo. —Mushkin hizo una pausa—. Y por eso una vez más, os digo *Sieg Heil!*, a vosotros ¡Earth First!, cerdos de derecha, y si queréis colgarme, ¡colgadme!

Desafiante, orgulloso, heroico, con las manos en jarras, el profesor Bernie Mushkin echó atrás la cabeza, enseñando la gorda papada pálida a la gritona concurrencia.

La gritona concurrencia le dio una sentada ovación, con todos los honores aleteadores, mientras una de las chicas álamos le colgaba una guirnalda de flores del cuello, y otros le ayudaban a bajarse del escenario, le ponían una espumosa lata de Schlitz en cada mano, le palmeaban la espalda para felicitarlo y lo empujaban hasta los discípulos que estaban esperándole. Esos tres jóvenes, rodeados por una feroz

manada de lobos, cogieron las cervezas de las manos temblorosas de Bernie, y las vaciaron —con la ayuda de todas las socio-feministas— sobre las polvorientas agujas de pinos, y escoltaron al profesor hasta el coche alquilado (un Nipper de la casa Komatsu). Desde allí se dirigirían a su hotel cerca de Las Vegas, a sólo trescientas millas. A sus ojos la más cercana avanzadilla de civilización cabal en todo el norte de la región formada por Arizona-Utah-Nevada. Al menos en Las Vegas había universidad. Hospitales. Un cine donde echaban películas extranjeras. Bares de solteros. Librerías lesbianas. Y una sinagoga o dos o tres. Y Wayne Newton, Liberace y Bette Midler y una superautopista de cuatro carriles que llevaba directamente al aeropuerto con conexiones a Los Ángeles, Bakersfield, Fresno y Berkeley, la Casa del Pensamiento Avanzado, la Liberación del Tercer Mundo, el Laboratorio de radiación nuclear de Livermore.

La turba bullía, esperando. Entonces empezó a propagarse un coro de vítores mientras todo el mundo se ponía en pie. Liberté montando las barricadas. Un acto difícil de seguir pero Erika la Virgen sueca estaba obligada a intentarlo. Cogió el micro, lo levantó un palmo, alzó su puño derecho *ad astra* y gritó a la moliente, valiente, caliente, ferviente multitud...

—La primero esss TIERRA.

En esta ocasión la gente respondió adecuadamente, lo que no había hecho con los demás. El grito de batalla produjo un eco que a su vez produjo un eco en las mil gargantas roncadas. Roncas de tanto reírse y de los demasiados vítores aullados y a pesar de la lubricación de los miles de litros de cerveza. No lo habían hecho con los otros pero ¿quién no haría lo que fuera por Erika? Mirándola allí parada, regia, alta y esbelta, sonrosada, radiante, con los ojos brillantes, deliciosa como una flor nórdica con su camiseta ajustada, sus vaqueros pegados a la piel, su oscuro y resplandeciente pelo cayendo como melena de león desde la corona de su cabeza hasta la hinchazón de su grupa. Por Dios, era tan hermosa, tan hermosa que se situaba en algún punto más allá de la envidia de otras mujeres, a salvo de la lujuria animal de los jóvenes más simples. Todas la amaban, todos la admiraban como una obra maestra de arte natural más que como —simplemente— un objeto de inspiración sexual. La propia Erika, Princesa del Poder Lunar, vivía dentro de, y vivía de punta a cabo a través de su belleza juvenil, consciente de que no era tanto un atributo afortunado como una expresión de su inconsciente gozo por la vida. Su belleza no era suya: ella era de la belleza, y vivía lo que ella era, y era lo que ella vivía, en esencia y en apariencia compenetradas en una misma, vibrante y armoniosa unidad. Y eso es lo que derretía todos los corazones.

—¡Abaho con Imperio, enssima con Primaverrrra!

Ambas manos extendidas hacia el cielo, sonriendo como un ángel, el cuerpo arqueado —lo que aumentaba considerablemente la apariencia de sus pechos—, esperaba la antífona. Con excelente mimetismo la turba gritó, amplificándolo por mil:

—¡Abaho con Imperio, enssima con Primaverrrra!

Los árboles tiritaban, la policía secreta sonreía nerviosa. El joven J. Oral observaba con anonadada adoración. El viejo corresponsal de barbas grisáceas, nariz roja y cuello arrugado, situado en la fila pervertida —demasiado perverso y viejo para la pureza— miraba boquiabierto y maravillado con los ojos empañados, un gemido silencioso de arcaico deseo se levantó en sus ingles para, pasando por el corazón, llegarle a la garganta y el cerebro. ¿Silencioso? Él hubiera querido que fuese silencioso, y sin embargo un montón de gente que estaba cerca de él torció la cabeza para mirarle.

En la breve quietud que siguió a la antifonía, una mujer gritó:

—¡Erika! ¿Qué le dices a Berni Fuzzchin?

Erika apenas vaciló un instante:

—¿Qué yo le digo? ¿Qué nosstross le digo? —... pausa...—. Nosotros le digo... cuando tú tienesss que pelear los *bulldozer* tú no tienesss tiempo de preocupar por zumba de mosca cojonera que zumba alrrrededorr de cabeza.

La amaban. La plebe de ecologistas americanos, la chusma de rufianes, se lo tragaron, aullando con deleite. Les daba de comer en su mano, venían a lamerle la palma, babeaban en su cuchara, se les caía la baba sobre su maravilloso empeine.

—Cuando tú vessss eze grande GOLIATH —siguió—, no tienesss tiempo a perder con *insexcto* que trepa por nuestra pierna.

(*Alaridos de aprobación, silbidos, gritos, aleteos, centelleos, aullidos y palmas*). «In-sex-to», anotó el viejo periodista gringo en su cuaderno, me gusta. Me encanta. ¡Y trepando por su pierna! Santa María, Madre de Dios, ser un *insexcto* en una noche de verano a la luz de la luna. Qué tontos son estos morales^[58]. Puck, Puck, Puck, saltarán duende de la lujuria, para de erizarme los pelos de mi escroto. Oh, qué picazón qué comezón, que puto comezón picazón de romántico amor.

—... lo que conduce a mí al punto de presente declarassión. Cuando GOLIATH llegue a la Garganta yo essstoy allí y pararlo. Pongo mi cuerpo donde él llegue. Pero no sólo mi sola persona debe hacerlo yo firmemente confío. Y por esso pido a hermanas, hermanos, camarradas, poner vuestro cuerpo donde yo pongo mi cuerpo. Yo digo... y esto parece broma, ¿verrda?, perro además de broma, yo digo... pon tu cuerpo donde tu ratón esté^[59]. Hablamos grandes palabras, hablamos muy durro, ahorra es hora de mostrarr que nosotrrros actuamos lo que hablamos, ¿no? ¿Sí? ¿Ja?

—¡Ja! ¡Ja, Erika!

«Ratón», anotó el corresponsal, poner su cuerpo no donde su razón esté sino donde su ratón esté. Muy bueno. La chica es poeta. La sangre de Ibsen, Hamsun, Laxness, Strindberg, Bjornsen, Lagerlof, Undset y J. V. Jensen corre a través de sus espléndidas venas vikingas.

—... pido por mil cuerpos que poner en la Garganta entre cañón Paraíso Perdido y eso otro que vosotros llaman ¿Radium Canyon? Cuando Super G.E.M.A. finalmente llega a ese punto que puede ser ¿cuándo?, ¿diez días quizá?, ¿dos semanas? Allí nosotros pararlo, no pueda él seguir, Garganta es solamente cuarenta

de ancho metros, podemos hacer pila de cuerpos humanos, mi cuerpo, vuestros cuerpo, cuerpo de todo el mundo, en eza roca sólida, llevamos tenazas para trabajar, pondremos flores en ese grande Cubo, pondremos flores en el cuello del conductor y lo abracemos ¿a él, a ella, a ello?, y lo besemos y amaremos y estrujaremos y haremos que GOLIATH detenga. Vuelve por donde vienes, vete a casa, nunca vuelvas a la tierra de Dios, vuestra tierra, mía tierra, nuestra tierra, ¿estáis todos conmigo, amigoss?, ¿queréis todos unir vuestro cuerpo a mi cuerpo?

Atronaron todos, hombres y mujeres:

—¡Sí! ¡Sí! —rugieron todos, chicos y chicas, mientras silbaban, aplaudían, aleteaban, encendían mecheros, aullaban, vitoreaban—. ¡Nos venimos, Princesa Erika, mil cuerpos duros!

Nos venimos, Padre Abraham, cien mil fuertes. ¡Gloria aleluya! El periodista, de pie, aullando y vitoreando con los demás, garabateaba locamente en su cuaderno, sentía que la lágrimas corrían por sus rubicundas y *bourbónicas* mejillas. Furtivamente se secaba las mejillas con el dorso de la mano, mirando a izquierda y derecha, los ojos bajo lanudas cejas, para ver por todas partes rosadas y firmes y lustrosas mejillas resplandeciendo con lágrimas de alegría. Vale pues. Lloró, garabateó, se regocijó.

—¡Primerrro Tierrrrra! —gritó Erika, lanzando sus ambos puños pequeños al cielo enlunado, alzando aquel espléndido cuerpo hacia las estrellas.

—¡Primerrro Tierra! —aulló la turba.

—¡No hay puta transihensia...

—¡No hay puta transihensia...

—... en defenderrr nuestra Maitre Tierra!

—... en defenderrr nuestra Maitre Tierra!

(Un rugido de celebración).

—¡Vamos ahora a cumplir esta revelación!

La joven se lanzó del escenario con el grito de triunfo de una Valquiria (un perfecto alarido de 2093 hercios o vibraciones por segundo) por encima de la fila de los pervertidos hasta los brazos de los que estaban más allá, y fue enseguida izada por algunos ecofriquis rocosos y barbados de anchas espaldas y desfiló alrededor de la plataforma y a través de los prados y los bosques y volvió al prado y hasta la hoguera, seguida por un millar de maniacos que danzaban, gritaban reían.

En resumen, desde San Diego hasta Maine, en todos los campos y colinas, donde los ecocolegas defienden nuestra Tierra, allí encontrarás a nuestra *grill*^[60]. Como el mismísimo Joe Hillstrom podría haber cantado, si hubiese vivido otros cincuenta años, de haber visto la evolución de la Federación de Trabajadores Industriales hasta el Forum Internacional de Medio Ambiente.

—¿Y bien?

—¿Bien qué?

—¿Qué opinas?

—¿Qué opino? —Volvió a encender su puro, que se había apagado durante el auge de la alegre histeria—. Bueno... —puff, puff—. No había visto una turba tan gay de anarquistas heroe-adoradores. Creo de verdad que ansían un rey —o puede que una reina—. Como la mayoría de americanos, de hecho. Donde todos piensan lo mismo, ninguno piensa mucho.

—¿Gais? ¿Los has llamado gais?

—Claro que sí, gais. ¿No crees? Míralos ahí, haciendo cabriolas a diestro y siniestro como salvajes, tocando tambores, riendo como idiotas, aullando a la luna, dando vueltas a un poste con cintas de colores. Si esos son revolucionarios, son los más alegres locos y felices que yo haya oído en mi vida. ¿No fue Emma Goldman la que dijo «Si no hay baile en la revolución, no la apoyo»?

—¿Emma Goldman? No lo recuerdo.

—Puede que fuera Jesús. De todas formas... —puff, puff, puff—. Son felices ahora. Pero ¿cuántos de ellos de veras van a prestar su cuerpo para la demostración de Erika? Te apuesto diez dólares contra un penique que no van a ir más de veinticinco.

—Menudo cínico. Menudo derrotista. Menudo pesimista.

—Pesimista sí. Pero una vez un hombre sabio dijo (creo que fui yo) que un pesimista es simplemente un optimista bien informado.

—Bien, gran jefe. Para el carro. ¿Crees que es hermosa?

—¿Hermosa? ¿Quién? ¿Para quién?

—Esa cría, esa muñeca, esa... vamos, ya sabes a quién me refiero. No finjas que no la estabas mirando lascivo como todo el mundo. Los hombres, me refiero. ¿Lo es? Puff. Lo pensó. Cuidadosamente.

—No está mal, no está mal, en el convencional, cinematográfico, espectacular sentido del término. Sería una estupenda chica de cubierta de la revista *Cosmo*.

—Apuesto a que preferirías verla en las páginas centrales de *Playboy*.

—¿*Playboy*? No estoy familiarizado. ¿Es un periódico?

—Nadie quiere a los sabelotodos.

—Tú sí, espero. ¿Dónde está Reuben?

Miró a través del prado bañado en luz de luna hacia la hoguera, el fantástico poste de cincuenta pies con un remolino de serpentinas de papel, la danzante masa oscura de formas humanas, los músicos agitándose en el escenario.

—Por allí, en algún sitio, con los hijos de Seldom y de Susan. ¿Crees que será mejor que los busquemos?

—Dejémosle jugar un poco más. Es una Convención para chiquillos. Susan está con ellos. —Dejó caer el chupado puro en el suelo y lo pisó. La atrajo hacia sí. Levantó su barbilla, la besó en la dulce boca rosada correcta y convencionalmente. Retirándose una pulgada o dos, murmuró:

—Nena, qué me dices de que vayamos tú y yo ahí bajo los árboles y te enseño mi nuevo tatuaje.

—Claro. ¿Seguro que es a mí a quien quieres?

—Cínica. —Miró sus ojos violetas, oscuros y profundos, brillantes, maravillosos al reflejo de la luz lunar.

—Escúchame, mi amor, mi único y solo amor, hay chicas de portada, hay *starlets*, hay polvazos y *sexbombs* y yogurines rubios y delineados por todas partes, pero no hay muchas mujeres de verdad. Yo me quedo siempre con la mujer de verdad.

—¿Lo dices de verdad?

—Sí.

—Entonces cierra el pico y fóllame.

—Sí.

—Hablar y hablar y hablar... vamos a poner algo de acción aquí. —Sí.

Apretó sus manos. Estaba temblando. Acarició su fino pelo, sus lisas mejillas, sus tiernas orejas. Ella enlazó sus manos tras la nuca de él, tiró suavemente hacia abajo, besó sus labios rígidos. Él permaneció tenso, los brazos apretados en cada lado de su cuerpo. Ella le acarició la espalda, los hombros, sintiendo la tensión de sus músculos. Delicadamente lo llevó más allá de la roca, cerca de su saco de dormir enrollado sobre su almohadilla de gomaespuma que descansaba sobre un poncho de nailon. Miraron abajo, abajo, abajo, a las neblinosas profundidades, a través de la niebla de sombras y luz lunar a las tenues formas de los árboles que se encontraban a mil pies... abeto Douglas, pino piñonero, roble Gamble, enebro, almez. Mucho más allá y mucho más abajo, el gran río se deslizaba a través de su garganta interior hacia su maternal-paternal andrógino mar.

Él miró dentro de la maravilla de las Eras. Ella admiró a su joven maravilla.

—Oh, durante tanto tiempo me hundido a ti...

Él no dijo nada.

Deslizó sus dedos por el pelo de él, alcanzó la absurda coleta con su goma elástica, apoyó su cabeza contra su pecho, bajo su barbilla, y apretó y oprimió los músculos de su portentoso brazo.

—¿Tú te hundes en mi...?

Murmuró algo ininteligible, palabras que quedaron atrapadas y jamás emergieron de su garganta. «Essste pobrre niño tonnnto: si sólo pudiera frotarle la espalda». Él necesitaba un masaje. Un buen y saludable y fuerte masaje sueco. Le besó en la base del cuello. Introdujo una mano dentro de su camisa, acarició la piel caliente de la parte baja de su espalda y su cintura. Pensó en otra cosa, sacó con una mano algo del bolsillo de su camisa, una trufa bañada en chocolate sin envolver, y la acercó a sus labios.

—Oral.

—¿Huh?

—Tengo sorpresa para ti. Abre mucho, porrr favo.

—¿Qué? ¿Qué es?

—Cosa muy esquizita, querrido. Abre labios, porrr favo. —Se le ocurrió un chiste —. Abre pequeña escotilla^[61]. Ella se desabrochó su camisa de *cowboy*, se subió la camiseta de ¡Earth First! No llevaba sujetador. Naturalmente. (Se sostenían gracias a los músculos pectorales).

Él no abrió la boca. Ella manchó sus labios con el trozo de chocolate. Ningún buen mormón puede resistirse al chocolate. Su lengua empezó a degustar. Ella bajó el cebo, él se curvó para seguirlo, ella lo bajó más. La cabeza de él estaba ahora bajo la barbilla de ella. Ella agarró su pelo con su fuerte mano derecha. De nuevo puso la golosina deliciosa en su boca. Sus labios se separaron. Su pecho derecho estaba al descubierto, el pezón como un capullo de rosa, erecto y anhelante.

—Abre mucho, mi Oral, yo meto dentro.

Abrió mucho la boca. Ella arqueó la espalda, elevando su firme y joven teta a su cara, a la luna, y la metió dentro.

—No muerrrdas, amorrr. Se derrite en la boca.

—Vaya mierda —gruñó—, es sólo un montón de puta y maldita basura si quieres saber mi opinión. Mil piradas es todo lo que vi. —Los caballos arrastraban los pies a través de los pinares, el suave sonido de los cascos de hierro levantando un polvo que quedaba flotando como una película de materia, nada en particular, átomos lucrecianos, en los inclinados rayos lunares—. ¿Tengo razón, compañero? ¿Qué opinas tú?

El otro, que iba delante, sobre su vieja yegua gris (alguna vez fue un fiero caballo plateado) murmuró alguna nadería que sonó como: «Buenos chicos. Un grupo de estupendos chicos divirtiéndose».

—¿Sí? Bueno, puede ser. Pero seguro que esos chingados no van a parar a GOLIATH acostando sus cuerpos en el camino. Tú y yo sabemos lo que sucederá. Los imbéciles de la construcción aporrearán a unas cuantas chicas y a unos cuantos *hippies* flacuchos mientras la policía mira. Luego la policía arrestará a las chicas y a los *hippies*.

—¿Para qué? —El viejo que iba delante. Lento y cauteloso. La oscuridad reinaba en el bosque a las dos de la mañana, la luna se había situado bajo, y los polis merodeaban por el bosque.

—¿Para qué? Vamos, Jack, has estado allí. Te arrestaron por nada. Por nada. Por perturbar la paz. Por obstrucción al tráfico del Gigante removedor de tierra. Por colgar flores y pegar pegatinas en el cubilete de la dragalina. Por atentar contra la propiedad privada. Y todo lo que quiera que hicieras, nada que causase mucho problema, darle a la policía una buena excusa para maltratar a unas cuantas mujeres

apetitosas, conseguir que los manifestantes paguen multas y tengan que contratar abogados y pasen algún tiempo en la trena del condado, la misma puta cagada, ya conoces el cuento. ¿Has visto alguna vez una situación tan mala tan mala que los policías no pudieran empeorarla?

No hubo respuesta a esa pregunta. No se necesitaba ninguna respuesta.

Cabalaron, casi en silencio, a través de los pinos y los álamos, los abetos y las píceas. No se oía nada, no se veía nada, no se olía nada que sugiriese la presencia del enemigo. El hombre que iba atrás siguió dándole voz al tren de sus pensamientos:

—Después de que los polis y los soldados los saquen de allí y todo vuelva a estar tranquilo y el polvo se asiente, la puta tripulación de la dragalina decidirá tomarse un descanso en la sombra, y abrir algunas cervezas y celebrarlo. Ahí es donde tenemos que actuar nosotros.

—¿En la Garganta?

—La Garganta es el lugar.

—¿Solos tú y yo?

—Con la pequeña ayuda de mis amigos.

—¿Amigos? ¿Tienes amigos? ¿Tú?

—Difícil de creer, quizá. Pero es verdad, colega. No tengo muchos pero tengo todos los que necesito.

—La Banda.

—Eso es, abuelete. Esa puta banda mía.

Cabalaron, de nuevo en silencio. Oyeron, vieron, olieron las corrientes de aire para rastrear humo de leña, aceite para armas, vapores de gasolina, humo de diesel, agua de colonia de los Ranger del Bosque. El viejo se adelantó para echar un buen ojo, recordar la ruta, estar alerta ante cualquier signo de algo nuevo. Después de un rato, sin reducir la marcha, volvió, miró atrás y dijo:

—¿Qué me dices de esa potranca con la melena larga y el trasero bien alto? ¡Qué buenas tetas, también! —Pausa. Sin respuesta—. Bastante bueno todo junto, ¿qué me dices?

Su diente de oro resplandeció en una sonrisa. Su brillante ojo de vidrio centelleó con lo que, a la luz de la luna, podía pasar por picardía.

El hombre más joven se limitó a encoger sus hombros de oso. Su cara, ensombrecida por el ala de un grasiento sombrero de cuero, no revelaba emoción alguna.

—Una mujer es sólo una mujer.

Cogió un puro del bolsillo de su chaleco, mordió la boquilla, y se lo puso entre los dientes.

—Un buen cigarro es humo.

Pero no encendió el puro. Lo empezó a mascar. Cabalaron, en la oscuridad. La luna estaba baja.

25. Love le hace una propuesta a su mujer

¡Zip! ¡Zap!

—Pero Dudley... ¿qué van a pensar los vecinos?

¡Psst! ¡Fsst!

Se miraban el uno al otro en la penumbra azul de la ventana del dormitorio. Una vaga luz pobre pero suficiente para que él percibiera la ansiedad en los ojos de ella, el temblor en sus labios.

¡Zit! ¡Zat! ¡Zick!

—Tartita de miel, no te preocupes por ellos. Ellos piensan lo que yo les digo que tienen que pensar. Y cuándo pensarlo. ¿Soy el reverendo de este maldito sitio o no lo soy? ¡Huh!

¡Snick! ¡Snack! ¡Zas, crack, pop!

—Eres el reverendo, Dudley, pero no es eso, quiero decir, ¿estás seguro de que no se va a montar una buena en Salt Lake? Si los Ancianos se enteran podrían excomulgarte.

¡Blip!

—Noo. No se atreverán. Ellos saben perfectamente que la puta mitad de los hombres al sur de Panguits tienen varias mujeres. Como aquí en Hitrocks. Mira a ese caza conejos Smith, por ejemplo. Y toda esa gente a caballo en la frontera de Short Crick. Por no mencionar la ciudad de Glen Canyon y Old Pariah y Stocktank y Feedlot y Greasepit y Dipstick y Landfill y Flyspeck, ¿qué pasa con ellos? ¿Y Page, Bluff, Mexican Hat, Kanab, Escalante, Boulder? ¿Y Herkin, Springdale, Laverkin, Mesquite, Fredonia? No se atreverán. Perderían la mitad de los miembros de Dixie. Y Moab y Hanksville y Green River y Blanding. ¡Blanding! Aquello es una cisterna de pecado y sexo y drogas y SIDA e incesto y sodomía y gonorrea por lo que yo he oído. Madres adolescentes. Padres putativos. Tiene ahora hasta ladrones de tumbas indias viviendo allí. Hablan de demonios necrófagos. Nuestro propio reverendo coleccionista de cachivaches.

¡Zap! ¡Zap!

—Estamos hablando sobre poligamia, Padre.

—Sí, lo sé, Madre, y ahí es donde voy, hay un montón de cosas peores en el territorio de los cañones que un hombre tomando una segunda esposa. Ese Smith tiene tres, dos de ellas con la mitad de su edad, y míralo. ¿Te crees que al Consejo de los Doce les importa un carajo...

—¡Dudley!

—... lo que piense cualquiera de aquí abajo? Ya te digo que se las pela. Wasatch Front, eso sí que les importa. Wasatch Front y sus malditas misiones al extranjero en Noruega y Nueva Zelanda y la Patagonia y sólo Dios sabe dónde más. Nosotros no

somos más que mierda de vaca a sus ojos.

—¡Señor Love!

—Perdone mi francés, Madre, pero caramba, todos esos cabezas cuadradas pijos de medio pelo pichas-flojas pedorros de Provo y de Salt Lake me ponen enfermo. ¿Cómo es que hay un millón y medio de personas viviendo allí y no llega a cuatro mil el número de habitantes en todo el condado de Alkali? El único condado de Utah con el índice más alto de natalidad del mundo que pierde población. Una especie de conspiración medioambiental extremista Internacional Comunista-Sahara Club-Gobierno Federal-Naciones Unidas de Wasatch Front, si quieres saber lo que opino. Sacar a las Naciones Unidas de los Estados Unidos y sacar a los Estados Unidos de las Naciones Unidas, deberíamos haberlo hecho hace años.

¡Fsst! ¡Fsst!

—Vale, vale, Dudley, no empieces otra vez a excitarte con todo ese asunto de las Naciones Unidas. Ya sabes lo que eso influye en tu presión arterial. ¿Te has tomado tu digital hoy?

—Sí, Madre, me tome la digital hoy, maldita sea, Dios.

—¡Padre!

—Lo siento Madre. Pero diablos...

—De todas formas es ilegal.

—¿Qué es ilegal?

—La bigamia.

—¿La bigamia? ¿Quién está hablando de bigamia? Estamos hablando de poligamia.

—¿Cuál es la diferencia?

¡Zip! ¡Zip! ¡Zip!

Él sonrió con tolerante condescendencia.

—Oh, vamos, mujer. La bigamia significa dos esposas. La poligamia significa dos o más. Cualquiera lo sabe. La bigamia es un pecado terrible. La poligamia es lo que esos antiguos hebreos como Abraham, Jacob, Isaac y luego Joseph Smith y Brigham Young hicieron.

—¿Ya tienes la tercera en mente, Dudley?

—¿Eh? ¿Qué? No, Madre, sólo una. —Él sonrió pensándolo—. Con dos ya está lleno tu viejo Dudley. Ya lo sabes. No olvides mi válvula agujereada.

—Me pregunto dónde te la han agujereado, Dud. ¿Cómo se llama?

—No esa válvula, sino la válvula del corazón. ¿Cómo se llama? ¿De verdad quieres saber los detalles?

Ella miró por la ventana del dormitorio, a través de la penumbra azul del exterminador de insectos de Love hacia la seca palidez de las hojas infestadas de escarabajos del olmo chino, el resplandor azul del vapor de mercurio de los faroles de los vecinos, la distante pero persuasiva radiación del molino de uranio al sur de la ciudad. No había estrellas disponibles. Ni luna. La tecnología había vencido a la

noche y algunas veces la mujer del reverendo detestaba esa conquista en particular de la marcha hacia adelante del progreso. Aunque ella nunca lo decía en voz alta. No en Hotrocks. No en Utah. No en la preciosa América.

—¿Cómo es posible que ese exterminador de insectos no mate a los escarabajos del olmo?

—¿Qué?

—Parece que cuantos más bichos electrocuta esa cosa más bichos hay. Puede que estemos criando bichos cada vez más fuertes y más listos.

Él sonrió.

—Nunca he sabido de una mujer que pueda entender la electricidad.

—No estoy hablando de voltios, amperios, vatios o electrodinamos. Estoy hablando de selección natural. Evolución.

—¡Madre!

—Bueno, tú has estado maldiciendo lo que has querido, ¿por qué no voy a poder decir yo esa palabra?

—Vamos a tratar de no cambiar de tema. Se llama señorita Dick. Es una *rangerette* de la BLM.

—¿Qué edad tiene?

—¿Eh? Oh, sobre treinta y cinco, cuarenta me parece.

—Mentiroso: sabía muy bien que apenas tenía treinta.

—Eso es demasiado joven para ti, Padre. Te matará. Y entonces ¿qué pasará con el testamento? ¿Qué va a ser de tus once hijos? ¿Qué va a ser de mí? Nosotros nos casamos hace veinte años, Dudley, y me estás hablando ahora de una segunda esposa. ¿Te has aburrido de mí? ¿Y le corresponderá a ella parte de tu herencia —nuestra herencia— cuando tu corazón se te rompa cuando estés tratando de... satisfacerla? —Él no respondió—. Padre, eres demasiado viejo para tomar una esposa joven.

—Ella no es joven.

—Demasiado joven para ti. Ya eres un viejo.

Su orgullo varonil se sintió atacado. «¿Demasiado viejo?», pensó. «Yo, ¿demasiado viejo para hacerlo más? Supongo que lo hice bien allí entre las rocas. Tomó su tiempo pero lo hice, por Dios, se me levantó, la metí en la dársena y la hice feliz. Creo. No se me ha quejado de todas formas. De todas formas, como el viejo Seldom dice, si soy demasiado viejo como para que se me levante, pondré a las chicas boca abajo, para que les caiga dentro. Como una plomada».

—¿Nada que decir, Dudley?

—¿Eh? Tengo mucho que decir.

—¿Como qué?

—Como que no te preocupes en absoluto acerca del testamento. No voy a hacer ningún cambio en el testamento. Eso ella lo entiende. No se va a casar conmigo por el dinero. Porque, con toda esa maldita igualdad de derechos y leyes de discriminación positiva (que no es una ley para nada) ella será jefe de departamento en cinco años.

Ya sabes cómo va la cosa en esta época. Si no eres una mujer o un negrata o un homo o un judío o un mexicano o tienes un dieciseisavo de sangre Chippewa o mejor todavía una extranjera lesbiana sin papeles de Haití en una silla de ruedas con bajo cociente intelectual, no tienes oportunidad ninguna de conseguir un puesto en trabajo gubernamental. Esa chica está en el carril rápido hacia la cima. ¿Igualdad de derechos? ¿Qué hay de esa igualdad de derechos para nosotros los que hemos nacido en América blancos libres ceporros mayores de edad^[62] y temerosos de Dios? Es comunismo, Madre, eso es lo que es, comunismo, y lo que tendríamos que hacer es mandarlos de vuelta a Siberia ya. Me vuelve jodidamente loco...

—Tranquilo, Dud, tranquilo. —Ella puso su tierna mano en el pecho lleno de pelo canoso de él—. El corazón late demasiado rápido, Padre. Intenta volver a calmarte. ¿Estás seguro de que te tomaste la digital?

—Sí, estoy seguro de que me tomé la digital. Así que no te preocupes por la *rangerette* Dick y la herencia, ella no va a tocarla. No es eso lo que quiere. Todo irá a parar a los niños y a ti. De todas formas no tengo intención de palmarla o dejar pagada la cuenta o reunirme con mi creador o encargarme una pintura al óleo con nuestras caras mirando al Oeste por ahora, Madre, así que ¿por qué te preocupas por eso ahora? No temas por eso.

Estaban tendidos en la cama, las manos enlazadas, mirando el resplandor azul del exterminador de insectos, oyendo los erráticos e intermitentes zap, plash, puff de las minúsculas ejecuciones. Las caras de once niños, enmarcados en dorado, devolvían la mirada hacia un muy confortable —si bien hundido— lecho conyugal. Once dulces e inocentes críos, todos ellos chicas, todas y cada una de ellas con el rostro de Papi y el cerebro de Mami. ¡Hablar de discapacitados y minusválidos! Aunque Madre había demostrado algunos signos de independencia cerebral últimamente. Evolución. Selección natural. «Electro... ¿Electro qué? ¿Dónde había visto ella esas palabras — se preguntó él— hundiéndose en el sueño? ¿Habría estado esta mujer merodeando últimamente por la biblioteca? Sospeché desde primera hora de lo mucho malo que nos traería la nueva bibliotecaria. Por supuesto que es mormón, pero demasiado joven como para ostentar una posición tan peligrosa como esa. Y ella ni siquiera fue a Brigham Young. Fue a Utah State. En Logan. Una cama caliente de bebedores de cerveza y anticristos y ateísmo y profesores ingleses...».

La dulce languidez de la duermevela quedó rota por una pregunta que era la que más temía, que esperaba no volver a oír nunca.

—Dudley... ¿todavía me quieres?

—Claro que sí, Madre. —Apretó su mano—. Más que nunca.

—Entonces, ¿por qué necesitas una segunda esposa?

(*Silencio. Doloroso silencio*). ¿Por qué necesita un toro una manada de vacas? ¿Por qué necesita un gallo un corral de gallinas? ¿Por qué necesita un semental una reata de yeguas? La verdad era demasiado cruda, demasiado brutal, demasiado obvia, demasiado simple para ser comprendida por la sutil mente intuitiva de la hembra

humana. Por qué iba a ser sino porque amaba a la *ranger* y ella lo amaba a él. La verdad no era lo suficientemente buena. No era adecuada. A pesar de ello, el reverendo Love se había adelantado a la angustiada pregunta de su leal y amante esposa desde hacía tanto, y había preparado una respuesta. Tocaba ponerla a prueba y esperar lo mejor:

—Madre... el duodécimo hijo.

—¿Qué quieres decir?

—Me refiero a nuestro deber sagrado de crearle un cuerpo terrenal a otra de esas pequeñas almas de crío que están esperando en el Cielo. Estoy hablando del Hijo Número Doce, Madre.

—Oh, Dudley... por favor, Dudley... Dudley, no puedo pasar por todo eso otra vez. Dudley, ¿es que no son suficiente once críos? Algunas veces me vuelven loca, Dud. Me he puesto vieja antes de que me tocara. No me hagas eso otra vez. Ya sé que es nuestro sagrado deber y todo eso pero Dud... por favor...

Sonrió para sí mismo. Ella había venido directamente a caer en su trampa. Pero él no podría resistir la tentación de cerrar la trampa, rematar el argumento:

—Pero Madre, soy el reverendo. Eres la mujer del reverendo. Tenemos que servir de ejemplo santo en nuestro barrio.

—Ya lo sé, Padre. Pero por favor... mírame. Tenía un cuerpo precioso, ahora tengo las curvas del señor Potato. Acuérdate de cuando pensabas que yo era una chica bonita. ¿Te acuerdas? Y si eso no te preocupa, que supongo que no, ¿qué pasa con mis nervios? ¿Qué pasa con mi salud mental, Dudley?

Él apretó su mano, acarició sus hombros. Ella lloraba otra vez, silenciosamente.

—Vale, vale, Madre, eres la mujer más fuerte, la más sólida, la de más clase que yo haya conocido nunca. Cuarenta y cuatro hijos y dieciséis maridos serían incapaces de volverte loca a ti. Y eso de la salud mental de la que hablas, eso es comunismo, eso es parte de la conspiración comunista internacional *medioan-mental* —¿lo has oído?, ¿*medioan-mental*?—, esa es la razón por la que hicimos que el estado cerrara lo que ellos llamaban «Clínica de Salud Mental», esa es la razón por la que echamos a esos loqueros judíos del condado.

—Algunas veces deseo que no lo hubieras hecho, Dudley. El doctor Robinson era un hombre maravilloso. Le gustaba a todo el mundo. Le dio a algunas pobres mujeres de aquí un mundo de bien. Sé de tres que se hubieran suicidado si no hubiese sido por él.

—¿Es eso cierto? —El reverendo se sentía incómodo al ser consciente de que estaba perdiendo el control del diálogo. De alguna forma ella se las había arreglado para ponerlo a la defensiva de nuevo—. Bueno, tu maravilloso doctor Robinson se fue y esas tres mujeres están vivas aún, ¿no es verdad?

—Dos de ellas. Ya sabes lo que le pasó a Darnelle.

—Esa mujer estuvo loca siempre. Era una borracha. No debía haberse puesto al volante. De todas formas, lo dije entonces y lo digo ahora, no necesitamos una clínica

de comunistas lavacerebros aquí. No hace falta nada que tenga que ver con salud mental en el condado de Alkali.

Ella guardó silencio, lloraba calladamente. «¿Por dónde iba?», pensó él. «Ah sí, el bebé número doce».

—De todas maneras, Madre, vamos a tener esa criatura número doce. Es nuestro deber cristiano de los Santos de los Últimos Días fructificar, multiplicarnos y repoblar la tierra.

—¿Tenemos que hacerlo todo nosotros en persona?

—No, y eso es lo que yo te estaba diciendo. Si...

—No lo puedo hacer otra vez. ¿Por qué no pueden ayudarnos los gentiles? Estoy completamente agotada, reverendo Love.

—Lo sé, Madre, así que escúchame. Tendremos el Número Doce con la *ranger* Dick.

¿Nosotros? ¿Tendremos? Él esperó, con la vista perdida en el techo, sonriendo en sus adentros. Ahora la tengo. Dejemos que se hunda. Y entonces recibiré la luz de la razón.

Después de una pausa su mujer dijo:

—¿Lo hará ella?

—Sí.

—¿Y contará como nuestro?

—Eso es, Madre.

—¿Será como un vientre de alquiler? —En boca de la señora de Love la expresión sonaba como una salida para la pena. Y quizá también como una salida para el dolor.

—Eh... eso es. —Love no estaba seguro de ese punto pero ahora no era el momento de discutir sobre delicados matices.

—¿Y de verdad será nuestro hijo?

—Eh... sí.

(*Una pausa. Otro silencio*).

—¿Y quién se va a encargar de criarlo, Padre? ¿Quién lo cuidará todos los días?

(*Otra pausa. Un profundo silencio*). Cuidado con lo que dices ahora, Dudley. Vigila. Piensa. Pensó. Y dijo:

—Ella cuidará de él. Será nuestro hijo pero ella lo criará. A menos que...

—¿A menos qué?

—Que tú quieras hacerlo.

¡Zip! ¡Zap! ¡Zat! ¡Zit!

Esta vez la señora de Love levantó la cabeza de la almohada, se incorporó apoyada sobre un codo y miró a su marido. En la semioscuridad sólo podía apreciar su gran cabeza, cuadrada y atractiva, los hombros amplios, los brazos. Un tenue resplandor azul, como un halo, como un aura, parecía emanar de su cara y subrayar las líneas de su cabeza. Por un momento ella se sobresaltó.

—Dudley, ¿has estado comiendo carnotita otra vez?

Él se retorció sorprendido.

—¿Qué? ¿Comiendo qué? ¿De qué estás hablando ahora, mujer? —Con dificultad cambió la velocidad mental.

—Pareces radioactivo.

—Estás loca. —Él miró sus propias manos, vio la pálida luminosidad, tocó su cara. Parecía normal. Tocó su pelo, sus oídos, su cuello. Todo parecía normal excepto su corazón, que ahora estaba sobreexcitado, bajo presión, comprimido. Mirando a su esposa, vio el resplandor azul en la ventana del dormitorio tras ella. Sonrió.

—Por el amor de Dios, Madre, es sólo el exterminador. —Cogió la mano más cercana de ella, acarició con el pulgar su cálida palma—. Ahora relájate, dulzura. No te preocupes ni por mí ni por ella ni por esa criatura número doce. Todo va a salir bien. Vamos a hacer esto para que todo el mundo sea feliz. Todo el mundo.

Ella volvió a tenderse, sobre su espalda. Ambos permanecieron conscientes, aterrorizados por la vida y el amor y la muerte y el matrimonio y el sexo y la reproducción y el futuro, y lo que pudieran pensar los vecinos. Contemplaron la opaca oscuridad del techo. Después de un rato, antes de que por fin se quedaran dormidos, la señora Love dijo:

—Pero Padre... ¿qué van a pensar los vecinos?

Él tenía también una respuesta para eso. Sonriendo en la oscuridad, replicó:

—¿Quién les ha dicho a ellos que pueden pensar?

26. La última partida de *poker*

El viento del cañón soplaba suavemente.

Los viejos barcos se mecían dulcemente con las olas.

El viejo Green River, camino de su casa, fluía al mar.

Hacia el mar, perdón. Se iba evaporando en el Estanque estancado del Lago Pútrido Nacional, y luego en el Tugurio Recreativo del Lago Mierda Nacional, y luego se separaba en canales, conductos, cauces y acequias para morir por lenta degradación entre las plantaciones de excedente de algodón de Arizona, los campos de sorgo del Valle Imperial, los campos de frijoles y las granjas de alfalfa de los mexicanos, las cisternas, los aires acondicionados, los lavados de coche, las bocas de incendios, las lavanderías, los campos de golf, las piscinas, las cámaras de aislamiento sensorial, los fregaderos de las cocinas, los inodoros, las fosas sépticas, los campos de drenaje, las lagunas de aguas residuales y las plantas de tratamiento de aguas residuales de la Gran Los Ángeles... este viejo y noble río no volvería a alcanzar la unión con su órgano superior, el mar de Cortez y el océano Pacífico, expiraba en chorros envenenados y goteos de polución en el fango cuarteado, cocido, estriado del delta yermo, lejos de su desembocadura natural. Se arrastraban ciempiés, zumbaban las moscas, trastabillaban las vacas, bajaban lo buitres, se deslizaban arañas, crecían las malas hierbas allí donde una vez hace no demasiado tiempo un río vivo fluía y centelleaba, donde danzaban los peces, se acercaban las garzas y los halcones trazaban círculos y se lanzaban en picado. Había un bosque verde fragante en cada orilla, guardando las secretas vidas de los ciervos y los ocelotes, del jaguar y el jabalí, del lobo gris y el oso negro y el zorro rojo y el puma, el armadillo y la tortuga, el elegante trogón, la anhinga, el picomediano con su pico de marfil, el martín pescador, el águila calva, el halcón de pantano y la gaviota, el pelícano, el jodido albatros, las majestuosas y putas aves fragatas...

Se fueron. Nunca más un río.

—¿Y qué? —espetó ella—. ¿A quién le importa? —Simulando enfado tiró las cartas a la mesa mientras Doc, como siempre, con sonrisa apologética y hediondo puro, se llevaba el bote. Bonnie la mala perdedora. Pero le tocaba repartir.

—¿Cómo lo haces, Doc? —dice Seldom.

—Control, amigos, control. Lo mismo de siempre.

—No, por alguna razón no es lo mismo sin Oral aquí.

—Oral el Proveedor —dice Susan (señora número 3 de S. S. Smith).

—Oral el Moral —dice Kathy (señora número 2 de S. S. Smith).

—¿Qué le pasó a ese crío?

—Bueno, ya lo viste en aquella Reunión. El pobre chaval se ha enamorado de esa Miss Universo de... ¿de dónde era? ¿Italia? ¿España? ¿Grecia? ¿Alemania?

—Noruega —dijo Doc—. La virgen sueca. La hija del rey de Noruega, perfecta Sigrid de Ojos Esmeraldas.

Bonnie lo miró por encima de las uñas de sus dedos.

—¿Esmeraldas? ¿Cómo puedes saberlo? Estábamos como a cincuenta yardas.

—Reparte las cartas.

—Así que ¿a cuánto esta vez?

—El que reparte elige. Tú repartes.

—Vale pues —dice Bonnie, barajando—, es hora del Abzug gana, también conocido como la Chismosa de Montana. Todo el mundo pone un pavo. ¿Cómo puedes saber que eran verdes?

—Eh, *dos bits*^[63] de tope.

—Partida especial. Pon o calla. —Bonnie abrió poniendo un billete de un dólar.

A regañadientes los demás pusieron o tiraron o empujaron cuatro fichas azules hacia el centro de la mesa, en medio del suave y seductor tapete verde. La que repartía extendió la mano y recogió los cinco dólares. Los otros miraron. Bonnie apiló las fichas ante ella, echó otro dólar al bote y repitió el mandato del repartidor: Que todo el mundo ponga otro pavo. Desordenó, extendió, barajó el mazo de cartas sin dejar de mirar a su marido.

—¿Cómo lo sabías Doc?

—Eh, repartidora, ¿qué clase de juego es este?

—¿Cómo sabía el qué?

—Él dijo que quien repartía elegía. Yo reparto. Quieres jugar al *poker*; Smith, o prefieres irte a casita a llorar.

—Vaya, qué chica dura esta señorita Abzug.

—Además se ha olvidado de cortar la baraja.

—Es un juego duro, paletos de campo. ¿Vais o no vais?

La gran lámpara de Aladino oscilaba dulcemente por encima de sus cabezas, esparciendo su tenue resplandor por las fichas rojas, blancas y azules, y los billetes y las monedas de plata, las cartas de dorso rojo, la roja nariz de Doc, el pelo de paja de Seldom, las bonitas y serenas caras jóvenes de las tres mujeres. El Reuben de Bonnie y los cinco chicos Smith estaban durmiendo más allá, en las literas de la caravana. Fuera del salón principal, donde se celebraba esta gran partida, el único sonido que se oía era el tenue gemido del viento nocturno barriendo el río, el chapoteo de pequeñas olas marrones, el golpe de la cola de un castor en la superficie del agua, el ocasional vagabundeo de los caballos de Seldom pastando alfalfa en su parcela, veinte acres junto al río. Si aguzabas mucho mucho el oído también podía oírse el susurro de las vides arrastrándose sobre los dos acres arenosos, bien labrados, bien irrigados, bien abonados del melonar de Susan Smith. Las constelaciones de las estrellas, brillando con luz sagrada a través de la clara oscuridad del cielo del desierto, no podían ser oídas por ningún oído humano. Ni el arco de meteoros, la lluvia de estrellas fugaces. Ni el inmenso acercamiento, mucho más allá de Andrómeda, del Señor del Universo,

Uranus, buscando a su novia, Gaia, los pechos verdes, los muslos morenos, el vientre sonrosado de la Tierra.

Escuchando, Smith volvió los ojos cerrados al techo.

Sonriendo, Bonnie devolvió la falsa apuesta inicial a todos los jugadores, y repartió cinco cartas a cada uno de ellos.

—Nada salvaje —anunció—, cinco cartas, *Jacks or better*^[64]. Todo el mundo va. ¿Cómo, Doc?

—Voy —dijo Kathy.

—Es sólo una suposición. Una Sigrid de cabello negro con los ojos esmeraldas... es de un poema que leí en algún sitio, hace mucho, en otro país. Un raro e interesante tipo genético.

—Voy.

—¿Seldom?

Consultó sus cartas, las volvió a dejar:

—Servido, compañera. —Todavía estaba escuchando, sus ojos lanzaron una mirada por encima de los hombros de Bonnie, más allá de la delgada cortina de la portilla, a la ventosa oscuridad.

—¿Qué has oído?

Doc lanzó una ficha azul al bote:

—Dos bits.

—Nada.

Bonnie miró a Smith atentamente durante un instante, dio por buena su declaración, cantó la apuesta de Doc. Ella la vio. Los demás la vieron, nadie dobló. Nadie había doblado todavía en la partida de esa noche: sin el joven J. Oral Hatch jugando, y su secreto gasoducto al Tesoro de los Estados Unidos, el *poker* no era más que un festivo divertimento entre miembros de la familia, Sarvis, Smith & Co. Inc., carente de seriedad. No muy divertido. Que la mayoría de las fichas terminaran en manos de Doc Sarvis, como sucedía normalmente, le importaba poco a nadie. Él había comprado el *whisky*, la soda, la Pepsi, cervezas y patatas. Bonnie había hecho ensaladilla y salsa, tarta y café, nadie perdía. El juego era sólo ruido de fondo, como Mozart o Muzak en la corte del Archiduque, un sustento de la conversación. Una burla de manual, según decía Doc, para confundir a la KGB, sacar de las calles al FBI, divertir a la CIA, entretener a la Interpol.

—¿Se llama Erika, verdad? —dijo Bonnie comprobando el bote—. Alguien se ha olvidado de poner otra vez.

—Eres tú, querida, como siempre.

—¿Es eso cierto, ojo de halcón? —Ella echó su ficha azul—. Bote correcto. —Recogió las cartas que quedaban en el mazo. Pulgar, índice, corazón colocados para pasar a la acción—: ¡Cartas!

Tres para Kathy, tres para Susan, una para Seldom, dos para Doc.

—Doc pide dos —anunció la repartidora—. Otra vez va de farol. En guardia. —

Ella se dio una carta a sí misma, y apartó el mazo—. Repartidora servida... mmmm... —murmuró furtivamente, y luego en voz alta—: Tú hablas, Sarvis.

—Cinco granos.

Bonnie estudió su mano, moviendo los labios. Le brillaban los ojos, la cola tupida, las ventanas de la nariz dilatadas como las de una zorra que oliese sangre. Trinó:

—Veo tus cinco granos, viejo grano.

Lanzó dos fichas azules encima de la ficha de Doc. «Voy, voy, voy, y lo veo y subo», dijo el buen doctor gris y calvo, arrojando sus cincuenta centavos en el bote.

Bonnie lo volvió a observar, mirándolo fijamente a los ojos. Él le devolvía la mirada a través de las brumosas gafas. Ella lo vigilaba en pos de un indicio de fraude o irresolución. No parecía haber ningún indicio: la cara de *poker* de Doc era implacable, inquebrantable, irreductible.

—Si vas, hincarás. —Ella igualó la apuesta—. Y vamos a subirla. —Lanzó su segunda ficha sobre el montón. Todas azules. Una apuesta dura. Miró a Kathy que estaba a su izquierda.

—Querida, cincuenta centavos.

—Lo veo

—¿Susan?

—Lo veo.

—¿Seldom?

Seldom estaba mirando a la nada, congelado, boquiabierto.

—¿Seldom Seen Smith? Aquí Control Central llamando a Smith.

—¿Sí? —Volvió a la tierra—. ¿Qué pasa conmigo?

—Dos azules de verdad.

Comprobó sus cartas otra vez, dispuestas en el hondo hueco de su mugrienta y grande mano izquierda.

—No es partida para limpiabotas. —Plantó la mano en la mesa poniendo las cartas boca abajo—. Estoy fuera. Lo consiguieron, señoras. Y sí, se llama Erika. ¿Qué verá una chica con tanta clase como esa en un bobalicón de Utah como J. Oral Hatch?

Doc subió otra vez: cincuenta. Miró a su mujer, la cara inmóvil, blanca, muda, ausente de la menor traza de curiosidad en cuál sería su respuesta.

La señora Sarvis —para ser más exactos señora Bonnie Abzug de Sarvis— le devolvió la mirada, un gesto angustiado sombreando su belleza, exasperando su terco deseo de ganar incluso aunque corriese el riesgo de una severa pérdida financiera (¿1,50 \$? ¿1,75 \$?).

—¿Qué llevas en la mano, viejo farolero?

Doc desplegó sus cartas, cerca del pecho, y miró:

—Ases —dijo—. Tres ases y una pareja.

—Mentiroso. —Bonnie volvió a bajar la mirada hacia sus cartas. Escalera al diez.

Había dejado el ocho justo en medio. Bastante llamativa maniobra. Pero él ganaba si estaba diciendo la verdad. Y a veces Doc decía la verdad, sobre todo cuando iba de farol. A veces mentía. A veces hacía las dos cosas. Bonnie dudaba, dudaba. Miró a su marido. Luego miró su perfecta escalera (¿las hay de otra clase?). Se estaba muriendo de ganas de mostrarla, le dolía seguir hablando.

—El *full* le gana a la escalera —le recordó él a ella—. También le gana al color.

—Ponlo a prueba —dijo Susan.

Bonnie apostó su último verde, arrojándolo a la pila de fichas.

—Lo subo otra vez, hombretón, y no va más, ¿es así, Seldom?

—Reglas de la casa —estuvo de acuerdo.

Kathy abandonó. Susan abandonó. Seldom estaba fuera. Sólo quedaba Doc frente a la repartidora. La examinaba con sus pequeños ojos rojos de diablo, el humo sombrío de su puro barato le rodeaba la cabeza como una corona de pura niebla. Sonreía. Echó dos fichas azules en el bote.

—Tú hablas, repartidora. Veamos qué tienes. Enseña o calla.

Bonnie desplegó su bastante corta escalera.

—A ver si puedes con esto, culo listo. A mí también me ha costado lo mío.

Doc sonrió de nuevo, el cigarro sobresaliendo en la esquina de su boca floja, sensual, falta de fibras. Migas en su barba. Fue mostrando sus cartas una por una, con excesivo, melodramático ademán. Uno: As de picas. Dos: As de tréboles. Tres: As de diamantes. «Tres ases», señaló, con una burla muy maliciosa en sus labios.

—¿Y?

—Y la pareja. —Miró las dos cartas que quedaban en su mano, sólo para estar seguro, y luego las lanzó, a la vez, sobre la mesa. Cuatro de corazones. Tres de corazones.

—Un par de corazones —explicó—, el gran corazón doble de un farolero.

Seldom aplaudió, las mujeres vitorearon, Doc sonrió, mientras Bonnie recogía el bote más cuantioso de la velada.

Kathy barajó el mazo.

Seldom Smith escuchó el sonido de extraños caballos.

La vieja casa flotante crujía en sus amarres. Las pequeñas olas fluviales gorgoteaban salpicando en el casco, lamiendo su línea de flotación. El barco se mecía y con él se mecían las linternas colgadas de unos ganchos agarrados a la vigas del techo. Las sombras vacilaban en las paredes. Muy lejos, en la otra orilla del río, se oyó el grito de un búho. El ulular del búho real convocando a sus amigos.

Salgamos a jugar...

—¿Crees que ronda por aquí? —dijo Bonnie.

—¿Quién?

—Él.

—Quieres decir...

—Sí. Él.

—Lo dudo —dijo Seldom—. Lo último que oí... —hizo una pausa.

—¿Sí?

—Lo último que oí es que se había largado a Australia. Eso es lo que oí.

Bonnie cortó el mazo, Kathy decidió el nuevo juego —*siete cartas Hi-Lo*— y empezó a repartir.

—El último buen país —musitó Doc, hablando para sí—, deberíamos irnos a vivir allí todos.

—¿Ninguno de vosotros lo ha visto últimamente? —preguntó Bonnie.

—Yo no —dijo Seldom.

Doc levantó la mirada.

—Yo tampoco. ¿Y tú?

—¿Yo? ¿Cómo podría haberlo visto? No sé dónde vive. ¿Tú lo sabes? O incluso si todavía está vivo.

—¿Está vivo todavía? —preguntó Doc.

—Que me rapen si lo sé —dijo Smith—. Lo último que oí es que se había largado a México, según recuerdo, tratando de imaginar una manera de hundir el barco.

—¿Qué barco?

—Ese barco grande que usaban para transportar reactores nucleares a través del canal de Panamá y por el mar de Cortez, hasta Rocky Point.

—¿Te refieres a Rocky Point, en México? ¿Punta Peñasco?

—Eso es, cariño.

—¿Los mexicanos están construyendo una planta de energía nuclear? ¿Los mexicanos? Buen Dios, tenemos problemas.

—Rey —dijo Kathy, descubriendo la tercera carta—. Tres. Diez. Jota. Otro *cowboy*. El primer rey abre la apuesta.

Susan apostó el níquel —una ficha blanca—. Doc lo dobló. Los demás lo vieron.

—Era para la planta nuclear de Phoenix, Arizona, cariño. Palo Verde. La más grande de América. Era el único camino que la Bechtel podía tomar desde Nueva Orleans a Phoenix por lo que he oído. En cualquier caso esa fue la última vez que lo vi. Hace dos o tres años ya quizá.

—Los mexicanos hacen muy buena cerveza —dijo Doc—. Pintan grandes murales. Empezaron una revolución una vez, que muy pronto se reemprenderá, espero. Jamás escuché una sola palabra contra ellos.

—¿Hundieron el barco?

—Un par de jotas.

—Lo abordaron de alguna forma, a diez millas de Rocky Point e intentaron hundirlo: abrieron las válvulas de cierre, y las bombas de agua. Pero estaban demasiado cerca del puerto, la tripulación se las arregló para llegar renqueando y descargar antes de que el barco se fuese a pique, en treinta pies de agua.

—¿Qué pasó con él?

—Escapó. Siempre escapa. No hay cárcel en la tierra que pueda mantener

encerrado a ese chaval. Tendrían que matarlo. El Gobierno probablemente piensa que está fuera ahora.

—Así que tenemos la planta nuclear más grande del mundo a treinta millas de Phoenix. —Había disgusto en la voz de Bonnie, que se asomaba otra vez a sus cartas—. Deprimente.

—Así es, Bonnie. Pero es sólo Phoenix.

—Hay un millón de seres humanos viviendo en Phoenix.

—¿Qué clase de ser humano viviría en una ciudad como Phoenix?

—La jota manda todavía —cantó Kathy—. Tú hablas, Doc.

—Subo dos granos. —La moneda de diez centavos, una ficha roja—. Algunos entre ese millón de personas son niños —dijo él—, esa es la cosa.

—¿No te gustan los adultos? —preguntó Susan.

—No demasiado. Sólo mis amigos. Cuantos más años pasan, uno tras otro, más complicado me resulta sentir respeto alguno, o incluso algo de simpatía, por la raza humana.

—¿Eres una especie de misántropo?

—Una especie. Prefiero más y más a las mujeres que a los hombres, a los niños que a los adultos, a los demás animales que al mono desnudo.

—La gente no es muy buena —estuvo de acuerdo Seldom—. Cógelos de uno en uno, y todo irá bien. Incluso familias. Pero júntalos, haz un rebaño con ellos, organízalos y dales bien de comer y márcalos y córtale las orejas y sácalos, y entonces verás que es la reata de bestias más fea, estúpida, codiciosa, la más indigna en todo el puto sistema solar, por lo que yo sé.

Doc asintió. Las mujeres se miraron una a la otra, con las cejas levantadas, igualando las apuestas, los ojos en blanco.

—Los dos sois de Badlands —dijo Susan—. Allí con todas esas colinas de arcilla y troncos petrificados y nada vivo salvo unos cuantos sapos cornudos y víboras. Allí seríais felices.

—Yo he estado pensando lo mismo —dijo Smith—. ¿Qué dices tú, Doc?

—También.

—Venimos una vez al mes a la ciudad, desvalijamos el banco, limpiamos la licorería, robamos en el supermercado, violamos a todas las mujeres apetitosas y luego galopamos de vuelta hacia esas colinas de calicó, ¿qué me dices, Doc?

—Suenan bastante bien.

—La buena vida —resopló Bonnie—, la vida de la razón. ¿Y cómo no asaltáis la tienda de juguetes, niños? ¿Y a quién le toca poner por Dios santo?

—A ti.

—Entonces subo. Dos bits —y arrojó otra ficha azul—. Así que de verdad hundió un barco. ¿Salió en los periódicos?

—Los periódicos dijeron que fue un accidente. Nada acerca de quién lo había hecho ni por qué. El Gobierno no quiere que se le dé a la gente ideas nada graciosas.

—¿El mexicano? ¿El americano? ¿Qué Gobierno?

—Cualquier Gobierno.

—Tres jotas ganan —anunció Kathy.

Doc recogió el bote. Susan barajó el mazo. Seldom cortó y miró por la ventana. «Si vamos a hacerlo será mejor que lo hagamos pronto», pensó Bonnie. Y sintió de repente un miedo frío, profundo, paralizante, pegajoso. «No, no, otra vez no. Pero lo prometí».

—¿Cómo terminó esa Reunión cerca del río? —preguntó Susan, repartiendo cartas con elegancia—. ¿Después de que nos fuimos?

—¿A qué jugamos por el amor de Dios?

—A Anaconda. Pasa la basura. ¿Alguien lo sabe?

—Sólo nos quedamos un día más.

—Una de mis enfermeras se quedó toda la semana entera —dijo Doc—, y según lo que cuenta las cosas se animaron mucho cuando nosotros los geriátricos nos largamos. Según dice nos perdimos la parte buena.

—¿Como qué?

—Una noche hubo un ataque de la Nación Aria —dijo Bonnie—. O quizá era la Nación Alien, algo así. Corrieron en esos grandes carros de niños japoneses, esos, ¿cómo se llaman?

—Todoterrenos —dijo Kathy—. Bichos todoterrenos.

—Sí. Vale. Como sea, la panda de la Nación Alien entró en el campamento con sus bichos mecánicos disparando pistolas y dando latigazos antes de que Roselle y Foreman e Igor y el Escuadrón de Matones corrieran tras ellos. Nadie resultó herido. Luego al día siguiente un autobús cargado de gente de ¡Viva la gente!, procedente de Provo llegó sin ser invitado, dio un concierto gratis, recibió una ovación y las cervezas de costumbre y los collares de flores, lloraron un poco y se fueron tranquilamente. Luego vino... ¿qué, Doc?

—Te toca.

—Lo veo. Vale. Al día siguiente hubo un gran cisma ¿Un chisme? Los Rayos y Centellas pidieron que ¡Earth First!, depusiera el puño cerrado como símbolo oficial. Decían que era demasiado agresivo, que sugería negatividad espiritual, cristal desequilibrado, armónica divergencia.

—Todo bien —dijo Doc—. Subo dos rojos.

—¿Qué sucedió?

—Hubo una discusión en toda la turba. Algunos pensaban que el puño podía aparecer sosteniendo una margarita. Otros sugirieron una taza de té. Algunos pensaban que el puño debería tener extendido y rígido el dedo corazón. Otros dijeron que mejor el dedo meñique, que era más educado. Un tipo de Australia dijo: «¿por qué no cortamos el puto puño y nos quedamos con un puto y bendito muñón?». Un italiano dijo: «una polla y huevos, una polla y huevos con unas alas, *viva l'amore, viva la Napoli*». Las mujeres no estaban por la labor, querían algo más femenino, más

en plan Gaia. Polla y huevos con, ah, ¿una vulva? No. ¿Como qué? «Como una bomba con una espoleta encendida», dijo Georgia Hayduquesa, o una tenaza femenina. (*Hubo más gritos y aullidos*). Más propuestas de tuberías, llaves de tubo, llaves inglesas, conexiones macho-hembra, válvulas succionadoras, pernos, tuercas, roscas en la mano izquierda y tornillos en la derecha. Entonces los Rayos y los Centellas se volvieron locos, todo lo locos que pueden volverse los Rayos y los Centellas sin liberar sentimientos negativos. Su portavoz oficial dio un breve y precioso discurso acerca de cómo su propuesta había sido realizada para que se la tomara en serio, pero dado que no había sido así sentían que había llegado el momento de abandonar ¡Earth First!, sin malas vibraciones, desde luego, y volver a su grupo espiritual, la Asamblea del Arco Iris. Entonces se marcharon. En masa. Los treinta. ¿Qué pasó entonces, Doc?

—No lo recuerdo. Subo dos bits.

—Los veo. Así que se fueron. Luego al día siguiente se marcharon los naturistas. Decían que ¡Earth First!, era demasiado estricto y conservador, todo el mundo salvo los nudistas lleva pantalones o vestidos, incluso la mayoría de los niños. Dijeron que eso los hizo ser conscientes de que eran discriminados. Así que se fueron, una docena de gilipollas, todos ellos rojos sonrosados de indignación —quemados de sol también, porque se habían olvidado de que la North Rim está a cerca de ocho mil pies sobre el nivel del mar—. Ese sol del desierto pega duro. Algunas ecofeminas se fueron porque había solo una mujer en el Escuadrón de Matones. Y después de eso, ¿qué? ¿Qué fue lo que dijo ella? Más discursos, fiestas, talleres, danzas, canciones, aullidos de lobo, ceremonias de luna llena, niños perdidos, unas cuantas peleas, la fornicación habitual en los bosques, dos matrimonios rotos, tres bodas, un nacimiento, demasiada cerveza bebida y maría fumada, una visita de medianoche del *sheriff* del Condado y la Patrulla de Búsqueda y Rescate pero llegaron demasiado tarde, toda la droga se había esfumado ya, una gran fiesta y un baile final con música de la auténtica Nitty Gritty Dirt Band —dijeron que iban de todas formas— y al día siguiente todo el mundo se fue a casa. O a algún otro sitio. O abajo del cañón, para no regresar nunca, ¿quién sabe? Y ahora qué. ¿Qué estamos haciendo aquí?

—Muestren cartas —dijo la repartidora—. Muestren cartas y hagan sus apuestas.

—Odio este juego —dijo Bonnie—. Es demasiado complicado. Peor que el béisbol. ¿Cuál es el comodín?

—No hay comodín —dijo Doc igualando la apuesta de Seldom—. Pero recuerda, si llevas una bicicleta (A-2-3-4-5) puedes ir a la alta o a la baja, o a ambas. Pon.

Bonnie miró su mano una última vez. A-A-A-2-2, ¡*full!* Ella las puso boca abajo ordenadas en una secuencia que le parecía más ganadora: A-2-A-2-A. Dejémosle pensar que voy por abajo, apuesta lo mínimo, asustemos a estas pequeñas Minnies. Levantó el primer dos y subió la apuesta. Los otros fueron. Nadie se bajó. No era este lo que llamarías un juego conservador. Ni eran los otros jugadores unos conservadores, excepto Doc, desde luego, que siempre jugaba como si lo que hubiese

apostado fuese el rancho de la familia. Como si el *poker* fuese algo más que un juego estúpido. Como si el juego fuese otra expresión de la vida misma. Siempre jugaba para ganar. Después dejaba de lado las ganancias. Mi Doc. Mi viejo loco. Mi bola y mi cadena. Mi eje.

—¿Cuánto crees que durará la Tierra? —dijo Kathy—. Me refiero a ¡Earth First! Parece como si ya se hubiesen desintegrado.

—Como la Unión Internacional de Trabajadores Industriales —dijo Doc—, durarán hasta que se vuelvan eficaces. Entonces es cuando el Estado irá a por ellos, llevarán a unos cuantos líderes a prisión, asesinarán a unos cuantos partidarios con propósitos educativos, palizas y gaseos y trenas para los seguidores y *voilà*, la paz y el orden habrán sido restaurados.

—No tenemos líderes —gritó Susan—, todos somos líderes.

—Precioso eslogan. Ahí radica su fuerza... si pudiera ser verdad. Ya veremos. Pero necesitamos líderes. No maestros, ni jefes, ni papas, ni generales, sino líderes. Alguien capaz de decir la cosa oportuna en el momento oportuno, uno que sea capaz de ponerse delante cuando aparezca el enemigo...

—O una —dijo Bonnie.

—Exactamente. O una. Esa mujer, Erika, tan natural. No puede ayudarse a sí misma, de modo natural lanza su cuerpo a la primera línea de batalla. ¿Por qué? ¿Sesos, belleza, energía física, ideas, emociones, idealismo? Todo eso ayuda, pero hay algo más en un caso como ese...

—Ella no es un caso.

—Perdóname. En una mujer como ella. En una persona, un personaje, un ser humano como ese. ¿Cuál es esa cualidad extra? Yo la llamaría vitalidad espiritual. *Elan Vital*. Un gran alma. No hay tal cosa, nos lo enseñaron en la facultad de medicina. Enséñeme ese espíritu, solía decir el doctor Zeitkopf, y yo les mostraré una glándula pituitaria enferma. «El cerebro segrega alma», decía, «como el hígado segrega bilis». Así que cortamos esos cuerpos y los abrimos, los vivos, los muertos, humanos, perros, monos, ratas y ¿qué es lo que nos encontramos? Glándulas, nervios, órganos, tejidos, cálculos biliares, tumores, capas de grasa amarilla, corazones hinchados, bazos inflamados, músculos necrosados, pólipos intestinales, cerebros plagados de blancuzcos tubérculos. «Ah, ja», dijo el doctor CronoMente, «¿lo ven? ¡No hay nada aquí salvo vísceras!».

El barco se mecía con la brisa de la medianoche. Los niños dormitaban, soñaban, extendidos en sus pequeñas literas. Los caballos arrastraban los pies lentamente, paso a paso, sobre la dura tierra, picoteando hierba en el suelo. El gran búho llamaba. Las estrellas relucían como esmeraldas, como zafiros, como rubíes y diamantes y ópalos en el aterciopelado cielo negro, bajando hasta nosotros a la velocidad de la luz, horadando el espacio y el tiempo donde ni espacio ni tiempo podían existir ya.

—Nuevo descarte.

Bonnie enseñó su tercera carta, su segundo as. Ahora los demás ya sabían que iba

alto. ¿Y qué?, se sentía alta, se sentía suprema, se sentía invencible. Ella vio, ella dobló, ella apostó el rancho familiar, y mostró su segundo dos. Por un momento se le ocurrió que el *full*, en esta forma particular del *poker*, quizá no era una mano especialmente poderosa. Mató ese pensamiento.

—¿Y qué le dijiste al doctor CronoMente, Doc?

—Kathy, mi amor, no dije nada. Yo era sólo otro tosco y tímido interno del medio-oeste, intimidado y temeroso. Pero sospechaba, incluso entonces, que el doctor Zeitkopf estaba pasando por alto algo, se estaba olvidando de algo. Algo tan vital... como la vida. Él lo sabía todo acerca de las partes pero no consideraba el todo. Esos cuerpos muertos o moribundos no eran el todo. Un animal completo es un animal sano y el doctor Zeitkopf nunca vio un animal sano. Hasta los perros y las ratas y los monos del laboratorio, aunque estaban sanos cuando los traían, estaban ya medio muertos de miedo cuando los hombres con sus batas blancas llegaban, enfermos de terror. Imaginad, imaginad el horror de su situación. El inexpresable horror. El propio Conrad, ¿qué sabía él del corazón de las tinieblas? De cualquier modo —no entremos en eso—, de cualquier modo, una joven mujer sana como Erika como-quiera-que-se-llame —¿cuál es su apellido, por cierto, lo sabe alguien?—, es un todo, un ser completo, intacto y compacto, con una personalidad —no, palabra equivocada, trivializada palabra— es un espíritu vital, por Dios, de una forma que ni los análisis, los psicoanálisis, los análisis químicos, los análisis viviseccionales, los análisis tomográficos, los análisis computerizados podrían nunca jamás haber predicho. Una mujer sana, activa, vivaz como vuestra líder Erika no es una mera reunión inteligente de partes intrincadas, como dice una computadora, sino algo más parecido a... a una composición: un poema, una sinfonía, una danza. Algunos humanos pueden ser reducidos a robots, a la esclavitud, dándoles el correcto tratamiento, tortura, selección genética. (Otros no pueden). Pero ningún robot puede manufacturar un ser humano. O distinguir a un humano de un esclavo. O hacer cualquier otro tipo de animal vital, feliz, sano, desafiante. Eso es lo que creo, esa es mi convicción. No podría probarla en un papel o en una pizarra o sacarlo de una impresora pero puedo probarlo mostrando a alguien como Erika. Erika y sus amigos, esos espíritus vitales que vimos en los bosques, en el borde de ese inmenso abismo. Si alguien puede parar a esa megamáquina, son ellos. Y si no se puede parar... ¿quién apuesta?

Se le quedaron mirando asombrados. Vaya palabras. Vaya discurso. Vaya salvaje y maravillosa imaginación.

—Has dicho mucho, Doc —dijo Seldom—. Me has quitado las palabras de la boca.

—Así que irás a la Garganta con ella —dijo Kathy—. En acción, pondrás tu cuerpo allí donde pones las palabras, ¿verdad?

—¿Yo? —Doc sonrió ligeramente avergonzado—. De hecho no, no puedo estar ese día allí. Tengo que... tengo que ir a, ah, una convención pediátrica en St. Louis. ¿Y tú?

—No sabemos aún qué día va a ser. Pero sí —dijo Kathy—, yo voy a estar allí. Sea cual sea el día.

—Yo también —dijo Susan. Ella y Kathy miraron a los demás. Los demás se miraban los unos a los otros. Una pausa para la reflexión.

—Yo estaré allí —dijo Bonnie, mintiendo a medias entredientes. Una pequeña mentira blanca parecía necesaria en ese punto, si eso significaba alentar a su marido. Y lo hizo. Pero ¿a quién conoce en St. Louis? Nunca había oído hablar de esa convención pediátrica antes. ¿Está ese viejo timándome con otra? Imposible. No, es posible, *es poker*.

Con la atención dirigida hacia Smith, se esforzó en quitarse presión volviendo al juego, al auténtico juego, al juego de las elecciones, a la danza de la vida, al *poker*.

—¿Todo el mundo apostó ya? Pues descartemos.

Mostró su cuarta carta: 4-3-2-6. Todos tréboles. Una posible escalera de color. Una posible bicicleta, la mejor de las manos bajas.

—Leedlo y llorad, amigos, este no es juego para vendedores de soda.

Doc mostró las suyas: tres putas y un vendedor de soda.

Bonnie enseñó su segundo dos. Dos pares. Posible *full* tanto como posible bluff. Ciertamente alto.

Kathy mostró las suyas: un siete bruto. No era como para apostar la camisa. Pero de nuevo, una posible mano baja.

Susan enseñó su segundo nueve: dos parejas, nueves y dieces. ¿Es que todo el mundo iba alto?

—Tus tres reinas mandan —le dijo a Doc.

Doc apostó el máximo. Bonnie lo dobló. Kathy lo vio. La repartidora se retiró. Smith dobló a Bonnie. Doc dobló a Smith. Bonnie calculó.

—¿Cuánto tendría que poner?

—Veinte granitos. Ocho bits. Un dólar. Y se acabaron las apuestas.

—Voy —y apostó su último dólar.

Kathy abandonó: «mucho dinero para mí».

Seldom fue, lo vio, recogió algunas fichas.

—¡Declaración! —ordenó la repartidora—. Recojan sus fichas. Nada si van por bajo, una por alto, dos para ases-doses.

Los tres contendientes que quedaban mantenían los puños cerrados por encima de la mesa.

—¡Earth First! —gritó Kathy.

—¡Declaren!

Los tres puños se abrieron. Doc tenía una ficha. Bonnie otra, Smith ninguna.

—Nos han aporreado —le dijo Doc a Bonnie. Smith sonrió con presumida satisfacción.

—Muy bien —dijo la repartidora—, última oportunidad, las tres reinas hablan.

Otra vez Doc apostó el máximo. Otra vez Bonnie lo dobló. Otra vez Smith dobló

a Bonnie y Doc a Smith y Bonnie lo vio y Smith lo vio. Hora de mostrar cartas. Smith enseñó su bicicleta rota, con la que ganaba la mitad del bote. Bonnie le dio la vuelta al tercer as. *Full*. Doc volvió su cuarta reina. La mano más alta.

—No entiendo este juego.

—Nadie lo entiende —dijo Doc, vigilando cuidadosamente cómo iba Smith dividiendo el bote—. Un dólar para ti, un dólar para mí, un dólar para ti, un dólar para mí...

—¿De dónde has sacado esa cuarta reina?

—Dios provee.

—¿Y dónde va a estar Seldom cuando GOLIATH empiece su marcha a través de la Garganta?

Cincuenta para ti, cincuenta para mí, cincuenta para ti...

—Te estoy hablando a ti, Seldom Smith.

—¿Quién, yo?

—Sí, tú. ¿Dónde vas a estar, hermano, en el día de Santa Erika?

Smith se detuvo, pensó, vaciló y dijo:

—Bien, Bonnie, cariño, supongo que estaré en el río de nuevo, probablemente. Tengo una excursión de catorce días muy pronto. Hay que vivir de algo. Tengo que mantener tres esposas, siete hijos y unos quince caballos gordos que no son muy buenos.

—Por lo que he oído son esas tres esposas las que te mantienen a ti más que tú a ellas.

Smith sonrió:

—Gran verdad. Pero yo les ayudo.

—Entonces no vas a ir.

Vaciló. Una sombra de miedo cruzó su honesta, casera, incorregiblemente bucólica cara de cuero quemada por el viento. Sólo la parte de arriba de su frente, siempre cubierta por un sombrero cuando estaba en el exterior, revelaba la palidez nativa y su pertenencia a la raza de «los blancos», «los color carne» caucasianos o europeos del norte. Esa frente ahora se arrugaba de perplejidad. Smith tenía siempre severas dificultades para decir la más simple, la más inocente y bien intencionada de las mentiras:

—Sí, *madam*.

—No irás.

—No. ¿Quién la lleva?

Las mujeres observaron acusatoriamente a los hombres.

—Sois unos gallinas —dijo Susan—. Mucho hablar y nada de actuar. ¿Tenéis miedo de que nos den una paliza? ¿Miedo de que nos puedan arrestar? ¿De que nos linchen? ¿De tener que ir a la cárcel? Bien, os diré lo que pienso, muchachotes: creo que es importante hacer acto de presencia tanto si ganamos como si perdemos. Hay una cosa peor que ser derrotado y es no hacer nada por pelear. Me parece, Doc, que te

he escuchado esas palabras muchas veces.

Él asintió, mirando sus blancas, fuertes y limpias manos de médico.

—Estás en lo cierto, Susan. —Siguió, tranquilamente, con la cabeza gacha, como si estuviese hablando para sí: «La megamáquina significa esclavitud. La sumisión de la esclavitud es la más baja de las deshonras morales. Vive libre o muere. La muerte antes que el deshonor. Código del ecoguerrero, credo de los libres, divisa de los nobles de espíritu. Gran verdad, Susan. Es bonito ganar —o eso he oído—. Pero más que ganar o perder, lo importante de verdad es la resistencia. El desafío. La rebelión. Mejor morir de pie que vivir de rodillas. Exactamente así».

—¿Y?

—Así que no iré allí con Erika. No estaré ni a su lado ni en ninguna de las filas que vayan detrás de ella. No va conmigo.

—Eres un pedazo de cobarde peludo y mucha lengua.

—Mi corazón estará con vosotros.

—Claro, tu corazón, me parece a mí que ya hemos oído ese versito en alguna parte.

Doc inclinó la cabeza avergonzado. Seldom Seen Smith miró hacia la oscuridad, deseando estar en cualquier otra parte. Bonnie estaba desconcertada. Todos estaban desconcertados. Qué ignominia de capullo.

—Una partida más —dijo Bonnie cambiando de tema.

—Es tarde —dijo Kathy—, tengo sueño.

—Sólo una más. Bote rápido. Todo sobre la mesa y la carta más rápida se lo lleva todo.

Antes de que cualquiera pudiera oponerse, ya había apilado ella las fichas de todo el mundo, monedas y billetes, en el centro de la mesa. Tampoco es que ninguno tuviera mucho que donar con excepción del doctor Sarvis. Él miró sombríamente, sin decir nada. Bonnie cogió el mazo de cartas, lo barajó brevemente, y se preparó para repartir.

—Una carta es todo lo que tienes y una carta todo lo que necesitas.

—¡Espera un segundo! —avisó Kathy—. ¡Corta!

—Eso —gruñó Doc—. No te olvides de cortar la maldita baraja.

—Estupendo —dijo Bonnie sonriendo alegremente, con una alegría enfatizada. Bonnie plantó la baraja en la mesa delante de Kathy, que estaba a su izquierda. Nadie puso objeción. Kathy realizó un doble corte. Bonnie juntó los tres montones exactamente como estaban antes de que Kathy cortara. Todo el mundo lo vio. Nadie dijo una palabra.

—Allá vamos.

Fue sacando las cartas una por una, cada una de las cartas silbó de manera muy profesional. Un diez de corazones para Kathy.

—¡El gran diez!

Los dos ojos de una Jota para Susan.

—Jota de diamantes, jota de diamantes, ¿de qué te conozco yo a ti? Tú me vaciaste mis pobres bolsillos de plata y de oro...

Una reina de espadas para Seldom.

—¡La negra señorita! Nos estamos moviendo hacia adelante, amigos, nos estamos moviendo y creo que veo un patrón aquí y creo que me gusta lo que veo.

Le dio el rey de corazones a Doc.

—¡Sí! ¡El gran *cowboy* rojo! ¿Veis lo que decía, amigos? Hay un patrón. Ahora veamos esta.

Tenía el mazo de cartas en la palma de la mano izquierda, frotó la parte posterior de la carta de arriba con su pulgar derecho, para hacer magia. La cara vuelta hacia arriba, los ojos cerrados, dijo:

—Todo el mundo atento ahora, no quiero oír ningún gimoteo después. Mi talismán está en marcha, mi talismán en marcha^[65].

Sacó la carta del mazo —*Voilà!*— y la plantó en la mesa, boca arriba al grito de:

—¡Un as!

Abrió los ojos. Tres de tréboles. Doc recogió el dinero del bote. Smith lo miraba con morosa resignación, pensando: «Maldito sea ese joven J. Oral. Malditos los inútiles del FBI. Nunca están cerca cuando los necesitas».

27. ¡He aquí a GOLIATH!

Sostenemos aquello que nos sostiene.

Las banderas ondean, las pancartas aletean, los carteles vibran con la brisa.

«TIERRA: ¡ÁMALA O DÉJALA EN PAZ!».

No hay transigencia en la defensa de la Madre Tierra.

Los buitres vigilan desde arriba, haciendo círculos y planeando, soñando y esperando, tienen todo el tiempo del mundo. El sol de mediodía llamea su hidrógeno plasmático, gozoso y fiero. Una bandada de grajos barrió el cielo de la Garganta, cien pies de borde a borde, dos mil pies directos hacia abajo a cada lado. Abajo, abajo, abajo y abajo, una caída vertical en espectacular relieve, a través de un golfo de espacio que precede a las paredes de arenisca donde sólo hay nidos de golondrinas, hasta los añicos de piedra del suelo.

Desquitarse no es la mejor venganza. Es la única venganza.

Ama a tu Madre. Sé fiel a la Tierra. Sé ecocéntrico, no egocéntrico. Biocéntrico, no homocéntrico. *Terra primum. Wo ist die Schraubenschlüssel Bande*^[66]? «ADELANTE HACIA EL PLEISTOCENO».

Música grabada flotaba en el aire, adelgazada y quejumbrosa como el sonido de una flauta japonesa de bambú. Risas, cánticos, nerviosas conversaciones se alzaban por encima de la música.

Los guerreros de ¡Earth First!, esperaban —había más chicas que chicos, más mujeres que hombres, más jóvenes que viejos—. De hecho, muchos eran niños: algunos aún bebés en brazo de sus madres, unos cuantos todavía recogidos en posición fetal en las panzas de sus madres. La mayoría, excepto los no nacidos, llevaban resistente ropa de calle, listos para la bronca, para la bulla, para el arresto.

«SI EL DESIERTO ESTA FUERA DE LA LEY...».

Nada visible todavía pero acercándose más y más cada minuto, los *bulldozers*, los camiones de carga, los volquetes, las apisonadoras. Tenue aún en la distancia sonaba el estruendo eléctrico de la dragalina móvil, la G.E.M.A. de Arizona: GOLIATH.

Al oír el funesto rugido —ese grito lleno de dolor— los grupos afines formaron un corrillo, como los equipos de fútbol americano. Las cabezas juntas, los brazos agarrando, los hombros del de al lado, las caderas empujando caderas, compartían y multiplicaban su fragmentado valor, troceaban el pan espiritual y bebían el vino de amor de la comunión, revisaban tácticas, recordaban la naturaleza de su ideal. Que era: no necesariamente va a conseguirse en nuestra época pero servirá, servirá para siempre, como guía para perplejos. El ideal no es una meta sino una referencia, una firme estrella del Norte para los corazones y mentes humanas.

«... SÓLO LOS FORAJIDOS PUEDEN SALVAR AL DESIERTO».

El equipo de inspección de la Syn Fuels, formado por tres gallos y una gallina, clavaba a martillazos pacientemente las estacas en el mismo lugar por tercera vez en tres semanas. Tan pronto como los habían clavado, los comandos de ¡Earth First!, los arrancaban y los tiraban por el borde: cintas de color rosa volando en el vacío, las estacas desaparecían.

—¡Niñatos, vais a pagar por esto —les gritó el jefe del equipo—, lo vais a pagar caro!

Un cámara de la Syn Fuels estaba cerca grabándolo, recaudando pruebas. O al menos lo intentaba: esos elementos iban enmascarados con pañuelos, gafas de sol y grandes sombreros de anchas alas, disfraces de *Mother Hubbard* sobre sus camisetas y sus vaqueros; las chicas iban vestidas de indias, con plumas en la cabeza, pinturas de guerra en las mejillas, antifaces sobre los ojos. Otro Boston Tea Party.

Los policías y *rangers* no habían llegado aún pero el whock whock whock de los helicópteros podía oírse ya.

SYN FUELS, LÁRGATE. EURO-TRASH, LÁRGATE. VUELVE A BRUSELAS CON GOLIATH. SALVEMOS NUESTRO GRAN CAÑÓN. ¿DE QUIÉN ES ESTA TIERRA EN CUALQUIER CASO?

Ondeaban las banderas, crujían las pancartas, los carteles de papel siseaban y se rasgaban, sostenidos en alto por orgullosos chiquillos y valientes chiquillas con coletas y ojos brillantes. Los mensajes, sin embargo, no aparecerían en las pantallas de las casas. ¿Por qué no? Porque los «media», aunque habían sido invitados, una vez más, habían decidido no presentarse. ¿Por qué? Esas decisiones las tomaban, discreta, tranquilamente, unas pocas personas importantes reunidas en un campo de golf, en una sala de juntas, en un almuerzo en el Brown Palace de Denver o el Billmore de Phoenix. Unas cuantas llamadas telefónicas breves a los pertinentes jefes de televisiones, radios y periódicos, planteándoles el asunto. Después de todo, unos acontecimientos merecen ser noticia y otros no. Otra ordenada manifestación de protesta contra la segregación racial en Sudáfrica, por ejemplo, cómodamente emprendida en los campus de Berkeley o Stanford o Harvard o Yale, a diez mil millas, no representaba problema alguno, no avergonzaría a nadie, permitía a todos los concurrentes parecer buenos, sentirse virtuosos, sin arriesgar nada. Pero ese montón de paletos peludos que en una tierra baldía del oeste americano pretenden interponer sus cuerpos entre la megamáquina industrial y una pequeña parcela de campo libre, de espacio abierto, de bosque antiguo, de naturaleza natural, de vida salvaje y tierra salvaje, y entonces el horror se haría profundo en la jerarquía de los jefes superiores. Ese tipo de subversión (no comercial) resultaba inaceptable: no podía (anti-negocios) ser tolerada, tenía que ser (pro-populista) severamente castigada tanto de manera legal como —hasta donde fuera posible— ilegal, y por último, pero como imperativo categórico, no podía ser de ningún modo que la publicidad la ensalzara como ejemplar. Como en cualquier oligarquía bien ordenada,

no sólo el acontecimiento en sí mismo debía ser suprimido sino también cualquier noticia que se refiriera a él.

Así que los media no aparecieron.

Con una excepción: el viejo, el *freelance* picudo llegado de ninguna parte, ese magro y hambriento bardo *beatnik* con su cuaderno y su bolígrafo (su *software*), estaba allí, figoneando entre los peñascos de arenisca en un punto alto en el extremo oeste de la Garganta donde se sentía a salvo de cualquier peligro de violencia, misiles voladores, granadas de gas lacrimógeno, captura policial o lenguaje escabroso. Equipado con queso *Brie*, pan francés, dos manzanas *golden* y un paquete de seis Foster's Lager, se acomodó a la sombra de un pequeño almez y esperó la hora de la acción, con los binoculares listos. Los binoculares, de hecho, ya los estaba usando, para inspeccionar el vasto panorama que tenía ante sí, mirando los helicópteros en el cielo, la maquinaria amarilla retumbando en la carretera, y los buses de policía detrás de las máquinas, y lo más interesante de todos, la pieza central de la resistencia organizada.

«*Defended vuestra madre Tierra*».

En el centro de la Garganta, a medio camino de un extremo y del otro, de lado a lado, en la línea central de la carretera proyectada, había una matriarca imponente de enebro de Utah, gruesa como las patas traseras de un elefante, alta como una jirafa, luciendo un desgredado esplendor de árbol de novecientos o mil años. (El enebro es duro, fuerte, denso, una planta de lento crecimiento y fina textura, perdurable y resistente a todo). Antes de que los *bulldozers* pudiesen pasar y se acercara la G.E.M.A., el árbol tendría que irse. El inspector ya lo había marcado para que fuese destruido con una banderola rosa y un disparo rojo de pintura de *spray*.

«NO PASARAN. VENCEREMOS. VIVA LA TIERRA^[67]».

Cinco mujeres apoyaban sus espaldas en el árbol, observando al enemigo que llegaba. A la izquierda estaba Mary Sojourner^[68], la guapa y amable señorita de Flagstaff, Arizona; en sus labios una sonrisa, un canuto entre los dientes, un girasol fresco en sus cabellos castaños. A la derecha la Hayduquesa, Georgia de nombre, una amplia y voluminosa dama de no se sabía dónde, chupando un puro apagado. Junto a Mary estaba Kathy («Señora de Seldom Seen»). Smith y junto a la Hayduquesa estaba Susan (la otra «Señora de Seldom Seen»). Smith. Ambas lucían valientes, hermosas, atemorizadas, vulnerables (ese incomprendible criptograma de espíritu y protoplasma, agua y valor, terminaciones nerviosas electrificadas con entelequias de inspiración cultural, la unión invisible e indivisible de incompatibles simbióticos codependientes).

¿Dónde estaba Sheila —la tercera «señora de Smith»—? No se había presentado. Se había vuelto a casar con nuestro amigo después de que se hubiesen desvanecido las cargas de ambigüedad (véase el volumen 1), pero no aprobaba las manifestaciones públicas de protesta, le preocupaban que pudieran meterla en la cárcel. Tenía dos pequeños niños de los que cuidar, un vivero de árboles que dirigir, una casa que

mantener en el respetable vecindario de Bountiful.

Tampoco estaba a la vista Bonnie Abzug-Sarvis. Había traicionado a sus amigas Kathy y Susan, a pesar de sus promesas, y su ausencia era muy notoria. «Ni rastro de Abzug», dijo la primera. «Ya me he dado cuenta», dijo la segunda. «No puedo creer que no haya venido», dijo Susan. «Pero no ha venido», dijo Kathy. «Puede que esté enferma. ¿Una resaca? Quizás, o quizás llegue tarde como de costumbre». «No puedo creer que Bonnie nos abandone». «Yo tampoco... pero parece que es exactamente lo que ha hecho». «Bueno... Doc no ha venido tampoco, por no mencionar a ya-sabes-quién, el intrépido guía de las aguas bravas del río, el mochilero, el bronco jinete, el mulero, el atacorderos, el manitas, el héroe típico de *cowboy* americano hecho a sí mismo». «Ese del que estás hablando es mi marido, señora Smith». «Si no lo sabré yo... también es el mío». «Sí». «Pues ahí lo tienes». «Es un buen tío, pero ¿y qué? Ya sabes lo que creo, Kathy». «¿Y qué es?». «Creo que cuando llega la hora de la verdad las mujeres son más valientes que los hombres». «Vosotras dos lo habéis pillado», dijo la Hayduquesa: «a los hombres les gusta luchar pero siempre y cuando piensen que van a ganar». «Los hombres son muy buenos luchadores pero pésimos perdedores». «A ellos nunca les ha ido este tipo de cosas», dijo la Hayduquesa, «la resistencia pasiva, digo». «Así es», dijo Mary, «expón a un hombre, en público, ante sus amigos, y pensará que tiene que ser violento, que volverse loco, golpear a alguien, herir a quien sea, armar una puta y terrible bronca». «¿Vamos a ir con muletas cuando nos arresten?», preguntó Kathy, «¿o podremos caminar por nuestros propios medios?». «Depende de ti, cariño», dijo la Hayduquesa, «ellos van a tener que empujarme, estas doscientas libras una por una. Voy a darles quehacer todo lo que pueda siempre que pueda». «Yo también», dijo Mary: «que trabajen esos bastardos, que se ganen su paga extra». «Bien», musitó Kathy, «supongo que lleváis razón... pero yo creo que iré caminando: es más digno». «Yo también», dijo Susan: «no quiero que me lleven arrastrando por una milla de piedras, chumberas y matojos».

—¿Tú qué dices, Erika?

La joven que estaba en el centro del grupo le sonrió al cielo mostrando sus dientes deslumbrantes.

—Yo creo que voy a abrasar este árbol tan fuerte que ellos no separarme nunca.

—Te romperían los dedos si tuvieran que hacerlo —dijo la Hayduquesa—. Conozco a esos polis. Se vuelven locos, te romperían los dedos uno a uno hasta soltarte. Y luego te acusarían de resistencia a la autoridad. Creedme, chicas, conozco a esos tipos. Por Dios, Erika, ¿te has olvidado ya de cómo ese maniático de Love trató de enterrarte con su *bulldozer*?

—No olvido. Pero esta vez ellos encuentran a este Druida en este enebro que las rocas tiene en la piedra, ¿eh? —La virgen sueca sonrió hacia el cielo como Santa Bernardette esperando la visita sagrada. Ellos me toman a mí tienen que tomar al árbol también.

—Valientes palabras, querida. Pero no lo olvides: no violencia. No violencia hacia ellos, no violencia hacia nosotros mismos, ¿lo entiendes?

—No olvido. —Como Santa Juana en la hoguera, Erika sacudió las puntas de hierro de sus botas y miró al Visitante, escuchó un coro de voces. Pero en vez de oír los pasos chirriantes de los tractores Caterpillar, lo que vio fue una nube de polvo elevándose. Mary Sojourner respiró profundamente. Kathy y Susan se miraron para darse alivio, valor, tranquilidad, ánimo.

La Hayduquesa tiró el empaado trozo de puro.

—¡Gordon! —aulló—. ¡Gordon!... por aquí.

El joven culturista, medio desnudo como de costumbre, tan bronceado como un playero de California, resplandeciendo de sudor como un dios del gimnasio, sin llevar puesto más que unos raídos vaqueros cortados, su barba dorada, sus zapatillas de deporte y una tenaza de cuatro pies colgando de su cinturón, trotó hacia las cinco mujeres encadenadas al enebro. Sus músculos grotescos, exagerados, redundantes, se ondulaban como pitones bajo la piel dorada. Se acercó a las mártires —olía a aceite corporal, a crema de protección solar, a fluidos seminales y deteriorados espermatozoides—. Sus tríceps, bíceps y pectorales se retorcían.

«Dios santo», pensó la Hayduquesa, «qué pedazo de pibón. Y encima tonto».

—¿Y bien? ¿Qué pasó, Georgia?

—La cadena se suelta. Haría falta correr un par de eslabones más. Estamos sudando la gota gorda aquí, perdiendo una libra por minuto.

—Bien hecho. —Pero Gordon hizo lo que le dijeron. Cogió del suelo el tensor de la cadena de acero, y unió los dos extremos de la larga cadena que ataba a las cinco mujeres al gran árbol—. Muy bien, damas, que todo el mundo aguante la respiración. Metan los estómagos. —Las mujeres se apretaron todavía más fuerte contra el tronco del enebro, metiendo los estómagos, los ojos cerrados. Gordon puso la palanca en posición de cierre, cinchó la cadena más estrecha y colocó un aro de alambre sobre el tope del mango—. La llave —dijo—, ¿quién tiene la llave?

La Hayduquesa le dio la llave.

Gordon abrió el candado, que quedó colgando de la cadena, y lo volvió a cerrar después de correr tres eslabones hacia la derecha: tres eslabones más apretadas. Encadenadas por la cintura contra la rugosa corteza del árbol, las mujeres tenían manos y piernas libres para operar con ellas —para abrazar o dar puñetazos, para dar coces o patadas— pero no podían desplazarse ni a izquierda ni a derecha: se sentían —y parecían— como excrecencias del enebro materializadas en carne humana.

—Vale —dijo Gordon—, ahora, ¿quién quiere la llave?

—Tírala por el borde —dijo Mary Sojourner—, no vamos a irnos de aquí hasta que perdamos diez libras.

Riéndose, el escultural cuerpo desnudo simuló que la lanzaba.

—Espera —gritó Susan.

—No te preocupes —dijo el chico. Y metió la llave en el bolsillito delantero de

sus pantalones.

—Allá vienen —aviso la Hayduquesa.

Una camioneta amarilla apareció por la punta este de la Garganta y se detuvo. Más allá, dos *bulldozers* Mitsubishi —Gog y Magog— arrancaban de cuajo árboles y los lanzaban a un lado, aplastaban rocas para allanar el camino. No muy lejos, detrás de los *bulldozers* aunque fuera de la vista, por debajo de la subida de tierra, un rugido infernal, el golpeteo de una tubería de hierro, el chirrido de combados engranajes, anunciaban el avance de la G.E.M.A. de Arizona, la Super G.E.M.A., la Dragalina Móvil 4200-W. Él. Ella. Ello. La Cosa. El Dragón. GOLIATH de GOLGOTHA, el gigante del país de los cráneos. El *Tyrannosaurus*.

—¡Muy bien, todo el mundo! —gritó la Hayduquesa—, los anarquistas se hacen cargo, todo el mundo unido. Brazos enlazados. Cara hacia los Caterpillars amarillos. Que las flores estén listas. Niños, id con vuestros padres. Mujeres, proteged a vuestros maridos. Todo el mundo sonriendo. Hank, Willy, Maisie, tirad esas banderas. Joey, coge esa cámara.

«ABAJO EL IMPERIO, ARRIBA LA PRIMAVERA».

Los tractores orugas se desplazaban por la Garganta, siguiendo al equipo topográfico a medida que esos cuatro endemoniados trabajadores marcaban la ruta con banderines señalizadores. Las estacas hacía mucho que habían sido arrojadas por el acantilado, todas y cada una de ellas. Los operadores de los *bulldozer* no necesitaban guía: la Garganta era de veras una garganta, un estrecho puente de piedra y arena que conectaba el altiplano llamado Isla del Cielo con la meseta sin carretera llamada Paraíso Perdido. La superficie de la Garganta, aunque de nivel salvable, estaba llena de peñascos, con muchos relieves de protuberancias de roca subyacente, diseminados árboles vivos y arbustos —no sólo enebros, también pinos piñoneros, almeces, matorrales de roble—. Los conductores de los tractores, de pie en sus cabinas, maniobraban de lado a lado, con poco espacio, para tratar de tener buena visibilidad. A veinte pies a su izquierda, y veinte pies a la derecha, estaban los límites del mundo, el borde, la orilla, el límite, la caída a la ruina total que había abajo. Los operarios sacaron pañuelos de los bolsillos, se secaron las polvorientas gafas, luego, todavía sin estar seguros, se quitaron las gafas y las dejaron colgando de sus cuellos.

«SUBVERTIR EL PARADIGMA DOMINANTE».

Las tropas de ¡Earth First!, se alinearon a través de la más estrecha porción del puente de tierra, el tallo de la copa, desde el borde del abismo del norte a la sima que dormitaba en el sur. Como anclajes en cada uno de los extremos de la cadena humana se habían colocado Gordon, el cuerpo y —¡sí!, ¡no podía ser otro!— Oral «el Moral», el espía, el fisgón, el espectro, el guapo joven de frente baja anchos hombros noqueado por el amor, ex-virgen misionario Oral Hatch en persona.

El veterano periodista contemplaba lo que acontecía desde su segura posición en una repisa de piedra situada por encima del extremo oeste de la Garganta. Mordisqueaba una manzana, garabateaba unas notas, se quitaba las gafas, que

quedaban colgando en su pecho, y admiraba a la princesa Erika encadenada por la cintura alta que, al comprimirse, lanzaba hacia arriba sus compensados senos, la desafiante sonrisa en sus húmedos labios hinchados de rubí rojo. «¡Señora de mis entrañas!», murmuró, y gimió como un hombre dolorido. Porque estaba lleno de dolor, conocía-sentía-sufría ese mal como un dolor de muelas allí donde un hombre nunca había tenido muelas. Se obligó a sí mismo a variar la dirección de sus observaciones, elevó los binoculares medio grado y estudió a los oponentes situados en el otro extremo de la Garganta. No podía reconocer la dos sombrías y polvorientas figuras de los *bulldozers* pero más allá, y arriba en la cuesta donde se había detenido la camioneta amarilla, vio al reverendo Love con su completa indumentaria de criador de ganado —es decir, anchos pantalones de gabardina, las brillantes botas Tony Lama, el cinturón con la enojada hebilla de rodeo, la camisa de vientre abultado y los nacarados botones que cerraban a presión, el chaleco de cuero, y por encima de todo el Stetson plateado con tres pulgadas de ala y la alta y estrecha corona—. El rostro del reverendo, oscurecido por el sombrero, apenas alcanzaba a verlo, excepto la barbilla hendida y prominente que recibía la luz del sol y una cerilla recortada, utilizada como palillo de dientes, que llevaba pegada en la ancha y sonriente boca. J. Dudley Love, por supuesto, ranchero, minero, rey de la construcción, reverendo de Hotrocks, Condado de Landfill, Utah... ¿quién si no?

Apareció entonces una camioneta verde mierda del Gobierno, que se colocó tras el vehículo de Love y se detuvo. La *rangerette* de BLM se apeó, Virginia H. Dick en la etiqueta y la pistola, porra y linterna, gafas de sol Vuarnet de color púrpura y amplio uniforme castaño claro. Observó la escena de allá abajo, y se apoyó en Love. El brazo de él se deslizó sobre el diafragma de ella y su mano masajeó su mama. Ella levantó la cara hacia él, él echó atrás su sombrero con el gesto habitual de los vaqueros de Hollywood y plantó un beso intenso en sus labios. *Love, love, love; l'amour, l'amore, el amor, liebe liebe liebe*. Como ovejas ansiosas las palabras balaban en la calva cabeza del periodista. Se encogió de envidia. «Oh», pensó, «¿porqué no puedo hacerlo yo? ¿Con ella? Bueno, quizás no con ella, sino con *Ella*». La que ahora estaba encadenada, la que estaba abrazada al árbol con sus asombrosos ojos vikingos, su dulce, *très élégante* y rosada cara, esa negra cascada de pelo que le llegaba hasta la grupa... ¡Jesús, José, María y Dios!, la crueldad de la vida y del deseo. Acarició su miembro viril tal como estaba, y recordó los días de su juventud.

«NATURALEZA. ÁMALA O DÉJALA EN PAZ».

Una luz estroboscópica deslumbrante se elevó por encima del horizonte oriental, como una blanca estrella que parpadease. Luego la negra estructura en forma de A y unas pequeñas luces de araña roja, el mástil y el botalón y el alto cubilete de la dragalina aparecieron, meciéndose y avanzando contra una nube de polvo, un laberinto de traqueteantes cadenas, cables golpeando, engranajes que rechinaban, crujido de pasos, un loco pandemonio eléctrico. La más grande de las máquinas móviles del planeta estaba pisando fuerte en su avance, paso a paso, hacia la garganta

del Paraíso, el medio centenar de aterrorizados y jóvenes eco-putos, las cinco indefensas, idealistísimas, rebeldes mujeres atadas por eslabones de hierro fundido al viejo y potente tronco de la matriarca arbórea del Paraíso. La tierra retumbaba.

«DEFENDED A VUESTRA MADRE».

«Dios», se murmuró para sí el reportero cuando la lisa masa amarilla de la sala de máquinas de la G.E.M.A. empezó a asomar por encima del horizonte, «esto es tremebundo». Es terrible. Es majestuoso. Va más allá del poder del reportaje donde comunicarlo, de las fotografías en miniatura, del papel de periódico donde retratarlo. Más allá del poder del corazón para aceptarlo. Por un momento estuvo tentado de correr pendiente abajo, arrojar su pluma, su cuaderno, su queso, su cerveza al suelo, y enlazar sus codos con los de ¡Earth First! Pero se lo pensó mejor y decidió que debía quedarse donde estaba, fuera del alcance de la línea de fuego.

«RESISTE MUCHO, OBEDECE POCO».

Lo había dicho Walt Whitman.

Piñoneros azules, rascadores pardos, un azulejo de las montañas y un gavián volaban ante las máquinas que llegaban. Conejos, camaleones, serpientes reales, marmotas, un carcajú, un zorro kit, un cacomixtle, salieron de sus guaridas en la *tremante*, sacudida tierra, se encaramaron un instante al umbral de sus casas y miraron asombrados al dinosaurio de hierro que venía a enterrar sus vidas. Boquiabiertos durante un segundo, sintieron la urgencia de huir precipitadamente a través de la Garganta, entre las piernas y a través de la línea marcada por la cadena humana, y hacia la ilusoria seguridad de la meseta situada más allá. Unas cuantas de esas pequeñas criaturas peludas, cegadas por el pánico, se deslizaron por el borde del puente, ingresando en el aire como ángeles, antes de desaparecer en el abrazo de la eternidad.

«En verdad os digo que cuanto hicisteis a uno de estos pequeños, me lo hicisteis a mí».

Palabra de Dios.

Las mujeres en el árbol contemplaron los monstruos amarillos extendiéndose ante ellas. Permanecieron todo lo erguidas que la cadena les permitía, esperaron, se animaban entre ellas, las manos cogidas, murmuraban palabras de valor para los corazones de las demás.

Mary Sojourner dijo: «Mirad esos bastardos de lata, no tienen la menor posibilidad contra nosotras, chicas, ni una puta posibilidad».

La Hayduquesa dijo: «Son grandes pero las he visto más grandes. Ya sabéis la regla, compañeras: grandes máquinas, pichas flojas. La máquina de músculos más grandes tiene el músculo del amor más pequeño. Quien quiera que lleve esa dragalina móvil es probable que tenga un pito de caniche. Mucha campana para tan poco badajo. Conozco esa especie, la he visto antes muchas veces. Un pito como un fideo».

Kathy dijo: «Me alegro de que Seldom no esté aquí. Estaría buscando una falda

debajo de la que esconderse».

Susan dijo: «Eso es lo que hace siempre, cuando tiene miedo y cuando no».

O no es eso verdad.

Erika, hija de capitán de barco, dijo: «Damassss, mein guten kamerads, cualquiera cosa que termine esto te digo que yo os amo vosotras más que nunca he amado a hombre ninguno, inclusive más que amo a mi querrrido Oral. Kazy, Susin, Mary, Duque, os amo de una por una y todas juntas, mis querrridas, mis suecariñitos, mis héroes esplendorrosas de Amerika, que Nephi y Moroni os bendigan a todas y a una por una».

«Bueno, gracias, Erika, corazón», dijo la Hayduquesa, «eso es hablar como una verdadera princesa. Como una verdadera princesa mormona».

«Nosotras también te amamos, Erika», dijo Mary Sojourner.

«Una para todas y todas para una», gritó Susan Smith en un momento de adrenalítico júbilo.

«¡Amén!», gritó Kathy Smith.

Los Mitsubishi se acercaron refunfuñando, bufando por el respiradero, las ruedas chirriando, las palas resplandeciendo cuando araban el polvo, arrancando matojos, aplastando las casas y las crías de las ardillas, conejos, topos, los ratones canguro, los campanoles, cortando el césped, cargándose la hierba y las flores, el alforfón salvaje y la salvaje espartina. Y por fin llegaron al vivo enebro situado justo en el centro de la Garganta y las cinco mujeres vivas que obstruían el paso —la médula, como ellos decían—, y los tractores se detuvieron. Cerca, demasiado cerca. Jadearon los motores, temblaron las carcasas. Roja arena fina caía por el brillo cóncavo de las palas hacia las cabezas de las mujeres.

«Echa atrás esa mierda», gritó la Hayduquesa.

Sonriendo, el operario dio marcha atrás un par de pies y bajó la pala al suelo. Dejó el motor en punto muerto y abrió la fiambra con la cena. Su compañero hizo lo mismo. Ninguno se molestó en descender de su trono de cuero. Masticaron sus bocatas de mortadela, sorbieron café caliente en sus termos y esperaron. Esperaron la llegada de las autoridades que resolvieran la situación.

«DIOS BENDIGA A AMÉRICA Y NOS PERMITA CONSERVAR ALGO DE ELLA».

Las banderas ondeaban en el aire desierto: las barras y estrellas de los Estados Unidos, la roja, blanca y verde de ¡Earth First!, la bandera negra de la anarquía, la negra y roja de la Banda de la Tenaza, la rosa y dorada del Bonnie Abbzug Garden Club, la roja sobre blanco de ¡Hayduke vive!, la de los Marines de Seldom Seen, la de la guerrilla Doc Sarvis.

Pero ninguno de estos celebrados personajes estaba a la vista en parte alguna. Los de ¡Earth First!, estaban solos.

Las dos camionetas descendieron a la Garganta y pararon detrás de los *bulldozers*. El

reverendo Love se apeó y se acercó a la cadena de cuerpos que se interponían en el paisaje. La *ranger* Dick soltó unas cuantas palabras en su aparato de radio y se unió a él. A sabiendas de que era inútil apelar a un líder, la *ranger* se dirigió a la turba como un todo.

—Eh, chavales. Encantada de volver a veros. Os doy cinco minutos para dispersaros pacíficamente. —Eché un vistazo a su reloj de pulsera—. Luego llamaré a la policía de la BLM, a los oficiales del *sheriff* del condado de Coconino, y al Departamento de Salud Pública de Arizona. Esta es una reunión ilegal, no tienen permiso y además...

—No te olvides del Equipo de Búsqueda y Rescate —le dijo el reverendo. Dedicó una sonrisa a la cadena humana desde la sombra oscura y profunda de su sombrero de *cowboy*; sólo sus gafas de sol y el resplandor amarillo de la carnotita de sus dientes eran visibles para aquel público—. Cuando lleguen mis chicos vamos a tener acción enseguida aquí.

—Aquí no tienen jurisdicción —le dijo la *ranger* Dick, en voz baja.

—No te preocupes, Ginny, están registrados en el condado de Coconino. Esos chicos míos tienen toda la jurisdicción que quieran en cualquier punto de Utah, de Arizona, de Nevada o de Idaho. Me he ocupado personalmente.

—Además —siguió la *ranger*—, estáis obstruyendo el tráfico. Esto...

—¿El tráfico? —preguntó el flautista—. ¿El tráfico? ¿Qué tráfico? Aquí no hay ni carretera siquiera.

—A mí sí me parece una carretera —dijo el reverendo Love, mostrando su amplia y genial sonrisa de comisionado del Condado—. Te aseguro que a mí me parece una perfecta autopista. Trazaremos en el desierto una autopista hacia el señor —citó—. ¿Qué crees que significa eso, joven amigo? Si esto no es una carretera, por lo menos va camino de serlo, tan seguro como el infierno. Aquí está la autorización legal que me permite acceder al proyecto de carretera y por Dios... —Su voz subió un punto en su tono de severidad, era la voz de un ejecutivo de una constructora, la del presidente de una compañía minera—... y por Dios que trazaremos el camino de la carretera hoy. Ahora. —La temperatura subió inmediatamente, el reverendo dio un paso adelante—: Fuera de mi camino, tontorrones. Muévanse.

—No —replicó el flautista—. No, no nos moveremos.

—No nos moverán —aulló Mary Sojourner.

La Hayduquesa empezó a cantar:

No, no,
no nos moverán...

—Oh, cállense —bramó el reverendo, volviendo su atención a las mujeres del árbol. Pareció darse cuenta entonces de la pesada cadena que apretaba sus pechos—. Pero... en el nombre del santo Moroni, ¿cómo llamarías a eso? Señoritas, ¿están ustedes en sus cabales? Malditas fanáticas verdes otra vez. Abraza-árboles. Adora-heces-de-

sapo. Amantes de piedras. Devora helechos. Esnifa-flores. Besa-semillas, qué cojones es eso. ¿Un candado? ¿Qué?

El reverendo Love miró arriba y abajo en la hilera de rostros que lo miraban.

—¿Dónde está la llave de ese candado? ¿Eh? ¿Quién tiene la llave?... Ginny, ¿tendrías unas cizallas en tu carro?

—Cálmate, Dudley —dijo la *ranger*—. Recuerda tus válvulas. ¿Te has tomado la digital hoy?

—Sí, Ginny, me he tomado la digital, maldita sea. —El reverendo hizo un esfuerzo para aliviar su presión interna. En un tono más amable repitió su petición.

—No —dijo ella—. No llevo cizallas.

—¿Una sierra?

—No llevo sierras —ella volvió a la radio—, pero pediré una.

—Dejad de ondear esa bandera en mi cara —le gritó el reverendo a una niña de seis años que agitaba en su cara una bandera americana. La pequeña niña empezó a llorar. La madre de la niña le dijo algo poco amable al reverendo. El reverendo volvió la cara, rojo de ira.

No, no,
No nos moverán.

El reverendo miró a las mujeres que cantaban encadenadas al enebro.

—Vais a salir de mi cañón y a quitaros ese candado —gruñó. Pero no se atrevió a acercarse. El candado colgaba de la cadena entre las dos señoras Smith, a sólo seis pulgadas o así de las caderas de cada una—. O cojo ese *bulldozer* y arranco ese árbol con todas vosotras comunistas entrometidas ecologistas todavía atadas. —No hizo nada de eso: si alguien resultaba muerto la Ley lo investigaría y quizá tratarían de echarle las culpas a él.

Las mujeres sonreían al reverendo Love, y cantaban:

No, no,
No nos moverán.

—Malditos moronis. —El reverendo miró su reloj, luego a la policía. Los dos helicópteros habían aterrizado en una almohadilla de la pendiente en el extremo oeste de la Garganta, cortando cualquier posibilidad de huida de los manifestantes de ¡Earth First! Doce hombres con uniformes de camuflaje de los S.W.A.T., armados con escopetas de bolas de goma, gases lacrimógenos, cascos con viseras, salieron de las máquinas, se detuvieron bajo las aspas girantes y formaron una escaramuza de fila a través del puente de arenisca. En el extremo este de la Garganta aparecieron los cuatro por cuatro de las unidades de patrulla y las furgonas para detenidos del *sheriff* del Condado y un ramillete de *jeeps*, *brancos* y *blazers* del Equipo de Búsqueda y Rescate de Love. Los hombres se aparearon, armados de porras y linternas, cinturones de munición y semiautomáticas letales. Tras los oficiales y los buscadores-

rescatadores, levantándose cada vez más alta en el polvoriento azul, avanzaba la Super G.E.M.A. —ese cacharro era tan grande, tan excesivo, que parecía violar las proporciones del paisaje—. Quiero decir que surgía sobre el horizonte como una torre andante de hierro amarillo, el edificio de una fábrica de siete pisos de altura de Youngstown, Ohio, fuera de lugar, un invasor de Marte reiniciando la Guerra de los Mundos. La luz estroboscópica brillaba en la punta del mástil de 110 pies, un brillo de diamante; los ojos rojos parpadeaban en la cima del botalón de 285 pies y la estructura en forma de A, enviando señales a los aviones que volaran bajo. Y en tanto caminaba, sacudía la tierra, estremeciendo de lado a lado el irregular terreno. Su centro neurálgico bramaba como una dinamo caníbal, Moloch el insaciable, y las gigantescas herraduras de acero de 130 pies —todavía fuera de la vista, todavía por debajo del horizonte— subían y bajaban, subían, avanzaban, descendían con un estruendo, jadeaban poderosamente y elevaban doce mil toneladas de hierro unas ochenta pulgadas por encima de la superficie para propulsar toda la masa otros catorce pies hacia adelante. Catorce pies en cada paso, hacia adelante a la máxima velocidad de crucero de novecientos pies por hora, o una milla inglesa cada seis horas. Entre las herraduras, en cada ciclo, el «tubo» redondo o base de la máquina se aposentaba en el suelo, estampando en el desértico terreno una serie de huellas circulares que se superponían. Parecían las de un moribundo dinosaurio que, incapaz de levantar el culo del suelo, las fuera dejando en su camino hacia la extinción en su angustioso pero heroico esfuerzo.

El reverendo se tambaleaba sobre sus botas vaqueras de altos tacones rodeando el enebro, mirando cada uno de los rostros blancos, ovoidales, quemados por el sol y la cara de luna marrón con ojos negros y rasgos mongoloides de la paleta Hayduquesa.

—No te conozco a ti, mujer. ¿Quién eres?

—Me llamo Georgia, Love, y soy dos veces más mala que un carcajón, tengo la regla y estoy más sensible que una osa con cachorros.

Pásate el hilo dental, hombre, o mantén la boca cerrada, una cosa u otra.

—Así que nos las *habemos* con una hembra descarada. Oye, dama, cuando yo necesite consejo de alguien como tú...

—... pídelo, claro que sí. Conozco a una buena dentista en la Montaña Navajo, Love. Se llama Horse. Señora Crazy Q. Horse. Usa alicates y sacacorchos, todo ello garantizado. ¿Has estado masticando carnotita otra vez?

—¿De qué cojones me estás hablando, mujer?

—Tienes un divertido resplandor azul en las encías. Tu boca parece la de un monstruo de Gila. Y huele a eso también.

El reverendo regresó resentido de furia. Consultó de nuevo su reloj. Le hizo un gesto a la *ranger* Dick.

La *ranger* se aclaró la garganta, y se dirigió a la fila de los manifestantes enlazados:

—Muy bien, amigos, tiempo cumplido. Rompan filas ahora, y cuando digo ahora

quiero decir ahora, o ya estoy llamando al pelotón antidisturbios. —Esperó una respuesta.

Los cuarenta o cincuenta miembros de ¡Earth First!, bajaron la mirada inquietos, alguno de ellos echó un vistazo por encima de sus hombros para ver a los oficiales apostados tras ellos, otros contemplaban con horror el avance, cómo crecía, siempre avanzando, la figura de GOLIATH en la parte este del horizonte. La brisa se aflojó. Las banderas se desmayaron, las pancartas decayeron.

—¿No? —dijo la *ranger* Dick.

—¡No! —gritó Erika—. ¡No vos moferán! ¡Nunca vos moferán! ¡Earth First! ¡La Tierra primero, la Tierra último, la Tierra siempre!

Unos apagados vítores se elevaron de la barricada de cuerpos.

La *ranger* dijo algo, sosegadamente, en el micro de su radio. Los del equipo de Armas Especiales y Tácticas se quitaron sus placas y las etiquetas con sus números (lo que era señal evidente de bronca), bajaron la visera para escudar sus caras, sacaron de sus cinturones las porras quiebra-cráneos y marcharon adelante hacia la Garganta del Paraíso Perdido. Los oficiales del *sheriff* y los oficializados miembros del Equipo de Búsqueda y Rescate avanzaron desde la otra dirección, sonriendo con alegría. Los del equipo de inspección permanecieron quietos, mirando, con los martillos depuestos. Los operarios de los *bulldozer* cerraron sus fiambreras y volvieron a encender sus motores, que esputaron humo negro al aire limpio. Los vehículos de perforación, los volquetes y las gigantescas niveladoras se detuvieron delante de la Super G.E.M.A., aparcaron en la maleza y vomitaron sus operarios, engrasadores, dinamiteros, bomberos. Aparecieron unos paquetes de seis de Coors, aquí y allá había una pinta o un cuarto de otras bebidas potables. Parecía más divertida la reunión que un *picnic* de camioneros sindicados.

Un murmullo de disgusto recorrió la fila de obstrutores. Agitaron sus banderas, sus carteles y sus pancartas, corearon eslóganes terrenales, referidos a la declaración de Derechos (siempre de gusto cuestionable) y dirigieron un buen número de insultos personalizados al reverendo Love, a la Oficina de Gestión Territorial, a la corporación Syn Fuels, al Gobierno federal en general, a la energía nuclear y a la industria de las armas en particular.

La *ranger* Dick sacó de debajo del asiento delantero de su camioneta BLM un megáfono eléctrico.

—Tranquilícense, gentes, por favor. Por favor, cooperen con los pacíficos oficiales por favor y nadie resultará herido. Van a ser arrestados pero serán tratados justamente si cooperan. No intenten resistirse, eso sería felonía, un delito muy grave. Después de ser arrestados los llevarán a los vehículos del *Sheriff* para ser transportados hasta Fredonia. Si rechazan ir por su propio pie a estos autobuses serán esposados y llevados, así que por favor cooperen con los oficiales de policía. —Siguió hablando por el megáfono, leyendo un texto escrito en un trozo de papel que llevaba en la mano derecha—. Tras la llegada a Fredonia comparecerán ante un juez

de paz, acusados de varios cargos menores y entonces tendrán la ocasión de pagar sus fianzas o en algunos casos ser puestos en libertad bajo palabra. ¡Madres!, por favor, contengan a sus hijos —añadió en un tono más airado, mientras tres chiquillos de ocho o nueve años rompían fila, corrían hacia el Mitsubishi y golpeaban con pancartas de cartulina la pala del *bulldozer*. Moscas abofeteando a un tanque—. ¡Madres! ¡Padres!, ¿de quiénes son esos niños, por favor? Van a resultar heridos. Quítenlos del *bulldozer*; por favor —gritaba, la voz elevándose hacia el tono soprano — o nos veremos obligados a tomar medidas.

Uno de los operarios, quizás pensando que podría asustar a los niños, elevó la pala de su *bulldozer*, y la movió adelante y atrás. Polvo y piedras cayeron en cascada sobre el niño más cercano, más pequeño, el más lento. El niño se quedó sentado en el suelo y empezó a llorar. Una mujer rompió la fila de cuerpos enlazados y se dirigió a las ochenta toneladas de Mitsubishi, con una bandera americana que se agitaba sobre un sólido palo. Puso a su pequeño a salvo y luego clavó la punta de latón de su lanza en el faro izquierdo del tractor, rompiéndolo. No satisfecha con eso, sacó su arma y la lanzó hacia el otro faro, sin acertar de lleno pues el conductor dio marcha atrás y giró hacia un lado.

Hubo gritos de aclamación entre la turba revoltosa, gritos de ira del personal debidamente autorizado.

—Detengan a esa mujer —ordenó la *ranger* Dick señalándola.

Dos oficiales del *sheriff* se acercaron a la lancera. Los arrostró con la lanza echada hacia atrás sobre uno de sus hombros y un niño de siete años agarrado a sus piernas.

—No os atreváis a tocarnos, vómitos del demonio —les gritó, los ojos resplandeciendo como los de un gato salvaje en posición de defensa. Su nombre, de hecho, según era conocida en los círculos de ¡Earth First!, no empezaba a ser otro que Annie Gata Salvaje, empleada en la oficina del Servicio Forestal de Flagstaff, Arizona, divorciada, madre de uno, esposa de dos, querida de tres, amante de cuatro: Annie Gata Salvaje, una mujer libre.

Los oficiales la rodearon cautelosamente. Uno se deslizó detrás de ella, la acometió cogiéndola del cuello. El niño le pateó las espinillas. El segundo oficial, con la porra en una mano y las esposas en la otra, la agarró por delante. Annie atacó brutalmente con su lanza pinchando al hombre de atrás con el extremo trasero de la lanza y con la punta al que tenía enfrente. Ambos se tambalearon, las manos llevadas a sus heridas. (La gata salvaje es un animal resabiado: cuando ataca se está defendiendo).

—¡No, Annie, no! —le gritó la Hayduquesa, tirando de la cadena que la ataba, tratando de saltar a la batalla—. Tírate, Annie, tírate...

Otros dos hombres se unieron al ataque, golpeando el mástil de Annie con sus pesadas linternas oficiales. La lanza se rompió, Annie se fue al suelo cubriendo con su cuerpo el cuerpo del crío. Uno de los hombres le golpeó en la cabeza con su porra.

Fue entonces cuando aflojó —demasiado tarde—. Otro cogió sus manos y se las colocó detrás de la espalda, y le puso las esposas tan apretadas que inmediatamente se le blanquearon las muñecas. Se llevaron de allí a Annie y al crío. El crío pataleaba de furia y terror.

—Por favor, no se resistan al arresto —pedía la *ranger* a través del megáfono—, y nadie resultará herido.

Esta escena fue la gota que colmó el vaso de Gordon el musculoso. Abandonando su posición de ancla en el extremo norte de la fila, se dirigió hacia el centro, sacando de su cinturón la tenaza de hierro fundido. Sansón desenvainando su espada.

—Gordon, siéntate —gritó la Hayduquesa.

Gordon no le hizo caso. Cargó contra el Mitsubishi más cercano, los músculos tensándose bajo la bronceada y aceitada piel, le propinó un potentísimo golpe a la pala del *bulldozer*, y de inmediato apareció una pequeña grieta en la superficie. El operador maniobró la palanca de elevación y alzó la pala por encima de Gordon, lejos de su alcance. Gordon siguió adelante y dirigió su arma de guerra a la parrilla de protección del radiador. La parrilla cedió. (Nip-Ware: metalurgia de soja). Gordon retrocedió y volvió a golpear. Su tenaza se hundió en el plomo fino de las aletas de refrigeración en forma de panal. Un chorro de verde Prestone brotó como líquido de una roca mosaico, y Gordon rugió triunfal. Pero mientras pugnaba por sacar la tenaza, que se había quedado incrustada en las profundidades del radiador, el operario bajó la pala del *bulldozer*; atrapando a Gordon entre sus colosales brazos. A la vez cuatro rudos policías lo rodearon, las porras llovieron una y otra vez sobre su cráneo sin casco, cubierto sólo por su pelo rizado. Gordon cayó, perdió el conocimiento, fue esposado y arrastrado, su cuerpo prácticamente desnudo raspándose con el suelo de arena, de piedra, de erizada maleza, restos de chumberas con sus agudas espinas, rígidas hojas de yuca, los terribles cactus llenos de púas, unas cuantas botellas rotas de cerveza y aplastadas latas de Pepsi que habían dejado atrás los del equipo de inspección.

Sangre en las rocas. El fuerte sabor de la sangre fresca en el aire. El cuerpo de un hermoso joven manchado de sangre, inconsciente, era arrastrado por el polvo, desmayado.

—Por favor —suplicó la *ranger* Dick a través del amplificador—, por favor, cooperen con los oficiales de la policía. Ofrecer resistencia a la autoridad es un delito muy grave. Estos hombres están aquí para ayudarles, por favor...

—¡Al suelo! —gritó Mary Sojourner cuando empezó a acercarse la ola de lugartenientes y técnicos de la S.W.A.T.—. ¡Todos al suelo! No os golpearán si estáis echados. Esperemos —murmuró para sí misma. Los antidisturbios llegaban.

—Los policías son vuestros amigos —bramó el reverendo Love, sonriendo, disfrutando a pesar del asalto a su carísima maquinaria importada—. Intenten recordarlo. —Sus muchachos de los equipos de perforación, camiones y niveladoras deambulaban cerca de él, también sonrientes, con las llaves inglesas listas, los mazos,

las motosierras, con cadenas de hierro como ansiosos refuerzos para cuando —y si— fueran necesarios.

El operador del *bulldozer* con el radiador sangrante, trató de prestar un último servicio con su máquina herida, siguió las huellas del tractor sobre la tenaza que se había caído, girando la mitad del peso del Mitsubishi sobre ese anticuado, obsoleto, pintoresco utensilio de eterna simbología ludita.

—¡Apaga el motor! —aulló el reverendo—. ¡Antes de que se gripe!

El operador obedeció, avergonzado, luego trató de salvar la cara bajándose, cogiendo la tenaza de Gordon —en buen estado— y lanzándola con las dos manos hacia el borde de la garganta. Demasiado pesada para él. Fue un lanzamiento corto, apenas una yarda, y la herramienta cayó en un matorral de variados cactus.

—Puto trasto maldito del Sahara Club... —El operador miró hacia Gordon, que iba desapareciendo, y luego hacia las mujeres encadenadas al enebro.

La lucha fue breve. Viendo el destino fatal de Annie Gata Salvaje y Gordon, el chico dorado, la mayor parte de los manifestantes de ¡Earth First!, se tiraron al suelo, las manos sobre las cabezas, confiando en un arresto rápido y no violento. El gesto les sirvió de poco. Enrabiados y enconados por cualquier tipo de resistencia, incluso la simbólica, leales a su tradición, la policía empezó a golpear al tuntún, abriendo cabezas aquí y allá, corriendo a por los pocos que intentaron huir, pisoteando niños y arrastrándolos por el terreno pedregoso hacia las furgonetas que esperaban. En diez minutos se había acabado la oposición y todos los prisioneros habían sido sacados de la escena. Todos, excepto las cinco jóvenes fanáticas encadenadas al árbol. Respirando hondo, sudando como cerdos, los representantes de la ley se reagruparon para considerar este último nudo de obstrucción y encontrarle una solución.

—Cizallas —dijo un sargento de la policía—. Sierra para metales.

—Están de camino —respondió la *ranger* Dick.

—Tenemos una motosierra —dijo otro hombre—. ¿Por qué no cortamos el árbol y las arrastramos con un tractor, árbol y mujeres?

—No es mala idea —dijo el sargento.

—Esperaremos —dijo la *ranger*.

—Quememos el árbol —gruñó el operario del *bulldozer*, todavía mosqueado con su derrota—. Malditas brujas fanáticas verdes, las regamos con diesel, y le prendemos fuego al árbol. Para que aprendan.

—Buena idea —dijo el sargento—, pero no es legal. ¿Dónde están esas herramientas?

Las herramientas llegaron, una pesada sierra para metales con extra de cuchillas, y unas pesadas cizallas con mangos de tres pies de largo. Los hombres trataron primero de hacerlo con las cizallas y luego con la sierra, pero no hubo lugar: la cadena y el candado eran más fuertes, instrumental de acero de alto carbono especialmente diseñado —y seleccionado— para resistir cualquier ataque que tratara de roerlo o mellarlo.

—*Plastique* —sugirió otro policía—. Una pequeña carga puede hacer saltar el candado.

—No es mala idea —dijo el sargento—. Podría haber algunos heridos pero lo conseguiríamos. ¿Qué me dicen, niñas? —Ellas lo miraron—. Es eso o la llave, niñas. Dígnanos dónde está la llave y estaremos en casa en un plis-plas. ¿Qué me dicen?

—¿A quién estás llamando niña, niño? —dijo la Hayduquesa—. ¿Y dónde está tu placa? ¿Cuál es tu número de identificación, oficial?

—Sí —dijo Mary Sojourner—, ¿qué me dices de eso, pasma? ¿Cómo te llamas?

—Tías duras. Tías muy duras. —Él abofeteó a Mary, con escasa amabilidad, en la mejilla. Su cabeza golpeó contra el tronco del enebro—. ¿Dónde está la llave, mujer? Ella le pegó una patada en la espinilla con su pesada bota de escalar.

—No lo sé, hombre.

El sargento se tambaleó hacia atrás, agarrado a su pierna.

—Maniaten a estas mujeres. A todas. Con esposas también. —Con cuidado, los hombres consiguieron poner esposas en los tobillos de las mujeres, luego en sus muñecas. El sargento de Policía, a salvo de patadas y arañazos, inclinó la cara, dura y con bigotes, hacia la delicada cara de Erika la Nórdica.

—Bien. Tú. ¿Dónde está la llave, señorita?

Ella no le dio —no pudo— una respuesta inmediata. El sargento se enojó:

—Habla. Tenemos prisa.

La Super G.E.M.A. esperaba en su plataforma en el estrechamiento este de la garganta, las grandes herraduras aposentadas por el momento, pero sus motores eléctricos humeando, zumbando, palpitando. El hombre encargado de la consola de control en la cabina con aire acondicionado se asomó a través de su pared de vidrio, aguardando. Su ayudante, el engrasador, un joven con un overol grasiento, seguía en tierra, cincuenta pies abajo, listo para hacerle una señal con la mano e indicarle con exactitud el momento en que el monstruo debía dar el siguiente paso, con seguridad, sin tambalearse por la inmediatez del borde. La cubeta, lo suficientemente grande como para dar cobijo a cuatro autobuses Greyhound en su buche de hierro, se mecía suavemente adelante y atrás desde la punta del brazo de la grúa. Parpadeaban las luces rojas, la luz estroboscópica destellaba en lo más alto del mástil, muy por encima de la sala de máquinas de siete pisos. El cable de alimentación estaba detrás, en el suelo, una serpiente anaranjada de cobre aislado y acolchado, grueso como el muslo de uno de esos tipos de la lucha libre, bajando por la ladera para llegar a la subestación más cercana, a dos millas de distancia, una subestación montada en un trineo y vinculada a su vez a la línea eléctrica de muy alta tensión que mediante postes cruzaba el desierto uniendo Page, Arizona, con St. George, Utah. El tiempo es oro, dijeron I. B. Watson, Henry Ford, Andrew Carnegie, Adam Smith, René Descartes, Francis Bacon y toda la genealogía de los positivistas lógicos que empezó con el Levítico y llegó a la apoteosis trascendente en la figura de J. Dudley Love, reverendo del distrito 1 de Hotrocks, condado de Landfill, Utah. Incluso una

interrupción tan trivial como la farsa de los ¡Earth First!, con los motores encendidos, le estaba costando a Syn Fuels Corporation cerca de diez mil dólares por minuto.

—Habla —ladró el sargento de la policía a la cara de Erika, llenándola, muy poco caballerosamente, con una llovizna de saliva—. O tendremos que empezar un interrogatorio científico, y ya sabes a lo que me refiero, joven señorita. —Puso un cigarrillo entre sus dientes, sacó un mechero de su bolsillo, lo encendió, y lentamente lo acercó a la pálida, maravillosa, horrorizada cara de la muchacha—. ¿Dónde está la llave?

Ella tragó saliva. Se humedeció los labios y tragó de nuevo.

—Espera un momento —dijo la *ranger* Dick—, ¿qué crees que estás haciendo? Retira esa cosa.

—Sí —bramó la Hayduquesa—, déjala en paz, cerdo asqueroso. Eres un puto gángster, prueba conmigo.

El sargento sonrió, encendió su cigarrillo y miró alrededor.

—Qué nervios, qué nerviosas las señoritas. ¿Qué pensáis que soy, una especie de nazi? Estaba sólo tomándole el pelo a esta cría. Por Dios santo. Alguna gente no tiene el más mínimo sentido del humor. —Luego se dirigió al hombre que estaba en el otro lado del enebro, todavía tratando pacientemente de romper un eslabón de la cadena con la sierra.

—¿Cómo va eso?

—Va lento, sargento. Tardaremos otra hora mínimo.

—¿Sí? Bueno, sigue con ello. Que alguien lo releve luego.

(Una pausa).

—De acuerdo, espera, vamos a utilizar nuestras cabezas —sonriente, el reverendo Love se acercó después de haberse retirado a su camioneta en pos de una tregua de refresco medicinal. El reverendo era enemigo de los jarabes antitusivos; una pizca de codeína podía borrarle la mayoría de las tardes, ese malestar del final de la jornada. Y por cierto las sombras empezaban a alargarse. La negra forma de GOLIATH había trepado ya hacía tiempo desde la base por encima del extremo oriental del puente de tierra, hasta lo alto de la pendiente que había más allá. La hora de dar de mano se acercaba para la mayoría de máquinas y hombres, por no mencionar a la *ranger* Dick y su galán J. Dudley. Estaba a la vista una ocasión muy especial. Muy bien podrían dar por terminado el día. Love miró al hombre en la cabina de control de la G.E.M.A., captó su atención y le hizo un gesto de rebanarse el gaznate. Apágalo. El hombre asintió, bajó cuidadosamente el largo botalón entre los enebros del este de la Garganta, moviendo hacia abajo el cubo gigante, más allá del equipamiento de construcción estacionado allí. Apretó entonces el botón rojo del interruptor del «Sistema de Excitación», y apagó la energía del equipo operativo. El motor principal siguió vibrando, tenía que cerrarse desplazando una palanca en el panel interior de la sala de máquinas y el panel de ventilación.

Love esperó. Cuando oyó apagarse el motor de la dragalina, volvió de nuevo

hacia el grupo de hombres impacientes e irritados con los uniformes manchados de sangre.

—¿Has tenido alguna idea, reverendo?

—Sí. —Sonriendo, Love avanzó hacia el enebro, cogió el pesado eslabón de la cadena que estaba entre los cuerpos de Erika y Susan Smith. La *ranger* Dick lo vigilaba atentamente, pero un poco retirada: despreciaba todo aquel procedimiento y honestamente estaba deseando que acabara—. Todo lo que necesitamos —dijo el reverendo—, son unas pocas pulgadas de holgura en esta cadena, ¿no? —Los otros asintieron—. Pues eso es lo que vamos a conseguir —siguió—, si conseguimos sacar a alguna de las damas aquí reunidas por esta puta cadena, ¿cierto?

—Debes estar refiriéndote a mí —dijo la Hayduquesa.

Love le sonrió a Georgia.

—No, tú no, cariño mío. —Inspeccionó a las cinco mujeres—. Mejor empezaremos con la más flacucha.

—¿Habéis oído eso, señores? —bufó la Hayduquesa—. ¿Lo habéis oído? Me ha insultado. Piensa que porque soy una paleta puede insultarme. Soy minoría, tío, y tengo derechos. Si puedes sacar cualquier cuerpo de esta cadena, puedes sacar el mío primero.

El sargento le hizo una señal a uno de sus hombres. Los dos adoptaron una postura firme ante Erika la Sueca.

—¿Por arriba o por abajo, sargento?

—Por arriba. Conseguiremos pasar sus caderas por esta cosa mucho más fácilmente que sus... bueno, su pecho. No quiero hacerte daño, pequeño amorcito. —El sargento colocó sus manos bajo las axilas de Erika—. Ahora tú la coges por ese cinturón, bajo la cadena, y luego la vas subiendo.

Las mujeres empezaron a gritar entonces:

—¡Violación! —bramaba la Hayduquesa—, ¡violación!, ¡violación!, ¡violación! —y las otras hacían eco de su inflamado grito. Mientras la propia Erika, en voz alta y clara, les decía:

¡Noli me tangere! —La chavala sabía su latín—. *¡Noli me tangere!*

Como buenamente pudo, con las manos esposadas y los tobillos atados, la cintura encadenada al árbol, se retorció para librarse de las pezuñas de los polis.

—No se tocare este cuerpo.

El sargento paró. Sudaba exasperado. Se volvió hacia la *ranger* Dick.

—Ginny —le dijo—, ¿estamos violando a esta niñata? Te lo pregunto.

—Acoso sexual —dijo Mary Sojourner—. Esos dos hombres la están tocando con propósito sexual mientras fingen que la arrestan.

—Eso es —dijo la Hayduquesa—, es sexismo puro y simple.

La discusión continuó un minuto más. Cuando se hizo el silencio la *ranger* dijo:

—Vosotras estáis resistiéndoo a la detención. ¿Dónde está la llave del candado? Dadnos la llave, y nadie tocará a nadie con propósito sexual mientras yo esté aquí.

—Eso es absolutamente tal que así —dijo sonriente el reverendo, deslizando un brazo por las abundantes caderas de la *ranger* Dick—. No tenemos tiempo para magreos calentones, ¿no es verdad Ginny?

Ella retiró el brazo de él. La llave seguía sin aparecer.

—Vale —dijo la *ranger*—, saquen a esa gallinita de la cadena.

De nuevo los dos hombres se colocaron para tratar de sacarla por arriba.

—Y no le toquen ninguna parte erógena —añadió la *ranger*. Los hombres asintieron, conscientes al mismo tiempo de que todo el cuerpo de la muchacha que tenían entre las manos era completamente erógeno. No tenía un solo miembro que no fuera erógeno. Ninguno. Pero lo intentarían. Las manos bajo las axilas, empujando hacia arriba las trabillas remachadas de cobre de sus vaqueros, consiguiendo izarla apenas tres o cuatro pulgadas por encima de la cadena.

—¡No! ¡No se tocare este cuerpo! —gritó Erika.

Los dos hombres hicieron una pausa para coger aire y reajustar sus incómodas posiciones. Y en ese mismo instante una alta figura humana trepó por el borde sur de la Garganta, se alzó cuan grande era y se precipitó hacia el enebro.

—¡Quítenle las manos de encima a esa muchacha! —gritó Oral Hatch, misionero, lanzándose en el aire y agarrándose a las rodillas del sargento. Los dos hombres, puños y codos volando, cayeron por la pendiente. Por unos segundos la batalla se oscureció con los borrosos movimientos veloces. Los hombres del sargento sacaron las porras, listas para golpear. Cuando Oral apareció en la cima, la cabeza un blanco fácil, llovieron los golpes —pum, pum, pum— y se zanjó el asunto («¡Oral! ¡Oral!, ¡mi querrido, mi amorrr!»). Con prontitud y eficiencia una pareja de policías maniataron al joven Oral, tiraron de sus pies y lo arrastraron hasta la furgona que estaba esperando aún. Los demás miembros de ¡Earth First!, cantando y riendo, habían sido arrastrados media hora antes camino de la cárcel o de la fianza.

El viejo periodista, escondido como un lagarto en una hendidura de una roca que sobresalía, miraba y esperaba, temeroso, temblando, tomando fotos cuando podía, garabateando notas y murmurando histéricamente: «¡Ah espléndida!, ¡espléndida! ¡Majestuosa! ¡Bellísima! ¡Absolutamente lo más! ¡Lo más de lo más!».

El certamen había terminado. Una vez despachado Hatch, los hombres no tuvieron problema para arrastrar a Erika, la dulce doncella sueca, desde su sitio tras la cadena, casi bajándole los pantalones vaqueros en el proceso —la cadena estaba muy tensa— pero sin llegar a hacerlo, toda vez que la *ranger* Dick no se concedió un momento de distracción vigilando el proceso de la detención. Con la cadena colgando ahora suelta, la policía y los oficiales no tuvieron problema alguno en sacar a las otras cuatro mujeres y llevarlas, atadas de manos y pies, a la furgoneta.

Después de una breve ceremonia de estrechamiento de manos y mutuas felicitaciones, el equipo de los S.W.A.T. se elevó en sus helicópteros —otra ascensión milagrosa— y los oficiales del *sheriff* se fueron en sus cuatro por cuatro. Cuando el murmullo de los motores se desvaneció, un espontáneo coro de vítores irrumpió en el

aire procedente de las gargantas de los miembros del Equipo de Búsqueda y Rescate y los trabajadores de la construcción de Love —diez hombres y cuatro mujeres.

Su brazo rodeaba otra vez la cintura de su sonriente *rangerette*. El reverendo saludó a sus empleados alzando una lata de Pepsi-Cola.

—¡Sí! —gritó, sonriendo con orgullo—. Me parece que le hemos azotado esos culos. Me parece que esas fanáticas de ¡Earth First!, no van a darnos más problemas. Y antes de que nos vayamos a casa, hagamos una pequeña celebración de esta victoria. Vamos a coger todas esas malditas banderolas de ¡Earth First!, y sus pancartas y sus carteles y vamos a hacer una hoguera. Tengo una nevera llena de chuletones en mi vieja camioneta, y dos cajas de Pepsi-Cola metidas en hielo. Y además, otra cosa...

Los chicos lo interrumpieron con más vítores, no sin un trasfondo sardónico, cuando los tapones de unas botellas de Wild Turkey volaron por el aire, y las anillas de unas latas de Coors hicieron click, aluminio sobre aluminio.

—... Y la otra cosa es esta, mis queridos amigos, tengo que informar que yo y aquí Ginny, os queremos invitar a todos y cada uno de vosotros y a vuestras familias y amigos, aquellos que los tengan, a venir a una fiesta muy especial que damos en el rancho esta noche. Sí, amigos, es verdad, los rumores que habéis oído son absolutamente verdad, yo y Ginny Dick vamos a atar el nudo esta noche, en ceremonia oficiada por el reverendo J. Marvin Pratt...

—¿De verdad otra vez? ¡Vaya tela con Love! ¡Así se hace, Dud! ¡Es viejete pero no está muerto! ¡Que Dios bendiga a nuestro buen reverendo Love!

La hoguera empezó a arder —los carteles de los críos sirvieron de mecha, las banderas rojas y blancas y verdes y negras de los derrotados ¡Earth First!, alimentaban las llamas—. Alguien agregó leña del enebro muerto y trozos de roble, y se fortaleció el alegre resplandor de la hoguera entre las sombras púrpuras de la invasora luz crepuscular. Los hombres colocaron sus filetones directamente sobre el carbón ardiendo, al estilo aborigen. Love trajo de la camioneta una parrilla para aquellos que prefirieran comerse la carne al *grill*, al estilo señoritinga.

Los celebrantes comieron, bebieron, se recountaron los relatos de la batalla del día, lanzaron sus latas de cerveza y de Pepsi por el borde y oyeron cómo caían, silbando en la nada, a través del oscuro abismo.

El sol se arrastró por las mesetas, los descampados, las cúpulas y los pináculos, las altiplanos y las montañas del oeste, hacia Nevada, hacia la cuenca interior del gran desierto americano. Una media luna engordada brilló pura por encima de sus cabezas, a salvo de momento de la codicia humana, reina de la noche, dulce como la quietud del desierto. Donde aullaban los coyotes y un zorro ladraba a un avión que pasaba por encima, ensuciando el cielo con su vapor, antes de desaparecer.

—Os lo digo, amigos —dijo el reverendo—, este es un gran día en la historia de América. Es un día que ninguno olvidaremos. Es el día en que la gente del Progreso le ganó la batalla a las fuerzas de la Obstrucción y el Egoísmo. Esos salvajes de

¡Earth First!, y esas salvajes ecologistas trataron de jugárnosla hoy y los hemos aplastado. Los hemos reventado. El ecologismo extremo y el extremismo medioambiental no volverán a levantar su horrible cabeza en la franja de Arizona o puede que en ningún sitio del Oeste de América, Dios lo quiera. Querían pelea, y han tenido pelea, y hemos ganado. Recordad mis palabras, muchachos, señoritas también, cuando volváis aquí en cinco años, lo que veréis será un Holiday Inn en esta Garganta, y un campo de golf de dieciocho hoyos en la meseta del

Paraíso, y pequeños lagos azules con patos de verdad en ellos y una preciosa ciudad pequeña de quince mil jubilados y mineros del uranio e ingenieros nucleares viviendo aquí en sus propias casas y disfrutando del fresco aire que Dios nos ha otorgado y del patio trasero del propio Dios y el propio escenario que Dios...

Inspirado, de una elocuencia encerada, Love levantó su feliz, gorda, floreciente cara a la nueva luna y gritó:

—Tengo un sueño, amigos míos, tengo el sueño de América para los americanos, donde nunca más cederemos una sola porción de nuestra tierra a esos egoístas preservacionistas elitistas, donde todas las cosas serán accesibles a todo el mundo en sus propios automóviles y donde la industria pueda moverse sin ser obstaculizada para cumplir con el espíritu de la libre iniciativa empresarial que hizo que América sea lo que es hoy y provea de trabajo a todo el mundo que quiera trabajar en vez de ese parque infantil de la naturaleza que ansiaban los codiciosos y radicales elitistas del Sahara Club y otros peligrosos animales. Tengo un sueño, amigos míos, el sueño de una América en la que la gente sea lo primero —¡arriba la gente!— la gente y la industria y los empleos y las oportunidades ilimitadas para cualquiera que tenga el coraje y la gloria de tomar la delantera entre las gloriosas oportunidades que América le ofrece a todo el mundo. Ese es mi sueño, amigos míos, y sueño con que algún día esa América será la América que disfrutaremos, no un manojito de elitistas y codiciosos preservacionistas de la naturaleza y extremistas ecologistas radicales con sus pumas como mascotas y sus osos como mascotas intentando encadenar una América de la que no podremos disfrutar y quizás también sacar un pequeño beneficio, y ese es mi sueño, amigos míos, el sueño de una América que yo antes amaba y el de una América que espero volver a amar de nuevo. Ese es mi sueño, amigos míos, ¿cuál es el vuestro?

Los vigilantes nocturnos llegaron finalmente, dos hombres sobrios vestidos con el uniforme de la Agencia de detectives Ace. Pero en lugar de comenzar su turno de trabajo patrullando por el área y comprobando los equipamientos, fueron arrastrados por el jubiloso reverendo y sus amigos a unirse a la celebración. Lo que le dio a Love otra idea. Llamó por radio a J. Marvin Pratt y lo invitó, lo urgió, le convenció de que trajera su Biblia, su manual de matrimonio mormón, y a todos los amigos y testigos que pudiese encontrar en el camino, que se los trajera a todos a la Garganta.

—¡Sí! —gritó Love en el micro—, celebraremos la boda aquí, ¿por qué diablos no, Marvin? Ha sido un día precioso, una noche maravillosa, la luna está en lo alto,

haremos una fiesta que dure toda la maldita noche. Trae más Pepsi, sí, como unas diez cajas. Sí, vale, trae más alcohol para los chicos, por el fuego del infierno me parece que yo también voy a tomar un trago o dos o tres, por qué no, tenemos mucho que celebrar, Marvin, hemos obtenido una gran victoria sobre las fuerzas de la Codicia y el Mal, nos hemos cargado a esos fanáticos verdes para los restos, sí, ese cobarde de Hayduke y su Banda de la Tenaza no volverán a mostrarnos sus feas caras, trae más filetes, y trae patatas, y perritos calientes y bollos para los niños, vamos a celebrar mi segundo matrimonio por todo lo alto al estilo campero, Marvin, trae a Jake Lassiter y su violín, y al viejo Wriht y su guitarra, y a ese colega que tiene un cajón, cómo se llama, sí, tendremos música, tendremos un gran baile, no te olvides de las mujeres, claro, trae a mi mujer, ella sabe ya lo de esta boda, no tengo secretos para ella, estaremos celebrando aquí hasta que el sol salga por Dios santo, sí, Marvin, ya sé que tardas tres horas en llegar, así que dile a mi colega Ellie que te traiga volando, no tiene nada mejor que hacer, ella puede traer a ocho en cada viaje en el nuevo Cessna, tarda diez minutos. ¿Aterrizar? Podéis aterrizar detrás de la G.E.M.A., esa cosa deja una preciosa y ancha pista de aterrizaje por donde pasa y esa pista está ahora mismo al este de la Garganta...

Un vasto gruñido resonó a través de la noche.

El reverendo se calló un momento, levantó la mirada del aparato de radio hacia la gigantesca dragalina móvil y hacia la alegre hoguera que estaba a su lado.

—¡Rethlake! —gritó el reverendo—. ¡Meeker!

Dos hombres se levantaron lentamente en el corro de gente sentada alrededor de la hoguera. El operador jefe de la G.E.M.A. y su ayudante, cada uno de ellos con una lata de cerveza en la mano.

—¡Rethlake!

—Sí...

—Hay alguien trasteando en la G.E.M.A.

—Ya veo, reverendo.

—¿Quién está allí arriba?

Los dos hombres miraron alrededor, contaron cabezas, estudiaron las caras.

—Uno de los chicos, reverendo, pero no estoy seguro de quién es.

Protegiéndose los ojos del resplandor violeta de luz, el reverendo bramó:

—¡Eh, el de ahí arriba, ya estás apagando la maldita luz y bajando de la puta máquina!

Su respuesta fue un estruendo de turbinas eléctricas poniéndose en marcha cuando alguien —o quizá algo— le da al botón de encendido. Por encima del estruendo de motores llegó la voz de la Super G.E.M.A., tronando a través de los altavoces exteriores de la máquina:

AHORA ESCUCHAD. AHORA ESCUCHAD ESTO. AL HABLA GOLIATH, HOMBRES, MÁSTER DEL PUTO MUNDO Y PUTA EMPERADORA DEL JODIDO UNIVERSO. CUANDO

SOLICITEN PERMISO A NUESTRA PUTA IMPERIAL MAJESTAD, TIENEN QUE PONERSE PRIMERO DE RODILLAS CON LA NARIZ TOCANDO EL SUELO TRES VECES, BAJARSE LOS PANTALONES Y PERMANECER CON EL CULO AL AIRE HASTA QUE SEAN RECONOCIDOS.

Love miraba asombrado. Toda la reunión había quedado sobrecogida por el asombro. Mientras miraban, el botalón de la dragalina fue activado por alguien dentro de la cabina de control, izándose cuarenta y cinco grados y moviéndose unos 180 grados desde el este al oeste de la Garganta. Rechinaron los engranajes, el cubilete gigante rebotó sobre la roca, aplastando árboles, aplanando una perforadora, empujando a una niveladora hacia el borde y completando el barrido traqueteando hasta donde estaban el reverendo Love y sus amigos. Tropezando iluminados por la luna, corrieron todos para salvar sus vidas hacia los matorrales situados al oeste de la Garganta donde se ocultaron, esperando haber salido del alcance del cubo y sus dientes de hierro. El cubo se detuvo, embarazosamente, con algunos cables sueltos, a unas veinte yardas al oeste de los dos *bulldozer* Mitsubishi allí detenidos. El gigante hizo una pausa para lo que venía.

Jadeando, con una mano colocada en el pecho, los ojos hinchados y la cara amoratada, el reverendo Love miraba la corpulenta máquina a la luz de la luna. Las luces rojas guiñaban lentas, encendido-apagado, encendido-apagado, como los ojos parpadeantes de una araña soñolienta. La luz estroboscópica relampagueaba en lo alto de la estructura su intensa luz blanquiazul que podía ser vista desde veinte millas de distancia. El reflector permanecía fijo sobre Love & Compañía.

Recobrando la respiración, el reverendo le dijo a Rethlake y Meeker, los dos hombres encargados de la dragalina.

—Eh chicos, tenéis que meteros ahí y desenchufarle el cable a ese hijo de puta.

Ellos dudaron.

—Vamos, no os verá. En esa cabina sólo hay un borracho que no tiene puta idea de lo que está haciendo, y va a rompernos la pala si no lo paramos. Vamos.

Love cogió el revólver que llevaba en la cintura.

—Nosotros os cubriremos.

—Ya has visto cómo ha tirado esa niveladora por el borde —dijo alguien. Los humanos se reagruparon, en el centro de corro de enebros, mirando hacia arriba, hacia el negro perfil de la G.E.M.A. recortado contra las estrellas, la forma no iluminada de la cabina del operador muy por encima del suelo.

—Ya has visto cómo se ha deshecho de esa cosa, como si fuera un juguete —continuó la voz—. Una niveladora de sesenta toneladas. Como un puto juguete de crío...

La *ranger* Dick, deslizado un brazo por el pecho de Love, le murmuró al oído:

—Puede ser complicado, Dudley. Quizás deberíamos llamar por radio a la oficina del *sheriff*. ¿Al Departamento de Fuerzas Especiales de la Policía? ¿Que traigan de vuelta esos helicópteros de nuevo?

El reverendo resopló, casi riéndose.

—Nanai, Ginny, ¿de qué estás hablando? Yo puedo manejar esto. Son mis equipamientos, estos son mis hombres. Yo lo arreglaré.

—... Sí —dijo otro—, ni siquiera se oyó cuando tocó el fondo. ¿Cuánto tiene de profundidad?

—Dos mil pies en la parte norte —respondió un tercer hombre—. Dos mil quinientos en el sur. De cabeza directo al cañón Paraíso Perdido. Una vez vi a uno de esos chavales locos tirarse en ala delta desde aquí. Para qué lo hizo. Costó dos días encontrar el cuerpo. Lo llevaron a casa en una bolsa de plástico negra. Las ardillas terminaron con él, según dijeron. Lo que quedaba de él podías ponerlo en una cesta. Por supuesto sólo se llevaron los miembros principales, como la cabeza, la pelvis, los huesos de las piernas, el ojo del culo y tal...

—No quiero que hables de eso, Melvin, por el amor de dios.

—¿Y a qué estáis esperando?

—Vale, vale, reverendo, iremos. Pero si viene a por nosotros con esa pala.

—Podéis esquivarla. Esquivad a ese comepollas. No dejéis de correr.

—Tú también, Meeker.

—Claro, reverendo, claro. —Los dos hombres salieron, abandonaron el ilusorio refugio entre los enebros, camino de la base de la máquina, 13 500 toneladas de hierro aposentadas como una rana en una piedra sólida a doscientas yardas del más lejano extremo de la Garganta. Los hombres no habían avanzado más que unos cuantos pasos cuando un segundo foco situado en la estructura en forma de A se encendió, buscó brevemente, primero a la derecha, luego a la izquierda, hasta que dio con ellos:

ALTO AHÍ, HIJOS-DE-PUTA.

Los hombres se detuvieron, tiesos como piedras con el deslumbramiento del ojo de la Medusa. La voz de la máquina —bajo profundo *deus ex machina*— siguió:

GILIPOLLAS, DAD UN PASO MÁS Y OS BARRO HACIA EL BORDE COMO A DOS CHINCHES.

Para reforzar la amenaza, GOLIATH levantó el botalón, llevando la pala tambaleante, agarrada con las cuerdas de acero, a una posición vertical. Saltaron chispas cuando el hierro rayó la arenisca. Con torpeza la pala se arrastró de nuevo hasta el más cercano Mitsubishi —el que había resultado herido en el radiador—. GOLIATH deslizó su prominente mandíbula bajo el vientre del *bulldozer* y lo levantó como si fuera un niño (el *bulldozer* pesaba unas ochenta toneladas) y lo subió tiernamente, luego giró un poco a la derecha, a unos treinta pies del suelo. Duro... pero oh, qué amable.

Uno de los hombres de la empresa Ace le dio un codazo al reverendo:

—Nos sobra munición, reverendo. Vamos a llenar de plomo a ese payaso de la cabina de control.

El reverendo pareció considerarlo.

—Puede ser. Un minuto. Es complicado de todas formas. No quiero que se dañe el equipamiento.

—Primero podemos tirar a esos focos de luz. Dejar a ciegas al bastardo, asaltarlo, tomar esa cosa, encontrar al tipo de la cabina y ponerlo donde tiene que estar seis meses.

—Bien... odio que se dañe el equipamiento. Incluso cualquiera de esas luces cuesta varios miles de pavos. Y lo que tenemos para disparar es a esta pandilla de albañiles medio borrachos ...

GOLIATH interrumpió de nuevo estas deliberaciones:

QUE CUALQUIERA HAGA OTRO MOVIMIENTO HACIA ESTA PUTA DRAGALINA Y TIRO ESA PUTA EXCAVADORA POR EL BORDE CAE COMO UNA PALADA DE MIERDA AL PARAÍSO PERDIDO...

—Me lo temía —murmuró el reverendo—, tenemos un lunático en esa cosa.

Dudaron. De nuevo GOLIATH retrocedió, balanceando y bajando la pala y levantó al segundo *bulldozer* Mitsubishi. Sujetó a ambas máquinas en sus espaciosas fauces y las elevó más allá de la monolítica piedra de la Garganta. Y de nuevo habló, con esa voz atronadora como de dios volcánico y subterráneo. Vulcano habló:

LO MISMO VALE PARA CUALQUIER OTRO TIPO DE GILIPOLLECES. ESTAMOS TRABAJANDO AQUÍ DENTRO DOS PULGADAS Y MEDIA DE PLACA DE ACERO. TENGO EL MANDO A DISTANCIA DE LA CONSOLA DE PALANCAS. CUALQUIERA QUE INTENTE ALGO GRACIOSO Y ESOS DOS TRACTORES SE VAN AL CARAJO Y SE CONVIERTEN EN LATAS. TE ESTOY HABLANDO A TI, REVERENDO DUDLEY LOVE. ¿ME ESTÁS ESCUCHANDO?

El reverendo enrojeció de cólera.

—Por qué miserable sabihondo... —gritó.

El *ranger* estrechó su abrazo en su pecho.

—Tranquilo, Dud, tranquilo. Tengo una idea.

GOLIATH hizo oscilar el cubo noventa grados, extendió el botalón, y mantuvo en suspensión los dos *bulldozers* sobre el abismo de la parte norte de la Garganta. Un millón y medio de dólares en el papel de rehenes, colgando sobre dos mil pies de altura, de aire y de luz lunar.

¿OYES, LOVE? HABLA ALTO. HABLA ALTO O DEJO QUE TUS JUGUETES AMARILLOS CAIGAN AL INFIERNO. ¿OYES?

El primer foco de luz permaneció fijo apuntando al reverendo Love y sus íntimos — la *ranger*, los dos hombres de la agencia Ace, el grupo de albañiles, el equipo de Búsqueda y Rescate—. Al mismo tiempo, sin esperar respuesta, GOLIATH empezó a hacer otra operación en los costados de la máquina. Con un tremebundo estruendo en los combados engranajes el pie del monstruo —130 pies de largo de herradura de acero— empezó a levantarse.

—Dios mío —dijo el reverendo—, ¿qué está haciendo ahora?

Atónitos lo miraban. La herradura se levantó siete pies sobre el suelo, rotó hacia atrás con los cilindros de empuje unos quince pies, luego se hundió en la tierra de nuevo aplastando tres enebros, un montón de matorrales, un almez, ni se sabe el número de latas de cerveza, de latas de aceite y de hormigueros. En ese punto, en lugar de tomarse un descanso, el fuelle del motor de 14 000 voltios utilizó toda su potencia para tratar de elevar, con inmenso esfuerzo, la base circular, de 105 pies de diámetro —y con ella toda la Super G.E.M.A., dragalina móvil 4250-W, 27 millones de libras de acero, hierro, cobre, aceite, cable, plexiglás— y además, aparentemente, una diminuta gota —en algún lugar del intrincado laberinto de la cabina de control, pasarelas, paneles mamparas, corredores, sala de máquinas, sistema de refrigeración —, un pequeño y vivo microorganismo de carne humana.

Miraron. Asombrados y atónitos, boquiabiertos, contemplaron cómo la entera masa gigantesca e imposible de la máquina se levantaba casi siete pies sobre la superficie de la tierra, levemente inclinada, meciéndose un poco, y luego se deslizó hacia atrás, unos quince pies antes de caer a tierra una vez más, con un ruido sordo vibrante y resonante, sobre la sólida piedra. Una nube de polvo y vegetación pulverizada se arremolinó alrededor de los cimientos de la máquina.

Todos los presentes sintieron que la tierra temblaba bajo sus pies. GOLIATH avanzaba. Cinco grados en la escala de Richter. Un pequeño paso para la humanidad, pero un paso gigante para GOLIATH.

—Por el santo Moroni —tartamuró el reverendo—. Está secuestrando la G.E.M.A. de Arizona. Ese tío está loco de remate, loco como un... Como un... Como un ¿qué?

—Dudley —repitió la *ranger* Dick—. Dudley, escúchame. Tengo una idea.

—¿Secuestro? —dijo el hombre de la Ace—. Pero ¿dónde? ¿Dónde cree que va? Un bebé podría gatear más rápido de lo que avanza esa cosa. Y sea como sea, por el amor de Cristo, va en la dirección equivocada. No podrá avanzar mucho en esa dirección... dos o tres o cuatro pasos más y... ¡Mierda! —concluyó el hombre exasperado e incrédulo.

—¿Por qué hacia atrás? —preguntó uno de los del equipo de Búsqueda y Rescate, tendero de profesión, no trabajador de la construcción—. ¿Por qué avanza hacia

atrás?

—Es la única forma en la que puede ir —le explicó un albañil—. Es una dragalina móvil, no es una excavadora.

—Suicidio —dijo el guarda de seguridad, casi murmurando para sí—. Tenemos un piloto kamikaze conduciendo esa cosa.

—¿Me has oído, Dudley? Por favor. Para ya de preocuparte por tus valiosos Mitsubishis y escúchame.

El reverendo parpadeando, retiró la vista del hipnótico foco de luz, miró abajo la ansiosa y bonita cara de la dama de la BLM. ¿Mirar abajo? No mucho. Apenas dos pulgadas. Ella era casi tan alta como él, tenía la mitad de años, era dos veces mejor parecida y tenía catorce puntos más de cociente intelectual en la escala Stanford-Binet.

—Sí, cariño, dime, ¿qué pasa? —pero de nuevo su atención se fugó al estruendo de los engranajes móviles, que gruñían y gemían como un zaguero constipado. GOLIATH se había levantado otra vez sobre sus dos grandes pies.

—Córtale la energía.

—¿Qué?

—Córtale la puta energía. ¿Es todo eléctrico, verdad? Entonces, córtale la energía.

—Cariño, nosotros... ya viste qué sucede cuando... Jesús, Ginny, no podríamos llegar al cable de la energía, ni siquiera desacoplarlo. Ya oíste lo que hará.

Las herraduras se elevaron, se movieron hacia atrás, descendieron, se plantaron firmemente en el puente de piedra. De nuevo GOLIATH se preparó para levantarse en el aire. El estruendo del ascenso del corazón de su dinamo —ese grito de furia— resonó por todo el desierto.

—No es eso lo que yo digo —dijo ella.

—¿Qué? No puedo oírte.

—La subestación —gritó la mujer—. La subestación. Llama por radio a la subestación, diles que corten la electricidad.

GOLIATH empezó a levantarse de nuevo. La base, los siete pisos de sala de máquinas, los doce pisos de la estructura, los quince pisos de los mástiles gemelos, los veintidós pisos del botalón de doble base convergente. Las luces rojas temblaban del esfuerzo, la luz estroboscópica relampagueaba como una sinapsis neutral que alcanzaba la apoplejía, los focos independientes rastreaban lo que ocurría abajo, oscureciéndose levemente cuando los cilindros de elevación se ponían en marcha — con extravagante avidez— en la fuente de alimentación. De nuevo la masa de hierro, acero, de energía, de aullante majestad, retrocedió, otros catorce pies, hacia el borde sur de la Garganta. Hacia la orilla.

—Ginny, Ginny. ¿Qué les pasa a mis sesos? —El reverendo Love le arrancó el Motorola portátil de la mano a la *rangerette*. Apretó el botón para hablar. Se acercó el aparato a la boca protegiéndolo con la otra mano del estruendo que venía del este, y

llamó al vigilante de la subestación.

—Big Smoki, Big Smoki, llamando a Bunker Two. Conteste, Bunker Two.

Soltó el botón. Oyeron una tormenta de crujidos estáticos, luego una voz borrosa, androide, respondiéndole:

—Big Smoki, al habla Bunker Two.

—¿Eres tú, Henderson?

—Soy yo, señor.

—Corta la energía.

—¿Qué? No le copio, reverendo.

—Apágala. Ciérrala. Rápido, rápido. —El reverendo miraba por encima del *walkie-talkie* hacia la gran máquina en su traje de luces, tras una niebla de moléculas de arenisca, árboles destrozados, relucientes chispas rosadas producidas por la fricción. Dos pasos más, quizás tres... y el borde.

No hubo una respuesta inmediata de Bunker Two.

—¿Me copia, Bunker Two? Hable, maldita sea.

Otro zumbido de energía estática.

—Diez-cuatro, reverendo, Diez-cuatro, señor. Le copiamos, pero...

—Corte la energía ¡inmediatamente! Un lunático ha secuestrado a la Super G.E.M.A. ¿Me copia?

—Le copio, reverendo, pero...

—No hay peros. Es urgente. Apague el interruptor principal. —El reverendo sentía que el sudor le caía por la frente, por el cuello, por las cejas. Se secó los párpados con el dedo índice—. Bunker Two, le estoy hablando...

—Sí señor, desearía ayudarle, reverendo, pero tenemos aquí un problema. Dos problemas en realidad. Uno grande y el otro pequeño. Son pistolas que me están apuntando.

—¿Qué?

—Sí. Hombre y mujer. Llevan máscaras de Halloween. Y unas especies de túnicas de moro. Ella lo llama a él Yasser.

—¿Perdón? Qué cojones me estás contando... ¿quiénes son?

—Sí, bueno, esto, él la llama a ella Golda, eso es lo que le puedo decir. De hecho creo que mejor es que corte la comunicación ya, esa mujer me está haciendo señales de que corte. Bunker Two, diez-siete por el momento.

Aire muerto en la radio. El reverendo miró a su amorcito, ella lo miró a él. Más allá, por encima, inaccesible, GOLIATH aullaba extasiado y terrible, haciendo crujir sus herraduras para otro paso más, su horrisona sacudida hacia la destrucción. Qué excesiva, qué extravagante, exuberante, exhausta emoción.

—¿Qué vamos a hacer, Ginny?, esa máquina le cuesta a la Syn Fuels treinta y siete millones de dólares. Treinta y siete millones.

La deslumbrante luz del foco iluminó la sudada y desdibujada cara de él, la dulce, más tierna y humana cara de ella. Todas las novias son hermosas... hasta las *rangers*

del Gobierno que hacen carrera en la Oficina de Gestión del Territorio.

Ella sonrió. Abrió ambos brazos hacia él.

—Déjalo ir, Dudley. No es más que otro pedazo de hierro. Olvídalo. Déjalo ir. Vamos a casarnos.

Él miró hacia la máquina —que emprendía otro de sus grandes pasos— luego devolvió su atención a Ginny Dick, su amante, su rollo sexual, su segunda compañera, su felicidad, su mujer, su prometida, su novia, su futura, última y final, su hasta que la muerte nos separa, absoluta y eterna e inmortal nueva esposa.

Avanzo, cogió a la fuerte joven en sus brazos, la abrazó y la besó, un beso largo y profundo como se hace en los anuncios, a los ojos de todos los colegas y amigos, guardas y empleados, bajo los incendiarios ojos del trastornado GOLIATH.

Amor, amor, amor. Fundidos en su abrazo, las bocas pegadas como con Super Glue, los ojos cerrados en un persistente desmayo de gozo, se perdieron incluso el punto más alto del espectáculo, el paso final de los grandes pies de GOLIATH, el último retroceso hacia la orilla sur de la Garganta, el alto borde de la pared del cañón.

Cediendo bajo el insoportable peso, la roca del borde se hizo añicos. Se deslizó. Cayó. Convertida en un millar de pedruscos que caían, cada uno convertido en una bomba. Se hundieron en la luz lunar y la oscuridad de abajo. Volaron a través del espacio en silencio.

Los focos de la Super G.E.M.A. apuntaron entonces a las estrellas. Los ojos de araña parpadeaban. La luz *estrábica* describió un arco intermitente a través del azul de la noche. Los seis cables conductores de 350 MCM se deslizaron como serpientes de pesadilla sobre la piedra, latigando árboles al caer por el borde siguiendo a su dueño. ¿Sería arrastrada, en sus patines de acero, la subestación situada a dos millas? ¿La central interestatal seguiría los pasos de la subestación? ¿Y qué pasaría con el generador de Page, Arizona (la capital gilipollas del condado de Coconino), que abastecía a las ciudades de Saint George, Utah, Las Vegas, Nevada, Los Ángeles, California, los componentes de la red de araña de la energía, enlazadas por un millón de redes de cobre y acero a la central eléctrica, a la subestación, a los seis cables conductores —acabarían también todos ellos en el infierno de la basura moronica, arrancados de sus bases de asfalto, todo el absurdo y efímero sistema rebotaría por las montañas y por el desierto siguiendo a su líder, LORD GOLIATH, en su caída al acogedor abismo y al bien ganado olvido?

No era probable. No había duda de que algún débil enlace podía sufrir las consecuencias. Pero era posible. Es posible. Será posible. Si no hoy, mañana. Si no mañana, entonces, seguro, el día siguiente.

Mientras tanto.

GOLIATH cayó.

Y él cayó.

Y mientras caía, cantaba su canción, en su brutal tono bajo-profundo pregrabado:

OH, OH, DI SI PUEDES VER
CON LA PRIMERA LUZ DE LA AURORA^[69]...

—Suicidio, suicidio —se maravilló el hombre de la Ace—. Menudo camino va a recorrer.

No importaba: fue incapaz de parpadear, abiertos los ojos de par en par, mirando la luz de la luna y las sombras de la piedra en la lejana punta este de la Garganta, donde la Super G.E.M.A. de Arizona había dado su último paso. Bajo la gloria espectacular del definitivo desastre mecánico, el guarda de seguridad de la ACE miraba una diminuta figura humana, quizá dos o tres de ellas, apresurándose a ponerse a salvo. Podía sostenerse aún en pie, corrió hacia delante, cuando de hecho los vio, y dio el grito de alarma:

... LO QUE ORGULLOSOS SALUDAMOS.
(*diminuendo dopleriano*).
EN EL OCASO DE...

«C' est splendide», se regocijó el periodista, contemplándolo todo desde el agujero oscuro, anotando, grabándolo todo, «c' est très absoluta, jodidamente magnifique».

28. Cómo lo hicieron

Sólo una hora antes cinco figuras a caballo se movían a través de la artemisa al trote, dirigiéndose hacia la Garganta. Las sombras llenaban la llanura de la meseta. Los halcones nocturnos se levantaban en el aire, aleteando como murciélagos en busca de insectos. Un vasto y desamparado crepúsculo incendiaba el cielo del oeste, sangre roja más allá de una niebla de polvo arrastrado por el viento.

Cabalgaban en fila de a uno, siguiendo un sendero primitivo que apenas era más transitable que un camino de vacas a través de la maleza, entre los pigmeos pinos piñoneros y los enebros, barriendo las vainas de los tallos de cinco pies de la yuca elata. El hombre que iba en cabeza, montando su yegua favorita, era un paleta de mediana edad con la nariz ganchuda y el brillo del miedo en los ojos, un mono verde de mecánico por vestimenta, y una gorra rota en la cabeza y un pañuelo rojo alrededor del cuello. Lo seguía muy cerca una bestia fornida, ancha y tosca con un pañuelo sobre la nariz y la boca, un grasiento sombrero de cuero en la cabeza, y un inmenso y castrado Appaloosa bajo su silla. Este colega tenía ojos pequeños y rojos y malignos, en cada uno de ellos brillaba la punta de alfiler del fanático fuego de una resuelta y adusta, inflexible felicidad. *Devolver el golpe es la mejor venganza.*

Los dos que iban delante marcaban un ritmo duro, brutal para cualquiera que no estuviese habituado a las largas cabalgadas sobre caballos de patas tiesas que daban sacudidas hacia delante, en parejas alternativas y diagonales de patas y pies. El tercer jinete, rebotando en la silla, a la zaga, voceaba quejosamente de vez en cuando:

—Eh, bastardos, ¿tenemos que ir tan rápido?

No hubo respuesta. Los hombres de delante la ignoraron. De hecho el líder iba concentrado en el camino y la ruta que tenía delante y apenas escuchaba las quejas, mientras que el que iba segundo, que no era ni siquiera buen jinete y ni mucho menos un caballero, no prestaba atención. La mujer siguió quejándose.

—Tenemos toda la noche, ¿no es verdad? Así que ¿a qué vienen las prisas? ¿Queréis perderme? Si yo le contara esto a mi madre los dos lamentaríais haber nacido. ¿Qué coño estamos haciendo en este desierto? Podríamos estar en casa viendo *Maravillas del Mundo Natural* en el Canal Seis. Si yo no fuese una joven bondadosa, dulce y amable os denunciaría a los cuatro a la policía de la BLM para que os enchironaran en la cárcel de Fredonia Village durante seis meses. Eso es un delito, ¿no es así? ¿Conspiración para matar a Dios? ¿O es felonía federal? —Nadie le respondió. Las riendas en una mano, al estilo *cowgirl*, con la otra se sostenía la chilaba suelta que llevaba puesta, repentinamente espoleó a su caballo, que aumentó la velocidad y por lo tanto se colocó junto al hombre hosco y silencioso que llevaba delante. Los caballos menearon cabezas y colas, no habituados a trotar con esa proximidad: no les gustaba.

En menos de un minuto la mujer quedó detrás nuevamente. Los dos jinetes de cabeza mantuvieron su ritmo de trote, mirando allá delante el resplandor azulado del vapor de mercurio de una luz de seguridad y, mucho más allá, unos diminutos ojos rojos, el relampagueo estroboscópico, de luces que parecían estar quietas en el cielo, como inmóviles estrellas.

La mujer siguió soltando basura por la boca para quejarse en su estilo jocosos y fanfarrón, sin esperar ni desear que alguien le respondiera. Tras ella, como desinflado, venía el cuarto miembro de la expedición, todavía peor jinete que la mujer. Iba agarrado al pomo de la silla con ambas manos, para aguantar todas las sacudidas, levantándose alguna que otra vez para aliviar su dolorido trasero, y dejando que las riendas colgaran del cuello de su dócil y muy bien entrenado caballo. Tan grande como un oso pero bastante más blando, desgarrado en la silla, el hombre, como la mujer, iba envuelto en la flotante túnica de la azul luz lunar, pero además de la chilaba llevaba un trapo de cocina, a cuadros, sobre la cabeza, sostenido por una banda elástica. De su cuello colgaba una máscara de Halloween con la imagen de Yasser Arafat —esa cara que sólo un moro podría amar, seguramente la más espeluznante y liberacionista que nunca jamás hubiera pasado por estos barrancos de arena, estas grasientas escotillas, estos pozos negros de la vieja Samaria.

—¿Por qué a mí? —había preguntado el hombre días antes—, ¿por qué tengo que llevar yo esta máscara terrible?

—Porque te pega —dijo ella.

—Mientras tú tienes el privilegio de hacerte pasar por la maravillosa María Magdalena. ¿Eso te pega?

—Siempre he querido ser una Virgen.

—Me parece que te estás equivocando de María, chavala. De todas maneras te llamaré Golda. Golda Meir. Mientras dure esta bizarra excursión nocturna, quiero decir.

—Bizarra es la palabra. A veces creo que estás loco, Doc. O senil. Dejar que ese perro loco te convenciese de que te embarcases en un viaje suicida.

—¿Y tú, querida mía? ¿Por qué te has unido a nosotros?

—Porque alguien tiene que vigilarte, idiota.

Una pausa para pensárselo.

—Es verdad —dijo él rascándose su cúpula calva. Quitándose y mirando las nubladas lentes de sus gafas—. Gran verdad.

Se tambaleaban hacia delante en la silla, se caían hacia atrás, luego trotaban abruptamente para recuperar sus lugares. Se farfullaban el uno al otro en la sombría y silenciosa gravedad de los extremistas medioambientales que trotaban delante y detrás.

Sí, el quinto jinete —que cabalgaba fácil—, naturalmente, seguía a la pareja de los suburbios. Se trataba de un viejo espectral con el disfraz de Llanero Solitario —el cómico sombrero blanco de diez galones, la máscara negra, la camisa *pullover* con la

corbata de lazo, los guantes con guanteletes, los anchos pantalones azules de caballería, las botas altas, y rodeándole el pecho el cinturón de cuero cargado con cartuchos, dos fundas muy bien labradas y en cada una de ellas los legendarios revólveres de repetición de seis tiros, calibre 44, plateados y grabados a mano y con culatas de marfil—. El tirador. El Jinete Enmascarado. Shane y Shinola, Tom Mix y Hopalong Cassidy, *Sir Lancelot* y *El Cid*, Gilgamesh, Jasón, Siegfried y Luke Skywalker todos envueltos en un sólo y mugriento paquete junguiano. Tanto el Llanero Solitario como su equipo necesitaban urgentemente una visita a la lavandería. Necesitaba un afeitado. Que lo esquilaran también. Probablemente soltar la mierda, ducharse, champú y lustre para las botas. Por no mencionar un trasplante de ojo, un trasplante de hígado, que le implantaran un esfínter. Una vieja ruina que se iba desintegrando órgano a órgano, como un Ford cascado: ahora el parachoques se cae, ahora la dañan los amortiguadores, ahora la junta de la culata se va al garete, o la bomba del combustible falla, o muere el diferencial, o se gastan las pastillas del embrague. Su caballo, que era más o menos tan viejo como él, se tambaleaba de vez en cuando pero se recuperaba, volvía a ganar terreno y a recobrar el ritmo, listo para otras mil millas o dos mil antes de que le sobreviniera el infarto final.

—Yasser, me muero.

—No, no te mueres, querida. Aprieta los intestinos. Usa los estribos. Inclínate sobre el pomo de la silla como hago yo.

—Odio los caballos. Si Dios quisiera que montásemos caballos para qué iba Ella a inventar los Mercedes-Benz.

—Sus caminos son inescrutables pero el fin es muy sencillo: una buena risa. El mundo fue creado para divertir a una mente aburrída con la banal perfección de lo absoluto. Pregúntale a Hegel.

—¿Qué le pregunte a quién?

—A nadie.

El que iba en cabeza aminoró la marcha y levantó una mano para pedir precaución. Se irguió y esperó detrás de un enebro. El segundo jinete, volviéndose en su silla, gruñó:

—Callad de una vez.

—Cállate tú —le espetó Golda Meir. Pero estaba feliz de llegar a un descanso para su montura, con su hocico siempre entre las vastas nalgas del Appaloosa. Yasser se unió a ellos, desplazándose a los cuartos traseros. El quinto jinete se detuvo a poca distancia, mirando cuidadosamente a su espalda, por todos lados y por encima, consciente de que podían aparecer helicópteros y aviones de observación.

—Eso de ahí es la subestación —dijo Smith señalándola—. ¿La ves, Doc? A un cuarto de milla o así. Donde está el patio de luz.

—Lo vemos —dijo Bonnie.

Doc asintió en el ahondado crepúsculo, con la luz de la luna esparciéndose. Se quitó el trapo de cocina de la cabeza y se limpió los ojos y la cara.

—Jesucristo —murmuró—. No me extraña que no puedan dispararnos directamente.

—Ataremos los caballos aquí —siguió Seldom—, y seguiremos andando lo que queda de camino. —Y dirigiéndose a Bonnie—: Todo lo que tú y Doc tenéis que hacer es reptar hasta allí, y coger desprevenido al vigilante. Es un joven que se llama Henderson. Aseguraos de quitarle la pistola y esposarle las manos. Lo atáis al poste de luz. No le hagáis daño. Aquí el viejo Jack, os echará una mano. ¿Llevas tu hierro grande, Bonnie?

—¿Mi qué?

—Pistola, revólver, algún tipo de arma.

—¿Estás de cachondeo, Smith? Sabes que nosotros no tenemos armas. Pertenece a la Unión de Libertades Civiles, memo, estamos contra las armas excepto las que estén en manos de la autoridad competente. Queremos prohibir las armas, confiscar las armas. ¿Es esto de todos modos un país libre o no?

Smith miró a Hayduke pidiéndole ayuda.

—No traen armas.

Hayduke soltó un bufido, los miró:

—Abzug la sabionda. Enséñale tu juguete, Bonnie.

—¿Cómo dice, señor? ¿Mi qué? ¿Aquí? ¿En terreno público? ¿Delante de todos estos hombres?

—Estás malgastando el tiempo, Abzug.

Ella sonrió, brillaron sus bonitos dientes blancos a la luz de la luna. Buscó dentro de su espacioso traje beduino y sacó, con ambas manos, una elegante Uzi 9 mm de alta precisión. Montó el arma y la colocó en su lugar, el cañón apuntando al cielo. Luego volvió a rebuscar entre sus ropas y sacó munición que firmemente colocó en la recámara. Con mano experta deslizó las cargas en la parte trasera y las empujó en la recámara, y luego puso el seguro.

—Es judía —le dijo orgullosamente y sonriendo a Smith—. Un arma judía, caballeros. Los israelíes la hicieron y los israelíes saben usarlas. Es el arma con la que se ganó el Oeste. El West Bank, quiero decir.

Volvió su cabeza y le sonrió a Doc.

—Ya puedes morirte de envidia. Hoy es Israel... mañana será el mundo —y escondió el arma.

Doc Sarvis y Seldom Seen Smith miraron atónitos a Bonnie.

—Por el fuego sagrado —dijo Smith. Doc asentía tristemente.

Smith miró a Doc:

—¿Y qué me dices de ti, Doc?

—¿Yo? ¿La mía? —El buen doctor sonrió—. Soy un pacifista, Seldom. Lo sabes. No creo en la violencia. Lo he dicho antes y lo vuelvo a decir ahora: la anarquía no es la respuesta.

—Y ¿cuál es entonces la respuesta?

Doc se lo pensó.

—Esa es una pregunta sin respuesta —dijo después de un momento—. Todo depende de nuestra interpretación del silencio. —Una breve pausa para la digestión intelectual.

—Eh, puto filósofo, ¿has terminado? —le preguntó Hayduke. No hubo una réplica inmediata. Esperó, frunciendo el ceño en la penumbra, mirando el resplandor de la luz estroboscópica de la Super G.E.M.A. a dos millas al oeste. No se escuchaba el zumbido de los motores. GOLIATH se había detenido. Estaba descansando. Esperándolo a él, a Hayduke, George Washington Hayduke, padre de este país. No de la América que fue —¿mantenerla como estaba?— sino de la América que vendría. Que sería como fue. Hacia la anarquía. No me pises. La muerte antes que el deshonor. Vive libre o muere de una puta vez. Etc., etc...

—Vamos a movernos —dijo—. Antes de que toda esa pasma y los *whirlybirds*^[70] vuelvan. La hora del turno de noche.

Todos menos el Llanero Solitario, el viejo Jack de un solo ojo, desmontaron. Ataron los cuatro caballos. Doc y Bonnie se colocaron sus caretas, se recolocaron sus túnicas, sus capuchas y sus paños de cocina, y se deslizaron por la oscuridad hacia la subestación eléctrica y el cordón umbilical de la G.E.M.A., un cordón de dos millas de extensión. El Llanero Solitario puso rumbo al norte y al oeste para alcanzar el mismo objetivo un poco más tarde desde una dirección diferente. Y a caballo. Él no caminaba nunca. Nunca. En ninguna parte. Hayduke y Smith, vistiendo oscuros overoles, calzados con zapatillas de deporte, fueron corriendo por el diminuto sendero que llevaba a la nueva autovía de tierra, la sucia calumnia de la devastación, tan ancha como un campo de fútbol, que señalaba la trayectoria de la 4250-W. Cada uno de los hombres cargaba una ligera mochila en sus espaldas. Hayduke además portaba una recortada 357 en su cinturón, en la parte baja de su espalda. A Smith lo acompañaba su viejo abuelete 44 en su gastadísima funda de cuero colocada en la ingle.

Veinte minutos más tarde llegaron a la suave elevación sobre el extremo este de la Garganta, gatearon un poco bajo los diminutos árboles del desierto y se detuvieron. Jadeaban y sudaban. Estudiaron la escena bañada en luz de luna que tenían ante ellos. Hayduke utilizó sus prismáticos.

GOLIATH estaba ubicada en el extremo más cercano de la Garganta, ocupando prácticamente todo el ancho de la escasa tierra del puente entre el altiplano y la aislada colina baja. Excepto por la luz estroboscópica y las rojas luces de vigilancia allá en lo alto, estaba oscurecido, aparentemente vacío de presencia humana. No había nadie sentado en la mesa del conductor en las alturas, en la cabina de control, ningún movimiento en las pasarelas ni en la sala de máquinas ni en el sistema de ventilación, ni en las cercanías del botalón bajado ni en los altos mástiles ni en la estructura en forma de A.

—La han apagado —susurró Smith—. Pensaba que no la apagaban nunca.

Hayduke colocó en sus prismáticos 7 x 50 de boina verde las lentes de visión nocturna y echó un vistazo más allá de la dragalina, a la hoguera donde un montón de gente parecía celebrar algo en el más lejano extremo de la Garganta.

—Los chicos están de fiesta —dijo—. Hay como doce albañiles. Todo el puto equipo de Búsqueda y Rescate. Y esa *rangerette* como se llame.

—Dick, Ginny Dick. Una mujer estupenda. Me gusta.

—¿Dick^[71]? No jodas. La *ranger* Dick. Y un par de esos gilipollas de gatillo fácil de la Ace. Y por Dios santo ahí está el mismísimo reverendo Love, en carne y hueso, el gran Culo de Caballo en persona, con su disfraz de vaquero de Ralph Lauren, y tiene una mano en el culo de la *ranger* y en la otra una Pepsi... ¿una Pepsi? La mierda de Pepsi, por Dios, Seldom, el reverendo está bebiendo una cerveza. Una cerveza, de verdad.

—¿Una Coors sin alcohol?

—Veamos. Difícil de decir. El viejo pedorro tiene una mano grande. Pero sí, hay una caja de esa orina de ángeles en el suelo junto a la hoguera. Están friendo chuletas. Hijos de puta, de *picnic* en horario de trabajo. Están de celebración.

—Tengo hambre, George.

—Sí —Hayduke estudió el escenario durante un buen rato, especialmente la G.E.M.A., mostrando su mueca salvaje, murmurando sus inocuos mantras:

—Putos hijos-de-puta... come-pollas hijos de la come-pollas grandísima puta...

—Hambre, George.

Hayduke guardó los binoculares, los metió en su estuche y el estuche en la mochila.

—Vamos al lío. A trabajar. Primero el curro. Luego la comida. —Se puso unos guantes de cuero—. Vamos.

A gachas se deslizaron entre las sombras, bajaron la suave pendiente de pura piedra y arena hacia el monstruo, se detenían cada pocos segundos para mirar cuidadosamente y oír más cuidadosamente aún.

—Tendríamos que haber traído cargas explosivas, George. Cargas de demolición. Hubiera sido la hostia de fácil. —Smith se puso los guantes—. ¿No es verdad, George?

Arrodillados a la sombra lunar de un enebro, Hayduke observó las herraduras, la sala de máquinas, la cabina de control.

—No hay gloria en hacerlo así. Demasiado fácil. Y demasiado duro, necesitaríamos una tonelada para tumbar a ese cabrón. Mira qué cosa, es más grande que el puto capitolio de los cojones...

Sin apreciar signo alguno de vida, se desplazaron a la ladera más próxima a la herradura, subieron por una pasarela empinada a la cubierta principal y entraron en el interior de la sala de máquinas, a sesenta pies sobre el nivel del suelo. Hayduke se detuvo, aguzó el oído en la oscuridad y se decidió a encender su mini linterna Mag, su pequeño pero intenso haz de luz se filtró a través de las lentes azules que había

colocado para imitar la luz de la luna.

—¿Y bien? —dijo—. ¿Cómo accederemos a la sala de control?

—No estoy seguro, George —Smith abrió una puerta mampara, encendió su propia MiniMag y paseó el foco de luz por un vasto y complejo interior de depósito, donde las dinamos y las turbinas, bajo cubiertas moldeadas en acero acorazado, esperaban que alguien apretase el botón de encendido.

—No es por aquí, no lo reconozco.

—Pensé que conocías estas máquinas.

—George, dije que había trabajado en una de las pequeñas en Craig, Colorado, tenía apenas la mitad del tamaño que GOLIATH. Y era sólo el engrasador: el último mono.

—Tal vez tendríamos que seguir la pasarela exterior.

—Sí, pero tiene que haber un camino interior para llegar a la cabina también. De todas maneras primero tendremos que encontrar el interruptor principal para poner en marcha la energía de la sala de máquinas.

—¿Interruptor principal?

—Seguridad, George. Por si la cabina de control falla o algo. —Smith se trasladó por el pasillo de la sala de máquinas y sus mamparas, buscando la caja de fusibles de alto voltaje.

—Debería estar por aquí abajo... sí...

Abrió la caja, verificó un largo conjunto de interruptores, cada uno de ellos tenía el tamaño de la palanca de freno de mano de un camión. Apagó el interruptor que tenía la etiqueta que decía «PRINCIPAL» luego los demás interruptores: «IZAR», «ARRASTRAR», «PROPULSAR», «ARROJAR», «GIRAR», «LUCES», «SISTEMA DE AMPLIFICACIÓN», «CALEFACCIÓN», «AIRE ACONDICIONADO», «CABLEADO», «SUMINISTROS»...

—Y bien... —musitó Hayduke—. Cualquiera que entre aquí puede pararnos. ¿Cómo vamos a vigilar esto y lo que está fuera?

—Esto ayudará. —Smith sacó un juego de candados maestros de su mochila, eligió uno y cerró la puerta del cuadro de fusibles de alta tensión.

Salieron de nuevo a la cubierta, vigilando la fiesta de la desfallecida pero de repente resplandeciente hoguera. Sonido de música: alguien había puesto un equipo de música que iba a pilas. Un par de parejas, siluetas negras, se sacudían y bailaban ante las llamas como espásticas marionetas. Gritos y rebuznos de risotadas resonaban a través de la noche. Estrépito de botellas rotas. Seldom Seen Smith contempló nostálgico la celebración festiva.

—Hay hembras ahí, George. Nos estamos perdiendo una buena juega.

Smith el amante del desierto que no quería perderse nunca una fiesta. Como la mayoría de solitarios que viven al aire libre, era un animal social incurable y altamente gregario.

—Hembras, George —repitió.

—Que las jodan, tenemos trabajo.

—Amo a las hembras, George.

—¿A las mujeres, dices? ¿A las mujeres tías? Smith, te has vuelto un poco maricón. Vamos.

—Bueno yo sé qué clase de maricón soy. El más marica de los maricones.

—Sea como sea, tú no amas a las mujeres, sólo amas los cuerpos de las mujeres.

—Hayduke tiró de la manga de Smith—. Vamos.

—No he visto nunca el cuerpo de una mujer y tampoco he tenido dentro el cuerpo de una. Quizás no te des cuenta, George, pero las féminas vienen en unos pequeños paquetes integrados y relucientes. No me quejo, ya me entiendes, pero es un hecho cierto. Podría ser más útil si no fuera así, pero lo es.

—El culo de las mujeres y los vasos de *whisky* harán de ti un perdido. Seldom, ¿me vas a echar una mano o tendré que hacerlo yo solo?

—Listo.

—¿Y por dónde?

—Podríamos ir por fuera pero podrían vernos. Así que vamos a tratar de averiguar el camino largo.

Smith volvió a entrar en la sala de máquinas, cerró con candado la puerta por dentro, recorrió el pasillo más allá de los armarios y la caja de los interruptores hasta otra pasarela empinada que los depositó en un alto pasadizo interior con barandillas, dentro de la cavernosa sala de máquinas. Cables de acero, conductos, cables y una red de tuberías que colgaban del techo sostenida por grandes soportes. Vigilando cada paso que daba, siguiendo el haz de luz azulada —delgado como un lápiz— Smith siguió avanzando hasta una abertura entre tabiques. Hayduke le seguía, sudoroso y expectante, con miedo, alegría, la sensualidad de la acción. De la acción heroica y noble. La necesidad imperiosa de destruir lo que es malo, según dijo Bakunin, el gran anarquista, es una necesidad creativa. Qué gran verdad. Qué puta y terrible gran verdad.

Recorrieron un pasillo entre tabiques y llegaron a la parte trasera de la cabina de control, instalada como voladizo muy por encima del suelo. Esa parte de la cabina era como una pequeña cocina y despensa, con frigorífico, microondas, máquina de agua, cafetera, taburetes y mesa. Había una litera con mantas y almohada de plumas encajada en la pared. Las paredes eran paneles de genuina formica, el suelo estaba cubierto de auténtico linóleo virginiano.

—Eh —susurró Smith—, esto es como el furgón de cola. Preciosa. Como en casa. —Abrió la puerta de la despensa y se echó a la boca un buen puñado de frutos secos de una lata abierta.

—¿Qué sabes de los furgones de cola? ¿No me digas que también has trabajado en los putos trenes?

—Sí señor, una vez en el Union Pacific en Thompson Springs. Seis meses o así. Un buen trabajo, debería haberlo conservado, ahora estaría jubilado y tendría una

pensión gorda de viejo ferroviario.

—Tendrías una gorda y vieja pila de mierda jubilada. Deja ya esos frutos secos. ¿Dónde está el volante de dirección de este cabrón? Enséñame el estárter, el pedal de acelerado, el maldito obturador.

—Por ahí —Smith apagó su linterna y Hayduke hizo lo mismo. La mitad de la cabina estaba panelada con puertas correderas de cristal. La luz de la luna, la de las estrellas, la luz de la noche les proveía de iluminación suficiente. En la penumbra gris del interior los hombres se acercaron a la ancha silla del operador tapizada en cuero sintético. Apartando, sin muchos modales, a su amigo, Hayduke se entronizó en el asiento del poder. Puso las manos sobre los pomos de las palancas que estaban a los lados de la consola del operador, y los pies sobre un par de grandes pedales en el suelo. Sonreía con auténtico deleite.

—Enciende a mami, Seldom. Yo la llevo. —Miró hacia el este, el lugar del que procedían—. ¿Cómo hacemos para que dé la vuelta?

—Para el caballo, George. Piensa. Primero tenemos que encender motores. Gran ruido. Cuando lo hagamos Love y su equipo vendrán a toda leche como una manada de caballos salvajes.

Hayduke sacó su revólver y lo colocó sobre la mesita de acero, con marcas y medidores, delante de él.

—No funcionará. Nos tirotearían diez contra uno. Y estas paredes de cristal no aguantarán balas. Piensa, George, tú eres el experto en sabotajes.

Hayduke le dio vueltas, revisó sus planes.

—Vale, está bien. Ahora mismo están reunidos en esa hoguera. Así que nosotros primero encendemos los focos y los mantenemos bajo estricta vigilancia. Luego agarramos a unos rehenes para hacerles saber a esos cabrones nuestras condiciones. ¿Dónde está la radio?

—Déjate puesta la camisa. Primero vamos a atar con alambres todas estas palancas manuales para que podamos najarnos de todo este plexiglás.

Hayduke asintió, sintiéndose un poco más humilde, abrió su mochila y sacó una bobina de alambre y herramientas. Trabajaron todo lo rápido que pudieron haciendo pausas para vigilar y escuchar, por separado fueron atando las palancas esenciales, incluyendo los pedales, y luego hicieron correr el alambre por toda la cabina y hacia el corredor que se metía en la sala de máquinas, con vistas a protegerse de los disparos del exterior tras la pared de cierre, placas de acero y carbono de dos pulgadas y media, *made in America*.

—¿Y ahora qué?

—La vía de escape, George. ¿Tienes tus cuerdas de escalar?

Abrió la puerta corrediza de la cabina y comprobó el pasadizo que llegaba hasta el gran botalón, 310 pies de largo desde el comienzo hasta la punta. Cuando la dragalina llegase al punto de vuelco, ellos harían bien en estar lo más lejos posible de ese brazo (así lo esperaban), empezando con un par de *rappels* en caída libre que

batirían todos los récords mundiales conocidos. Fueron desplegando cuidadosamente los 150 pies de cuerdas alrededor de la maraña de acero, dejando los extremos bien enrollados en el pasadizo del botalón. Se ciñeron las eslingas de *rappel*, estrechándolas con mosquetones de freno, y volvieron al puesto de comando.

—¿Estamos listos?

—Me parece que lo estamos, George. Ahora vamos a ver qué tenemos aquí...

Smith encendió su delgada luz, protegiéndola con una mano, y estudió los interruptores de la mesa de control.

—Focos, faros, números 1, 2 y 3. Manijas de control del techo, allí, George, encima de la silla. Prepárate. Radio y micro a tu izquierda.

Le dio al botón de la radio.

—Ahora ya puedes dirigirte a nuestros amigotes del *picnic*. Va a sonar como la voz de Dios. A más de uno se le van a mojar los pantalones. ¿Estás listo?

—Listo.

Hayduke descolgó de su gancho el micrófono de la radio a la izquierda del panel de control, presionó el botón, se aclaró la garganta. Y los de abajo oyeron, a través de los altavoces exteriores instalados arriba, sobre los mástiles, un ruido sordo que parecía más bien una avalancha de bidones de aceite vacíos cayendo en cascada por una escarpada pendiente de hormigón.

—Vale...

—Hazlo, Seldom. ¡Hazlo!

Smith encendió los reflectores. Hayduke llevó la palanca de control al Número 1, y clavó a Love y compañía con su cegador haz de revelación blanquiazul. Smith activó el negro interruptor de EXCITACIÓN. Trece mil ochocientos voltios de energía eléctrica hicieron que se vivificaran los motores. A través de las paredes de la central eléctrica se levantó un estruendo vibrante equivalente, quizás, al que podría producir un centenar de 747 calentando motores. Hayduke, enrojecido de triunfal exultación, habló al micrófono, comenzando su imperial monólogo:

«AHORA ESCUCHAD. AHORA ESCUCHAD ESTO...».

... dijo, firme, claramente, pero sin gritar.

De algún lugar alto y exterior, a través de las paredes de acero y vidrio, llegó el grotesco eco de las palabras de Hayduke amplificadas diez mil veces, reverberando a través del desierto del norte de Arizona.

Junto a la mesa de control principal, un poco por detrás y a la izquierda del trono del operador, Smith llevó el interruptor de «GIRAR» desde «POSICIÓN» a «LIBERACIÓN».

—Vale, George —gritó por encima del estruendo general—, vamos a bajar esta cuchara y coger esos *bulldozers*.

Pero Hayduke, feliz, apuntando con el foco a Love y a los suyos con una mano mientras lanzaba amenazas divinas al mismo tiempo, no siguió o no oyó las instrucciones de Seldom. Al darse cuenta de ello, Smith se encorvó y tiró de uno de

los alambres con los que habían atado los pedales. De repente pero lentamente, poderosamente, GOLIATH empezó a girar sobre su enorme base, el gran botalón casi horizontal con respecto a tierra y el cubo gigante, sobre cables destensados, arrastrándose y golpeándose en el suelo de arenisca, aplastando una pequeña perforadora Schram de diez toneladas, una camioneta Chevy color verde mierda y empujando una Caterpillar niveladora muy pesada hasta la orilla del borde y más allá, fuera de la vista y fuera de la realidad. Smith liberó el freno de la grúa, tiró del pomo de la palanca negra a la izquierda de Hayduke, y elevó el cubo unos cincuenta pies sobre la superficie.

Hayduke seguía hablando, ajustando el control del foco en tanto la máquina se giraba casi 180 grados, la cabina del operador ahora se había proyectado hacia la hoguera abandonada, los Mitsubishis indefensos, los buscadores y rescatadores del equipo de Love, los albañiles y los amantes que se habían juntado en un aterrorizado rebaño entre los enebros en el extremo oeste de la Garganta.

Smith liberó el pedal derecho, deteniendo el giro. También soltó la palanca de «IZAR», y el cubo cayó al suelo en el lado más alejado de los dos *bulldozers*. ¿Y ahora? Mirando afuera por la ventana frontal, con sus limpiaparabrisas de cinco pies, podía ver, pero no oír, los gestos del acurrucado grupo de celebrantes mirándolo, caras blancas bajo el resplandor, pequeños puños temblando por encima de sus pequeñas cabezas con cascos. «Oh, Jesús», pensó, «se van a volver locos. Quiero decir, verdaderamente encabronados. Me alegro mogollón de que no puedan vernos».

—Cuidado con las balas —le gritó a Hayduke—. Estate preparado para agacharte.

Pero Hayduke, disfrutando de los momentos más gloriosos de su vida desde que en Black Mesa hizo descarrilar a aquel tren de carbón o consiguió hacer rodar un peñasco para que le cayera encima a la camioneta del reverendo Love o quizás —quizás— desde aquella primera noche en el motel Shady Rest con Bonnie Abzug, Hayduke no parecía escucharle. En cualquier caso no respondió. Smith estudiaba la consola de mandos iluminándola con su MiniMag, y siguió con las operaciones mecánicas por su cuenta. Activó el arrastre, tiró de la palanca de control del lado derecho y condujo el poderoso cubo hacia el primer Mitsubishi, acunando al tractor como si fuese un juguete en las mandíbulas del cubo que volvía a ascender después de que tirase otra vez de la palanca de «IZAR» y el *bulldozer* se elevara en el aire para que todos pudiesen contemplarlo. Hayduke atronó entonces hablando, orgullosamente, con el micro muy pegado a los labios como es habitual. Smith bajó el cubo de nuevo y capturó el segundo *bulldozer*, y los elevó a los dos y los colocó sobre el abismo. El estallido se produciría mucho más allá del borde norte de la Garganta. Un leve tirón de la palanca «VERTER» y ambas máquinas caerían.

«Oh, hey», pensó, «la verdad es que esto es tela de divertido. Pero también acojona». Fijándose en Love y en sus amigos, Smith vio a dos hombres que estaban tratando de colarse en el Gigante, así que los paralizó iluminándolos con el segundo foco de Hayduke. «En cualquier momento van a empezar a dispararnos», pensó

Smith. «Quizá también se nos cuelen por detrás». Miró en el gigantesco espejo retrovisor del lado derecho de la cabina pero sólo podían verse estrellas y luz lunar por ese flanco. Y luego se dio cuenta de que el espejo apuntaba al sur, así que lo que reflejaba estaba más allá del borde de la piedra, un golfo de puro espacio. El vacío.

Ese es el camino, pensó. El lugar por el que escaparemos. Despeñarnos por el filo hacia la zanja de dos mil quinientos pies de abajo. Espero que no esté allí abajo ninguno de mis caballos. Sería una mierda muy grande que todo este hierro cayera sobre mi propio ganado. Soltó el pedal de «AVANZAR», tiró del de «GIRAR», el de «IZAR» y el de «VERTER» hasta dejarlos en posición de «BLOQUEO». ¿Lo iba a hacer? ¿De verdad lo haría? «Treinta y siete millones de dólares de pequeña pala mecánica es lo que aquí tenemos. Unos cuantos colegas no van a quedar nada contentos con todo esto. Unos cuantos colegas no lo entenderán. Ni siquiera van a intentar entenderlo. Bueno... no se puede complacer a todo el mundo». Agarró el alambre enlazado a la palanca de «AVANZAR», se lo enrolló alrededor de los tiesos y poderosos dedos del guante de su mano derecha. Con la izquierda alcanzó y giró el control manual del tercer foco, para echar un vistazo rápido a las rocas, los árboles y la maleza de la parte este de la Garganta. Nadie se acercaba en esa dirección... todavía. Pero allá arriba, en el cielo, no muy lejos, vio las luces parpadeantes de un avión que se acercaba. Se acercaba bajo y lento como una luciérnaga, listo para aterrizar en el camino allanado que GOLIATH había dejado atrás. Por supuesto, la gente del *Sheriff*.

—¡George —gritó Smith—. George! —gritó de nuevo, tan alto como podía. Hayduke por fin lo miró. Smith sacudió su mejilla sobre su hombro—. Prepárate —gritó—, nos borramos.

Hayduke asintió. Smith le había explicado de antemano el procedimiento que había que seguir. La G.E.M.A. podía avanzar en cualquier dirección pero sólo de frente o marcha atrás, en un sentido, porque las combadas ruedas de las dos herraduras móviles rotaban en una única dirección, esto es, hacia donde apuntara la cabina de control. La G.E.M.A., al fin y al cabo, era una dragalina excavadora, estaba diseñada no para hacer campo a través sino para hacer excavaciones a cielo abierto, canteras con el tamaño, si se deseaba, del Lago Erie. O del Lago Titicaca. O del lago del infierno. Allá donde vivía Satán, congelado en hielo hasta el ombligo.

Smith tiró de la palanca «AVANZAR». Sin soltar el alambre, atravesó la cabina hasta el clamor ensordecedor de la sala de máquinas. Rápida, eficientemente, más dejándose guiar por la intuición que por la vista, lo enrolló en un puntal de la barandilla de una pasarela, lo aseguró con un enganche y volvió a la cabina con Hayduke. Oyeron el tormentoso estruendo de los cuatro cilindros hidráulicos de elevación, vieron cómo las herraduras se inclinaban, giraban, subían, alcanzaban su apogeo y comenzaban a retroceder con el impulso de los cuatro cilindros hidráulicos de avance, cada cilindro movido por tres motores de 600 caballos. Presión normal de la operación 2.500 libras por cada pulgada cuadrada. Suficiente presión de aceite como para conseguir que el motor de una locomotora diesel explotase como una

granada.

Vieron cómo las herraduras bajaron, presionando contra la sólida arenisca Navajo de la Garganta. Peñascos sueltos convertidos en polvo por el impacto, chorreando fino polvo pálido de debajo de las zapatas de acero. Las herraduras empujaban, los motores, forzados gemían, se agotaban. Toda la máquina, con excepción de esos dos inmensos pies planos articulados, se levantó ochenta pulgadas del suelo, meciéndose, con un cabeceo, como el de un barco en aguas tempestuosas.

Para sostenerse Hayduke y Smith tuvieron que apoyar las manos en la pared de la cabina. Pero en ningún momento dejaron de mantener encendidos los focos, inspeccionando al enemigo para controlar el menor indicio de ataque.

—¿Qué es lo que le pasa a esos tíos? —aulló Hayduke. Guardó su 357 en la funda del cinturón, entrecerrando los ojos observó al reverendo Love, a la *ranger* Dick, a los del Equipo de Búsqueda, a los demás, allá abajo, a una distancia de dos campos de fútbol—. ¿Van a dejarnos hacer esto sin pelear?

—Es que no se lo creen, George. No saben que sabemos lo que estamos haciendo. ¿Lo sabes tú? Yo no estoy muy seguro.

Sintiendo cómo la máquina se deslizaba hacia atrás ahora, hacia la orilla del abismo, Smith trató de calcular cuánto les quedaba en esa dirección. ¿Dos pasos más? ¿Tres? El espejo retrovisor no era de ninguna ayuda ni podría siquiera ver mucho mejor aplastando la nariz contra la puerta de cristal. Por lo común, ese tipo de movimientos lo iba indicando el engrasador situado en tierra y dirigiendo las maniobras mediante señales manuales.

GOLIATH volvió a agacharse, seis pies y ocho pulgadas aproximadamente, su base circular tronó al golpear la tierra. Nubes de polvo escalaron el aire, en remolinos, flotando en aire caliente que se elevaba desde abajo del cañón. Las herraduras volvieron a ascender.

—Va siendo hora de salir, George. —Smith deslizó la puerta corredera en la parte exterior de la cabina y trató de medir a ojo la distancia hasta el borde. La central eléctrica le impedía una visión directa de la parte trasera, sólo podía ver el lado de estribor en un cuarto de ángulo. En esa dirección el borde parecía espantosamente cercano —a unos veinte pies—. Un gigantesco paso más de GOLIATH y Él —o Ella, o Ello— se encaramaría en el filo justo, vacilaría y caería del lado de la eternidad, por así decirlo (No era propiamente la manera en la que lo diría Smith pero esa era la imagen mental que se encapsuló en su cabeza).

—Hora de najarse, George, yo diría que un ciclo más de esas herraduras y nos estampamos. O sea, a escabullirse, ya sabes lo que te digo, como Butch Cassidy y los de su banda en aquel atajo de Black Box Point en el arrecife de San Rafael, ya sabes de lo que te estoy hablando, ¿no George? ¿Allí arriba del condado de Emery?

Una pausa.

—¿George...?

Cada una de sus manos manejando un foco, Hayduke se había olvidado de su

misión de vigilancia. Ahora estaba absorto mirando el vacío espacial iluminado por la luz de la luna acercándose cada vez más. Sudaba extasiado, ansioso, sucumbiendo a la euforia de las profundidades. Murmuró:

—Paracaídas, Seldom, maldita sea, si nos hubiésemos traído los putos paracaídas. Qué salto...

—No he visto un paracaídas en mi vida, George. De todas formas, vamos a bajarnos ya de este caballo mecánico.

Smith también estaba cubierto de sudor pero el éxtasis, en cualquiera de sus formas, estaba muy lejos de su mente. Abrió la puerta de la cabina, la puerta del pasaje interno que llevaba al botalón y a la ruta de escapada. Sobrevivir: eso era lo único que Smith tenía en mente, sobrevivir con o sin honor, eso, en el fondo, le daba exactamente igual.

—¡Vamos, George, por el amor de Cristo, vamos!

Las herraduras bajaron, presionaron la tierra, los motores se tensaron, las turbinas en la presa de Glen Canyon —allá en el este— sintieron la exigencia de las necesidades de GOLIATH y aumentaron el tempo de suministro de necesaria energía. Las luces se apagaron unos segundos en Saint George, Utah para que la Super G.E.M.A. levantara sus 13 500 toneladas a seis pies del suelo.

Se sacudieron las cadenas y los cables se tensaron y la G.E.M.A. se inclinó, se tambaleó, se echó hacia atrás. Con una mano en el marco de la puerta para sujetarse, Smith se asomó al pasillo, agarró la manga de Hayduke y tiró fuerte para llevarlo afuera, al aire libre, sobre el chirrido de la maquinaria, el graznido y los gemidos de los motores, el tufo caliente a aceite y las luces encendidas y los pistones exhaustos, no sin que antes Hayduke tuviera un último gesto y le diese al PLAY para activar el mensaje grabado en la pletina.

Vieron el racimo de figuras humanas mirándolos a través del fino puente peninsular de la Garganta. Vieron dos figuras que hacían el intento, braceando para correr, de avanzar. Y luego sintieron, no lo oyeron pero sintieron, cómo iban cayendo las rocas violentadas en la parte trasera del último gran paso de GOLIATH. Vieron los haces de los desguarnecidos focos pivotando hacia el cielo y dejando a sus enemigos en la relativa obscuridad de la luz lunar. Sintieron que la tierra se estremecía, la profunda resonancia de un seísmo inminente, el significado de la Condenación.

Saltaron de la pasarela de la cabina de control —sobrecogidos de terror en el movimiento galvánico final, las barandillas saltando a su paso— hasta la pasarela del botalón, subieron por las escalas llenas de grasa hasta el punto desde el que, con las cuerdas de montaña, tendrían que hacer *rappel* Muy rápidos pero sin caer en el frenetismo, aún, colocaron los mosquetones, las eslingas y se agarraron a las cuerdas.

El botalón, colocado en una posición casi horizontal, tembló bajo sus pies. Resonando, tiritando, estremeciéndose, empezó a levantarse, apuntando hacia el cielo en el momento en que el punto de apoyo de GOLIATH ya se había erosionado.

—¡*Rappel!* —aulló Hayduke—, ¡*rappel!*

La cara bañada en sudor, descendió por la red abierta del botalón deslizándose hacia abajo a velocidad temeraria por la cuerda, dando gracias por haberse puesto los guantes de cuero. Smith le siguió, no tan rápido ni tan experimentado. Mirando abajo, Hayduke vio el cabo de su cuerda colgando suelto sobre el suelo. «Oh, no». Su velocidad de descenso aumentaba y alcanzó el final de la cuerda y cayó. Diez pies. «Me caigo», pensó, «me cai...», y se estampó contra la maleza y la melosa arenisca con un salto colegial, tranquilo y ágil, rodando en el suelo tras el choque. Indemne, se puso en pie, y escuchó el quejumbroso bramido de terror de Seldom. ¿Dónde ha ido a parar ese *cowboy* loco? Oyó otro chillido y miró hacia arriba: Smith colgaba a unos quince pies, balanceándose en un pequeño arco adelante y atrás, los brazos extendidos, agarrando, desesperadamente, al cabo de su cuerda. La Super G.E.M.A., aunque aún inclinada hacia atrás en el borde de la roca, estaba quieta de momento, sus herraduras rotando hacia atrás, media parte de ellas ya sin tocar tierra.

—Vamos, Seldom, trata de llegar al enebro, te amortiguo la caída.

Oyéndolo, de alguna forma, por encima del aullido de terror de GOLIATH, se oyó también el golpeteo de pies que corrían. Ya estaban aquí.

—O te tiras o eres hombre muerto.

Smith dejó de columpiarse y se tiró sobre un enebro rodeado de maleza de cinco pies de altura. Hayduke llegó en el momento del impacto y se lanzó con los dos brazos extendidos para amortiguarlo, estrellándose contra él en el árbol enano. Lleno de arañazos y sangre pero sin heridas serias, salieron de la maleza. Smith se secó la sangre de los ojos, revisó si conservaba el revólver de su abuelo —herencia familiar— y echó hacia abajo la visera de su gorra. Buscó a la derecha un sendero por el que escapar. Un hombre de uniforme, encabezando a los demás, galopaba hacia ellos, dando la voz de alarma. Tras él venía una docena de hombres. A un cuarto de milla al este, envueltos en una capa de harinoso polvo, cinco hombres y tres mujeres trepaban a un aeroplano lleno de Pepsi-Cola, Seven-Up, Jack Daniels, Wild Turkey, perritos calientes, bollos, salsas, ketchups, flores para una boda, un par de damas de honor de la BLM y el oficiante magistrado J. Marvin Pratt.

—Vamos, George. —Smith corrió por la pendiente desnuda del este, hacia sus amigos, los caballos escondidos. Pero se detuvo cuando se dio cuenta de que Hayduke no iba a su lado. Miró hacia atrás.

George W. Hayduke se había quedado petrificado mirando a GOLIATH en el borde, sus herraduras dando el paso definitivo, hacia la nada.

—¡George...!

—Sí —le devolvió el saludo—. Espera, estoy contigo en un momento. —Y George empezó a correr, no hacia Smith, sino hacia la temblorosa G.E.M.A., hacia el borde del cañón. Smith lo miró un momento, moviendo ambos brazos desesperadamente, y reinició su huida. «Maldito bastardo, ¿es que me tengo que exponer yo por él, para evitarle que vaya a la trena, le tengo que limpiar los mocos?».

«No puedo perderme esto», había pensado Hayduke. «El sueño de todo un año — se arrastró por la piedra, a través de la luz lunar, quebrando matas de salvia— ¿y no voy a quedarme a verlo?».

Corrió hacia el borde, vio cómo se levantaba la parte trasera de la máquina, mostrando no la superficie circular lisa y plana que había imaginado sino un enorme pivote central anillado con una serie de concéntricas placas de acero, todo el conjunto recordaba la simétrica red de una araña que hubiese tejido todo el orbe. Interesante.

Llegó al borde, escuchó al derrocado GOLIATH, una vasta mezcla de ruidos: rocas crujiendo y entrechocando, el desgarrador chillido del acero, la inabitable algarabía de los motores eléctricos, el silbido de los pistones hidráulicos envainados en aceite, y por encima de todo, alto y claro, las líneas iniciales de nuestro puto himno nacional, berreando desde ninguna parte, desde todas partes, desde alguna parte:

OH, OH, DI SI PUEDES VER...

Se acordó de su revólver y lo buscó. No estaba. Pero de momento sus perseguidores se habían detenido, se habían parado para escuchar el himno, se habían quitado los cascos y puesto las manos sobre sus corazones, con un nudo en la garganta, y una lágrima en cada puto ojo. Buenos hombres. Hayduke se arrodilló en la orilla extrema del borde saliente, sintiendo el estremecimiento del suelo de piedra bajo sus huesos, y vio cómo caía su enemigo. El enemigo al que amaba.

Cantaba mientras se despeñaba, en caída libre los primeros trescientos pies hasta la roca sello de Kayenta, que se asomaba ligeramente con una cornisa sobresaliendo por debajo — ciertas partes del gigante se desparramaron con un reguero de chispazos — y flotó más allá de la pared del cañón en un vuelo grácil, relajado, feliz y despreocupado en el aire. Hermoso. Vio a los dos Mitsubishis saliendo de las fauces del cubo invertido, atravesando el espacio en perfecta sintonía con las nada apresuradas revoluciones de la 4250-W móvil, ahora voladora. Precioso. También acelerando, por supuesto, al unísono, las piezas pesadas y los contrapesos, esclavizados por la ley de la gravedad, exactamente como Aristarco y Epicuro y Galileo y Newton y otros la habían calculado siglos antes. Excelente. La mecánica newtoniana, reflexionó Hayduke, quizá ya no valía para los fenómenos subnucleares, o para los ultragalácticos, pero todavía servía perfectamente para los putos trabajos regulares del Gobierno.

GOLIATH caía, caía, seguido por su ocasional cordón umbilical, el grueso cable, como un astronauta a la deriva después de que su atadura se hubiese soltado del laboratorio espacial.

La dragalina cayó, limpiando la base del gran acantilado de Wingate, golpeando la pendiente de Chinle unos mil pies más abajo y rebotando, rodando y patinando hacia el labio de la pared Moenkopi donde emprendió otra caída libre. El cubo

trazaba un arco en su navegación y arrastraba el botalón medio inarticulado, los mástiles gemelos muy castigados, el cable de alimentación se había roto y las luces se habían apagado.

GOLIATH salió disparado hacia fuera de nuevo, rodando hacia el tiempo profundo, hacia la historia geológica. La central eléctrica, aún cargada de energía, se retorció como una serpiente torturada, echando humo y chispas, electrocutando a un sinnúmero de inocentes matojos del desierto, incendiando una maraña de ramas enredadas que contenía una familia de ratas y sus huéspedes, los triatominos, quemando un nido de águilas. Pero no a las águilas.

Volvió a caer en caída libre la G.E.M.A., otros quinientos pies, y volvió a estamparse contra el siguiente talud, dando volteretas hacia abajo. Una de las herraduras se separó del cuerpo rompiéndose por la mitad, luego la otra. La cabina de control se convirtió en una nube de polvo y escombros. Las llamas titilaban en la sala de ventilación y la sala de máquinas. El botalón, ya partido en dos, siguió dividiéndose y descendiendo. Algo explotó en la sala de máquinas y el acero chapado se hinchó como una burbuja, y estalló como un globo. Desintegrándose parte a parte, envuelto en llamas, la dragalina móvil Super G.E.M.A. de Arizona 4240-W, conocida como GOLIATH, se hundió más y más en el profundo tiempo de la historia geológica — del Jurásico al tardío Triásico, del tardío Triásico al temprano Triásico, desviándose a la lengua de Hoskinninni y a la formación Cutler, hasta depositarse finalmente sobre el suelo del cañón Paraíso Perdido, la inflexible roca monolítica de la meseta de arenisca datada en la era pérmica, hace 250 millones de años.

Parpadeo de llamas allá abajo entre las ruinas negras del monstruo. Espirales de humo que ascendían en hollinosas columnas térmicas. El estruendo y las colisiones de las rocas que caían continuarían, apagándose lentamente, en los siguientes tres días y noches.

Hayduke escupió sobre el borde. Por fin satisfecho, se puso en pie, se desabrochó el overol y sintió la caricia del aire libre.

Completamente erguido se quedó allí sobre el borde del acantilado como un semental. Gracias a Dios soy un hombre.

—¡Quieto! —ladró una voz extraña—. ¡Las manos sobre la cabeza!

«Oh, mierda, no», gruñó Hayduke en el fondo de sí mismo. «Ahora no. A mí no. Aquí no». No podría soportar una celda de la prisión. La sensación de estar atrapado. La puta claustrofobia. Me moriré. La gente del Gobierno me matará rápido, tan seguro como la mierda. Ellos saben que tienen que hacerlo, yo sé que tienen que hacerlo, ellos saben que yo sé que sé lo que ellos saben. Pero obedeció la orden.

—Ahora vuélvete lentamente —siguió la voz—. Veamos lo que tenemos.

Hayduke obedeció. Y lo que encontró fue una voluminosa y sombría figura vestida de oscuro uniforme: la media luna caía ahora por el oeste, la cara era difícil de discernir pero, sí era ese gilipollas de la Ace, Jasper B. Bundy, seis con cuatro pies y un cociente intelectual que rondaba los 78. El vigilante llevaba una recortada en la

mano derecha, con la que apuntaba al vientre de Hayduke, y un revólver en la izquierda.

—Te la has cargado, colega —dijo, sonriendo—. Es tu noche especial del sábado^[72]. —Estiró la cabeza hacia adelante, para inspeccionar a Hayduke:

—¿Goodwood? ¿Casper Goodwood...?

Otro hombre salió de entre la maleza, la cara enmascarada con un pañuelo, apuntando con un 44 del abuelo.

—Tire el arma, señor.

El vigilante miró a Smith.

—Tírala tú.

—No, usted, tírela.

—Yo lo pedí primero.

—Pero este es mi negocio. No el tuyo. No tendrías valor ni para dispararle a una serpiente.

—Preferiría dispararle a usted, señor, antes que a cualquier serpiente que yo haya visto.

Más voces aullaban en la lejanía, acercándose. «Bundy», gritaban, «¿dónde estás?». En la creciente penumbra cada vez era más difícil ver nada. Ni siquiera caballos.

Los dos hombres armados cara a cara, bloqueados por el absurdo de fondo de toda la situación. Ambos sabían que las armas eran peligrosas, ridículas, capaces de infligir espantosos y dolorosas e incluso mortales heridas, y cualquier momento de vacilación podría ser fatal para alguien. El hombre de la Ace bajó el 357 a un lado, escondiéndolo de la vista frontal de Smith.

—¡Cuidado! —dijo Hayduke—, él tie...

—¡Todo el mundo! —clamó una cuarta voz—. ¡Tiren las armas!

Sorprendido Seldom tiró su antigualla. A sus pies. No se disparó. También sorprendido, el vigilante de la Ace volvió la cara hacia el nuevo intruso, levantando el cañón de la recortada hacia un hombre a caballo. Esta vez alguien apretó el gatillo. Hayduke vio el estallido de llama roja en la oscuridad, oyó la explosión y vio que el hombre de la Ace, Jasper Benson Bundy, dio un paso hacia atrás y fue arrugándose como un saco de comida derramada, le habían volado media cabeza.

—Oh, por el espíritu santo —murmuró Smith, paralizado de horror.

—¡Bundy! —gritó alguien—. ¿Dónde están?

Hayduke fue el primero en reaccionar.

—Rápido —le dijo a Smith—, hay que tirarlo abajo. —Se refería al cuerpo. Corrió, lo agarró de un brazo y una pierna. El sudor le bañaba la cara—. Date prisa.

Smith se movió e hizo lo mismo:

—¿Estás seguro de que está muerto?

—Está muerto. Abajo con él. No lo encontrarán nunca.

Sonido de gente corriendo, acercándose. El Llanero Solitario disparó dos veces a

la oscuridad lo que paró a la gente que venía.

—Hora de irse, muchachos —le dijo a Smith y a Hayduke—. Daos prisa.

—A la cuenta de cuatro —ordenó Hayduke. Con esfuerzo arrastraron el largo cadáver hasta el borde del mundo. Sudando, lo levantaron. «Uno», dijo Hayduke, balanceándolo hacia delante, luego hacia atrás. «¡Dos. Tres. Ya!».

Los restos de Jasper Bundy volaron en el espacio. Se la pegó contra el primer saliente trescientos pies más abajo, a juzgar por su espléndida trayectoria, pero probablemente quedaría convertido en un salpicón de células y trapos cuando llegara a la base del gran acantilado de Wingate, no muy lejos de donde había terminado el espléndido salto de GOLIATH. Smith tiró la recortada antidisturbios tras su propietario.

—Odio las armas —murmuró—, sobre todo las que están en manos equivocadas.

—A sus monturas, muchachos y que Jesucristo nos proteja para escapar de aquí —dijo el Llanero Solitario. Enfundó su arma homicida y giró su plateada montura, detrás había dos caballos ensillados —espeluznantes— atados en corto. Smith sin agarrar la rienda saltó al suyo y Hayduke se subió al alto Appaloosa: los tres hombres empezaron a avanzar en la oscuridad, dejando atrás el borde de la garganta, por la pendiente que iba al este, hacia el bosque de enebros (demasiado pastoreado). Oyeron disparos bajo las estrellas allá atrás, hacia la derecha, una serie de estallidos ruidosos e inofensivos. No habían sido vistos, no los tocaron, cabalgaban, Smith a la cabeza, buscando el punto de encuentro con Doc Sarvis y Bonnie Abzug. Sobre sus cabezas un aeroplano se inclinaba y hacía círculos, buscando, pero la luna se estaba poniendo, noche completa, no los verían. Un buen número de vehículos motorizados avanzaba por la pista allanada por la Super G.E.M.A., faros que barrían a derecha e izquierda, pero los tres jinetes, fuera ya de la gran meseta, giraban hacia el sur en su particular ruta de escapada.

Sintiéndose a salvo, Smith ralentizó la marcha y puso su caballo al trote, luego a velocidad de paseo. Los otros dos hombres se pusieron a su lado para hablar, esquivando ahora a izquierda y derecha pequeños arbustos, las densas matas de artemisa (Territorio para el ganado: demasiado pastoreo). En brumosas profundidades a su derecha se tendía la serpenteante ruta hacia el cañón Paraíso Perdido, con su atracción gravitacional y las tormentosas esculturas realizadas por la erosión, hacia la confluencia con Radium Canyon, y desde allí hacia Kanab Canyon y el más lejano de los cañones, el cañón maestro, el más grande entre los grandes.

—Has matado a ese pobre bastardo, Jack.

—Lo sé. Tenía miedo de que alguien resultara herido. Si cargas demasiado un cartucho hueco arma un estropicio.

—Lo mataste.

—Ya lo sé, muchachos.

—El viejo de un solo ojo no es lo que era. No es que me sienta orgulloso. Pero tampoco me siento mal por ello.

—¿Qué quieres decir?

—Le estaba apuntando a la escopeta. Quería darle a ella para que la soltara de la mano, como el Llanero Solitario hacía siempre en los tebeos.

—Menos mal que no acertaste porque tenía la 357 de George en la otra garra. —Smith miró hacia Hayduke que iba a su lado—. ¿Cogiste tu hierro, George? —Se registró para asegurarse.

—Por supuesto que recogí la puta pistola. —Hayduke sonreía, el resplandor de los dientes en la oscuridad y la cara barbada—. ¿Crees que iba a dejar que ese viejo 357 se oxidase? Tiene un valor sentimental, Seldom: se lo robé en Flagstaff a un policía hace ya mucho. Nunca fue registrado. Por lo menos no a mi nombre.

De nuevo tuvieron que ponerse en fila de a uno y avanzaron a ritmo constante. Encontraron a Doc y a Bonnie con sus túnicas, esperándolos en el lugar acordado donde el Llanero Solitario los había dejado sólo un rato antes.

Jubilosos y asustados, tensos y agotados, Doc y Bonnie empezaron a farfullar alocadamente, deseosos de escuchar el relato completo, con todos sus detalles, del derrumbe de GOLIATH. Habían visto cómo se encendieron los focos, habían escuchado el estruendo de los motores, la imponente voz autoritaria de Hayduke, habían visto el haz de luz de los focos cruzando el cielo cuando el monstruo se despeñó por el borde, y habían oído el fragmento de himno seguido de un largo silencio, los ecos profundos de la destrucción, pero ¿qué había sucedido realmente? «Cuéntanoslo todo, Seldom».

Hayduke se pavoneó orgulloso:

—Bueno —empezó—, por supuesto que no lo hice absolutamente todo yo solo...

El Llanero Solitario le interrumpió:

—Helicópteros —dijo, señalando un punto al sudeste entre las estrellas—. Se acercan helicópteros.

Los escucharon, el rumor creciente de unas hélices acercándose, miraron hacia donde había señalado el viejo y allí estaban las parpadeantes señales rojas, la barra azul de luz de alta intensidad dirigida hacia tierra, buscando en el área de la Garganta. Siguiendo su camino. Con un segundo aparato tras él.

—Vamos —dijo Smith. Se puso en cabeza, al trote, siguiendo el borde en busca de un sendero que, en la oscuridad, sólo fuera visible para Smith y el Llanero Solitario. Smith se detuvo, descabalgó, empezó a descinchar su silla.

—Todo el mundo abajo —dijo en voz baja—. Desensillamos aquí, hora de que los caballos vayan sueltos, bajaremos este sendero a pie. —No dejaba de mirar los helicópteros.

Llenos de adrenalina por el miedo, tres de sus compañeros obedecieron.

—La silla primero, las bridas después —le recordó el Llanero Solitario a Doc, quien parecía estar buscando a tientas en la cabeza de su caballo.

—Sí señor.

Cuatro caballos sin otra cosa que sus bocados, Smith golpeó a su yegua en la

grupa, el animal se zambulló en la oscuridad seguido de los demás. Se dirigió al norte a través de los árboles, con destino a la casa de Susan, el corral que era su casa, el agua y las balas de alfalfa, llegarían a casa al amanecer, allí esperarían a su dueño.

Sólo un hombre permaneció en su montura, una negra silueta contra la luz de las estrellas.

—Pues nos vemos, banda —dijo—. Habéis hecho bien. Estoy orgulloso de haberos conocido, amigos.

—Jack —dijo Bonnie—, ¿no te vienes con nosotros?

—No puedo caminar —les explicó, agachándose—. Y no puedo llevar mi caballo por la ruta de Seldom. Nos veremos en cualquier otro momento, algún día. Será mejor que os marchéis ya.

Doc le estrechó la mano al Llanero.

—Ha sido un honor conocerle, señor.

—Lo mismo digo, doctor Sarvis.

Bonnie se empinó, agarró y apretó la mano enguantada del hombre enmascarado.

—Eres mi héroe, Jack.

—Gracias, *madame*. Eres una princesa.

Turno de Hayduke.

—Gracias por la ayuda, papi.

—De nada, hijo.

El Llanero Solitario miró al cielo, vio los helicópteros a unas dos millas, y volvió su único ojo hacia George Hayduke.

—Y ahora unos cuantos consejos gratis para ti, joven amigo: lárgate de este país. Bórrate durante algún tiempo. Vete al Viejo México, te irá bien por allí abajo.

Hayduke sonrió:

—Nos vemos en el Infierno, Jack Burns.

—Vamos, vamos —pidió Smith, cargado con dos sillas, mantillas, bridas, ya bajando por el sendero. Doc lo siguió con las otras dos, sintiéndose útil.

Una despedida final: el Llanero espoleó a su caballo y al mismo tiempo tiró hacia atrás las riendas. El viejo animal se levantó sobre sus patas traseras y el viejo jinete se quitó su gigantesco y absurdo sombrero blanco —gesto legendario interpretado por última vez, siempre ideal para echar una risa—. El caballo volvió a su posición, las piernas le temblaban ligeramente, probablemente era la última vez que le permitía al Llanero obligarle a hacer ese movimiento. Se fueron juntos, hombre y caballo, un animal, un centauro, una creación nacida del mito de la historia, y trotaron para fundirse en la noche. Tomaron su propia ruta, ninguna otra, como siempre. Dónde los encontraría el amanecer, ¿quién podría decirlo?

Abajo del borde, Smith apiló las cuatro sillas bajo una cornisa voladiza. Doc trató de echarle una mano colocando las bridas y las mantillas de las sillas una por una.

—Malditas ratas, probablemente se habrán comido las correas cuando vuelva a por ellas. Les encanta la sal. Pero no se puede hacer nada, tenemos que hacerlo. —

Cubrió las sillas con las alfombrillas, las alfombrillas con un poncho de camuflaje y el poncho con un montón de artemisa.

Bonnie y George les siguieron. Los cuatro se acurrucaron juntos bajo la repisa cuando el primero de los helicópteros les sobrevoló. Vieron la luz azul barriendo las paredes del cañón, danzando por las cornisas, volviendo atrás, siguiendo adelante, tratando de cazar a las temblorosas presas.

—Van a dar con Jack seguro —dijo compungida Bonnie.

Smith apretó su mano.

—No, no lo harán querida. A él no. No puedes ni imaginar cómo ese hombre y su caballo pueden esconderse dentro de una duna de arena. En un santiamén. Pueden esconderse incluso en sitios donde no hay nada donde esconderse. Vas detrás de ese espantapájaros antes de verlo, y luego ya es demasiado tarde.

—Ni siquiera le dijiste adiós.

Smith sonrió:

—Estará por aquí.

El segundo helicóptero pasó. Los rotores se estremecían, luego se fueron desvaneciendo paulatinamente. El tumulto de los distantes motores acabó por desaparecer del todo. Un viento nocturno silbó a través de los enebros y los piñoneros. Las estrellas reinaban en el cielo, constelaciones de radiante silencio.

Con pasos lentos y cautelosos Seldom Seen llevó a sus amigos por el sendero rocoso, hacia el secreto y escondido mundo interior del cañón y el desierto.

29. Cabos sueltos

—A sí que, ¿dónde se fue, Oral?

El joven Oral tenía mal aspecto. Su cara de perfecto mormón americano estaba llena de moratones. Se le había hinchado un ojo hasta cerrársele por completo, con un punteo de materia amarilla en las esquinas interiores y exteriores. La cabeza hundida entre los hombros encorvados, como si se estuviese protegiendo de nuevos golpes, aunque parecía indefenso, derrotado, sin ánimo. Tenía los pies juntos, las puntas hacia dentro, como un chiquillo que soporta un castigo humillante. Tenía cruzadas las manos amoratadas sobre el estómago en actitud de contrición, una mano dentro de la otra, protegiéndose el vientre. Sus manos cambiaban de posición frecuentemente, pasando la que estaba dentro a ponerse encima de la otra. El sudor brillaba en su frente, en su nariz, en su labio superior. Su cabeza, sin sombrero, estaba inclinada hacia delante, exponiendo a la poderosa luz su cráneo medio afeitado, la piel pálida y gris, una herida inflamada con una sarta de puntos. No llevaba camisa. A sus zapatos le faltaban los cordones. Habían retirado el cinturón de sus pantalones. Estaba sentado en una silla de escritorio de acero, los pies en el suelo de frío hormigón gris.

—Qué me dices, Oral —dijo el segundo interrogador—, ¿por dónde se escabulló?

El segundo hombre, como el primero, tenía una voz áspera y abrasiva, una laringe agrietada por un exceso de Canadian Club, el acento afilado de los suburbios de Boston, de perspectiva distorsionada y visión pervertida por una vida dedicada al delito. No una vida de delito sino como orgullosamente habría aseverado él mismo, una vida dedicada a combatir el delito. Tendemos a pareceros a aquello que más tenazmente combatimos. Su nombre rimaba con el del primer hombre.

—Habla, Oral —dijo Boyle—. No te estás haciendo a ti mismo ningún puto bien tratando de hacerte el puto héroe.

—Sí —dijo Hoyle—. No tienes derecho a guardar silencio porque trabajas para nosotros. Estás en nómina en esta Compañía. No eres un delincuente común, eres uno de los nuestros.

Mirándole desde la oscuridad de detrás de la luz encapuchada, ambos hombres reían. Nunca les había gustado, ni siquiera habían tratado de caerle bien, ni habían intentado que él les cayera bien. Desde su punto de vista, el joven J. Oral era un extraño. Un *alien*. Mormón, Utah, chaval de ciudad pequeña, producto de una cultura agraria y de una generación posterior, no tenían en común con él más de lo que tendrían en común con un proxeneta negro del sur de Boston, una madre puertorriqueña que se aprovechaba de la asistencia social para dejar San Juan y vivir en Brooklyn o un pescador de pesca con mosca de la Ivy League que echara su caña Wily Wizard en la resplandeciente corriente de East Clear Creek, ladera norte,

Arizona.

—No parece que entiendas la situación, Oral. Te has metido hondo en la mierda no sólo con nosotros sino también con la ley. Has participado en una manifestación ilegal, has violado una propiedad gubernamental, has obstruido el tráfico de un sendero privado, has conspirado para destruir propiedades... —Una hoja de papel crepitaba en la mano de Boyle: la lista de cargos—... y lo que es peor de todo, ataque a un oficial de la policía que cumplía con su deber. ¡Un sargento de la S.W.A.T.! Resistencia a la autoridad... Por Jesucristo, Oral, ese policía paleta del quinto pino no va a parar hasta que te caigan diez años de cárcel. Y por lo que he oído la cárcel de ahí abajo —¿de dónde exactamente, Hoyle?, ¿Florence? ¿Florence, Arizona?— he oído que no es que sea un lugar muy apacible, Oral. La gente de Attica es gente limpia y decente si las comparas con las de Florence, eso es lo que yo he oído.

Silencio. Un tercer hombre tosió en la esquina más distante de la celda, observándolo todo pero sin intervenir en el interrogatorio rutinario. El coronel, por supuesto. De salud renqueante. Había perdido peso. Un sordo dolor en los pulmones que no se calmaría. Una sensación de desvanecimiento cuando se levantaba demasiado rápidamente de un asiento o si estaba acostado. Sangre en las heces. Sabía, por suponerlo, cuál era el problema pero sólo un análisis de sangre se lo confirmaría definitivamente. Y prefería posponer el día de la verdad.

—¿Dónde está Hayduke, Oral?

(Silencio).

—Sabemos que lo sabes. ¿Dónde se fue? ¿Y ese tal Bundy, el guarda de seguridad? ¿Qué le sucedió, Oral? ¿Lo ha secuestrado Hayduke? ¿Lo mató? ¿Lo ha alistado en su banda?

No hubo respuesta.

—¿Dónde estaba Smith esa noche? Su mujer dice que estaba en Green River pero podría estar mintiendo. Las esposas lo hacen. ¿Qué me dices de eso, Oral?

No hubo contestación.

—¿Te gustaría ver de nuevo a Erika, Oral?

Un ansioso asomo de interés. El joven Hatch desenlazó sus frías manos, separó los pies, miró hacia arriba, a la lámpara encendida:

—¿Dónde está?

—¿Quieres verla?

—¿Dónde está?

(Risitas divertidas).

—Vaya. Nuestro chico parece que está vivo y que sabe hablar.

—Responde a nuestras preguntas, Oral, y responderemos a las tuyas.

El joven suspiró, cerró los ojos, bajó la cabeza y la sostuvo con sus manos.

—No puedo —murmuró—. No puedo. Hace tres días que os lo vengo diciendo, no lo sé.

—Cómo es eso, Oral, si nosotros hace sólo seis horas que estamos aquí. ¿Tres

días, Oral? Cómo exageras las cosas, Oral.

—¿Qué exagera? ¡Está mintiendo otra vez! ¿Dónde está Hayduke, Oral?

—No lo sé —gimió—, no lo sé, no lo sé. No lo he visto nunca. No he oído nunca nada sobre él. Ni siquiera sé si está vivo. Todos decían que había muerto.

—¿Quién lo decía?

—Todos ellos: Doc, Bonnie, Smith, los de ¡Earth First! No me encontré nunca con nadie que supiera nada que no supiésemos ya sobre él. Todos parecían estar convencidos de que había muerto. Y más aún...

—¿Más aún?

(Silencio).

—¿Qué más, Oral? ¿Qué ibas a decir?

—Se está haciendo el héroe otra vez, Boyle. Lo que quiere decir es que más aún, si supiese algo no nos lo iba a decir a unos viejos estropajosos y nauseabundos como nosotros, ¿no es eso, Oral?

No hubo respuesta.

—¿Es así, Oral? Has herido mis sentimientos, Oral. Seguramente no es eso lo que querías decir, ¿verdad?

No hubo contestación.

—Muy bien, Oral, tuviste una oportunidad y la has echado a perder. Yo y Hoyle y el coronel nos vamos a México ahora. Y no volveremos a Arizona en mucho tiempo. Puede que nunca. Así que te encerrarán en una cárcel de máxima seguridad los próximos diez años. ¿Qué te parece eso, mocososo?

—¿Dónde está Erika?

—Chaval, no vas a volver a verla nunca. De hecho los muchachos de Inmigración la están empaquetando ahora mismo en un *jet* para mandar de vuelta a Noruega a esa pequeña gamberra.

—¡Oh, no! —gritó el joven Hatch—. No podéis hacer eso. Tiene pasaporte y visado. Es legal.

—Es una anarquista criminal, Oral. Pero no lo hizo constar en su solicitud de visado. No se permite a los anarquistas entrar en los Estados Unidos. Y tiene toda una lista de cargos criminales contra ella, como tú mismo. Así que la echamos. Y tiene suerte de que no la encerremos también durante diez años.

Hatch se acurrucó en su asiento, enterró la cara entre las manos heridas. Le temblaban los hombros. Se sorbía los mocos. Medio asfixiado trató de controlar un espasmo de llanto, luego cedió a su dolor, como un hombre, y dejó que fluyera libre su pena.

—¡Oh, ay, mmmuaaa! —se burló Boyle—, el pobre chaval está llorando.

—Pobrecito Oral. Los hombres malos y nauseabundos le han hecho llorar.

Entre risitas, contemplaron al joven que lloraba. Excéntrico mormón, ¿qué se podía esperar de un paleta como él? ¿De alguien llamado Oral?

El hombre de la esquina se levantó de su silla, lenta, dolorosamente.

—Id por el carcelero —dijo tranquilamente.

—¿Qué?

—Ya me habéis oído. Ya os habéis divertido bastante los dos. Ahora vamos a sacarlo de aquí.

—¿Y entonces qué?

—Y entonces lo liberaremos. Sin prejuicios.

—Pero señor...

—Ya me habéis oído. Boyle: llama al carcelero.

—Sí señor.

Boyle salió de la celda, se borró por el pasillo de acero y hormigón bajo luces de amarillo úrico. Golpes y ruidos, algarabía que se multiplicaba conforme avanzaba Boyle y era descubierta por los otros prisioneros.

Hoyle y el coronel miraron al joven Oral. Después de un momento, el sentimentalismo suavizó un poco la severa mirada del coronel. Hoyle dijo:

—¿Has oído eso, Oral? Todavía eres un agente especial y lo serás durante más o menos una hora y media más. La Compañía te saca de aquí y te deja suelto. ¿Te gusta esa idea, Oral?

Todavía sorbiéndose el llanto, Hatch no dijo nada.

—Unos pocos minutos más y serás un hombre libre, Oral. Por tu cuenta. Libre como un pájaro. ¿Dónde te vas a ir? ¿A ver a tu madre? ¿Vas a ir a la iglesia? ¿Vas a seguir a Hayduke?

Por fin el joven Hatch levantó la cara de sus manos. Las mejillas húmedas y los ojos rojos, miró directamente a la tenue silueta de Hoyle situada tras la lámpara, lo que podía ver de ella, y dijo:

—A ninguno de sus malditos asuntos, señor Hoyle.

Hoyle sonrió satisfecho.

—Te vas a Noruega, ¿no es verdad, oral?

—Eso es.

—Como un perrito detrás de una puta calentorra, ¿verdad, Oral?

J. Oral Hatch se levantó. Echó a un lado la lámpara de suelo encendida y miró hacia abajo a la roja cara sonriente y dura del agente Hoyle.

—¿Señor Hoyle? —Oral levantó y cerró sus manos.

—¿Sí?

—Por favor, levántese, señor Hoyle.

La sonrisa de Hoyle se ensanchó exponiendo sus molares dorados.

—¿Qué me levante, eh? ¿Así que puedes noquearme, eh? ¿A un pobre viejo como yo? Esa es la idea, ¿no?, puto friqui Moroni come-pollos.

—Sí señor.

Hoyle se movió ligeramente, como si fuese a levantarse, pero luego dio un puntapié con su pierna derecha, iba calzado con unas pesadas botas de tonelero, puntas de acero. La repentina patada le acertó en la rodilla al joven Oral. Jadeando se

fue al suelo.

Hoyle se levantó entonces.

—Todavía no has aprendido nada, Oral. Tienes mucho que aprender. Nunca llegarás a ser un buen agente. No eres lo suficientemente listo, ¿sabes a qué me refiero, mocoso?

El coronel se puso el abrigo y los guantes. Las noches de Flagstaff eran frías, también en verano. Y de todas maneras no era cuestión del clima, él nunca se sentía lo suficientemente arropado últimamente. Miró a Oral tendido en el suelo, quejándose, agarrándose la rodilla, y al hombre rocoso que estaba sobre él, frotándose las manos y mirando hacia abajo a su víctima, satisfecho.

—Tampoco tú eres muy listo, Hoyle —dijo el coronel—. Ahora tú y Boyle vais a tener que ayudarlo a salir.

—Sí, señor. Merece la pena.

El reverendo Love y su segunda señora se casaron en la Garganta, a la luz de la reavivada hoguera, ofició el acto J. Marvin Pratt, juez de Paz. El novio besó a la novia mientras todos los presentes (una docena de personas, la mayoría mujeres) sonreían, lloraban, vitoreaban y aplaudían. En la distancia, desde los distintos puntos de una brújula, llegaban los inseguros ladridos de las pistolas, la inofensiva charla de pequeñas armas de fuego, los gritos de ansiosos hombres esparcidos y perdidos en la oscuridad. Los helicópteros rompían la paz por encima de sus cabezas pero enseguida se desplazaron hacia el este, volando en círculos como luciérnagas, ociosas y despreocupadas, pequeñas. La señora Pratt y la primera señora Love firmaron la licencia de matrimonio como testigos oficiales. Alguien le quitó el corcho a una botella, hubo brindis y aclamaciones, el zumo de manzana con burbujas desbordó los vasos de plástico transparente para el champán. La primera señora Love se llevó aparte, a la oscuridad, a la segunda señora Love, para darle un consejo:

—No le dejes que te preñe todavía, Ginny querida. Lucha por tus derechos. Dile que nada de bebés en al menos seis meses.

La *ranger* Dick sonrió, el brazo echado sobre el cuello de la otra mujer.

—Mabel, querida, a partir de ahora vamos a tener bajo presión a ese viejo gordo pedorro.

—Tú lo has dicho. Así se habla.

Planearon dos semanas de luna de miel en Honolulu. El reverendo y su señora y su otra señora. ¿Y los once hijos? Difícilmente podrían dejarlos atrás. «Esas chicas no han visto nunca un cocodrilo ni un mono ni una palmera ni a un guaperas de playa», le dijo para convencerle la primera señora Love.

La Banda de la Tenaza se reunió por última vez —muy cansados pero muy

emocionados— en la base de la pared del cañón bajo la cueva de Hayduke. Mientras Doc, Bonnie y Seldom se despedían, George subió por el pedregoso camino en la oscuridad para recoger unas cuantas cosas que necesitaba para su viaje. Además, explicó, tenía que liberar a la serpiente de cascabel.

—Espero de verdad que tengáis una coartada irrefutable para esta noche —dijo Smith.

—La tenemos —dijo el doctor—, si George nos lleva a tiempo.

—Tenemos reservada la Suite Nupcial en el Strater Hotel en Durango —dijo Bonnie—. Estamos celebrando el aniversario de boda.

—Y es el Encuentro de Pediatras del Sudoeste —explicó Doc—. Además.

—¿Durango? ¿Durango, Colorado? No llegaréis nunca esta noche, Bonnie querida. Está demasiado lejos.

—Si podemos colarnos de vuelta en la habitación por la mañana, nos valdrá. Estas túnicas nos servirán. Pusimos el «NO MOLESTEN» en el pomo de la puerta.

—Está demasiado lejos.

—No si vamos por aire. George nos llevará.

—¿George? ¿Nuestro George? —Smith miró hacia arriba en la oscuridad, hacia la cueva—. ¿Él? ¿De dónde se ha sacado una licencia de piloto? ¿Dónde está la avioneta?

Doc sonrió cansado, sentándose en el borde de una piedra. Bonnie lo contó. No, George no tenía licencia. Pero de todos modos podía volar, o algo así. Estaba aprendiendo rápido. Le gustaba llamarse a sí mismo Barón Verde. ¿Boina Verde? No, Barón. Y en cuanto al aparato era un cacharro de dos asientos con alas extralargas y enormes y gordos neumáticos. Podía aterrizar y despegar en cualquier parte.

—Pero sois tres.

—Nos sentaremos en el regazo, explicó ella. Quiero decir que yo lo haré, y le ayudaré con el acelerador, el combustible, la lectura de ruta y todo eso. Lo hicimos aquí una vez, lo haremos de nuevo. Creo. Espero.

Doc miró con severidad, pensando en lo que había dicho Bonnie.

—¿Y dónde tenéis el aparato, Bonnie?

—No sé exactamente dónde lo consiguió —contó ella—. Ya conoces a George, probablemente lo tomó prestado de algún sitio. ¿Quieres decir dónde está ahora? ¿Ahí arriba? —Y señaló hacia la cima de la pared del cañón de enfrente, a unos quinientos pies por encima de donde se encontraban—. Está allí arriba. George descubrió una ruta. El aparato está aparcado en un sitio de perforación abandonado. Esa cosa puede aterrizar y parar en cincuenta yardas.

—Necesitaréis bastante más para despegar, querida. ¿Estás segura de lo que vais a hacer?

—No hay problema —contó Bonnie—. George ha desarrollado su propia técnica para despegar en poco espacio. Llevamos el avión hasta el borde del acantilado y gana velocidad de despegue mientras se despeña, y luego sube por la otra pared y a

volar.

Doc miraba preocupado.

—¿Seguro que quieres hacer eso, Bonnie?

—Nos arriesgaremos. Es mejor que diez años de prisión. Y encima le prometimos a Reuben que estaríamos de vuelta mañana por la noche.

Doc sonrió débilmente cuando oyó el nombre de su hijo.

Hayduke volvió con una pesada mochila. La dejó en la arena, bajó la cremallera del ancho bolsillo de abajo y le hizo mimos a su serpiente.

—Se hubiera muerto de hambre en esa cueva...

Zumbando como una maraca, la serpiente al principio pareció no querer saber nada pero luego finalmente se deslizó lejos.

—Hasta la vista, George. Supongo que no necesito saber dónde será la próxima.

Hayduke sonrió feliz.

—No es necesario, Seldom. Pero puedes jurar que ya huelo el mar con mis peludos hocicos. Un mar llamado Cortez. Y puedes jurar, en pocos meses, que recibirás una postal tipo canguro remitida por un puto y maldito y majareta y sinvergüenza llamado Rudolf Herman. Hasta la vista, Seldom Seen Smith.

—Cuídate, George Washington Hayduke. —Se abrazaron. Ninguno de ellos lloró... ambos agradecieron quedar liberados.

Seldom abrazó fuertemente a sus amigos Doc y Bonnie.

—Os veré en la casa flotante, compañeros. No os olvidéis. Una semana a partir de hoy. Gran fiesta.

—El que reparte elige.

—No, querida. Se acabó el *poker*. Ya no es tan divertido sin el bueno de Oral. Es el final de nuestra libertad condicional, ¿recordáis? Una semana más y seremos todos buenos y corrientes y humildes e inocentes ciudadanos sin deudas con la Justicia de los Estados Unidos de América, como cualquier otro. ¿Os acordáis? Como un aniversario de boda, se puede decir.

Seldom Seen le sonrió a Bonnie Abzug, al doctor Sarvis, al impaciente e inquieto George Hayduke. Le guiñó un ojo a cada uno de ellos y a todos.

—Ahora, compañeros, si me excusan me parece que lo mejor es que me quite este disfraz y vuelva a mi corriente y tosco traje de *cowboy*. Quemaré este overol y estos guantes y zapatillas, me pondré mis respetables ropas de vaquero y pareceré alguien más guapo.

—¿Cuál va a ser tu coartada?

—¿Coartada? Diablos, Doc, no necesito ninguna coartada. Todo yo soy una coartada. Nadie sabe nunca dónde estoy ni dónde estuve, incluyéndome a mí mismo. Y tengo tres esposas que lo jurarían en cualquier parte.

30. Fin de trayecto, hombre blanco

Hayduke regresó al este desde Punta Peñasco, una colonia a orillas del mar que en su mayor parte pertenecía a Phoenix, Arizona, y condujo quince millas por el firme húmedo de la playa en el crepúsculo del atardecer. Parecía que había hecho antes este mismo recorrido después de que el sol se pusiese. Iba solo. Conducía una antigualla roja descapotable, con la capota baja como siempre, a una velocidad adecuada, cuarenta millas por hora sobre la brillante arena. Suficientemente rápido como para impedir que las ruedas se hundiesen, suficientemente lento para esquivar maderos a la deriva, redes de pesca, neumáticos sueltos, vértebras de ballena, cadáveres de lobos marinos, botellas rotas y otros residuos que ensuciaban la orilla cuando bajaba la marea.

Cuando vio las luces del barco anclado a dos millas mar adentro y a una milla de distancia por la playa, apagando y encendiendo las luces cuatro veces, él respondió con la misma señal. Las luces del barco parpadearon dos veces más. Y Hayduke respondió con el mismo código. Confirmación. El barco quedó a oscuras. Hayduke siguió adelante sin luces, cambiando de marcha y dejando que el coche fuera disminuyendo su velocidad gradualmente, para no tener que utilizar el freno y encender así las luces rojas de aviso.

El viejo Cadillac siguió y siguió, cada vez más lento. Sabía que tendría que abandonar el cacharro aquí, en la playa de Sonora, y dejar la llave puesta. Algún playero afortunado podría encontrarlo sin problemas, si llegaba antes de que subiese la marea. Sería una pequeña pérdida sentimental —Hayduke amaba las máquinas, incluso las más inútiles— pero no sería una pérdida excesiva desde el punto de vista material. «Hasta que no eres propietario de un Cadillac», se confesó a sí mismo, «no sabes de veras lo mal diseñados que están, qué torpemente hechos, cómo son los pequeños detalles los que te hacen estar enamorado o vivo, en paz o en guerra».

El coche rodó un poco más dejando cada vez huellas más profundas sobre la húmeda arena, y se paró por completo muy cerca de la más avanzada línea de la marea. Hayduke trataba de hacerle las cosas más fáciles al siguiente ladrón. Saltó sobre la puerta, sacó todo su equipaje del asiento trasero —una mochila Kelty llena a reventar— y la dejó sobre la arena. Abrió el maletero y sacó un bote inflable, con remos, una bomba de pie, un chaleco salvavidas y dos jarras de agua.

Hayduke miró hacia el mar, examinando al pequeño barco, negro en el horizonte contra el rosa del cielo del anochecer, esperando. Desenrolló el pequeño bote de neopreno, de sólo seis pies de largo, lo conectó a la válvula de la bomba y lo llenó hasta que la goma quedó tensa y semi rígida. Colocó los remos en sus toletes, rebuscó en su equipaje y sacó la bolina. El agua estaba a sólo unos quince pies, un oleaje ligero rodaba acercándose y retirándose, pero tendría que empujar el bote en el mar

otros quince pies hasta que el agua le llegara por las rodillas.

Un hombre arrastraba los pies sobre las dunas hasta la playa a unas cien yardas al sudeste, una vaga forma oscura en la titilante luz crepuscular. Hayduke lo vio al fin.

Miró hacia el interior y vio a un segundo hombre, alto y delgado, las faldas del abrigo volando con el viento, las manos en los bolsillos, acercándose paso a paso, muy lentamente pero también sin pausa sobre las olas de arena, a través de las danzantes hebras de los juncos.

Y un tercer hombre también se arrimaba desde una tercera dirección, opuesta a la del primero, desde arriba de la playa, avanzando cautelosamente en el suelo húmedo, agazapado, acunando con ambas manos un objeto metálico de función indeterminada pero siniestros propósitos. Hayduke lo vio también.

«Oh mierda. Ahora no. No aquí. No con mi barco esperándome a solo una milla, mi pasaje a la libertad, a un nuevo mundo, a una nueva vida. No. No es correcto. Es absolutamente antideportivo». Pero incluso cuando se murmuraba estas frases, ahogándose en la autocompasión, el joven Hayduke estaba rebuscando en la cima de su mochila, en pos de su nueva pistola Uzi (Un regalo de despedida de un viejo amigo). Le vino antes a la mano su revólver 357. Se puso en acción e hizo fuego con un solo disparo al enemigo más cercano —el hombre alto con abrigo y manos enterradas en los bolsillos—.

El hombre se arrojó al suelo para escapar de su vista. Completando el gesto reflejo, girando a la izquierda y poniéndose boca abajo, el pecho pegado al suelo, Hayduke apuntó con ambas manos al segundo hombre más cercano. En ese mismo momento y en perfecta sincronía los dos pistoleros de la playa dispararon a Hayduke, cada uno desde su lado, con rifles de asalto M16 apoyados en sus caderas, desencadenando sostenidas ráfagas automáticas, cada uno sin dejar de apretar el gatillo con el hocico de sus armas hacia abajo, levantando mucha polvareda aquí y allá, dirigiendo —sin apuntar— su chorro de fiero tum-tum-tum a la silueta que se arrastraba hacia la proa de la embarcación. Un hombre disparaba desde el sudeste, el otro desde el noroeste, en perfecto alineamiento euclideano. Lo que el coronel llamaba una enfilada y/o movimiento de pinza.

Siguió una dulce tranquilidad, sin ecos, los únicos murmullos que se escuchaban eran los de las olas al morir en la playa, la brisa soplando en la cima de las dunas, el silbido del aire escapando del bote de goma que se deshinchaba rápidamente.

Medio enterrado en la mojada arena, Hayduke levantó la cabeza y echó un vistazo. La noche caía sobre ellos, anegándolo y negándolo todo rápidamente, como solía pasar en la playa de Sonora, la breve fantasía de lavanda del desierto crepúsculo. Miró hacia un lado en la playa y vio una forma más o menos humana, arrugada como un alga marina abandonada en la arena. Movié la cabeza para mirar al lado contrario y percibir, después de un momento, al segundo pistolero tirado en posición similar, confortablemente muerto. Miró al hombre alto y delgado de tierra adentro, entre las dunas. Se había ido. Aparentemente se había ido.

Él no estaba herido, ni siquiera lo habían tocado, y no lo dudó un momento más. Se puso de rodillas, se puso el salvavidas, se levantó, corrió a gachas hacia el agua esperando que en cualquier momento el calor de una bala se le incrustara en la espalda, alcanzó la línea de resaca, y se lanzó al agua cálida que cubría la arena ondulada y dura del fondo del mar. Pequeñas rayas asustadas se escabulleron, retoños de peces luna nadaron ante él. Chapoteó en el agua hasta alcanzar cierta profundidad, se dejó caer al fin y empezó a nadar. No nadaba rápido, pero sí a velocidad constante, con poderosas brazadas, a buen ritmo, hacia la figura negra del barco a oscuras.

La luna llena se elevaba desde más allá de las montañas de la distante costa, resplandeciendo roja como una naranja de sangre a través de las brumas marinas. Pelícanos silenciosos, una fregata aleteando, una bandada de gaviotas volando por la playa, las alas moviéndose invisibles en el aire. Desaparecieron. Los simpáticos delfines, ágiles y relucientes como submarinos, nadaban en paralelo a Hayduke hacia el barco. La luna roja se elevaba cada vez más alto, arrojando luz sobre los picos dentados, y pintando una roja y sanguínea pista de cobre fundido a martillazos a través de las aguas tranquilas, resplandecientes, misteriosas del mar de Cortez.

El coronel se levantó en la más alta duna, las manos en los bolsillos de su abrigo, y contempló el idilio de la muerte, el mar brillante, el Cadillac condenado, los pájaros, la orilla desierta y su propia sangre. El coronel también había sido herido. Miró la lenta figura del nadador alejándose —un objetivo fácil— y su paso a la luz de la luna. El hombre, los hombres, los pájaros, los delfines, ahora están, ahora no están. Ese barco pirata sin luces debería marcharse también en cuanto pudiera. Esta playa y la costa misma se deslizaría, se levantaría, se caería, el mismo mar se convertiría en un lago desértico, se volvería sal, encogiéndose siglo tras siglo bajo el resplandor de un sol del desierto sin compasión. Todo a su hora. El coronel apreció satisfecho su visión del tiempo y la transitoriedad. Como las cosas son. *De Rerum Natura*. Con placer, a pesar de la náusea que le subía de los intestinos, recordó algunos de los versos predilectos de su poema favorito. Se los recitó en voz alta, murmurante:

Nuestros terrores y las oscuridades de nuestra mente
deben ser disipadas, no por los rayos del sol...
sino por la comprensión de la naturaleza, y una estrategia
de contemplación sistemática...

Muy bien, Titus. Bien dicho. El coronel avanzó sobre la seca arena y bajó a la playa, tan cerca como pudiera llegar de la línea del agua sin mojarse los zapatos. Le dio una patada al bote desinflado, inútil. Miró a izquierda y derecha, a los cuerpos de los tenientes que veía tenuemente, tirados sobre charcos de sangre. «Pobres colegas», pensó en silencio, «pobres tontos y leales colegas, ¿cómo el mero odio os llevó tan lejos, tan terriblemente lejos, de la inocencia de la infancia y la alegría de la juventud? Habéis sido terriblemente agraviados; seréis vengados».

El coronel miró al distante nadador, a doscientas yardas pero a la vista en el agua

bañada de roja luz lunar, las líneas convergentes de sus brazadas eran una guía infalible para alcanzar su cuerpo vulnerable, frágil, humano, demasiado humano. Sin prisa el coronel abrió su abrigo. Llevaba debajo una funda extragrande. Sacó de ella una reluciente, cromada pistola con cañón extendido (para la dirección) y vista telescópica montada sobre la culata (para la precisión). Levantó el martillo.

Pero volvió a hacer una pausa. La luna, el mar, el tranquilo oleaje. Sonrió con trágica resignación. La paz y el esplendor del escenario —su escenario— le llevó a recordar otro y mucho más tardío poeta, otro y mucho más simple poema:

Beatífica noche, calma y libre.

El tiempo sagrado está sereno como una monja...

El coronel se metió el cañón de la pistola entre los labios y entre los dientes, dejando que la boca del arma se apoyase suavemente contra el cielo de su boca. Luego apretó el gatillo.

Hayduke oyó el disparo. Esperó. No estaba herido. Siguió nadando. Alcanzó la sombra del barco oscuro apenas media hora después. Leyó el nombre sobre la proa: *Pastor de Mar*.

—¿Eres tú, George? —lo llamó una voz desde la baranda.

—Soy yo, Paul.

—Puntual. —Una cuerda se deslizó por ese lado del barco, apenas alcanzaba la superficie del agua cuando el barco se mecía suavemente arriba y abajo.

—Coge esa cosa y sube. Estábamos preocupados, colega. Todo ese vulgar pistoleo. ¿Estás bien?

—Estoy perfectamente, capitán.

Hayduke echó mano sobre el cabo de la cuerda y descansó un momento. Miró la costa mexicana de Sonora, el oscuro desierto deshabitado, la reluciente y triunfante luna elevándose. Se quitó el chaleco salvavidas y se acarició su pecho peludo. Se rascó el vientre. Sentía el galope de los latidos de su corazón. Vivo. Estaba vivo.

La voz del capitán tronó en la noche, jubilosa, eufórica.

—¡Nancy M... llama de vuelta a la gente de tierra. Ed, Joey, levad anclas...! — Siguieron más órdenes. Pies descalzos se deslizaron por la cubierta de teca.

Hayduke sonreía, se volvió, empezó a subir la cuerda.

—Y Nancy Z... —aulló el capitán esperando que llegara su huésped—, iza la bandera negra.

—¿La bandera negra, Paul?

—Sí. La bandera negra, Nancy. La bandera negra con la tenaza roja. ¡Estamos de fiesta! ¡Ha llegado George Hayduke!

31. Resurrección

El antiguo sendero del ciervo ya no está, fue tapado por una pista de cien pies de ancho hecha por la difunta Super G.E.M.A. Donde una vez creció la espartina, y vibraba en la brisa, y la yuca, y la gramínea y los penstemones escarlatas y el altramuz púrpura, hay ahora una extensa ruta de nada sino piedra, arena, y un suelo compacto donde se agitaba un polvo harinoso que levantaba el tráfico de camiones que, en esta ruta, cesó hace sólo unas pocas semanas.

Una pequeña corriente de agua turbia, represada aquí y allá por surcos de lodo, zigzaguea por este camino buscando y casi siempre encontrando el modo de permear la tierra. Donde el lecho de piedra se despliega, el agua rezuma a través de las cornisas de caliza de azul grisáceo, corre por esculpidas canaletas y ranuras, y cae desde convergentes drenajes a burbujeantes charcos. Junto a los charcos crecen berros, cañas de tule, y sauces jóvenes que sobreviven aún, planeando un regreso. Las ranas pálidas toman el sol en pálidas piedras; las libélulas de alas esmeraldas, con alas de zafiro, con alas de rojo rubí, se lanzan como dardos sobre el agua; renacuajos, pececillos, chinches de agua, camarones, larvas de mosquitos, gusanos gordiáceos (del ganado) y duelas del hígado (de las ovejas) se revuelven bajo la superficie apenas, follando con amigos y comiéndose a los seres queridos.

Cerca del arroyo y de la polvorienta servidumbre de paso de tres carriles, el suelo del cañón se eleva en cada lado hacia las pendientes de los taludes donde los enebros y unos pocos piñoneros crecen entre escombros y añicos de piedra caída. Por encima del talud se levanta una pared roja vertical, limpia, inescalable de arenisca, que sube cien, doscientos, trescientos, cuatrocientos, quinientos pies hasta una blanquecina roca sello en el borde.

Un solitario jinete espera en el borde del cañón, hombre y caballo oscuros en el horizonte contra el fondo coloreado de salmón del amanecer. El jinete mira la vacía carretera de abajo. El amanecer, ya en marcha, puede ser contemplado parcialmente desde las profundidades del cañón, por encima de las mesetas púrpuras del este.

Cerca de las orillas de la pista de GOLIATH, no lejos de cierto enebro a medias muerto a medias vivo, se levanta hacia el cielo una torcida extremidad plateada — como un gesto de estática reivindicación, la afirmación de una existencia asediada pero invicta—: es un disco de impactada tierra de unas veinte pulgadas de diámetro que difiere algo de la tierra compacta que lo rodea. Una más detenida inspección muestra que la diferencia consiste en que el área circular se está levantando, formando un ligero pero perceptible bulto. El levantamiento es discontinuo: un revuelo que viene desde abajo, un poco de movimiento, luego una prolongada pausa. Como si la tierra, en sus más íntimos y mínimos movimientos corticales, tuviese que tomarse de vez en cuando un respiro para descansar. Pero es sólo un rato: la pequeña

perturbación se reactiva, la ascensión del duro suelo sigue adelante, dando forma a una tosca e irregular cúpula, con grietas, que podrían servirle a un geólogo como modelo de un lacolito en proceso de formación.

Las grietas se amplían, se hacen más largas y profundas, como cuando se rompe una cáscara de huevo. Otro descanso. Otro revuelo de agitación bajo la superficie y un diminuto pie aparece, un pequeño pie lleno de escamas y con garras al final de una pierna llena de escamas, corta y ágil. Un nuevo descanso. El pie emergente siente el aire libre, toma asiento en la tierra, araña, tira. Aparece el segundo pie, con mucho polvo entre las uñas. Y con él aparece una vieja cabeza reptil picuda, de ojos pequeños, humorísticos, sabios, la rendija de la boca extendida en una apretada sonrisa, resoluta y sombría.

Descanso. Arañar. Subir.

Toca salir.

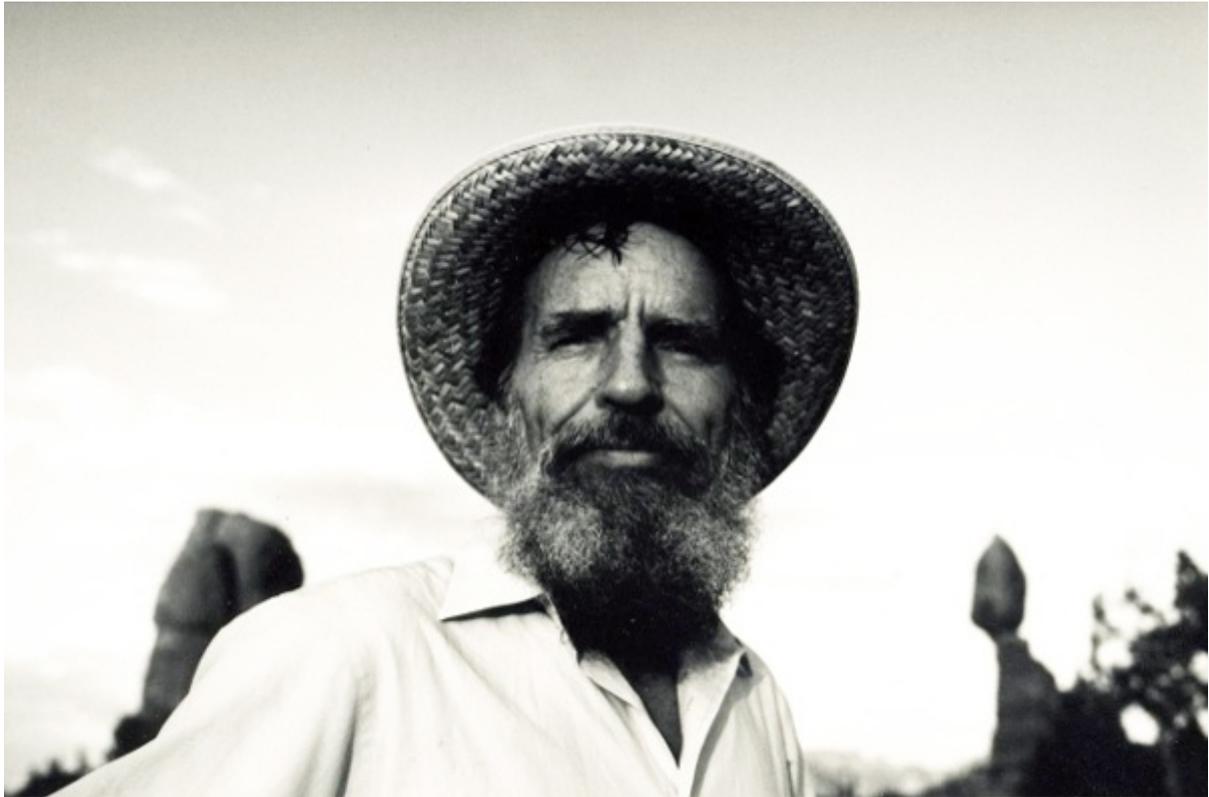
La vieja tortuga macho emerge de su tumba. El galápago del desierto se resucita a sí mismo. Cubierto de polvo pero entero, sin rotura —¡irrompible!— trepa, se arrastra fuera, extiende sus cuatro patas cuan largas son desde su caparazón plateado. Mira hacia un lado, luego al otro, luego hacia adelante, y parpadea. Sus viejos ojos diminutos se acostumbran al resplandor del cielo abierto, a la luz creciente. Lo mira todo maravillada. Levanta su cabeza alta estirando su arrugado cuello y luego la recoge, avanzando hacia el invencible amanecer.

El jinete en el borde del cañón, al que le queda poco de vida, observa el renacimiento de la tortuga del desierto y se quita el gran sombrero para saludarla. Se vuelve a poner el sombrero y vuelve a vigilar, mirando hacia el horizonte en busca de algún signo del enemigo. No hay nada de lo que preocuparse esta mañana. Después de un rato se suena los mocos sobre la tierra, se seca los dedos en un anca del caballo, gira el animal... y cabalga.

— **FIN** —

Este libro se terminó de imprimir el 29 de febrero de 2014. Tal día como ese, en 1908, fallecía el agente de la ley, empresario, rancharo, antiguo cazador y pistolero, Patrick Floyd Garret, «Pat Garret» o también apodado «Juan el Largo», al que se atribuye la muerte de «Billy el Niño».





EDWARD ABBEY (Home, Pensilvania [USA], 1927 - Oracle, Arizona [USA], 1989). Desde joven despertó como un naturalista en potencia, y también como un ecologista, siendo ya un adolescente enfadado por las injerencias humanas en los Apalaches. Aficionado a las plantas, al misterio natural y al chamanismo, Abbey empezó una larga carrera de trabajos ocasionales en la minería, la agricultura y la ganadería.

A los 17 años abandona su tierra natal para conocer la América que le fascinaba por las canciones de Woody Guthrie y los poemas de Carl Sandburg. Entonces recorre casi todo el oeste de Norteamérica, descubre su mundo natural y sobrenatural, la cultura india. Llevaba la vida típica del hobo —trabajador ocasional vagabundo americano—, llena de aventuras e incidentes, como su detención en Flagstaff, Arizona, por vagancia, que es rememorada en su novela *La Banda de la Tenaza*.

En esos años vive el final de la guerra mundial sirviendo en el ejército en Italia. Cuando vuelve estudia Filosofía en la Universidad de Nuevo México entre 1951 y 1956, y culmina su licenciatura con una tesis titulada *La Anarquía y la Moral de la Violencia*, donde concluía entonces, en línea con su admirado Tolstoi, que el anarquismo era una lucha frontal no contra el ejército y la guerra, sino contra la violencia organizada de los estados. También realiza estudios sobre el cinismo y sobre Diógenes, y destaca su pacifismo individualista.

En 1954 publica su primera novela, *Jonathan Troy*, la historia de un joven anarquista. En 1956 cosecha su primer éxito editorial con *The brave cowboy* —adaptada en 1962

por Kirk Douglas— una historia del oeste que narra el enfrentamiento entre un *cowboy* y el gobierno de los EE.UU. Pero su gran éxito literario será su libro de ensayos *Desert Solitaire*, de 1968, que relata sus años como *ranger* forestal en el Arches National Monument de Utah.

En esos años milita contra el proyecto de la presa de Glen Canyon y de ahí nace su novela *The Monkey Wrench Gang*, publicada en 1975 y que describe las hazañas de una guerrilla de ecologistas, inspirada en numerosos activistas de la vida real. El éxito de este libro le convirtió en un mito de la contracultura y en un pionero de la resistencia activa en Estados Unidos.

Publicó hasta una veintena de libros y murió en 1989 debido a una hemorragia esofágica consecuencia de las complicaciones de una operación quirúrgica que sufrió. Pidió que lo enterraran en un lugar indeterminado del desierto y a día de hoy ya nadie sabe dónde está su tumba.

Notas

[1] Super G.E.M. Se conserva el juego de palabras que se repetirá a lo largo de toda la novela al llamar a GOLIATH Super-Gema. Las siglas corresponden a Giant Earth Mover. *(Todas las notas son del traductor excepto donde se indique)*. <<

[2] En español en el original. <<

[3] El chico llama a la madre *Mutter*, madre en alemán. También puede significar *murmullo* y cuya pronunciación recuerda a la de *Mother*. <<

[4] Seldom Seen Smith. Como en *La Banda de la Tenaza*, conservamos su nombre en inglés aunque traducido significa «Smith visto rara vez». <<

[5] Mother Hubbard es un personaje de la literatura infantil inglesa. Protagonista de una famosa rima de 1805 y del libro *The Comic Adventures of Old Mother Hubbard and her dog*, de J. Harris of London. <<

[6] «Trixie by name, Trixie by nature», es el eslogan del unicornio azul de la serie de juguetes «My Little Pony» lanzada en 1981. <<

[7] *Rubyfruit Jungle* es argot para referirse a las lesbianas, desde que en 1973 ese fuese el título de una afamada novela de Rita Mae Brown. <<

[8] «Zero at the bone» es un verso de Emily Dickinson, de un poema conocido como «La serpiente». Hay grandes debates en torno a lo que la expresión significa, desde los que ven en ella la imagen de que ante el ataque de la serpiente uno no tiene con qué defenderse a quienes entienden que la presencia de la serpiente causa una impresión inmediata de muerte inevitable, frío en los huesos, que es la que aquí hemos adoptado. <<

[9] Treinta y dos años para ser exactos. (*Nota del Autor*). <<

[10] Charmian. Dama de la corte de Cleopatra que aparece en Shakespeare (*Antonio y Cleopatra*, 1606) y en la novela de Ridder Haggard (*Cleopatra*, 1889) como causante de la caída de la reina. <<

[11] Earth First! (¡La Tierra ante todo!): decidimos no traducir el nombre del grupo — de la misma manera que no se traduce Greenpeace—. El grupo existió: fue formado por ecologistas que decidieron que había que pasar a la acción después de la publicación de *La Banda de la Tenaza*, que adoptaron como biblia. Sólo no seguimos este criterio de no traducir el nombre del grupo, cuando, al ser citado mal por los policías, le buscan alternativas inventadas. <<

[12] En español en el original. <<

[13] «His Bountiful wife»: Bountiful es una pequeña ciudad del condado de Davis, en el estado de Utah, pero también significa «generoso» en inglés. <<

[14] El *Libro de Mormón* dice que Moroni sirvió a las órdenes de su padre, comandante en jefe de 23 grupos nefites que sumaban 10 000 soldados en la batalla contra los lamanitas. Después de la derrota Moroni tuvo que pasarse la vida huyendo perseguido por los vencedores. Fue el último superviviente de la nación de los Nefites. <<

[15] El texto original ofrece este mismo párrafo como traducción al español. <<

[16] Hereford es una raza bovina, así conocida por el condado de Inglaterra donde se cría esta raza. <<

[17] OSHA (Occupational Safety and Health Administration) es la agencia federal encargada de que se cumpla la legislación en temas de seguridad y salud en el trabajo. <<

[18] *Heavens to betsy* es una expresión hecha exclusivamente americana para expresar sorpresa. Hay discusiones encendidas acerca de su procedencia, al parecer los guardias de la frontera americana llamaban Old Betsy al rifle. Aunque el *Diccionario de Oxford* sitúa la primera aparición de la expresión en 1914, lo cierto es que ya en 1891 la utiliza Rose Terry Cooke en su libro *Huckleberries gathered from New England Hills*. <<

[19] «Bag Lady» sirve en inglés para denominar a las vagabundas. <<

[20] *Koyaanisqatsi* significaba «vida fuera de equilibrio» en dialecto hopi, antigua tribu americana que habitaba la meseta central de los Estados Unidos. La palabra fue popularizada por una película documental, de 1982, sin voz ni diálogos, dirigida por Godfrey Reggio (con música de Phillip Glass) que, mediante impactantes imágenes, retrataba el efecto destructivo del mundo moderno en el medio ambiente. <<

[21] *Powaqqatsi* significa «vida en transformación» y fue el título empleado en 1988 por Regio para la segunda parte de una trilogía documental que se completaría con *Naqoyqatsi* en 2002. <<

[22] Polonio a Laertes en *Hamlet*, Acto primero, escena tres. <<

[23] El autor utiliza «pansies», o sea pensamientos, palabra que también se utiliza peyorativamente como maricas. <<

[231] En inglés, *merthiolate*. Se trata de un compuesto orgánico mercurial, ampliamente usado como desinfectante de piel y como agente preservativo en alergenos, vacunas, reactivos (*N. del E. Digital*). <<

[24] En alemán en el original. *Ordnung*: sistema, ordenación, régimen. <<

[25] Juego de palabras. En inglés: *Obloquy. Like oh be quiet*, o sea, «como oh cállate».

<<

[26] Juego de palabras, Seldom lo llama *Earth Fist!*, o sea, *Puño Tierra*, en vez de *Earth First!* <<

[27] Evan Mecham fue un político republicano que, después de muchos fracasos electorales, llegó a ser gobernador del estado de Arizona durante un breve periodo de tiempo en el que se ganó fama de racista y antifeminista (canceló el día de Martin Luther King en el Estado y trató de despedir a toda mujer divorciada de los cargos públicos). Terminó siendo juzgado y condenado por obstrucción a la justicia. Fue el primer gobernador de Arizona procesado. <<

[28] Juego de palabras: «Love and Ranger Dick in love». Dick es «polla», «carajo», pero también, coloquialmente, «policía». <<

[29] Referencia a la película de 1940 *My little chickadee* interpretada por Mae West. Chackadee es el pájaro carbonero también llamado en español «herrerillo». <<

[30] Sam Snead, legendario golfista. <<

[31] El níquel es la moneda más pequeña, de cinco centavos. Para perder un dólar sin aumentar la apuesta en una partida, hay que perder 20 veces. Para perder más de 38 dólares hay que perder al menos más de 760 partidas. <<

[32] La Tet Offensive fue una de las principales campañas militares de la guerra del Vietnam, llevada a cabo por el Viet Cong y el ejército de Vietnam del Norte contra Vietnam del Sur, las fuerzas de los Estados Unidos y sus aliados. El nombre de la ofensiva procede del nombre que recibe la fiesta de año nuevo en vietnamita: Tet Nguyen Dan. Aunque comenzó el 30 de enero del año 68, se recrudeció el 5 de mayo, domingo, día de la Madre. <<

[33] En alemán en el original: descenso o *rappel*. <<

[34] Nizoral: Ketoconazol, fármaco antimicótico azólico, de la clase imidazol, —en comprimidos o crema— utilizado para infecciones fungicas. <<

[35] H.E. Iniciales de High Explosives. <<

[36] Robbers Roost, el gallinero del ladrón, era el nombre que en el viejo oeste se le dio a las cuevas donde se escondían a pasar la noche —pues *roost* significa también «pasar la noche»— los forajidos. Dado lo accidentado del terreno, esas cavernas eran escondites perfectos. La más famosa de las «robbers roost» fue aquella en la que Elzy Lay y Butch Cassidy formaron la Wild Bunch (Grupo Salvaje). La cueva se quedó con el nombre general para esa especie de espacio, y llegó a dar nombre al cañón en el que se encontraba. <<

[37] Juego de palabras que sólo podríamos traducir cambiando las profesiones a las que se refiere. *Waitress* es camarera. *Waitron* el término acuñado para referirse a una persona —de cualquier sexo— que atiende las mesas en un bar o restaurante. De la misma forma «chairman» es el presidente, pero al llevar el sustantivo incluido el género, se acortó para dejarlo en «chair» —silla—, de donde Smith deduce que al *cowboy*, que también lleva el género en el sustantivo, debería llamársele simplemente *cow* —vaca. <<

[38] El ejército Coxey fue la denominación que se le dio a la muchedumbre de parados que, desde Ohio (y con sólo cien hombres al inicio) marchó en 1894 hasta Washington D.C., liderados por Jacob Coxey, para exigir al Gobierno la creación de empleos en el segundo año del peor periodo de depresión económica padecido por los Estados Unidos hasta ese momento. <<

[39] James Garrett Hardin (1915-2003), ecologista estadounidense, estudioso de los peligros de la sobrepoblación. Conocido también por la Primera Ley de Hardin de Ecología Humana: «No se puede hacer sólo una cosa». <<

[40] Legendario trabajador británico que hacia 1811 y en protesta por las condiciones laborales de los trabajadores, quemó varias máquinas textiles, lo que sentó las bases del movimiento ludita, caracterizado por su oposición al maquinismo. <<

[41] Famosa tienda de ropa para niños. <<

[42] Arne Naes: fundador de la ecología profunda y más reconocido filósofo noruego del siglo xx. Grieg: compositor y pianista noruego considerado uno de los maestros del romanticismo gracias a sus adaptaciones de las canciones del folklore noruego. Nielsen. Pintor Noruego (siglos XIX-XX). Sibelius, uno de los grandes compositores de música sinfónica del siglo xx. Curiosamente en la lista de grandes noruegos, la única que no lo es, es Greta Garbo, que era sueca. <<

[43] Barry Goldwater, senador por Arizona que aspiró a la presidencia de EE.UU. contra Lyndon B. Johnson. Eldon Rudd, congresista republicano por Arizona, trabajó para el FBI. Bob Stump, congresista demócrata por Arizona, es conocido porque a pesar de su pertenencia al Partido Demócrata votaba casi siempre con los republicanos. Los Udall Brothers eran una familia de políticos que tuvo plaza en el Congreso durante cien años y cuatro generaciones. Dennis Deconcini fue senador demócrata por Arizona, encargado de negociar las condiciones de uso del canal de Panamá. Peter McDonald, político Navajo, nombrado presidente de las Tribus Navajo, fue condenado a prisión por fraude, estafa, extorsión. Roy Drachman, broker y empresario, donó tres millones a la Universidad de Arizona. Aldo Leopold fue un ecólogo y ambientalista estadounidense que influyó en el desarrollo de la ética ambiental y el movimiento por la preservación de la naturaleza salvaje. <<

[44] En español en el original. <<

[45] Dave Foreman (1947), ecologista norteamericano y cofundador del movimiento ¡Earth First!. <<

[46] Alecto, Tisífone, Megera, eran las Erinnias de la mitología griega, las Furias de la romana. <<

[47] Otro de los cofundadores del movimiento ¡Earth First!, activista con un largo historial de detenciones. <<

[48] Smokey bears es la mascota de los guardas forestales. <<

[49] En realidad es Números 21:29. <<

[50] Angela Davis, Huey Newton, Eldridge Cleaver y Bobby Seale fueron activistas políticos de los sesenta, todos ellos negros. «Estoy limpio de Gene» juega con el eslogan de campaña que Eugene McCarthy utilizó cuando aspiró a la presidencia: «Get Clean for Gene». <<

[51] Otra célebre activista de ¡Earth First! <<

[52] Dolores LaChapelle (1926-2007), montañera, escritora y difusora del Tai chi y la «ecología profunda». <<

[53] En estados Unidos los Caucus son asambleas de partidos políticos y otras organizaciones mediante las que se eligen a los delegados de varios estados. La palabra procede del algonquino y significa «Reunión de Jefes de Tribus». <<

[54] Art Goodwrench: el Arte de la buena llave inglesa —o tenaza—. A Oral le parece significativo porque la temida banda de malhechores se llamaba, como saben, Banda de la Tenaza (Monkey Wrench Gang). <<

[55] En español en el original. <<

[56] En español en el original. <<

[57] *Monkeywrenching*: término que, después de *La Banda de la Tenaza*, empezó a utilizarse para identificar las acciones de sabotaje y resistencia de los ecologistas. <<

[58] Parodia de una cita de *Sueño de una noche de verano*: «Qué tontos son estos mortales», es lo que dice Puck. <<

[59] *Putyour hody whereyour mouth is (Pon tu cuerpo donde esté tu boca)*, es una famosa canción *reggae* que Erika utiliza pronunciando *mouse* en vez de *mouth*. En español, podríamos decir, dado lo que viene luego: «Pon tu cuerpo donde esté tu razón». <<

[60] Errata intencionada: «Gril» por *Girl*, parrilla por chica. <<

[61] El chiste consiste en que el apellido de Oral —Hatch— significa «escotilla». <<

[62] Utiliza aquí Abbey una expresión en desuso: «free and tweinty-one plain», una expresión, popularizada en los años 30, aunque procedente del XIX, para referirse a aquellos que no entraban en el grupo de los que no tenían derecho a voto (negros, mujeres, menores, extranjeros): o sea, los ciudadanos libres mayores de 21. <<

[63] El bit es una moneda del periodo colonial, y corresponde a un octavo de dólar. «Two bits» quedó en el lenguaje coloquial para referirse a un cuarto de dólar. <<

[64] Jacks or better, modalidad del *poker* en la que un jugador necesita tener al menos una pareja de jotas para abrir la apuesta. En el *poker* Hi-Lo, se reparten lo apostado la mano más baja y la más alta; los jugadores, antes del descarte, tienen que declarar a qué van, si a la mano alta o a la baja. <<

[65] Famosa canción popularizada por Muddy Waters e interpretada por un sinnúmero de intérpretes, entre ellos B. B. King. La revista *Rolling Stone* la eligió entre las mejores 500 canciones del siglo xx. <<

[66] En alemán, «¿Dónde está la Banda de la Tenaza?». <<

[67] En español en el original. <<

[68] Escritora y activista ecologista. <<

[69] Primeras líneas del himno de los Estados Unidos. <<

[70] *Whirlybirds*. Serie de televisión de finales de los años cincuenta protagoniza por policías en helicóptero. <<

[71] *Dick* significa «polla», y también «policía». <<

[72] Famosa canción de Lynyrd Skynird del año 1975, cuya letra habla de la violencia impulsiva y la facilidad con la que usa un arma el que la tiene. <<